
«Cazadores de sombras crea un mundo en el que me encantaría vivir.»
Stephenie Meyer
Autora de
Crepúsculo
Cassandra Clare
Cazadores de sombras
4. Ciudad de los Ángeles Caídos
DESTINO

Saga Cazadores de Sombras

Ciudad de los Angeles Caidos

Cassandra Clare

Sinopsis

Amor, sangre, traición y venganza: la apuesta es mayor que nunca en la Ciudad de los Ángeles Caídos.

Simon Lewis está teniendo algunos problemas para adaptarse a su nueva vida como un vampiro, especialmente ahora que se le hace difícil ver a su mejor amiga Clary, quien se encuentra sumergida en su formación para ser una Cazadora de Sombras y pasando tiempo con su nuevo novio Jace. Sin mencionar que Simon no sabe cómo manejar la presión que implica tener a dos chicas queriendo salir con él a la vez. ¿Qué debe hacer un vampiro que ama la luz?

Simon decide que necesita un descanso y sale de la ciudad, sólo, para descubrir que los siniestros acontecimientos le siguen. Dándose cuenta de que la guerra que pensó ganada aún no ha terminado, Simon tiene que buscar a sus amigos los Cazadores de Sombras para salvar el día, si pueden poner sus propias relaciones afiladas a un lado por el tiempo suficiente para superar el reto.

Parte Uno

Ángeles Exterminadores

Hay enfermedades que caminan en la oscuridad; y hay ángeles exterminadores, que vuelan envueltos en las cortinas de la inmaterialidad y una naturaleza sin comunicación, a quienes no podemos ver, pero sentimos su fuerza y nos hundimos bajo su espada.

—**Jeremy Taylor**, "Un Sermón de Funeral".

1

El Amo

"Sólo café, por favor."

La camarera arqueó sus cejas dibujadas. "¿No quiere nada para comer?" preguntó. Su acento era marcado, su actitud desilusionada.

Simon Lewis no podía culparla; probablemente ella estaba esperando una mejor propina de la que iba a conseguir con una sola taza de café. Pero no era su culpa que los vampiros no comieran.

A veces, en restaurantes, ordenaba comida de todas formas, sólo para conservar la apariencia de normalidad, pero el martes en la noche, cuando Veselka estaba casi vacío de otros clientes, no parecía valer la pena la molestia. "Sólo el café."

Con un encogimiento de hombros la camarera cogió su menú laminado y se fue a solicitar su orden. Simon se sentó en la dura silla de plástico del restaurant y miró alrededor.

Veselka, un restaurant de la Novena Calle y la Segunda Avenida, era uno de sus sitios favoritos en el Lower East Side—un restaurant de barrio antiguo empapelado con murales blanco y negro, donde dejaban que te sentaras allí todo el día siempre y cuando ordenaras café con un intervalo de media hora. También servían lo que una vez había sido sus pierogi[1] vegetariano y borscht[2] favoritos, pero esos días estaban atrás.

Eran mediados de octubre, y acababan de poner sus decoraciones de Halloween—una señal oscilante que decía ¡TRUCO O BORSCHT! Y un vampiro falso recortado en cartón apodado Conde Blintzula[3]. Hubo una vez en que Simon y Clary habían encontrado hilarantes las cursis decoraciones navideñas, pero el Conde, con sus colmillos falsos y capa negra, ya no impresionaba a Simon de lo divertido que era.

[1] El **Pierogi** (Otras posibles denominaciones: **perogi**, **perogy**, **piroghi**, **pirogi**, **piroshky** o **pyrohy**) es uno de los platos más típicos de la cocina polaca y rusa, consiste en pasta rellena de diferentes tipos y variedades de vegetal (Posee alguna similaridad con los ravioli).

[2] La **Borscht** (conocida también como *borsch* o *borshch*) es una sopa de verduras, que incluye generalmente raíces de remolacha que le dan un color rojo intenso característico.

[3]Blintzula en 'honor' a los blintzes.

Simon miró hacia la ventana. Era una noche fresca, y el viento soplaba hojas a través de la Segunda Avenida como puñados de confeti tirado. Había una chica caminando por la calle, una chica en un ajustado abrigo con cinturón, con el cabello largo y negro volando en el viento. La gente se giraba a mirarla cuando pasaba. Simon había visto a chicas como ella, antes en el pasado, ociosamente preguntándose donde iban, con quien se encontrarían. No chicos como él, lo sabía seguro.

Excepto esta. La campanilla en la puerta frontal del restaurant sonó cuando la puerta se abrió, e Isabelle Lightwood entró. Sonrió cuando vio a Simon, y se acercó a él, encogiéndose de hombros se sacó el abrigo y lo colgó del respaldar de la silla antes de sentarse. Bajo el abrigo estaba usando uno de los que Clary llamaba sus 'típicos conjuntos de Isabelle': un ajustado y corto vestido de terciopelo, medias de red, y botas. Había un cuchillo atrapado en lo alto de su bota izquierda, el cual, Simon sabía, él era el único que lo podía ver; aún así, todos en el restaurant la estaban observando mientras ella se sentaba**,** echando el cabello hacia atrás.

Lo que fuera que estuviera usando, Isabelle atraía atención como un espectáculo de fuegos artificiales.

La hermosa Isabelle Lightwood. Cuando Simon la había conocido, había asumido que ella no tenía tiempo para chicos como él. Resultó estar mayormente en lo correcto. A Isabelle le gustaban los chicos que sus padres desaprobaban, y en su universo eso quería decir Submundos: hadas, hombres lobos, y vampiros.

Que ellos hubieran estado saliendo regularmente durante el último mes o dos, lo asombraba, incluso si su relación estaba limitada mayormente a encuentros poco frecuentes como éste. Y no podía evitar preguntarse, si nunca hubiera se hubiera convertido en vampiro, si su vida entera no se hubiera alterado en ese momento, ¿estarían saliendo?

Ella metió un mechón de cabello detrás de su oreja, su sonrisa era brillante. "Te ves bien."

Simon se lanzó una mirada en la superficie reflectante de la ventana del restaurant. La influencia de Isabelle era clara en los cambios en su apariencia desde que habían estado saliendo. Le había obligado a deshacerse de sus sudaderas con capucha a favor de las chaquetas de cuerpo, y sus zapatillas de deporte a favor de botas de diseñador. Las cuales, de paso, costaban trescientos dólares el par. Todavía usaba sus características camisetas con frases—ésta decía LOS EXISTENCIALISTAS LO HACEN SIN MOTIVO—pero sus jeans ya no tenían agujeros en las rodillas y los bolsillos rotos. También se había dejado el cabello largo para que ahora cayera sobre sus ojos, cubriendo su frente, pero eso era más por necesidad que por Isabelle.

Clary se burlaba de él por su nuevo look; pero, además, Clary encontraba todo acerca de la vida amorosa de Simon en el límite de lo hilarante. No podía creer que estuviera saliendo

con Isabelle de cualquier forma seria. Por su puesto, tampoco podía creer que también estuviera saliendo con Maia Roberts, una amiga de ambos que había resultado ser una mujer lobo, de un modo igualmente serio. Y realmente no podía creer que Simon aún no le hubiera dicho a ninguna de ellas acerca de la otra.

Simon no estaba realmente seguro de cómo había pasado. A Maia le gustaba venir a su casa y usar la Xbox—no tenían una en la abandonada estación de policía donde vivía la manada de hombres lobo—y no fue hasta la tercera o cuarta vez que lo había visitado que ella se había inclinado y le había dado un beso de despedida antes de irse. Él había estado complacido, y luego había llamado a Clary para preguntarle si necesitaba decírselo a Isabelle. "Averigua lo que está pasando contigo e Isabelle," dijo ella. "Luego cuéntale."

Este había resultado ser un mal consejo. Había pasado un mes, y aún no estaba seguro de qué estaba pasando con él e Isabelle, así que no había dicho nada. Y cuanto más tiempo pasaba, más incómoda se volvía la idea de decir algo. Hasta ahora lo había hecho funcionar. Isabelle y Maia no eran realmente amigas, y raramente se veían la una a la otra.

Desafortunadamente para él, eso estaba a punto de cambiar. La madre de Clary y su viejo amigo, Luke, se casarían en unas semanas, y tanto Isabelle como Maia estaban invitadas a la boda, una perspectiva que Simon encontraba más aterradora que la idea de ser perseguido a través de las calles de Nueva York por una furiosa multitud de vampiros cazadores.

"Así que," dijo Isabelle, sacándolo de un golpe de su ensimismamiento. "¿Por qué estamos aquí y no en Taki's? Te sirven sangre ahí."

Simon hizo una mueca ante su volumen. Isabelle no era nada si no sutil. Afortunadamente, nadie parecía estar escuchando, ni siquiera la camarera quien volvió, dejando de golpe una taza de café en frente de Simon, miró a Izzy, y se fue sin tomar su orden.

"Me gusta estar aquí," dijo él. "Clary y yo solíamos venir aquí cuando ella estaba tomando clases en Tisch. Tienen borscht y blintzes[4] geniales, son como bolas de masa de queso dulce; además está abierto todo el día."

Isabelle, sin embargo, estaba ignorándolo. Estaba mirando más allá de su hombro. "¿Qué es *eso*?"

Simon siguió su mirada. "Eso es el Conde Blintzula."

"¿Conde *Blintzula*?"

[4] Los blintzes son como crepas pero tienen mas huevo, es un desayuno o postre muy popular entre las poblaciones judías de origen de Europa oriental.

Simon se encogió de hombros. "Es una decoración de Halloween. El Conde Blinzula es para los niños. Es como el Conde Chocula[5], o el Conde en Plaza Sésamo." Sonrió ante su mirada en blanco. "Ya sabes. Le enseña a los niños cómo contar[6]."

Isabelle estaba sacudiendo la cabeza. "¿Hay un programa de TV donde un vampiro les enseña a contar a los niños?"

"Tendría sentido si lo hubieras visto," murmuró Simon.

"Hay una base mitológica para tal interpretación," dijo Isabelle, cayendo en el modo de conferencia de los Cazadores de Sombras. "Algunas leyendas aseguran que los vampiros están obsesionados con contar, y que si derramas granos de arroz en frente de ellos, tendrán que detener lo que están haciendo y contar cada uno. Eso no es verdad, por supuesto, no más que eso del ajo. Y los vampiros no tienen por qué enseñarle a los niños. Los vampiros son terroríficos."

"Gracias," dijo Simon. "Es una broma, Isabelle. Él es el Conde. Le gusta contar[7]. Ya sabes. '¿Qué comió hoy el Conde, niños? *Una* galleta de chips de chocolate, *dos* galletas de chips de chocolate, *tres* galletas de chips de chocolate...'"

Hubo una ráfaga de aire frío cuando la puerta del restaurant se abrió, dejando entrar otro cliente.

Isabelle se estremeció y alcanzó su pañuelo de seda negro. "No es realista."

"¿Qué prefieres? '¿Qué comió hoy el Conde, niños? *Un* campesino indefenso, *dos* campesinos indefensos, *tres* campesinos indefensos...'"

"Shh." Isabelle terminó de anudar su pañuelo alrededor de su garganta y se inclinó hacia adelante, poniendo su mano en la muñeca de Simon. Sus grandes ojos oscuros estaban repentinamente animados, de la forma en que sólo se animaban cuando estaba cazando demonios o pensando acerca de matar demonios. "Mira hacia allá."

[5] ***Count Chocula*** es un miembro morboso de la línea de cereales de desayuno de monstruo-themed producidos por General Mills para el mercado norteamericano. El cereal contiene añicos de cereal de grano condimentados de chocolate y melcochas. Count Chocula es la mascota del cereal, cuyo nombre es un juego de palabras sobre el vampiro Conde Dracula. En vez de ansiar la sangre como Dracula, Chocula ansia el cereal de desayuno de Conde Chocula.

[6] ***Count von Count***, conocido en español como **El Conde Draco** en España y como **El Conde Contar** en América Latina, es uno de los personajes del programa infantil Sesame Street (Barrio Sésamo en España, Plaza Sésamo en América Latina). El Conde era un vampiro atípico (le gustaba la luz) y su principal cometido era enseñar a los niños nociones básicas de matemáticas (contar). Tenía la obsesión compulsiva de contar (aritmomanía, existe la creencia de que los vampiros sufren este tipo de desorden mental), sin importar el tamaño, la cantidad o lo molesto que resultaba a los otros personajes.

[7] Aquí hay un juego de palabras, pues Conde y contar, se escriben igual, count.

Simon siguió su mirada. Había dos hombres de pie junto a la vitrina con frente de vidrio que contenía productos de panadería: gruesas tortas glaseadas, platos de rugelach[8], y danesas rellenas de crema. Ninguno de ellos lucía como si estuvieran interesados en la comida, sin embargo. Ambos eran pequeños y dolorosamente flacos, tanto es así que los huesos de sus pómulos sobresalían como cuchillos de sus rostros incoloros. Ambos tenían fino cabello gris y pálidos ojos grises, y usaban abrigos que llegaban al suelo con cinturones color pizarra.

"A ver," dijo Isabelle, "¿qué crees que son?"

Simon entrecerró los ojos hacia ellos. Ambos le devolvieron la mirada, sus ojos sin pestañas como vacíos agujeros.

"Lucen un poco como gnomos de césped malvados."

"Son humanos subyugados," siseó Isabelle. "Pertenecen a un vampiro."

"¿Pertenecen como en... ?"

Ella hizo un ruido impaciente. "Por el Ángel, no sabes nada de los de tu especie, ¿no? ¿Sabes siquiera como son hechos los vampiros?"

"Bueno, cuando una mami vampiro y un papi vampiro se aman mucho el uno al otro..."

Isabelle le hizo una cara. "Bien, sabes que los vampiros no necesitan tener sexo para reproducirse, pero te apuesto que no sabes como funciona realmente."

"Lo sé también," dijo Simon. "Soy un vampiro porque bebí un poco de la sangre de Raphael antes de morir. Beber sangre más morir es igual a vampiro."

"No exactamente," dijo Isabelle. "Eres un vampiro porque bebiste un poco de la sangre de Raphael, y luego fuiste mordido por otros vampiros, y luego moriste. Necesitas ser mordido en algún momento durante el proceso."

"¿Por qué?"

"La saliva de los vampiros tiene... propiedades. Propiedades transformadoras."

"Yech," dijo Simon.

"No me digas 'yech' a mí. Tu eres el con saliva mágica. Los vampiros mantienen a los humanos alrededor y se alimentan de ellos cuando están cortos de sangre, como máquinas andantes de bocadillos." Izzy habló con disgusto. "Pensarías que estarían débiles de perder sangre todo el tiempo, pero la saliva de los vampiros incluso tiene propiedades curativas.

[8] Es un postre judío cuya masa está hecha con queso crema. También se le llama "galletitas enrolladas".

Aumenta su número de glóbulos rojos, los hace más fuertes y saludables, y los hace vivir más tiempo. Ese el por qué no es contra la Ley que un vampiro se alimente de un humano. No les hace daño realmente. Por supuesto de vez en cuando un vampiro decide que quiere más que un bocadillo, quiere un subyugado; y entonces comenzará a alimentar a su humano mordido con pequeñas cantidades de sangre de vampiro, sólo para mantenerlo dócil, para mantenerlo conectado a su amo. Los subyugados adoran a sus amos, y aman servirles. Todo lo que quieren es estar cerca de ellos. Al igual que tú cuando volviste al Dumont. Eras atraído hacia el vampiro cuya sangre habías consumido."

"Raphael," dijo Simon con su voz desolada. "No siento un ansia quemante de estar con él estos días, déjame decirte."

"No, eso desaparece cuando te conviertes en un vampiro completo. Sólo son los subyugados los que adoran a sus señores y no pueden desobedecerlos. ¿No lo ves? Cuando volviste al Dumont, el clan de Raphael te drenó, y tú moriste, y luego te convertiste en un vampiro. Pero si no te hubieran drenado, si en cambio te hubieran dado más sangre de vampiro, eventualmente te hubieras convertido en un subyugado."

"Eso es muy interesante," dijo Simon. "Pero eso no explica por qué nos están mirando."

Isabelle los volvió a mirar. "Te están mirando a ti. Tal vez su amo murió y están buscando otro vampiro que los posea. Podrías tener mascotas." Sonrió.

"O," dijo Simon, "tal vez están aquí por los hash browns[9]."

"Los humanos subyugados no comen comida. Viven de una mezcla de sangre de vampiro y sangre de animal. Los mantiene en un estado de animación suspendida. No son inmortales, pero envejecen muy lentamente."

"Desgraciadamente," dijo Simon, mirándolos, "no parecen conservar sus looks."

Isabelle se enderezó. "Y vienen hacia aquí. Supongo que averiguaremos que quieren."

Los humanos subyugados se movieron como si estuvieran sobre ruedas. No parecían estar dando pasos, sino que parecían deslizarse hacia adelante sin hacer ruido. Sólo les tomó segundos cruzar el restaurant; para el momento en que se acercaron a la mesa de Simon, Isabelle había sacado de repente la daga afilada como pinzón de la parte superior de su bota. Yacía a través de la mesa, brillando bajo las luces fluorescentes del restaurant. Era de plata oscura y pesada, con cruces grabadas a ambos lados de la empuñadura. La mayoría de

[9] Se llama ***hash browns*** o ***hashed browns*** a una receta simple de patata en la que los trozos de patata se fríen en una sartén después de ser cortados en tiras, juliana, dados o bien triturados. En algunas regiones, el término puede aludir a cualquiera de estas variantes, mientras en otras se refiere solo a una concreta. En partes del Reino Unido, las *hash browns* son sobras de puré de patatas fritas. Las *hash browns* son un desayuno básico en los *diners* estadounidenses, donde a menudo se fríen en grandes planchas.

las armas que repelían vampiros parecían llevar cruces, en la presunción, pensaba Simon, de que la mayoría de los vampiros eran cristianos. ¿Quién sabía que seguir una religión minoritaria podría ser tan conveniente?

"Eso es suficientemente cerca," dijo Isabelle, cuando los dos subyugados se detuvieron junto a la mesa, sus dedos a pulgadas de la daga. "Expongan su asunto, ustedes dos."

"Cazadores de Sombras." Habló la criatura de la izquierda en un susurro silbante. "No sabíamos de ustedes en esta situación."

Isabelle elevó una delicada ceja. "¿Y cuál situación sería esa?"

El segundo subyugado señaló con un dedo grande y largo a Simon. La uña en el final era amarillenta y afilada. "Tenemos transacciones con el Daylighter."

"No, no las tienen," dijo Simon. "No tengo idea de quienes son ustedes. Nunca los había visto antes."

"Soy el Sr. Walker," dijo la primera criatura. "Junto a mí está el Sr. Archer. Servimos al vampiro más poderoso en la Ciudad de Nueva York. Al jefe del clan más grande de Manhattan."

"Raphael Santiago," dijo Isabelle. "En eso deberías saber que Simon no es parte de ningún clan. Es un agente libre."

El Sr. Walker sonrió levemente. "Mi amo estaba esperando que esa fuera una situación que pudiera ser alterada."

Simon encontró los ojos de Isabelle a través de la mesa. Ella se encogió de hombros. "¿No te dijo Raphael que quería que te mantuvieras *alejado* del clan?"

"Tal vez cambió de opinión," sugirió Simon. "Sabes como es él. De humor cambiante. Inconstante."

"No podría saberlo. No lo he visto realmente desde esa vez que amenacé con matarlo con un candelabro. Sin embargo, lo tomó bien, no retrocedió."

"Fantástico," dijo Simon. Los dos subyugados lo estaban mirando fijamente, sus ojos eran de un pálido gris blanquecino, como nieve sucia. "Si Raphael me quiere en el clan, es porque quiere algo de mí. También pueden decirme lo que es."

"No estamos al tanto de los planes de nuestro amo," dijo el Sr. Archer en un tono altivo.

"No jugaremos a los dados, entonces," dijo Simon. "No iré."

"Si no deseas venir con nosotros, estamos autorizados a usar la fuerza para llevarte."

La daga pareció saltar a la mano de Isabelle; o al menos ella apenas pareció moverse, y aún así estaba sosteniéndola. La hizo girar ligeramente. "No haría eso si fuera ustedes."

El Sr. Archer le mostró los dientes. "¿Desde cuando los hijos del Ángel se han vuelto los guardaespaldas de los Submundos aislados? Te había creído por encima de ese tipo de asuntos, Isabelle Lightwood."

"No soy una guardaespaldas," dijo Isabelle. "Soy su novia. Lo que me da el derecho de patear sus traseros si lo molestan. Así es como funciona."

¿Novia? Simon estaba lo suficientemente sobresaltado para mirarla sorprendido, pero ella estaba mirando a los dos subyugados, sus ojos oscuros destellaban. Por un lado, no creía que Isabelle se hubiera referido a si misma como su novia, nunca. Por otro lado, era sintomático cuan extraña se había vuelto su vida de que esa fuera la cosa que más lo había sorprendido esta noche, bastante más que el hecho de acabara de ser convocado a una reunión por el vampiro más poderoso en Nueva York.

"Mi amo," dijo el Sr. Walker, en lo que probablemente pensaba era un tono tranquilizador, "tiene una proposición que hacerle al Daylighter…"

"Su nombre es Simon. Simon Lewis."

"Para hacerle al Sr. Lewis. Puedo prometerte que al Sr. Lewis le resultará más ventajoso si está dispuesto a acompañarnos y a escuchar a mi amo. Juro ante el honor de mi amo que ningún daño vendrá a ti, Daylighter, y que si deseas rechazar la oferta de mi amo, tienes la opción libre de hacerlo."

Mi amo, mi amo. El Sr. Walker decía las palabras con una mezcla de adoración y temor.

Simon se estremeció un poco interiormente. Qué horrible estar tan ligado a alguien más, y no tener voluntad propia y verdadera.

Isabelle estaba sacudiendo la cabeza; moduló "no" hacia Simon. Probablemente tenía razón, pensó él. Isabelle era una excelente Cazadora de Sombras. Había estado cazando demonios y Submundos quebrantadores de la ley—vampiros aislados, brujos practicantes de magia negra, hombres lobos que habían corrido salvajes y se habían comido a alguien—desde que tenía doce años, y probablemente era mejor en lo que hacía que cualquier otro Cazador de Sombras a su edad, con la excepción de su hermano Jace. Y había sido Sebastian, pensó Simon, quien había sido mejor que ellos dos. Pero él estaba muerto.

"Está bien," dijo él. "Iré."

Los ojos de Isabelle rodaron. "¡Simon!"

Ambos subyugados frotaron sus manos, como villanos en un libro cómico. El gesto en si mismo no fue lo espeluznante en realidad; fue que lo hicieron exactamente al mismo tiempo y de la misma forma, como si fueran marionetas cuyos hilos fueran tirados al unísono.

"Excelente," dijo el Sr. Archer.

Isabelle golpeó el cuchillo sobre la mesa con un traqueteo y se inclinó hacia adelante, su brillante cabello negro cepillando la superficie de la mesa. "Simon," dijo en un susurro apremiante. "No seas estúpido. No hay ninguna razón para que vayas con ellos. Y Raphael es un idiota."

"Raphael es un maestro vampiro," dijo Simon. "Su sangre me hizo un vampiro. Él es mi… como sea que lo llamen."

"Padre, creador, engendrador—hay millones de nombres para lo que él hizo," dijo Isabelle distraídamente. "Y tal vez su sangre te hizo un vampiro, pero no te hizo un Daylighter." Sus ojos se encontraron con los de él a través de la mesa. Jace te hizo un Daylighter. Pero ella nunca lo diría en voz alta; sólo había unas pocas personas de ellos que sabían la verdad, la historia completa detrás de lo que era Jace, y lo que Simon era debido a ello. "No tienes que hacer lo que él dice."

"Por supuesto que no tengo," dijo Simon, bajando la voz. "Pero si me niego a ir, ¿crees que Raphael sólo renunciará? No lo hará. Seguirá viniendo tras de mí." Lanzó una mirada de reojo a los subyugados; parecían estar de acuerdo, aunque podría haber estado imaginándolo. "Me fastidiarán en todos lados. Cuando estoy fuera, en la escuela, en la casa de Clary…"

"¿Y qué? ¿Clary no puede manejarlo?" Isabelle lanzó las manos hacia arriba. "Está bien. Al menos dejarme ir contigo."

"Por supuesto que no," la cortó el Sr. Archer. "Este no es un asunto para los Cazadores de Sombras. Esta es una cuestión de los Hijos de la Noche."

"No permitiré…"

"La Ley nos da el derecho de manejar nuestros negocios en privado." El Sr. Walker habló con rigidez. "Con nuestra propia especie."

Simon los miró. "Dennos un momento, por favor," dijo. "Quiero hablar con Isabelle."

Hubo un momento de silencio. Alrededor de ellos la vida del restaurante continuaba. El lugar estaba consiguiendo su acometida nocturna mientras el cine una manzana más abajo daba salida, y las camareras se apresuraban, llevando platos humeantes de comida a los clientes; las parejas se reían y charlaban en las mesas cercanas; los cocineros gritaban

órdenes a los demás detrás del mostrador. Nadie los miraba o reconocía que algo extraño estaba pasando. Simon estaba acostumbrado a los glamours ahora, pero no podía evitar el sentimiento a veces, cuando estaba con Isabelle, de que estaba atrapado detrás de un muro invisible de cristal, aislándolo del resto de la humanidad y la rutina diaria de asuntos.

"Muy bien," dijo el Sr. Walker, retrocediendo. "Pero a mi amo no le gusta que le hagan esperar."

Se retiraron hacia la puerta, aparentemente inafectados por las ráfagas de aire frío cada vez que alguien entraba o salía, y se pararon ahí como estatuas. Simon se giró hacia Isabelle. "Está bien," dijo. "No me harán daño. *No pueden* hacerme daño. Raphael sabe todo acerca de..." Gesticuló incómodo hacia su frente. "Esto."

Isabelle se estiró a través de la mesa y echó su cabello hacia atrás, su toque más clínico que gentil. Estaña frunciendo el ceño. Simon había mirado la Marca las veces suficientes por si mismo, en el espejo, para saber bien cómo lucía. Como si alguien hubiera pasado un delgado pincel y hubiera dibujado un diseño simple en su frente, justo por encima y entre sus ojos. La forma de ésta parecía cambiar a veces, como las imágenes móviles encontradas en las nubes, pero era siempre clara y negra y de alguna forma de aspecto peligroso, como una señal de advertencia garabateada en otro idioma.

"¿Realmente... funciona?" susurró ella.

"Raphael piensa que funciona," dijo Simon. "Y no tengo ninguna razón para creer que no lo hace." Cogió su muñeca y la alejó de su rostro. "Estaré bien, Isabelle."

Ella suspiró. "Cada parte de mi entrenamiento dice que esto no es una buena idea."

Simon apretó sus dedos. "Vamos. Tienes curiosidad acerca de lo que quiere Raphael, ¿no?"

Isabelle le dio unas palmaditas en la mano y se echó hacia atrás. "Cuéntamelo todo cuando vuelvas. Llámame primero."

"Lo haré." Simon se puso de pie, cerrando la cremallera de su chaqueta. "Y hazme un favor, ¿lo harás? Dos favores, de hecho."

Ella lo miró con diversión vigilante. "¿Qué?"

"Clary dijo que estaría entrenando en el Instituto esta noche. Si te encuentras con ella, no le digas donde fui. Se preocupará sin ningún motivo."

Isabelle rodó sus ojos. "Muy bien, bueno. ¿El segundo favor?"

Simon se inclinó y la besó en la mejilla. "Prueba el borscht antes de irte. Es fantástico."

El Sr. Walker y el Sr. Archer no eran la compañía más habladora. Condujeron a Simon silenciosamente a través de las calles del Lowers East Side, manteniéndose varios pasos por delante de él con su extraño ritmo de deslizamiento. Se estaba haciendo tarde, pero las aceras de la ciudad estaban llenas de gente—saliendo de un turno de noche, apresurándose a casa después de cenar, cabezas abajo, cuellos hacia arriba contra el duro viento frío. En St. Mark's Place había mesas de juego instaladas a lo largo de la acera, vendiendo de todo, desde calcetines baratos a bocetos a lápiz de Nueva York, a humo de incienso de sándalo. Las hojas crujían a través del pavimento como huesos secos. El aire olía como el tubo de escape de los coches mezclado con sándalo, y bajo eso, el olor de los seres humanos— piel y sangre.

El estómago de Simon se apretó. Intentaba mantener suficientes botellas de sangre animal en su habitación—tenía un pequeño refrigerador en la parte trasera de su ropero ahora, donde su madre no podría verlo—para evitar tener hambre. La sangre era repugnante. Había pensado que se acostumbraría a ella, incluso que comenzaría a quererla, pero aunque mataba su sensación de hambre, no había nada en ella que disfrutara de la forma en que había disfrutado el chocolate o los burritos vegetarianos o el helado de café. Seguía siendo sangre.

Pero tener hambre era peor. Tener hambre significaba que podía oler cosas que no quería oler—la sal en la piel; el maduro y dulce olor de la sangre exudando de los poros de extraños. Lo hacía sentir hambriento y retorcido y totalmente equivocado. Encorvándose, metió los puños en los bolsillos de su chaqueta e intentó respirar a través de la boca.

Giraron a la derecha en la Tercera Avenida, y se detuvieron en frente de un restaurant cuyo cartel decía CAFÉ ENCLAUSTRADO. JARDÍN ABIERTO TODO EL AÑO. Simon parpadeó hacia el letrero. "¿Qué estamos haciendo aquí?"

"Este es el lugar de reunión que ha elegido nuestro amo." El tono de voz del Sr. Walker fue suave.

"Huh." Simon estaba perplejo. "Habría pensado que el estilo de Raphael era más de, ya sabes, organizar encuentros en lo alto de una catedral sin consagrar, o abajo en alguna cripta llena de huesos. Nunca me pareció del tipo de restaurant de moda."

Ambos subyugados se quedaron mirándolo. "¿Hay algún problema, Daylighter?" preguntó finalmente el Sr. Archer.

Simon se sintió oscuramente regañado. "No. No hay problema."

El interior del restaurant estaba oscuro, con una barra de mármol a lo largo de una pared. Ningún servidor o mesero se acercó a ellos mientras se abrían paso a través de la habitación hacia la puerta en la parte trasera, y a través de la puerta al jardín.

Muchos restaurants de Nueva York tenían terrazas de jardines; pocas estaban abiertas tan tarde en el año. Esta estaba en un patio entre varios edificios. Las paredes habían sido pintadas con murales trampantojos[10] mostrando jardines italianos llenos de flores. Los árboles, cuyas hojas se volvían doradas y rojizas con el otoño, estaban ensartados con cadenas de luces blancas, y las ardientes lámparas diseminadas entre las mesas despedían un resplandor rojizo. Una pequeña fuente salpicaba musicalmente en el centro del patio.

Sólo una mesa estaba ocupada, y no por Raphael. Una mujer delgada con un sombrero de ala ancha se sentaba a la mesa cerca a la pared. Mientras Simon observaba perplejo, ella levantó una mano y la agitó hacia él. Él se giró y miró detrás de él; por supuesto, no había nadie. Walker y Archer comenzaron a moverse; perplejo, Simon los siguió cuando cruzaron el patio y se detuvieron a pocos pies de donde se sentaba la mujer.

Walker hizo una profunda reverencia. "Ama," dijo.

La mujer sonrió. "Walker," dijo. "Y Archer. Muy bien. Gracias por traerme a Simon."

"Esperen un segundo." Simon miró de la mujer a los dos subyugados y de vuelta. "Usted no es Raphael."

"Dios mío, no." La mujer se sacó su sombrero. Una enorme cantidad de cabello rubio plateado, brillante bajo las luces de Navidad, se derramó por sus hombros. Su rostro era liso y blanco y ovalado, muy hermoso, dominado por enormes ojos verde pálido. Usaba largos guantes negros, una blusa de seda negra y falda de tubo, y un pañuelo negro atado alrededor de su garganta. Era imposible determinar su edad—o al menos qué edad debía tener cuando había sido convertida en vampiro.

"Soy Camille Belcourt. Encantada de conocerte." Extendió una mano enguantada de negro.

"Me dijeron que me encontraría con Raphael Santiago aquí," dijo Simon, sin estirarse a estrecharla. "¿Trabaja para él?"

Camille Belcourt se rió como una fuente ondulándose. "¡Desde luego que no! Aunque hubo una vez en que él trabajo para mí."

Y Simon recordó. Pensé que el jefe de los vampiros era alguien más, le había dicho a Raphael una vez, en Idris, se sentía como hace siempre.

Camille aún no ha regresado a nosotros, había contestado Raphael. Lidero en su lugar.

[10] Un **trampantojo** (o «trampa ante el ojo», también llamado *trompe l'œil*, expresión francesa que significa que «engaña el ojo») es una técnica pictórica que intenta engañar la vista jugando con la perspectiva y otros efectos ópticos. Los trampantojos suelen ser pinturas murales realistas creadas deliberadamente para ofrecer una perspectiva falsa.

"Usted es la líder de los vampiros," dijo Simon. "Del clan de Manhattan." Se giró hacia los subyugados. "Me engañaron. Me dijeron que me estaba encontrando con Raphael."

"Te dije que te encontrarías con nuestro amo," dijo el Sr. Walker. Sus ojos eran vastos y vacíos, tan vacíos que Simon se preguntó si incluso habían querido engañarlo, o si simplemente estaban programados como robots para decir lo que fuera que su amo les dijo que dijeran, y no eran conscientes de las desviaciones del guión. "Y aquí está ella."

"En efecto." Camille destelló una brillante sonrisa hacia sus subyugados. "Por favor déjennos, Walker, Archer. Necesito hablar con Simon a solas." Hubo algo en la forma en que lo dijo—tanto su nombre, como la palabra 'a solas'— que fue como un secreto halagador.

Los subyugados se inclinaron y se retiraron. Cuando el Sr. Archer giró para alejarse, Simon captó un vistazo de una marca en el lado de su garganta, un profundo moretón, tan oscuro que parecía pintado, con dos puntos más oscuros en el interior. Los puntos más oscuros eran pinchazos, rodeados de carne seca e irregular. Simon sintió un estremecimiento pasar a través de él

"Por favor," dijo Camille, y palmeó el asiento a su lado. "Siéntate. ¿Te gustaría algo de vino?"

Simon se sentó, posándose incómodamente en el borde de la dura silla de metal. "No bebo realmente."

"Por supuesto," dijo ella, toda simpatía. "Eres apenas un novato, ¿no? No te preocupes mucho. Con el tiempo te entrenarás a ti mismo a ser capaz de consumir vino y otras bebidas. Algunos de los más viejos de nuestra clase pueden consumir comida humana con pocos efectos perjudiciales."

¿Pocos efectos perjudiciales? A Simon no le gustaba como sonaba eso. "¿Va a tomar mucho tiempo?" preguntó, mirando intencionadamente a su celular, el cual le dijo que era después de las diez treinta. "Tengo que ir a casa."

Camille tomó un sorbo de su vino. "¿Tienes que? ¿Y por qué es eso?"

Porque mi mamá me está esperando. Okay, no había razón alguna para que esta mujer necesitara saber eso. "Interrumpió mi cita," dijo. "Sólo me estaba preguntado qué era tan importante."

"¿Aún vives con tu madre, cierto?" dijo, bajando su copa. "Bastante extraño, ¿no?, un poderoso vampiro como tu negándose a dejar casa para unirse a un clan"

"Así que interrumpe mi cita para burlarse de que sigo viviendo con mis padres. ¿No pudo haber hecho eso en una noche que no hubiera tenido una cita? Eso es la mayoría de las noches, en caso de que tenga curiosidad."

"No estoy burlándome de ti, Simon." Pasó su lengua por su labio inferior como si estuviera probando el vino que acababa de beber. "Quiero saber por qué no te has convertido en parte del clan de Raphael."

Lo que es lo mismo que tu clan, ¿no? "Tengo el fuerte sentimiento de que él no quiere que sea parte de él," dijo Simon. "Me dejó claro que me dejaría tranquilo si yo lo dejaba tranquilo. Así que lo dejé tranquilo."

"Lo hiciste." Sus ojos verdes brillaron.

"Nunca quise ser un vampiro," dijo Simon, medio preguntándose por qué le estaba contando esas cosas a esta mujer desconocida. "Quería una vida normal. Cuando descubrí que era un Daylighter, pensé que podía tener una. O al menos algo aproximado a una. Puedo ir a la escuela, puedo vivir en casa, puedo ver a mi mamá y a mi hermana…"

"Tanto como no comas en frente de ellas," dijo Camille. "Tanto como escondas tu necesidad por sangre. Nunca te has alimentado de alguien puramente humano, ¿no? Sólo bolsas de sangre. Vencida. Animal." Arrugó la nariz.

Simon pensó en Jace, y empujó lejos el pensamiento precipitadamente. Jace no era precisamente humano. "No, no lo hecho."

"Lo harás. Y cuando lo hagas, no lo olvidarás." Ella se inclinó hacia adelante, y su pálido cabello rozó su mano. "No puedes ocultar tu verdadero yo para siempre."

"¿Qué adolescente no le miente a sus padres?" dijo Simon. "De todas formas, no veo por qué le importa. De hecho, sigo sin estar seguro de por qué estoy aquí."

Camille se inclinó hacia adelante. Cuando lo hizo, el escote de su blusa de seda negra se abrió. Si Simon hubiera seguido siendo humano, se hubiera sonrojado. "¿Me dejarás verla?"

Simon realmente pudo sentir sus ojos saltar. "¿Ver qué?"

Ella sonrió. "La Marca, niño tonto. La Marca del Hombre Errante."

Simon abrió su boca luego la cerró de nuevo. ¿Cómo lo sabía? Muy pocas personas sabían de la Marca que Clary le había hecho en Idris. Raphael había indicado que era una cuestión de secreto mortal, y Simon lo había tratado como tal.

Pero los ojos de Camille eran muy verdes y firmes y por alguna razón quería hacer lo que ella quería que hiciera. Era algo acerca de la forma en que lo miraba, algo en la música en su voz. Él levantó la mano y empujó su cabello a un lado, desnudando su frente para su inspección.

Los ojos de ella se ampliaron, sus labios separándose. Ligeramente tocó su garganta con sus dedos, como si revisara la no existencia de pulso allí. "Oh," dijo. "Cuan afortunado eres, Simon. Cuan afortunado."

"Es una maldición," dijo él. "No una bendición. Sabe eso, ¿cierto?"

Sus ojos centellearon. "'Y Caín le dijo al Señor, Mi castigo es más grande de lo que puedo soportar.' ¿Es más de lo que puedes soportar, Simon?"

Simon se echó hacia atrás, dejando que su cabello cayera de vuelta a su lugar. "Puedo soportarlo."

"Pero no quieres." Pasó un dedo enguantado por el borde su copa de vino, sus ojos aún fijos en él. "¿Qué pasa si puedo ofrecerte una forma de convertir lo que tú consideras una maldición en una ventaja?"

Diría que finalmente estás llegando a la razón de por qué me trajiste aquí, lo cual es un comienzo. "Estoy escuchando."

"Reconociste mi nombre cuando te lo dije," dijo Camille. "Raphael me había mencionado antes, ¿no?"

Ella tenía un acento, muy débil, que Simon no podía ubicar. "Él dijo que era la líder del clan y que él sólo los estaba liderando mientras usted no estaba. Interviniendo como… como un vicepresidente o algo."

"Ah." Mordió suavemente su labio inferior. "Eso, de hecho, no es muy cierto. Me gustaría contarte la verdad, Simon. Me gustaría hacerte una oferta. Pero primero tienes que darme tu palabra en algo."

"¿Y qué es eso?"

"Que todo lo que pase entre nosotros esta noche, aquí, permanezca en secreto. Nadie puede saber. Ni tu pequeña amiga pelirroja, Clary. Ninguna de tus amiguitas. Ninguno de los Lightwoods. Nadie."

Simon se echó atrás. "¿Y qué pasa si no quiero prometerlo?"

"Entonces puedes irte, si quieres," dijo. "Pero entonces nunca sabrás que deseaba decirte. Y esa será una pérdida que lamentarás."

"Soy curioso," dijo Simon. "Pero no estoy seguro de ser tan curioso."

Sus ojos mostraron una pequeña chispa de sorpresa y diversión y tal vez, pensó Simon, incluso un poco de respeto. "Nada de lo que tengo que decirte les concierne a ellos. No afectará su seguridad, o su bienestar. El secretismo es por mi propia protección."

Simon la miró sospechosamente. ¿Quería decirlo? Los vampiros no eran como las hadas, quienes no podían mentir. Pero tenía que admitir que sentía curiosidad. "Está bien. Conservaré su secreto, a menos que crea que algo de lo que diga esté poniendo a mis amigos en peligro. Entonces todas las apuestas están fuera."

Su sonrisa fue helada; él podía decir que no le gustaba que no le creyeran. "Muy bien," dijo ella. "Supongo que tengo pocas opciones cuando necesito tanto tu ayuda." Se inclinó hacia adelante, una delgada mano jugando con el pie de su copa de vino. "Hasta bastante recientemente dirigía el clan de Manhattan, felizmente. Teníamos hermosas habitaciones en un viejo edificio de antes de la guerra en el Upper West Side, no ese agujero de ratas de hotel en el que Santiago mantiene a mi gente ahora. Santiago —Raphael, como tú lo llamas—era mi segundo al mando. Mi más leal ayudante —o eso pensaba. Una noche descubrí que él estaba asesinando humanos, conduciéndolos a ese antiguo hotel en el Harlem Español y bebiendo su sangre por su entretenimiento. Dejando sus huesos en los contenedores afuera. Tomando estúpidos riesgos, quebrando la Ley del Convenio." Tomó un trago de vino. "Cuando fui a confrontarlo, me di cuenta de que le había dicho al resto del clan que yo era una asesina, la que quebró la ley. Todo fue un montaje. Quería matarme, para poder tomar el poder. Huí, sólo con Walker y Archer para mantenerme segura."

"¿Así que todo este tiempo él ha afirmado que sólo está liderando hasta su retorno?"

Ella hizo una cara. "Santiago es un mentiroso consumado. Desea que vuelva, eso es seguro—así puede asesinarme y hacerse cargo del clan en serio."

Simon no estaba seguro de lo que ella quería oír. No estaba acostumbrado a que mujeres adultas lo miraran con grandes ojos llenos de lágrimas, o que le derramaran las historias de sus vidas. "Lo siento," dijo finalmente.

Ella se encogió de hombros, un encogimiento de hombros muy expresivo que le hizo preguntarse si tal vez su acento era francés. "Está en el pasado," dijo. "He estado escondiéndome en Londres todo este tiempo, buscando aliados, esperando mi hora. Entonces oí de ti." Alzó una mano. "No puedo decirte como; estoy obligada a guardar el secreto, pero en el momento en que lo hice, me di cuenta de que eras lo que había estado esperando."

"¿Lo era? ¿Lo soy?"

Ella se inclinó y tocó su mano. "Raphael está asustado de ti, Simon, como debería estarlo. Eres uno de los suyos, un vampiro, pero no puedes ser lastimado o asesinado; él no puede levantar un dedo contra ti sin derribar la furia de Dios sobre su cabeza."

Hubo un silencio. Simon podía oír el suave zumbido eléctrico de las luces de Navidad sobre su cabeza, el agua chapoteando en la fuente de piedra en el centro del patio, el susurro y zumbido de la ciudad. Cuando habló, su voz fue suave. "Lo dijiste."

"¿Qué cosa, Simon?"

"La palabra. La furia de…" La palabra taladró y quemó en su boca, como siempre lo hacía.

"Sí. Dios." Retiró su mano, pero sus ojos eran cálidos. "Hay muchos secretos sobre nuestra especie, tanto que puedo contarte, mostrarte. Aprenderás que no estás maldito."

"Señora…"

"Camille. Tienes que llamarme Camille."

"Sigo sin entender qué quieres de mí."

"¿No?" Sacudió la cabeza, y su brillante cabello voló alrededor de su rostro. "Quiero que te unas a mí, Simon. Únete a mí contra Santiago. Caminaremos juntos dentro de su hotel infestado de ratas; en el momento en que sus seguidores vean que estás conmigo, lo dejarán y vendrán a mí. Creo que son leales a mí bajo su miedo a él. Una vez que nos vean juntos, ese miedo se habrá ido, y ellos vendrán a nuestro lado. El hombre no puede combatir lo divino."

"No lo sé," dijo Simon. "En la Biblia, Jacob luchó con un ángel, y ganó."

Camille lo miró con las cejas arqueadas.
Simon se encogió de hombros. "Escuela Hebrea."

"'Y Jacob gritó el nombre del lugar Peniel: porque he visto a Dios cara a cara.' Verás, no eres el único quien conoce tu escritura." Su mirada estrecha se había ido, y estaba sonriendo. "Puede que no lo notes, Daylighter, pero tanto como soportes la Marca, eres el brazo vengador del cielo. Nadie puede ponerse ante ti. Ciertamente ningún vampiro."

"¿Me temes?" preguntó Simon.

Lamentó casi inmediatamente el haberlo hecho. Sus ojos verdes se oscurecieron como nubes de tormenta. "¿Yo, temerte a ti?" Luego se contuvo a sí misma, su rostro suavizándose, su expresión iluminándose. "Por supuesto que no," dijo ella. "Eres un hombre inteligente. Estoy convencida de que verás la sabiduría de mi propuesta y te unirás a mí."

"¿Y cuál es tu propuesta exactamente? Quiero decir, entiendo la parte donde nos enfrentamos a Raphael, ¿pero después de eso? Realmente no odio a Raphael, o quiero deshacerme de él sólo por deshacerme de él. Él me deja tranquilo. Eso es todo lo que he querido alguna vez."

Juntó las manos en frente. Llevaba un anillo de plata con una piedra azul en él en su dedo medio izquierdo, sobre la tela de su guante. "Crees que eso es lo que quieres, Simon. Crees que Raphael está haciéndote un favor al dejarte tranquilo, como dijiste. En realidad está exiliándote. Justo ahora crees que no necesitas a los otros de tu clase, estás contento con los amigos que tienes —humanos y Cazadores de Sombras. Estás contento con esconder botellas de sangre en tu habitación y mentirle a tu madre acerca de lo que eres."

"¿Cómo…?"

Ella continuó, ignorándolo. "¿Pero qué pasará en diez años, cuando se suponga que tengas que tener veintiséis? ¿Y en veinte años? ¿Treinta? ¿Crees que nadie notará que mientras ellos envejecen y cambian, tú no lo haces?"

Simon no dijo nada. No quería admitir que no había pensado tan lejos. "Raphael te ha enseñado que otros vampiros son un veneno para ti. Pero no tiene que ser de esa forma. La eternidad es un largo tiempo para pasarla solo, sin otros de tu tipo. Otros quienes entiendan. Puedes ser amigo de los Cazadores de Sombras, pero nunca serás de ellos. Siempre estarás fuera, serás el otro. Con nosotros podrás pertenecer." Cuando se inclinó hacia adelante, luz blanca centelleó de su anillo, haciendo escocer los ojos de Simon. "Tenemos miles de años de conocimientos que podemos compartir contigo, Simon. Podrías emprender como mantener tu secreto, como comer y beber, como decir el nombre de Dios. Raphael te ha ocultado cruelmente esta información, incluso te llevó a creer que no existe. Lo hace. Puedo ayudarte."

"Si te ayudo primero," dijo Simon.

Ella sonrió, y sus dientes eran blancos y afilados. "Nos ayudaremos el uno al otro."

Simon se inclinó hacia atrás. La silla de hierro era dura e incómoda, y repentinamente se sintió cansado. Mirando sus manos, podía ver que las venas se habían oscurecido, como telas de arañas a través de la parte trasera de sus nudillos. Necesitaba sangre. Necesitaba hablar con Clary. Necesitaba tiempo para pensar.

"Te he sorprendido," dijo ella. "Lo sé. Es un gran trato que aceptar. Estaré feliz de darte tanto tiempo como necesites para tomar tu decisión acerca de esto, y acerca de mí. Pero no tenemos mucho tiempo, Simon. Mientras permanezca en esta ciudad, estoy en peligro de Raphael y sus cohortes."

"¿Cohortes?" A pesar de todo, Simon sonrió ligeramente.

Camille pareció desconcertada. "¿Si?"

"Bueno, es sólo... 'Cohortes.' Es como decir 'malhechores' o 'secuaces.'" Lo miró en blanco. Simon suspiró.

"Lo siento. Probablemente no has visto tantas películas malas como yo."

Camille frunció el ceño levemente, una línea muy fina apareciendo entre sus cejas. "Me dijeron que eras ligeramente peculiar. Tal vez es sólo que no conozco muchos vampiros de tu generación. Pero eso será bueno para mí, siento, estar alrededor de alguien tan… joven."

"Sangre nueva," dijo Simon.

A eso ella sonrió. "¿Estás listo entonces? ¿Para aceptar mí oferta? ¿Para trabajar juntos?"

Simon alzó la mirada al cielo. Las cuerdas de luces blancas parecían borrar las estrellas. "Mira," dijo, "Aprecio tu oferta. Realmente lo hago." Mierda, pensó. Tenía que haber alguna forma de decir esto sin sonar como si estuviera rechazando una cita para el baile. "Estoy realmente, realmente halagado de que me lo pidieras, pero..." Camille, como Raphael, siempre habló rígidamente, formalmente, como si estuviera en un cuento de hadas. Tal vez pudiera intentar eso. Dijo, "Necesito algo de tiempo para tomar mi decisión. Estoy seguro de que entiendes."

Muy delicadamente, ella sonrió, mostrando sólo las puntas de sus colmillos. "Cinco días," dijo. "Y no más." Extendió su mano enguantada hacia él. Algo brilló en su palma. Era un pequeño vial de cristal, del tamaño que podía contener una muestra de perfume, sólo que parecía estar llena de café en polvo. "Tierra de tumba," explicó. "Aplasta esto, y sabré que estás convocándome. Si no me convocas dentro de cinco días enviaré a Walker por tu respuesta."

Simon tomó el vial y lo deslizó en su bolsillo. "¿Y si la respuesta es no?"

"Entonces estaré decepcionada. Pero seremos amigos en parte." Empujó su copa de vino. "Adiós, Simon."

Simon se puso de pie. La silla hizo un sonido chirriante y metálico como si se arrastrara sobre el suelo, demasiado fuerte. Sintió como si debiera decir algo más, pero no tenía idea de qué. Por el momento, pensó, pareció ser despedido. Decidió que más bien parecía uno de esos raros vampiros modernos con malos modales que se arriesgan a ser arrastrados de nuevo en la conversación. Se fue sin decir nada más.

En su camino de vuelta a través del restaurant, pasó a Walker y Archer, quienes estaban de pie junto al gran bar de madera, sus hombros encorvados bajo sus largos abrigos. Sintió la fuerza de sus miradas en él mientras pasaba y meneó sus dedos hacia ellos—un gesto en algún lugar entre un adiós amistoso y un beso de despedida. Archer desnudó los dientes—dientes planos, humanos—y salió pasándolo para custodiar el jardín, Walker en sus talones. Simon observó como tomaban sus lugares en sillas al otro lado de Camille; ella no alzó la vista cuando ellos se sentaron, pero las luces blancas que habían iluminado el jardín se apagaron repentinamente—no una por una, sino que todas al mismo tiempo—dejando a Simon mirando un desorientado cuadro de oscuridad, como si alguien hubiera apagado las estrellas. Para el momento en que los meseros lo notaron y se apresuraron al exterior para arreglar el problema, inundando el jardín con la pálida luz otra vez. Camille y sus humanos subyugados había desaparecido.

Simon abrió la puerta frontal de su casa—una de una larga cadena de casas de fachadas ladrillo idénticas que se alineaban en su block de Brooklyn—y la abrió suavemente, aguzando el oído. Le había dicho a su madre que iba a ir a practicar con Eric y sus otros compañeros de banda para un concierto el sábado.

Había habido un tiempo cuando ella simplemente le hubiera creído, y eso habría sido todo. Elaine Lewis siempre había sido una madre relajada, nunca imponiendo un toque de queda ni en Simon o su hermana o insistente en que estuvieran temprano en casa en una noche de escuela. Simon estaba acostumbrado a estar fuera hasta las tantas con Clary, entrando con su llave, y colapsando en su cama a las dos de la mañana, comportamiento que no había entusiasmado mucho comentario de su madre.

Las cosas eran diferentes ahora. Había estado en Idris, el país hogar de los Cazadores de Sombras, por casi dos semanas. Había desaparecido de casa, sin oportunidad de ofrecer una excusa o explicación. El brujo Magnus Bane había entrado y había intervenido y realizado un hechizo de memoria en la madre de Simon así que ahora ella no tenía recuerdos de que había desaparecido en absoluto. O al menos, recuerdos no conscientes. Sin embargo, su comportamiento había cambiado. Estaba suspicaz ahora, cerniéndose, siempre observándolo, insistiendo en que estuviera en casa a ciertas horas. La última vez que había vuelto de una cita con Maia, había encontrado a Elaine en el vestíbulo, sentada en una silla frente a la puerta, sus brazos cruzados sobre su pecho y una mirada casi de rabia templada en su rostro.

Esa noche, él había sido capaz de oír su respiración antes de verla. Ahora sólo podía oír el débil sonido de la televisión viniendo de la sala de estar. Debía haberlo esperado, probablemente viendo una maratón de de uno de esos dramas de hospital que a ella le encantaban.

Simon abrió la puerta cerrándola tras él y se inclinó contra ella, intentando reunir su energía para mentir.

Ya era suficientemente duro no comer alrededor de su familia. Por suerte su madre se iba temprano al trabajo y llegaba tarde a casa, y Rebecca, quien iba a la universidad en Nueva Jersey y sólo venía a casa ocasionalmente para lavar su ropa, no estaba alrededor lo suficientemente a menudo para notar nada extraño. Su madre usualmente se iba en la mañana a la hora en que él se levantaba, el desayuno y almuerzo que ella amorosamente preparaba para él quedaba en el mostrador de la cocina. Lo tiraba en un contenedor de basura en su camino a la escuela. La cena era más difícil. En las noches que ella estaba ahí, tenía que empujar su comida alrededor de su plato, fingiendo que no tenía hambre o que quería comer su comida en su habitación así podía comer mientras estudiaba. Una vez o dos había forzado a bajar la comida, sólo para hacerla feliz, y pasado horas en el baño más tarde, sudando y con náuseas hasta que estaba fuera de su sistema.

Odiaba tener que mentirle. Siempre lo había sentido por Clary, con su tensa relación con Jocelyn, la madre más sobreprotectora que él había conocido. Ahora el zapato estaba en el otro pie. Desde la muerte de Valentine, el agarre de Jocelyn sobre Clary se había relajado hasta el punto donde era prácticamente una madre normal. Mientras tanto, cada vez que Simon estaba en casa, podía sentir el peso de la mirada de su madre en él, como una acusación donde quiera que fuera.

Cuadrando sus hombros, dejó caer su bolsa de mensajero junto a la puerta y se dirigió a la sala de estar para enfrentar la música. La televisión estaba encendida, las noticias a todo

volumen. El locutor local estaba presentando una historia de interés humano —un bebé encontrado en un callejón detrás de un hospital en el centro de la ciudad. Simon se sorprendió; su mamá odiaba las noticias. Las encontraba depresivas. Miró hacia el sofá, y su sorpresa se desvaneció. Su madre estaba dormida, sus gafas en la mesa junto a ella, una copa medio vacía en el suelo. Simon podía olerla desde allí —probablemente whisky. Sintió una punzada. Su mamá raramente bebía.

Simon fue a la habitación de su madre y volvió con una manta de punto. Su mamá seguía dormida, su respiración lenta y constante. Elaine Lewis era una mujer pequeña como un pájaro, con un halo de cabello negro rizado y veteado de gris que se negaba a teñir. Trabajaba durante el día para un medio ambiente sin fines de lucro, y la mayoría de su ropa tenía motivos de animales en ella. Justo ahora estaba usando un vestido estampado con delfines y olas, y un pasador que una vez había sido un pez vivo, sumergido en resina. Su ojo lacarado parecía mirar a Simon acusadoramente mientras se inclinaba para meter la manta alrededor de sus hombros.

Ella se movió, espasmódicamente, girando su cabeza lejos de él. “Simon,” susurró. “Simon, ¿dónde estás?”

Afligido, Simon dejó ir la manta y se enderezó. Tal vez debía despertarla, dejarle saber que estaba bien. Pero entonces habría preguntas que no quería responder y esa mirada herida su rostro que no podía soportar. Se giró y fue a su habitación.

Se había tirado bajo las mantas y cogido el teléfono en su mesita de noche, a punto de marcar el número de Clary, antes de siquiera pensar en ello. Se detuvo por un momento, escuchando el tono de marcado. No podía contarle de Camille; había prometido mantener la promesa de la vampira en secreto, y mientras Simon sentía que no le debía mucho a Camille, si había una cosa que había aprendido de los pasados meses, era que renegar de promesas hechas a criaturas sobrenaturales era una mala idea. Sin embargo, quería escuchar la voz de Clary, de la forma en que siempre lo hacía cuando había tenido un día duro. Bueno, siempre se quejaba con ella acerca de su vida amorosa; eso parecía divertirle sin fin.

Rodando sobre la cama, tiró la almohada sobre su cabeza y marcó el número de Clary.

2

Cayendo

"Entonces, ¿Te divertiste esta noche con Isabelle?" Clary, con su teléfono atascado contra su oído, maniobró cuidadosamente para pasar de una larga viga a otra. Las vigas estaban fijadas seis metros arriba en el techo del ático del Instituto, donde la sala de entrenamiento estaba localizada. Caminar por las vigas tenía el propósito de enseñarte cómo equilibrarse. Clary las odiaba. Su miedo a las alturas hacía enfermizo todo el asunto, a pesar del cable flexible atado alrededor de su cintura que se suponía era para evitar golpear el suelo si caía. "¿Ya le has hablado de Maia?"

Simon hizo un ruido débil y evasivo que Clary sabía significaba 'no'. Podía escuchar música en el fondo, podía imaginarlo tirado en su cama, el estéreo tocando suavemente mientras hablaba con ella. Sonaba cansado, ese tipo de cansancio hasta los huesos que ella sabía significaba que su tono ligero no reflejaba su estado de ánimo. Le preguntó si estaba todo bien varias veces al comienzo de la conversación, pero él había espantado su preocupación.

Soltó un bufido. "Estás jugando con fuego, Simon. Espero que sepas eso."

"No lo sé. ¿De verdad piensas que es gran cosa?" Simon sonaba lastimero. "No he tenido una sola conversación con Isabelle—o Maia—acerca de salir exclusivamente."

"Déjame decirte algo acerca de las chicas." Clary se sentó en una viga, dejando sus piernas colgando en el aire. Las ventanas de media luna del ático estaban abiertas, y el aire fresco de la noche se derramaba dentro, enfriando su sudorosa piel. Siempre había pensado que los Cazadores de Sombras entrenaban con su traje de cuero resistente, pero resultó ser, que ese era para el entrenamiento posterior, el cual implicaba armas. Para el tipo de entrenamiento que ella estaba haciendo—ejercicios destinados a aumentar su flexibilidad, velocidad y sentido del equilibrio—llevaba un ligero top, y pantalones de cordón que le recordaban uniformes médicos. "Incluso si no has tenido la conversación de exclusividad, aún así van a estar furiosas si descubren de que estás saliendo con alguien que ellas conocen y no se los has mencionado. Es una regla de citas."

"Bueno, ¿Cómo se supone que conozca esa regla?"

"Todo el mundo conoce esa regla."

"Pensé que se suponía que estabas de mi lado."

"¡Estoy de tu lado!"

"Entonces, ¿Por qué no eres más simpática?"

Clary cambió el teléfono a su otra oreja y se asomó a las sombras por debajo de ella. ¿Dónde estaba Jace? Había ido a conseguir otra cuerda y dijo que estaría de regreso en cinco minutos. Por supuesto, si él la atrapaba en el teléfono aquí arriba, probablemente la mataría. Rara vez estaba a cargo de su entrenamiento—usualmente lo estaba Maryse, Kadir, o varios otros miembros del Conclave de New York, bateadores sustitutos, hasta que un reemplazo para el anterior tutor del Instituto, Hodge, pudiera ser encontrado—pero cuando él estaba, se lo tomaba muy seriamente. "Porque," dijo "tus problemas no son problemas reales. Estas saliendo con dos bellas chicas a la vez. Piensa en ello. Eso es como… problemas de estrella de rock."

"Tener problemas de estrella-de-rock puede ser lo más cercano que alguna vez llegue a estar de ser una real estrella de rock."

"Nadie te dijo que llamaras a tu banda Salacious Mold[11], mi amigo."

"Somos Millennium Lint[12] ahora," protestó Simon.

"Mira, sólo resuelve esto antes de la boda. Si ambas piensan que van a ir contigo y se enteran en la boda que estás saliendo con las dos, te matarán." Ella se puso de pie. "Y entonces, la boda de mi mamá será arruinada, y ella te matará. Así que estarás muerto dos veces. Bueno, tres veces, técnicamente…"

"¡Nunca le dije a ninguna de ellas que iba a la boda con ellas!" Simon sonó aterrorizado.

"Sí, pero ellas van a contar contigo. Ese es el porqué las chicas tienen novio. Así tienes a alguien que te lleve a aburridas funciones." Clary se movió hacia el borde de la viga, mirando hacia abajo a las sombras iluminadas con luz mágica más abajo. Había un viejo círculo de entrenamiento con tiza en el suelo, que parecía un ojo de buey. "De cualquier manera, tengo que saltar fuera de esta viga ahora y posiblemente precipitarme a mi muerte horrible. Hablaré contigo mañana."

"Tengo práctica de banda a las dos, ¿Recuerdas? Te veo allí."

"Nos vemos." Colgó y se metió el teléfono en el sujetador, la ligera ropa de entrenamiento no tenía ningún bolsillo, así que, ¿qué iba a hacer una chica?

[11] Molde Salaz, o Moho Salaz. Salaz significa lujurioso.
[12] Hilacha de Milenio.

"Entonces, ¿estás planeando permanecer allí toda la noche?" Jace entró al centro del ojo de buey y alzó la mirada hacia ella. Estaba vistiendo traje de lucha, no ropa de entrenamiento como Clary, y su cabello rubio destacaba sorprendentemente contra el negro. Se había oscurecido ligeramente desde el final del verano y era más un oro oscuro que claro, el cual, Clary pensaba, le sentaba incluso mejor. La hacía absurdamente feliz que ahora lo conociera el tiempo suficiente para notar pequeños cambios en su apariencia.

"Pensaba que ibas a venir aquí," gritó hacia abajo. "¿Cambio de planes?"

"Larga historia." Le sonrió. "¿Entonces? ¿Quieres practicar saltos?"

Clary suspiró. La práctica de saltos implicaba arrojarse de la viga en el espacio vacío, y usar el cable flexible para sostenerse mientras empujaba contra las paredes y volteaba sobre y bajo sí misma, enseñándose a dar vueltas, patear, y agacharse sin preocuparse por suelos duros y moretones. Había visto a Jace hacerlo, y había lucido como un ángel caído mientras lo hacía, volando a través del aire, girando y dando vueltas con hermosa gracia de ballet. Ella, por otro lado, se enrollaba como un bicho de la patata tan pronto el suelo se aproximaba, y el hecho de que intelectualmente supiera que no iba a golpear el suelo no parecía hacer diferencia alguna.

Estaba empezando a preguntarse si importaba que hubiera nacido una Cazadora de Sombras; tal vez ya era demasiado tarde para que se convirtiera en una, o al menos una completamente funcional. O tal vez el don que los hacía a ella y a Jace lo que eran de alguna manera se había distribuido de forma desigual entre ellos, por lo que él había obtenido toda la gracia física, y ella había conseguido—bueno, no mucho de ello.

"Vamos, Clary," dijo Jace. "Salta." Ella cerró sus ojos y saltó. Por un momento se sintió a sí misma colgar suspendida, libre de todo. Entonces, la gravedad se hizo cargo, y se zambulló hacia el suelo. Instintivamente, sacó sus brazos y piernas, manteniendo sus ojos cerrados con fuerza. El se tensó y ella rebotó, volando de regreso antes de caer de nuevo. Mientras su velocidad desaceleraba, abrió sus ojos y se encontró a sí misma colgando al final del cable, alrededor de cinco pies encima de Jace. Él estaba sonriendo.

"Bien," dijo él. "Tan elegante como un copo de nieve cayendo."

"¿Estaba gritando?" Pregunto ella, genuinamente curiosa. "Ya sabes, en el camino hacia abajo."

Él asintió. "Afortunadamente no hay nadie en casa, o podrían haber asumido que te estaba asesinando."

"Já. Ni siquiera puedes alcanzarme." Ella sacó una pierna y giró perezosamente en el aire.

Los ojos de Jace brillaron. "¿Quieres apostar?"

Clary conocía esa expresión "No," dijo rápidamente, "Lo que sea que vayas a hacer…"

Pero ya lo había hecho. Cuando Jace se movía rápidamente, sus movimientos individuales eran casi invisibles. Vio su mano ir a su cinturón, y entonces algo brilló en el aire. Escuchó el sonido de la tela partiéndose mientras el cable por encima de su cabeza era cortado de un lado a otro. Soltada, cayó libremente, demasiado sorprendida para gritar—directamente en los brazos de Jace. La fuerza lo derribó hacia atrás, y se tumbaron sobre una de las acolchadas alfombras del piso. Clary, encima de él.

Él le sonrió.

"Ahora," dijo, "eso fue mucho mejor. No gritaste en absoluto."

"No tuve la oportunidad." Ella estaba sin aliento, y no sólo por el impacto de la caída. Estando tumbada encima de Jace, sintiendo su cuerpo contra el suyo, hacía que sus manos temblaran y que su corazón latiera más rápido. Había pensado que tal vez su reacción física por él—sus reacciones el uno al otro—podrían desvanecerse con la familiaridad, pero eso no había sucedido. En todo caso, había ido empeorando entre más tiempo pasaba con él—o mejorando, suponía, dependiendo de cómo pensaras en ello.

La estaba mirando con oscuros ojos dorados; se preguntó si su color se había intensificado desde su encuentro con Raziel, el Ángel, junto a las orillas del lago Lyn en Idris. No podía preguntarle a nadie: a pesar de que todo el mundo sabía que Valentine había convocado al Ángel, y que el Ángel había curado a Jace de las heridas que Valentine le había infligido, nadie más que Clary y Jace sabían que Valentine había hecho más que herir a su hijo adoptivo. Él había apuñalado a Jace a través del corazón como parte de la ceremonia de invocación—lo apuñaló, y lo sostuvo mientras moría. Ante el deseo de Clary, Raziel había regresado a Jace de la muerte. La enormidad de ello todavía sorprendía a Clary, y, sospechaba, a Jace también. Habían acordado jamás decirle a nadie que Jace había muerto realmente, siquiera por un breve tiempo. Este era su secreto.

Él extendió la mano y apartó su cabello de su rostro. "Estoy bromeando," dijo él. "No eres tan mala. Lo lograrás. Deberías haber visto a Alec hacer saltos al principio. Creo que se pateó a sí mismo la cabeza una vez."

"Seguro," dijo Clary. "Pero él probablemente tenía once." Ella lo miró. "Supongo que tú siempre has sido asombroso en estas cosas."

"Yo nací asombroso." Le acarició la mejilla con la punta de sus dedos, suavemente, pero lo suficiente para hacerla temblar. Ella no dijo nada, él estaba bromeando, pero en un sentido era verdad. Jace había nacido para ser lo que era. "¿Cuánto puedes quedarte esta noche?"

Ella sonrió un poco. "¿Hemos terminado el entrenamiento?"

"Me gustaría pensar que hemos terminado con la parte de la tarde que es absolutamente necesario. Aunque hay unas pocas cosas que me gustaría practicar…" Él se levantó para tirarla hacia abajo, pero en ese momento la puerta se abrió, e Isabelle llegó con paso majestuoso, los tacones de sus botas haciendo clic en el piso de madera pulida.

Capturando la vista de Jace y Clary tendidos en el suelo, levantó sus cejas. "Besuqueándose, ya veo. Pensé que supuestamente estaban entrenando."

"Nadie te dijo que tenías que aparecer sin golpear, Iz." Jace no se movió, sólo giró su cabeza hacia un lado para mirar a Isabelle con una mezcla de molestia y cariño. Clary, sin embargo, se puso de pie, enderezando su ropa arrugada.

"Esta es la sala de entrenamiento. Esto es espacio público." Isabelle se estaba quitando uno de sus guantes, los cuales eran de terciopelo rojo brillante. "Acabo de conseguir estos en Trash and Vaudeville. En liquidación. ¿No los amas? ¿No desearías tener un par?" Agitó los dedos en su dirección.

"No lo sé", dijo Jace. "Creo que chocan con mi traje."

Isabelle le hizo una mueca. "¿Has oído acerca del Cazador de Sombras muerto que encontraron en Brooklyn? El cuerpo estaba todo mutilado, así que no saben quién es todavía. Asumo que es donde mamá fue."

"Sí," dijo Jace, sentándose. "Reunión de la Clave. Me encontré con ella en el camino de salida."

"No me dijiste eso," dijo Clary. "¿Es por eso que te llevó tanto conseguir la cuerda?"

Él asintió. "Lo siento. No quería asustarte."

"Lo que quiere decir," dijo Isabelle, "no quería estropear el estado de ánimo romántico." Se mordió el labio. "Sólo espero que no sea nadie que conozcamos."

"No creo que pueda haberlo sido. El cuerpo fue arrojado en una fábrica abandonada—había estado allí durante varios días. Si hubiera sido alguien que conocíamos, habríamos notado que estaban desaparecidos." Jace empujó su cabello detrás de sus orejas. Estaba mirando a Isabelle un poco impaciente, pensó Clary, como si estuviera irritado de que hubiera traído esto. Ella deseaba que él le hubiese dicho antes, incluso aunque hubiera estropeado el estado de ánimo. Mucho de lo que él hacía, lo que todos ellos hacían, Clary sabía, los llevaba en contacto frecuente con la realidad de la muerte. Todos los Lightwoods estaban, a su propia manera, aún de duelo por la pérdida del hijo más joven, Max, quien había muerto simplemente por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. Esto era extraño. Jace había aceptado su decisión de abandonar la escuela secundaria y tomar el

entrenamiento sin un murmullo, pero rehuía discutir con ella los peligros de una vida Cazando Sombras.

"Voy a vestirme," anunció, y se dirigió a la puerta que llevaba al pequeño vestuario unido a la zona de entrenamiento. Era muy sencillo: paredes de madera clara, un espejo, una ducha, y ganchos para ropa. Las toallas estaban apiladas cuidadosamente en un banco de madera junto a la puerta. Clary se duchó rápidamente y se puso su ropa de calle—medias, botas, falda de jean, y un nuevo suéter rosa. Mirándose en el espejo, vio que había un hoyo en sus medias, y su húmedo y rizado cabello rojo era una maraña desordenada. Nunca podría verse perfectamente organizada como Isabelle siempre lo hacía, pero a Jace parecía no importarle.

En el momento en que regresó a la sala de entrenamiento, Isabelle y Jace habían dejado atrás el tema de los Cazadores de Sombra muertos y se habían trasladado sobre algo que Jace aparentemente encontraba incluso más horrible—la cita de Isabelle con Simon.

"No puedo creer que te haya llevado a un restaurant real." Jace estaba de pie ahora, guardando las alfombras y el traje de entrenamiento mientras Isabelle se inclinaba contra la pared y jugaba con sus guantes nuevos. "Había asumido que su idea de una cita iba a ser que tú lo vieras jugar al World of Warcraft con sus amigos nerd."

"Yo," señaló Clary, "soy una de sus amigos nerd, gracias."

Jace le sonrió.

"En realidad no era un restaurant. Era más un comedor. Con sopa rosa que él quería que yo probara," dijo Isabelle, pensativa. "Fue muy dulce."

Clary se sintió de inmediato culpable por no contarle—o a Jace —sobre Maia. "Él dijo que se divirtieron."

La mirada de Isabelle parpadeó hacia ella. Hubo una cualidad peculiar en la expresión de Isabelle, como si estuviera ocultando algo, pero se había ido antes de que Clary pudiera estar segura de que había estado allí en absoluto. "¿Hablaste con él?"

"Sí, me llamó hace unos minutos. Sólo para el chequear," Clary se encogió de hombros.

"Ya veo," dijo Isabelle, con su voz de repente ligera y fresca. "Bueno, como he dicho, es muy dulce. Pero tal vez un poco demasiado dulce. Eso puede ser aburrido." Metió sus guantes en los bolsillos. "De cualquier manera, no es una cosa permanente. Es simplemente un juego por ahora."

La culpa de Clary se desvaneció. "¿Han hablado de eso alguna vez, ya sabes, salir exclusivamente?"

Isabelle parecía horrorizada. “Por supuesto que no.” Bostezó entonces, estirando sus brazos como un gato sobre su cabeza. “De acuerdo, a la cama. Hasta luego, tortolitos.”

Ella partió, dejando una nube borrosa de perfume de jazmín a su estela.

Jace miró a Clary. Había empezado a desabrochar su equipo, el cual se cerraba en las muñecas y la espalda, formando una capa protectora sobre su ropa. “¿Supongo que tienes que ir a casa?"

Ella asintió de mala gana. Conseguir que su madre estuviera de acuerdo de que siguiera la formación de Cazadora de Sombras había sido una larga y desagradable discusión, en primer lugar. Jocelyn habían había clavado los talones, diciendo que había pasado su vida tratando de mantener a Clary fuera de la cultura de los Cazadores de Sombras, la cual veía como peligrosa —no sólo violenta, argumentó, sino que aislacionista y cruel. Sólo hacía un año, le había señalado a Clary, la decisión de Clary de formarse como Cazadora de Sombras habría significado que nunca podría hablar con su madre de nuevo. Clary había argumentado de vuelta el hecho de que la Clave hubiera suspendido reglas como esas mientras el nuevo Consejo examinaba las leyes significaba que la Clave había cambiado desde que Jocelyn había sido una niña, y de cualquier forma, Clary necesitaba saber cómo defenderse.

“Espero que esto no sea sólo por Jace,” había dicho Jocelyn finalmente. “Yo sé lo que pasa cuando estás enamorada de alguien. Quieres estar donde están y hacer lo que hacen, pero Clary…”

“Yo no soy tú,” había dicho Clary, luchando para controlar su ira, “los Cazadores de Sombras no son el Círculo, y Jace no es Valentine.”

“Yo no he dicho nada acerca de Valentine.”

“Es lo que estabas pensando,” dijo Clary. “Tal vez Valentine trajo a Jace, pero Jace no es nada como él.”

“Bueno, espero que no,” había dicho Jocelyn en voz baja. “Por el bien de todos.”

Con el tiempo había cedido, pero con algunas reglas:

Clary no viviría en el Instituto, sino con su madre donde Luke; Jocelyn recibiría informes de Maryse de su progreso semanal para asegurarse que Clary estaba aprendiendo y no sólo, como Clary suponía, comiéndose a Jace con los ojos todo el día, o por lo que fuera que estuviera preocupada. Y Clary no iba a pasar la noche en el Instituto —nunca. “No dormirás fuera de casa donde vive tu novio,” había dicho Jocelyn con firmeza. “No me importa si es en el Instituto. No.”

Novio. Todavía era un choque oír esa palabra. Durante mucho tiempo había parecido una imposibilidad total que Jace fuera a ser su novio alguna vez, que nunca pudiera ser cualquier otra cosa el uno para el otro en absoluto, salvo hermano y hermana, y eso había sido demasiado duro y horrible de enfrentar. No volver a verse otra vez, habían decidido, habría sido mejor que eso, y eso habría sido como morir. Y entonces, por un milagro, habían sido puestos en libertad. Ahora habían pasado seis semanas, pero Clary no estaba cansada de la palabra aún.

"Tengo que llegar a casa," dijo. "Son casi las once, y mi mamá enloquecerá si me quedo aquí pasadas las diez."

"Está bien." Jace dejó caer su equipo, o al menos la mitad superior de éste, en el banco. Llevaba una camiseta delgada debajo, Clary pudo ver sus marcas a través de ella, como tinta a través de papel mojado. "Te acompaño."

El Instituto estaba en silencio al pasar a través de él. No había Cazadores de Sombras visitantes de otras ciudades quedándose en este momento. Robert, el padre de Isabelle y Alec, estaba en Idris contribuyendo a establecer el nuevo Consejo, y sin Hodge y Max para siempre, y Alec lejos con Magnus, Clary sentía como si el resto de los ocupantes fueran invitados en un hotel casi vacío. Deseaba que otros miembros del Conclave vinieran más a menudo, pero suponía que todo el mundo le estaba dando tiempo a los Lightwoods en este momento. Tiempo para recordar a Max, y tiempo de olvidar.

"¿Así que has oído de Alec y Magnus últimamente?" preguntó. "¿Están pasando un buen rato?"

"Así parece." Jace tomó su teléfono de su bolsillo y se lo entregó. "Alec sigue enviándome fotos molestas. Muchos de los títulos con un 'Ojalá estuvieras aquí, salvo que en realidad no'."

"Bueno, no puedes culparlo. Se supone que son unas vacaciones románticas." Pasó por las fotos en el teléfono de Jace y rió. Alec de pie y Magnus frente a la Torre Eiffel, Alec en jeans como de costumbre y Magnus vistiendo un jersey de rayas de pescador, pantalones de cuero, una loca boina. En los Jardines de Boboli, Alec todavía llevaba jeans, y Magnus llevando una capa enorme de Venecia y el sombrero de un gondolero. Parecía el fantasma de la ópera. En frente del Museo del Prado llevaba una chaqueta de torero brillante y botas de plataforma, mientras que Alec parecía estar tranquilamente alimentando una paloma en el fondo.

"Te quitaré esto antes de que llegues a la parte de la India," dijo Jace, recuperando su teléfono. "Magnus con un sari[13]. Algunas cosas que nunca podrías olvidar."

Clary se echó a reír. Habían llegado ya al ascensor, el cual abrió sus raqueteantes puertas cuando Jace apretó el botón de llamada. Ella entró, y Jace la siguió. En el momento en el ascensor empezó a bajar —Clary no creía que alguna vez pudiera acostumbrarse a la inicial sacudida de infarto cuando comenzaba a descender— él se acercó a Clary en la penumbra, y la atrajo hacia sí. Ella puso las manos contra su pecho, sintiendo los músculos duros bajo su camiseta, el latido de su corazón debajo de ellos. En la penumbra le brillaban los ojos. "Siento no poder quedarme," susurró.

"No lo sientas." Había un borde irregular en su voz que la sorprendió. "Jocelyn no quiere que seas como yo. No la culpo por eso."

"Jace," dijo, un poco confundida por la amargura en su voz, "¿estás bien?"

En lugar de contestar la besó, tirándola con fuerza contra él. Su cuerpo la presionó contra la pared, el metal del frío espejo en su espalda, sus manos deslizándose por su cintura, bajo su suéter. Ella siempre amó la forma en que la sostenía. Cuidadoso, pero no demasiado suave, no tan suave como para que ella alguna vez sintiera que estaba más controlado de lo que ella estaba. Ninguno de los dos podía controlar cómo se sentía el uno por el otro, y a ella le gustaba eso, le gustaba la forma en que su corazón martillaba contra el suyo, le gustaba la forma en que murmuraba contra su boca cuando ella le devolvía el beso.

El elevador se detuvo traqueteando y la puerta se abrió. Más allá de éstas ella pudo ver la vacía nave de la catedral, la luz mágica brillando en una línea de candelabros por el pasillo central. Se aferró a Jace, contenta de que hubiera poca luz en el elevador así no podía ver su propio rostro sonrojado en el espejo.

"Tal vez pueda quedarme," susurró. "Sólo un poco más."

Él no dijo nada. Ella pudo sentir la tensión en él, y ella misma se tensó. Era más que sólo la tensión del deseo. Estaba temblando, su cuerpo entero sacudiéndose mientras enterraba su rostro en la curva del cuello de ella.

"Jace," dijo ella.

Él la soltó entonces, repentinamente y dio un paso atrás. Sus mejillas estaban sonrojadas, sus ojos brillaban febriles. "No," dijo. "No quiero darle a tu madre otra razón para no agradarle." Había un filo en su voz. "Ella ya piensa que soy la segunda venida de mi padre…"

[13] El sari es un vestido tradicional usado por millones de de mujeres del Subcontinente Indio.

Se interrumpió, antes de que Clary pudiera decir, Valentine no era tu padre. Jace era por lo general muy cuidadoso para referirse a Valentine Morgenstern por su nombre, nunca como 'mi padre'— cuando mencionaba a Valentine en absoluto. Por lo general, se quedaban fuera del tema, y Clary nunca había admitido ante Jace que su madre se preocupaba de que él fuera en secreto igual que Valentine, a sabiendas de que incluso la sugerencia le dolería mucho. Mayormente, Clary hacía todo lo posible para mantenerlos a los dos separados.

Pasó junto a ella antes de que pudiera decir nada, y abrió la puerta del elevador. "Te amo, Clary," dijo él sin mirarla. Estaba mirando hacia la iglesia, a las filas de velas encendidas, el oro se reflejaba en sus ojos. "Más de lo que alguna vez…" Se interrumpió. "Dios. Más de lo que probablemente debería. Sabes eso, ¿no?"

Ella salió del ascensor y se volvió hacia él. Había miles de cosas que quería decir, pero él ya estaba apartando la mirada de ella, presionando el botón que llevaría el elevador hasta el piso del Instituto. Ella empezó a protestar, pero el ascensor ya estaba en movimiento, las puertas se cerraron, mientras traqueteaba en su camino de vuelta. Se cerraron con un clic, y ella las miró por un momento, el ángel estaba pintado en su superficie, con las alas extendidas, sus ojos alzados. El ángel estaba pintado en todo.

Su voz resonó con dureza en la habitación vacía, cuando habló. "Yo también te amo," dijo.

3

Siete Veces

"¿Sabes que es impresionante?" Dijo Eric, soltando sus baquetas. "Tener un vampiro en nuestra banda. Esto es lo que nos va a llevar a la cima."

Kirk, bajando su micrófono, puso los ojos en blanco. Eric siempre estaba hablando sobre llevar a la banda a la cima, y hasta ahora nada se había materializado. Lo mejor que habían hecho fue un concierto en la fábrica de tejidos, y sólo cuatro personas habían asistido. Y una de ellas había sido la mamá de Simon.

"No veo como eso nos puede llevar a la cima si no tenemos permitido decirle a nadie que es un vampiro."

"Que lastima," dijo Simon. Estaba sentado en uno de los altavoces, al lado de Clary, quien estaba absorta enviándose mensajes de texto con alguien, probablemente con Jace. "De todas formas nadie les creería porque mírenme… aquí estoy, a la luz del día." Levantó sus brazos donde se vertía el sol a través de los agujeros del techo del garaje de Eric, su actual lugar de práctica.

"Eso le da algo de impacto a nuestra credibilidad," dijo Matt, empujando su brillante cabello rojo fuera de sus ojos y entrecerrándolos hacia Simon. "Podrías usar colmillos falsos."

"No necesita colmillos falsos," dijo Clary irritada, bajando su teléfono. "Tiene colmillos reales. Ustedes los han visto."

Era cierto. Había tenido que sacar de repente los colmillos cuando le había dado la noticia a la banda. Al principio habían pensado que había tenido una lesión en la cabeza, o un colapso mental. Luego de mostrarles los colmillos, se habían acercado. Eric incluso había admitido que no estaba particularmente impresionado.

"Amigo, siempre supe que los vampiros existen," dijo. "Porque tú sabes, hay gente que uno ve y como que siempre se luce igual, incluso cuando tienen como ¿Cien años? ¿Cómo David Bowie? Eso se debe a que son vampiros."

Simon había dibujado la línea al no decirles que Clary e Isabelle eran Cazadores de Sombras. Ese no era su secreto para contarlo. Ellos tampoco sabían que Maia era una mujer

lobo. Sólo pensaban que Maia e Isabelle eran dos chicas ardientes que inexplicablemente habían accedido a salir con Simon. Ponían esto bajo lo que Kirk llamaba su "mojo[14] sexy de vampiro." A Simon realmente no le importaba como lo llamaran, siempre y cuando a ninguno de ellos se les escapara y le dijeran a Maia e Isabelle acerca de la otra.

Hasta el momento se las había arreglado para invitarlas a los conciertos alternándolas, así nunca se aparecían al mismo concierto al mismo tiempo.

"¿Tal vez podrías mostrar los colmillos en el escenario?" Sugirió Eric. "Sólo como una vez, amigo. Se los muestras a la multitud."

"Si él hiciera eso, el líder del clan vampírico de Nueva York los mataría a todos, lo saben, ¿Cierto?"

Ella sacudió su cabeza en dirección a Simon.

"No puedo creer que les contaras que eres un vampiro." Añadió, bajando su voz para que solo Simon pudiera escucharla. "Son unos idiotas, en caso de que no lo hayas notado."

"Son mis amigos," murmuró Simon.

"Son tus amigos, y son unos idiotas."

"Quiero que la gente que me importa sepa la verdad sobre mí."

"¿En serio?" Dijo Clary, no muy amablemente. "¿Entonces cuando se lo vas a decir a tu madre?"

Antes de que Simon pudiera responder, sonó un ruidoso golpe en la puerta del garaje, y un momento después se abrió, permitiendo que más luz de otoño entrara. Simon miró por encima, pestañeando. Era un reflejo, realmente, que le quedó de cuando era humano. A sus ojos no les tomaba más de una fracción de segundo ajustarse a la luz o a la oscuridad.

Había un chico parado en la entrada del garaje, a contraluz del brillo del sol. Sostenía un pedazo de papel en la mano. Miró hacia el papel inseguro, y luego se volvió a la banda.

"Hey," dijo "¿Aquí es donde puedo encontrar a la banda Mancha Peligrosa?

"Ahora somos Lémur Dicotómico," dijo Eric, dando un paso adelante. "¿Quién quiere saber?"

"Soy Kyle," dijo el chico, agachándose bajo la puerta del garaje. Enderezándose, sacó el cabello castaño que cayó en sus ojos y le dio el pedazo de papel a Eric. "Vi que estaban buscando a un cantante principal."

[14] Sex appeal o talento.

"Whoa," dijo Matt. "Dimos esos volantes hace como un año. Me había olvidado completamente de ellos.

"Sí," dijo Eric. "Estábamos haciendo cosas diferentes en ese entonces. Ahora más que todo nos desconectamos en el canto. ¿Tienes experiencia?

Kyle—quien era muy alto, vio Simon, aunque no completamente desgarbado —se encogió de hombros. "No realmente. Pero me han dicho que puedo cantar." Tenía una dicción lenta, un poco arrastrada, más como un surfista que como de alguien del sur.

Los miembros de la banda se miraban indecisos entre ellos. Eric se rascó detrás del oído.

"¿Podrías darnos un segundo?

"Seguro," Kyle se agachó de nuevo fuera del garaje, deslizando la puerta y cerrándola detrás de él. Simon podía escucharlo afuera, silbando ligeramente. Sonaba como 'She'll Be Comin' Round the Mountain[15].' No estaba particularmente afinado, tampoco.

"No lo sé," dijo Eric. "No estoy seguro de poder usar a alguien nuevo ahora mismo. Porque, me refiero a que no podemos decirle sobre la cosa vampírica, ¿No?"

"No," dijo Simon. "No pueden."

"Está bien, entonces." Matt se encogió de hombros. "Es una lástima. Necesitamos un cantante. Kirk apesta. Sin ofender."

"Jódete," dijo Kirk. "Yo no apesto."

"Si, lo haces," dijo Matt. "Apestas en grande, horripilante…"

"Creo," Interrumpió Clary, alzando su voz. "Que deberían dejarlo intentar."

Simon la miró. "¿Por qué?

"Porque es increíblemente ardiente," dijo Clary, para la sorpresa de Simon. No había sido impactado por la apariencia de Kyle, pero entonces, tal vez él no era el mejor juez de belleza masculina. "Y tu banda necesita un poco de atractivo sexual."

"Gracias, "dijo Simon. "En nombre de todos, muchas gracias."

Clary hizo un ruido de impaciencia. "Si, sí. Todos ustedes tienen muy buen aspecto. Especialmente tú Simon." Le dio unas palmaditas en las manos. "Pero Kyle es ardiente como 'Whoa.' Solo estoy diciendo. Mi opinión objetiva como mujer es que si añaden a Kyle a la banda, se duplicará su base de fans femeninas."

[15] Canción del folclore americano. Generalmente se le canta a los niños.

"Con lo cual te refieres a que tendremos dos fans femeninas en lugar de una," dijo Kirk

"¿Cuál una?" Matt se veía genuinamente curioso.

"La amiga de la prima pequeña de Eric. ¿Cuál es su nombre? La que tiene un flechazo por Simon. Viene a todos nuestros conciertos y le dice a todo el mundo que es su novia."

Simon hizo una mueca. "Tiene trece años."

"Ese es tu mojo sexy de vampiro en acción, hombre," dijo Matt. "Las damas no pueden resistirse a ti."

"Oh, por el amor de Dios," dijo Clary. "No existe tal cosa como un mojo sexy de vampiro." Apuntó con el dedo a Eric. "Y ni siquiera digas que Mojo Sexy de Vampiro suena como un nombre de banda, o yo…

La puerta del garaje se abrió de nuevo. "Uh, ¿Chicos?" Era Kyle de nuevo. "Miren, si no quieren que lo intente, está bien. Tal vez cambiaron su sonido, o lo que sea. Sólo digan la palabra, y estoy fuera."

Eric ladeó su cabeza hacia el lado. "Entra y déjanos darte un vistazo."

Kyle entró al garaje. Simon lo miró, tratando de estimar qué era lo que había hecho que Clary dijera que él era ardiente. Era alto y ancho de espalda y delgado, con pómulos altos, cabello negro largo que caía por su frente y por su nuca en rizos, y piel morena que todavía no había perdido su bronceado veraniego. Sus largas y gruesas pestañas resaltaban sus ojos color verde avellana que lo hacían parecer un chico lindo y estrella de rock. Llevaba una camiseta verde y jeans, y en ambos brazos tenia tatuajes a juego, no eran Marcas, solo tatuajes ordinarios. Parecían letras cursivas desplazándose alrededor de su piel, desapareciendo bajo las mangas de su camisa.

De acuerdo, Simon tenía que admitirlo. No era espantoso.

"Sabes," dijo finalmente Kirk, rompiendo el silencio. "Lo veo, es realmente ardiente."

Kyle pestañeó y se volteó hacia Eric. "Así que, ¿Quieren que cante o no?"

Eric desprendió el micrófono de su soporte y se lo tendió. "Adelante," dijo. "Inténtalo."

"Saben, él realmente estuvo muy bien," dijo Clary. "Era una especie de broma lo de incluir a Kyle en la banda, pero él en serio puede cantar."

Estaban caminando a lo largo de la Avenida Kent, hacia la casa de Luke. El cielo se había oscurecido de azul a gris preparándose para el crepúsculo, y las nubes colgaban bajo sobre

el East River. Clary estaba arrastrando una de sus manos con guantes a lo largo de la valla que los separaba de la orilla del concreto agrietado, haciendo sonar el metal.

"Solo lo estás diciendo porque piensas que es ardiente," dijo Simon.

Se le formaron hoyuelos. "No tanto. No como que fuera el chico más ardiente que haya visto." Quién, Simon imaginaba, sería Jace, aunque era lo suficientemente buena para no decirlo. "Pero creo que es una buena idea tenerlo en la banda, en serio. Si Eric y el resto de la banda no pueden decirle que eres un vampiro, tampoco se lo pueden decir a nadie más. Esperemos que esto ponga fin a esa idea tan estúpida." Estaban cerca de la casa de Luke, Simon podía verla al otro lado de la calle, las ventanas estaban iluminadas contra la oscuridad venidera. Clary se detuvo en un hueco de la cerca. "¿Recuerdas cuando matamos a un montón de demonios Raum ahí?"

"Tú y Jace mataron a algunos demonios Raum ahí. Yo casi vomito." Simon lo recordaba, pero su mente no estaba en eso, estaba pensando en Camille, sentada al lado de él en el patio, diciendo: 'Eres amigo de los Cazadores de Sombras, pero nunca podrás ser uno de ellos. Siempre estarás afuera, serás el otro'. Miró a Clary de reojo, preguntándose qué diría si le contaba sobre su reunión con la vampiresa, y su oferta. Se imaginaba que probablemente estaría aterrorizada. El hecho de que no pudiera ser dañado aún no la había detenido de preocuparse por su seguridad.

"Ahora no deberías asustarte," dijo suavemente, como si le leyera la mente. "Ahora tienes la Marca." Se volteó para mirarlo, todavía apoyándose contra la valla. "¿Alguien se ha dado cuenta o te ha preguntado sobre eso?"

Él negó con la cabeza "Mi cabello la cubre en su mayoría, y de todos modos, se ha desvanecido mucho, ¿Ves?" Se apartó el cabello a un lado.

Clary se estiró y tocó su frente y la curvatura de la Marca ahí. Sus ojos estaban tristes, como lo habían estado ese día en el Salón de los Acuerdos, cuando había cortado la maldición más antigua del mundo en su piel. "¿Duele?

"No. No, no lo hace." Y Caín dijo al Señor, mi castigo es mayor de lo que puedo soportar. "Sabes que no te culpo, ¿Cierto? Salvaste mi vida."

"Lo sé." Sus ojos estaban brillantes. Dejó caer la mano de su frente y restregó la parte posterior de su guante por su rostro. "Maldita sea. Odio llorar."

"Bueno, es mejor que te acostumbres," dijo él, y cuando sus ojos se abrieron, añadió rápidamente. "Me refiero a la boda. Es cuando, ¿el próximo sábado? Todo el mundo llora en las bodas."

Ella resopló.

"De cualquier manera, ¿Cómo están tu mamá y Luke?"

"Desagradablemente enamorados. Es horrible. De todas formas…" Le dio unas palmaditas en el hombro. "Debería entrar. ¿Te veo mañana?"

Él asintió. "Seguro. Mañana."

La observó mientras corría cruzando la calle y subía las escaleras de la puerta principal de Luke. Mañana. Se preguntó hacía cuanto había pasado más que unos pocos días sin ver a Clary. Se preguntó acerca de ser un fugitivo y un nómada en la Tierra, como había dicho Camille. Como había dicho Raphael. La sangre del hermano clama hacia mí desde la tierra. No era Caín, quien había matado a su hermano, pero la maldición creía que lo era. Era extraño, pensó, esperar a perder todo, sin saber si iba a pasar o no.

La puerta se cerró detrás de Clary. Simon se volvió para dirigirse hacia Kent, hacia la parada G del tren a la Calle Lorimer. Ahora estaba casi completamente oscuro, el cielo encima de él era un remolino gris y negro. Simon escuchó el chillido de unos neumáticos detrás de él, pero no se volteó. Los carros se conducían demasiado rápido por esta calle todo el tiempo, a pesar de las grietas y baches. No fue hasta que la camioneta azul se parqueó cerca de él y chilló para detenerse, cuando Simon se volteó para mirar.

El conductor de la camioneta tiró las llaves del encendido, matando el motor y abrió la puerta. Era un hombre—un hombre alto, vestido con un chándal gris encapuchado y unas zapatillas deportivas, la capucha puesta tan bajo que escondía la mayor parte de su rostro. Saltó del asiento del conductor, y Simon vio que había un largo y reluciente cuchillo en su mano.

Luego, Simon podría haber pensado que debería haber corrido. Él era un vampiro, más rápido que cualquier humano. Podía correr más que cualquiera. Debió haber corrido, pero estaba demasiado asustado; permaneció inmóvil mientras el hombre, con el brillante cuchillo en la mano, se acercaba a él. El hombre dijo algo en una voz baja y gutural, algo en un idioma que Simon no entendió.

Simon retrocedió un paso. "Mira," dijo, buscando su bolsillo. "Puedes tener mi billetera…"

El hombre se lanzó hacia Simon, lanzando el cuchillo hacia su pecho. Simon se quedó mirando con incredulidad. Todo parecía estar pasando muy lentamente, como si el tiempo se estuviera extendiendo. Vio la punta del cuchillo cerca de su pecho, mellando el cuero de su chaqueta—y luego cortó hacia el lado, como si alguien hubiera agarrado el arma de su atacante y hubiera tirado de ella.

El hombre gritó mientras era lanzado en el aire como una marioneta siendo arrastrada por sus cuerdas. Simon miró alrededor salvajemente— seguramente alguien había escuchado o notado el disturbio, pero nadie apareció. El hombre seguía gritando, siendo alzado

salvajemente, mientras su camisa se rasgaba abriéndose hacia abajo en el frente, como si hubiera sido destrozada por una mano invisible.

Simon miró horrorizado. Heridas enormes aparecieron en el torso del hombre. Su cabeza voló hacia atrás, rociando sangre por la boca. Paró de gritar abruptamente— y cayó, como si la mano invisible se hubiera abierto, liberándolo. Golpeó el suelo y se rompió en forma de cristal quebrándose en mil pedazos brillantes que se dispersaron en el pavimento.

Simon cayó de rodillas. El cuchillo que había tenía propósito de matarlo yacía un poco más allá, dentro del alcance de su brazo. Era todo lo que había quedado de su atacante, salvo una pila de cristales brillantes que estaban empezando a volar lejos en el viento fresco. Tocó uno cautelosamente.

Era sal. Bajó la mirada a sus manos. Estaban temblando. Sabía que había pasado, y por qué.

Y el Señor le dijo: Por lo tanto, todo aquel que le quite la vida a Caín, la venganza será tomada sobre él siete veces.

Con que así se veían las siete veces.

Apenas llegó a la cuneta antes de que se doblara y vomitara sangre en la calle.

En el momento en que Simon abrió la puerta, supo que había tenido un error de cálculo. Había pensado que su madre estaría dormida ahora, pero no lo estaba. Estaba despierta, sentada en un sillón frente a la puerta, su teléfono en la mesa de al lado, y vio la sangre en su chaqueta inmediatamente.

Para su sorpresa ella no gritó, pero su mano voló hacia su boca. "Simon."

"No es mi sangre," dijo rápidamente. "Estaba en la casa de Eric, y Matt tuvo una hemorragia nasal…"

"No quiero escucharlo." Ese tono agudo era uno que rara vez usaba, le recordó la forma en la que había hablado durante los últimos meses cuando su padre había estado enfermo, la ansiedad era como un cuchillo en su voz. "No quiero escuchar más mentiras."

Simon soltó las llaves en la mesa que estaba cerca a la puerta. "Mamá…"

"Todo lo que haces es decirme mentiras. Estoy cansada de eso."

"Eso no es cierto," dijo, pero se sintió enfermo, sabiendo que sí lo era. "Es sólo que en este momento tengo un montón de cosas pasando en mi vida."

"Lo sé." Su madre se puso de pie, siempre había sido una mujer delgada, y ahora lucía esquelética, su cabello oscuro, del mismo color que el de él, veteado con más gris de lo que recordaba donde caía alrededor de su rostro. "Ven conmigo, jovencito. Ahora."

Desconcertado, Simon la siguió dentro de la pequeña y brillante cocina amarilla. Su madre se detuvo y señaló hacia el mostrador. "¿Podrías explicar esos?"

La boca se Simon se secó. Alineadas a lo largo del mostrador como una hilera de soldados de juguete estaban las botellas de sangre que habían estado en el mini refrigerador dentro de su closet. Una estaba llena hasta la mitad, las otras estaban completamente llenas, con el líquido rojo dentro de ellas brillando como una acusación. También había encontrado las bolsas de sangre vacías que había lavado y metido dentro de una bolsa de compras antes de tirarlos en su bote de basura. También estaban extendidas sobre el mostrador, como una grotesca decoración.

"Al principio pensé que en las botellas había vino," dijo Elaine Lewis con una voz temblorosa. "Luego encontré las bolsas. Así que abrí una de las botellas. Es sangre, ¿Cierto?"

Simon no dijo nada. Su voz parecía haber huido.

"Últimamente has estado actuando tan extraño." Continuó su madre. "Estabas fuera a toda hora, nunca comes, a duras penas duermes, tienes amigos que nunca había conocido, nunca los había escuchado mencionar. ¿Crees que no puedo decir cuando me estás mintiendo? Puedo hacerlo, Simon. Pensé que quizás estabas metido en las drogas."

Simon recuperó su voz. "¿Entonces husmeaste en mi cuarto?"

Su madre enrojeció. "¡Tuve que hacerlo! Pensé… pensé que si encontraba drogas podría ayudarte, meterte a un grupo de rehabilitación, pero ¿esto?" Hizo un gesto salvaje hacia las botellas. "Ni siquiera sé que pensar acerca de esto. ¿Qué está pasando, Simon? ¿Te has unido a algún tipo de culto?"

Simon sacudió con la cabeza.

"Entonces dime," dijo su madre, con sus labios temblando. "Porque las únicas explicaciones en que puedo pensar son horribles y enfermizas. Simon, por favor…"

"Soy un vampiro," dijo Simon. No tenía idea de cómo lo había dicho, o por qué. Pero ahí estaba. Las palabras colgaron en el aire entre ellos como gas venenoso.

Las rodillas de su madre parecían haber fallado, y se hundió en la silla de la cocina. "¿Qué dijiste?" Exhaló.

"Soy un vampiro," dijo Simon. "Lo he sido por dos meses más o menos. Siento no habértelo dicho antes. No sabía cómo hacerlo."

El rostro de Elaine Lewis estaba blanco como la tiza. "Simon, los vampiros no existen."

"Sí," dijo Simon. "Lo hacen. Mira, no pedí ser un vampiro. Fui atacado. No tuve elección. Lo cambiaría si pudiera." Pensó salvajemente en el folleto que le había dado Clary hace tanto tiempo, el que hablaba sobre salir del armario con sus padres. Entonces parecía una analogía graciosa, ahora no.

"Crees que eres un vampiro," dijo la madre de Simon, aturdida. "Crees que bebes sangre."

"Bebo sangre," dijo Simon. "Bebo sangre de animal."

"Pero eres vegetariano." La madre de Simon parecía estar al borde de las lágrimas.

"Lo era. Ya no lo soy. No puedo serlo. La sangre es de lo que vivo." La garganta de Simon se sentía apretada. "Nunca he herido a una persona. Nunca he tomado la sangre de alguien. Aún soy la misma persona. Aún soy yo."

Su madre parecía estar luchando por mantener el control. "Tus nuevos amigos… ¿También son vampiros?"

Simon pensó en Isabelle, Maia y Jace. No podía explicar el asunto de los Cazadores de Sombras ni de los hombres lobo. Sería demasiado. "No, pero… ellos saben que soy uno."

"¿Ellos… ellos te dieron drogas? ¿Te hicieron tomar algo? ¿Algo que hubiera hecho alucinar?" Parecía que a duras penas hubiera escuchado su respuesta.

"No. Mamá, esto es real."

"No es real." Suspiró. "Tú crees que es real. Oh, Dios. Simon. Lo siento tanto. Debería haberlo notado. Vamos a conseguirte ayuda. Vamos a encontrar a alguien. A un doctor. Sin importar lo que cueste…"

"No puedo ir con un doctor, mamá."

"Sí, si puedes. Necesitas estar en algún lugar. Quizá en un hospital…"

Él le tendió su muñeca. "Siente mi pulso," dijo.

Ella lo miró, perpleja. "¿Qué?"

"Mi pulso," dijo. "Tómalo. Si tengo uno, de acuerdo, iré al hospital contigo. Si no, tienes que creerme."

Ella secó sus lágrimas de sus ojos y avanzó lentamente para tomar su muñeca. Luego de tanto tiempo de cuidar al padre de Simon cuando había estado enfermo, sabía cómo tomar el pulso tan bien como una enfermera. Presionó la punta de su dedo índice en su muñeca, y esperó.

Él observó cómo su rostro cambiaba, de la miseria al enojo a la confusión, y luego al terror. Ella se paró, soltando su mano, alejándose de él. Sus ojos estaban enormes y oscuros en su blanco rostro. "¿Qué eres?"

Simon se sintió enfermo. "Te lo dije. Soy un vampiro."

"Tú no eres mi hijo. No eres Simon." Ella se estremeció. "¿Qué clase de cosa viviente no tiene pulso? ¿Qué clase de monstruo eres? ¿Qué has hecho con mi niño?"

"Soy Simon…" Dio un paso hacia su madre.

Ella gritó. Nunca la había escuchado gritar de esa manera, y no quería volver a escucharlo de nuevo. Era un sonido horrible.

"Aléjate de mí." Su voz se rompió. "No te acerques más." Empezó a susurrar. "Barukh ata Adonai sho' me' a t'fila…"

Estaba rezando, se dio cuenta Simon con una sacudida. Estaba tan atemorizada de él que estaba rezando para que se alejara, para que fuera desterrado. Y lo que era peor era que podía sentirlo. El nombre de Dios apretó su estómago e hizo que su garganta le doliera. Ella estaba en lo correcto al rezar, pensó, era enfermizo para su alma. Él estaba maldito. No tenía cabida en el mundo. "¿Qué clase de cosa viviente no tiene pulso?"

"Mamá." Susurró. "Mamá, detente."

Ella lo miraba, con los ojos muy abiertos y sus labios aún en movimiento.

"Mamá, no tienes por qué estar tan molesta." Escuchó su propia voz en la distancia, suave y relajante, la voz de un extraño. Mantuvo la mirada fija en su madre mientras hablaba, capturando su mirada como un gato podría capturar la de un ratón. "No pasó nada. Te quedaste dormida en el sillón en la sala de estar. Estás teniendo una pesadilla en la que llegué a casa y te dije que yo era un vampiro. Pero eso es una locura. Nunca podría suceder."

Ella había parado de rezar. Pestañeó. "Estoy soñando." Repitió.

"Es una pesadilla," dijo Simon. Se movió hacia ella y puso una mano en su hombro. Ella no lo alejó. Estaba cabeceando, como un niño pequeño. "Solo un sueño. Nunca encontraste nada en mi cuarto. No pasó nada. Solo has estado durmiendo, eso es todo."

Él tomó su mano. Dejó que la guiara dentro de la sala de estar, donde la ubicó en el sillón. Ella sonrió cuando la cubrió con una cobija, y cerró los ojos.

Él regresó a la cocina y rápidamente, metódicamente, metió las botellas y los contenedores de sangre en una bolsa de basura. La ató en el tope y se la llevó a su cuarto, donde se

cambió la chaqueta ensangrentada por una nueva, y botó algunas cosas en una bolsa de lona. Apagó la luz y se fue, cerrando la puerta detrás de él.

Su madre ya estaba dormida cuando pasó por la sala de estar. Extendió su mano y tocó ligeramente la de ella.

"Me iré por unos días," susurró. "Pero no te vas a preocupar. No me esperarás de regreso. Crees que estoy en un viaje de campo de la escuela. No hay necesidad de llamar. Todo está bien."

Retiró su mano. En la oscura luz su madre lucía a la vez más vieja y más joven de lo que estaba acostumbrado. Era tan pequeña como un niño, enroscada bajo la cobija, pero habían nuevas arrugas en su rostro que no recordaba estuvieran allí.

"Mamá," susurró.

Le tocó la mano y se agitó. No queriendo despertarla, alejó su mano y se movió silenciosamente hacia la puerta, agarrando las llaves de la mesa mientras se iba.

El Instituto estaba en calma. Últimamente siempre estaba en calma. Jace había optado por dejar su ventana abierta, así podía escuchar los sonidos del tráfico que pasaba, el gemido ocasional de las sirenas de las ambulancias y las bocinas de los cuernos en la Avenida York. También podía escuchar cosas que los mundanos no podían, y esos sonidos se filtraban a través de la noche hasta sus sueños—el torrente de aire desplazado por las motos de aire de los vampiros, el aleteo de las hadas aladas, el aullido lejano de los lobos en los días de luna llena.

Ahora sólo estaba medio abierta, echando la luz suficiente para que pudiera leer acostado en la cama. Tenía la caja de plata de su padre abierta en frente de él, mirando lo que estaba dentro de ella. Una de las estelas de su padre estaba ahí, una daga de caza con el mango de plata y las iniciales SWH en él, y—lo más interesante para Jace—un montón de cartas.

En las seis semanas pasadas había tomado la costumbre de leer una carta o más cada noche, tratando de conseguir un sentido para el hombre que era su padre biológico. Una imagen había empezado a surgir lentamente, de un considerado joven hombre con unos padres difíciles de manejar que se había unido a Valentine y el Círculo porque al parecer le habían ofrecido una oportunidad para destacarse en el mundo. Había seguido escribiendo a Amatis incluso después de su divorcio, algo que ella no había mencionado antes. En esas cartas, su desencanto con Valentine y las enfermizas actividades del Círculo era claro, aunque rara vez, casi nunca, mencionaba a la madre de Jace, Céline. Tenía sentido—Amatis no habría querido escuchar sobre su reemplazo, y sin embargo, Jace no podía dejar de odiar un poco a su padre por eso. Si a él no le importaba la madre de Jace, ¿por qué se casó con ella? Si

detestaba tanto el Círculo, ¿por qué no lo había dejado? Valentine había sido un hombre demente, pero al menos era fiel a sus principios.

Y luego, por supuesto, Jace solo se sentía peor por preferir a Valentine en vez de a su verdadero padre. ¿Qué clase de persona lo hacía el hacer eso?

Un golpe en la puerta lo alejó de su auto-recriminación; se levantó y fue a abrir, esperando que Isabelle estuviera ahí, esperando para pedirle algo prestado o para quejarse de algo.

Pero no era Isabelle. Era Clary.

No estaba vestida de la manera en que usualmente estaba. Tenía un top negro de corte bajo, una blusa blanca atada suelta sobre ella, una falda corta, lo suficientemente corta para mostrar las curvas de sus piernas hasta la mitad del muslo. Llevaba su brillante cabello rojo en trenzas, con rizos sueltos aferrándose a las sienes, como si hubiera estado lloviendo ligeramente afuera. Sonrió cuando lo vio, arqueado las cejas. Estaban cobrizas, como las finas pestañas que enmarcaban sus ojos verdes.

"¿No me vas a invitar a pasar?"

Él miró de arriba a abajo el pasillo. No había nadie más, gracias a Dios. Tomó a Clary del brazo, la haló dentro y cerró la puerta. Apoyado en ella, dijo: "¿Qué estás haciendo aquí? ¿Todo está bien?"

"Todo está bien." Ella se quitó los zapatos y se sentó en el borde de la cama. Su falda se subió más cuando se inclinó hacia atrás en sus manos, mostrando más muslo. No estaba haciendo maravillas con la concentración de Jace. "Te extrañaba. Y mamá y Luke están dormidos. No notarán que me fui."

"No deberías estar aquí." Las palabras salieron en una especie de gemido. Él odiaba decirlas pero sabía que necesitaban ser dichas, por razones que ella ni siquiera conocía. Y él esperaba que nunca lo hiciera.

"Bueno, si quieres que me vaya, lo haré." Se puso de pie. Sus ojos eran de un verde reluciente. Dio un paso acercándose a él. "Pero he venido hasta aquí. Al menos deberías darme un beso de despedida."

Él la alcanzo y la haló, y la besó. Había algunas cosas que se tenían que hacer, incluso aunque fueran una mala idea. Ella se acomodó en sus brazos como delicada seda. Él puso sus manos en su cabello y deslizó sus dedos a través él, deshaciendo sus trenzas hasta que su cabello cayó alrededor de sus hombros en la forma que a él le gustaba. Recordó cuanto quiso hacer eso la primera vez que la vio, descartando la idea como una locura. Era una mundana, había sido una desconocida, no había sentido en desearla. Y luego la había besado por primera vez, en el invernadero, y casi lo enloqueció. Habían bajado las escaleras

y habían sido interrumpidos por Simon, y nunca había querido matar a alguien tanto como quería matar a Simon en ese momento, aunque sabía, intelectualmente, que Simon no había hecho nada malo. Pero lo que sentía no tenía nada que ver con el intelecto, y cuando se la había imaginado dejándolo por Simon, el pensamiento lo hizo sentir tan enfermo y asustado como ningún demonio lo había hecho.

Y luego Valentine les dijo que eran hermano y hermana, y Jace se dio cuenta que habían cosas perores, cosas infinitamente peores, que Clary dejándolo por alguien más—y eso era el conocimiento que amarla de la manera en que lo hacía estaba de alguna cósmicamente mal; que lo que había parecido la cosa más pura e irreprochable de su vida ahora se encontraba más allá de la redención. Recordó a su padre diciéndole que cuando los ángeles caían, caían angustiados, porque habían visto una vez el rostro de Dios, y ahora no podían volver atrás. Y él tenía la idea de cómo se sentían.

Eso no hizo que la deseara menos, solo había convertido su deseo por ella en una tortura. Algunas veces la sombra de esa tortura caía a través de sus recuerdos incluso cuando la estaba besando, como ahora, lo cual lo hizo apretarla más fuerte contra él. Ella hizo un sonido de sorpresa pero no protestó, ni siquiera cuando la levantó y la llevó a la cama.

Se tendieron en ella juntos, arrugando algunas cartas, Jace golpeó la caja a un lado para hacer espacio para ellos. Su corazón estaba palpitando contra del interior de sus costillas. Nunca antes habían estado en la cama juntos de esa manera, no realmente. Habían estado esa noche en su habitación en Idris, pero apenas se habían tocado. Jocelyn tenía cuidado de no dejar que ninguno de ellos pasara la noche donde el otro vivía. Ella no se preocupaba mucho por él, sospechaba Jace, y no podía culparla. Dudaba de que se hubiera agradado a sí mismo, si estuviera en su posición.

"Te amo," susurró Clary. Ella le quitó la camiseta, y las yemas de sus dedos recorrieron las cicatrices de su espalda y la cicatriz de su hombro en forma de estrella que era la gemela de la de ella, una reliquia del ángel cuya sangre compartían. "No quiero perderte nunca."

Él deslizó su mano hacia abajo para desatar la blusa anudada. Su otra mano, apoyada contra el colchón, tocó el frío metal de la daga, se debió haber derramado en la cama con el resto del contenido de la caja. "Eso nunca va a pasar."

Ella subió la mirada hacia él con ojos luminosos. "¿Por qué estás tan seguro?"

Su mano se tensó sobre la empuñadura del cuchillo. La luz de la luna que entraba por ventana se deslizó fuera de la hoja cuando él la levantó. "Estoy seguro," dijo y bajó la daga. La hoja cortó a través de su carne como si fuera de papel, y mientras su boca se abría en una sobresaltada O y la sangre empapaba el frente de su camisa blanca, pensaba, por Dios, no otra vez.

El despertar de la pesadilla fue como chocar a través de una ventana de vidrio. Los fragmentos parecían cortar a Jace incluso mientras se liberaba y se sentaba, sin aliento. Salió de la cama, instintivamente queriendo irse, y golpeó el suelo de piedra con sus manos y rodillas. El aire frío entraba por la ventana abierta, haciéndolo temblar, pero despejándolo de los últimos zarcillos a los que se aferraba del sueño.

Bajó la mirada a sus manos. Estaban limpias de sangre. La cama era un desastre, las sabanas y mantas estaban atornilladas en una bola por sus sacudidas y vueltas, pero la caja que contenía las cosas de su padre aún estaba en su mesita de noche, donde la había dejado antes de irse a dormir.

Las primeras veces que había tenido la pesadilla, se había despertado y vomitado. Ahora era cuidadoso de no comer por horas antes de irse a dormir, así su cuerpo en cambio obtenía su venganza atormentándolo con espasmos de enfermedad y fiebre. Uno lo había golpeado ahora, así que se acurrucó en una bola, jadeando seco y agitado hasta que pasó.

Cuando se acabó, presionó su frente contra el frío piso de piedra. El sudor se estaba enfriando en su cuerpo, su camisa se adhería a él, y se preguntaba, no ocasionalmente, si eventualmente los sueños podrían matarlo. Había intentado todo para detenerlos—pastillas para dormir y pociones, runas para dormir y runas de paz y curación. Nada funcionó. Los sueños se metían como veneno en su mente, y no había nada que pudiera hacer para sacarlos.

Incluso cuando estaba despierto, encontraba muy duro mirar a Clary. Ella siempre había sido capaz de ver a través de él de una manera en que nadie más podía, y solo podía imaginarse que pensaría si se enteraba de qué estaba soñando. Rodó por su costado y miró a la caja en la mesita de noche, la luz de la luna centelleando en ella. Y pensó en Valentine. Valentine, quien había torturado y aprisionado a la única mujer que había amado, quien le había enseñado a su hijo—a sus dos hijos, que amar algo es destruirlo para siempre.

Su mente giró frenéticamente mientras decía las palabras para sí mismo, una y otra vez. Las había convertido en una especie de canto para él, y como cualquier canto, las palabras habían comenzado a perder su significado individual.

No soy como Valentine. No quiero ser como él. No seré como él. No lo seré.

Vio a Sebastian—Jonathan, en realidad—su-alguna-clase-de-hermano, sonriéndole a través de una maraña de cabello blanco plateado, ojos negro brillante con alegría sin piedad. Y vio su propio cuchillo ir hacia Jonathan y liberarse, y el cuerpo de Jonathan cayendo hacia el río abajo, su sangre mezclándose con la maleza y la hierba a la orilla del río.

No soy como Valentine.

No había lamentado matar a Jonathan. Dándole la oportunidad, lo volvería a hacer.

No quiero ser como él.

Seguramente no sería normal matar a alguien—matar a su propio hermano adoptivo—y no sentir nada.

No seré como él.

Pero su padre le había enseñado que matar sin compasión era una virtud, y quizá no se puede olvidar lo que los padres enseñan. Sin importar cuánto lo desees.

No seré como él.

Quizá la gente nunca podrá cambiar realmente.

No lo seré.

4

El Arte de los Ocho Miembros

AQUÍ ESTÁN CONSAGRADOS EL ANHELO DE GRANDES CORAZONES Y COSAS NOBLES QUE SE ELEVAN SOBRE LA MAREA, LA PALABRA MÁGICA QUE LE DIO ALAS A COMIENZOS MILAGROSOS, LA OBTENCIÓN DE LA SABIDURÍA QUE NUNCA HA MUERTO.

Las palabras estaban gravadas sobre las puertas frontales de la Biblioteca Pública de Brooklyn en la Plaza Principal del Ejército. Simon estaba sentado en los escalones de la entrada, con la mirada alzada hacia la fachada. Las inscripciones resplandecían sobre la piedra en dorado mate, cada palabra destellando momentáneamente a la vida cuando eran atrapaban por las luces de los faros de los autos que pasaban.

La biblioteca siempre había sido uno de sus lugares favoritos cuando era pequeño. Había una entrada separada para niños por un costado, y se había encontrado con Clary allí todos los sábados durante años. Recogían una pila de libros y se dirigían al Jardín Botánico de al lado, donde podían leer por horas, tendidos en el pasto, con el sonido del tráfico como un constante y sordo zumbido en la distancia.

Cómo había terminado aquí esta noche, no estaba muy seguro. Se había alejado de su casa tan rápido como pudo, solo para darse cuenta que no tenia donde ir. No podía afrontar ir a la casa de Clary—se hubiera horrorizado de lo que había hecho, y hubiera querido que volviera a arreglarlo. Eric y los otros chicos no lo entenderían. A Jace no le agradaba, y además, no podía entrar al Instituto. Era una iglesia, y la razón por la que los Nefilim vivían allí en primer lugar era precisamente para mantener alejados a criaturas como él.

Eventualmente se había dado cuenta de a quien podía llamar, pero el pensamiento había sido lo suficientemente desagradable que le había llevado un rato juntar el coraje para realmente hacerlo.

Oyó la motocicleta antes de verla, el fuerte rugido del motor cortando los sonidos del leve tráfico en la Plaza Principal del Ejército. La moto se inclinó a través de la intersección y siguió hacia arriba sobre el pavimento, luego se levantó hacia atrás y se disparó por los escalones. Simon se hizo a un lado mientras aterrizaba ligeramente a su lado y Raphael soltaba el manillar.

La motocicleta se quedo instantáneamente en silencio. Las motocicletas de los vampiros funcionaban con energía de espíritus demoniacos y respondían como mascotas a los deseos de sus dueños. Simon las encontraba horripilantes.

"¿Querías verme, Daylighter?" Raphael, tan elegante como siempre con una chaqueta negra y lo que parecían unos costosos jeans, desmontó e inclinó su motocicleta contra la barandilla de la biblioteca. "Será mejor que esto sea bueno," agregó. "No es por nada que he venido todo el camino hasta Brooklyn. Raphael Santiago no pertenece a un barrio exterior."

"Oh, bien. Estás empezando a hablar sobre ti mismo en tercera persona. Esa no es una señal de una inminente manía de grandeza ni mucho menos."

Raphael se encogió de hombros. "Puedes decirme que es lo me querías decir, o me iré. Depende de ti." Miró su reloj. "Tienes treinta segundos."

"Le dije a mi mamá que soy un vampiro."

Las cejas de Raphael se elevaron. Eran muy finas y muy oscuras. En momentos menos generosos Simon a veces se preguntaba si se las pintaba. "¿Y qué pasó?"

"Me dijo que era un monstruo e intentó rezar por mi." El recuerdo hizo que el sabor amargo de la sangre vieja subiera por la parte posterior de la garganta de Simon.

"¿Y luego?"

"Y luego no estoy seguro de qué fue lo que pasó. Comencé a hablarle en una voz muy rara y tranquilizadora, diciéndole que nada había pasado y que todo era un sueño."

"Y ella te creyó."

"Si, me creyó," dijo Simon a regañadientes.

"Por supuesto que lo hizo," dijo Raphael. "Porque eres un vampiro. Es un poder que poseemos. El encanto. La fascinación. El poder de la persuasión, podrías llamarlo. Puedes convencer a mundanos humanos de casi cualquier cosa, si aprendieras como usar la habilidad apropiadamente."

"Pero no quise usarla en ella. Es mi madre. ¿Hay alguna forma de sacárselo… alguna forma de arreglarlo?"

"¿Arreglarlo para que vuelva a odiarte? ¿Para que piense que eres un monstruo? Esa es una muy extraña definición de arreglar algo."

"No me importa," dijo Simon. "¿Hay alguna forma?"

"No," dijo Raphael alegremente. "No la hay. Sabrías todo esto, por supuesto, si no odiaras tanto a los de tu especie."

"Eso es. Actúa como si yo te hubiera rechazado. No es como si hubieras tratado de matarme ni nada."

Raphael se encogió de hombros. "Eso fue política. No personal." Se echó hacia atrás sobre la barandilla y cruzó sus brazos sobre su pecho. Estaba usando guantes negros de motocicleta. Simon tenía que admitir que lucía muy bien. "Por favor dime que no me hiciste venir aquí para que puedas contarme una muy aburrida historia sobre tu hermana."

"Mi madre," lo corrigió Simon.

Raphael movió su mano como no dándole importancia. "Lo que sea. Alguna mujer en tu vida te ha rechazado. No será la última vez, eso puedo decirte. ¿Por qué me molestas con eso?"

"Quería saber si puedo ir y quedarme en el Dumont," dijo Simon, soltando las palabras muy rápido así no podía arrepentirse a la mitad. Apenas podía creer lo que estaba pidiendo. Sus recuerdos del hotel de vampiros eran recuerdos de sangre, terror y dolor. Pero era un lugar a donde ir, un lugar donde quedarse en donde nadie lo buscaría, y así no tendría que regresar a casa. Él era un vampiro. Era estúpido temer a un hotel lleno de otros vampiros. "No tengo otro lugar a donde ir."

Los ojos de Raphael brillaron. "Ajá," dijo, con un suave triunfo que a Simon no le agradó particularmente. "Ahora quieres algo de mi."

"Supongo que sí. Aunque es horripilante que estés tan emocionado sobre eso, Raphael."

Raphael resopló. "Si vienes a quedarte en el Dumont, no te dirigirás a mi como Raphael, sino como Maestro, Mi Señor, o Gran Líder."

Simon tensó. "¿Qué pasa con Camille?"

Raphael se sobresaltó. "¿A qué te refieres?"

"Siempre me dijiste que no eras realmente el líder de los vampiros," dijo Simon, suavemente. "Antes, en Idris, me dijiste que era alguien llamada Camille. Dijiste que ella no había regresado a Nueva York aun. Pero asumo que cuando lo haga, ¿ella será la líder, o lo que sea?"

La mirada de Raphael se oscureció. "Me parece que no me gusta tu línea de cuestionamiento, Daylighter."

"Tengo derecho a saber cosas."

"No," dijo Raphael. "No lo tienes. Vienes a mí, preguntando si puedes quedarte en mi hotel porque no tienes otro lugar a donde ir. No porque deseas estar con otros de tu especie. Huyes de nosotros."

"Lo que, como ya dije, tiene que ver con esa vez que trataste de matarme."

"El Dumont no es una casa de paso para vampiros reacios," continuó Raphael. "Vives entre humanos, caminas en la luz del día, tocas en tu estúpida banda—si, no pienses que no se sobre eso. En cada aspecto no aceptas lo que realmente eres. Y mientras eso sea verdad, no eres bienvenido en el Dumont."

Simon pensó en Camille diciendo, 'En el momento en que sus seguidores vean que estás conmigo, lo dejarán y vendrán a mí. Creo que son leales a mí por debajo de su miedo a él. Una vez que nos vean juntos, ese miedo se irá, y ellos vendrán a nuestro lado.' "Sabes," dijo, "he tenido otras ofertas."

Raphael lo miró como si estuviera loco "¿Ofertas de qué?"

"Sólo…ofertas," dijo Simon débilmente.

"Eres desastroso en asuntos políticos, Simon Lewis. Te sugiero que no lo intentes de nuevo."

"Bien," dijo Simon. "Vine aquí para decirte algo, pero ahora no voy a hacerlo."

"Supongo que también vas a tirar el regalo de cumpleaños que me trajiste," dijo Raphael. "Es todo tan trágico." Retiró su motocicleta y balanceó una pierna por encima de ella mientras el motor aceleraba cobrando vida. Chispas rojas volaron del tubo de escape. "Si vueles a molestarme, Daylighter, mejor que sea por una buena razón. O no seré tan indulgente."

Y con eso, la motocicleta se agitó hacia adelante y hacia arriba. Simon estiró su cabeza hacia atrás para observar mientras Raphael, como el ángel por el que había sido nombrado, subía hacia el cielo tras un rastro de fuego.

Clary estaba sentada con su bloc de dibujo en sus rodillas y mordisqueaba la punta de su lápiz pensativamente. Había dibujado a Jace docenas de veces— suponía que era su versión de la mayoría de las chicas escribiendo en sus diarios sobre sus novios— pero nunca parecía ser capaz de plasmarlo de forma correcta. Por un lado, era casi imposible hacer que se quedara quieto, así que había pensado que ahora, mientras estaba dormido, sería perfecto; pero aun no estaba saliendo de la forma en que quería. Sólo no lucia como él.

Arrojó el bloc de dibujo sobre la manta con un suspiro de exasperación y atrajo sus rodillas hacia si, mirándolo. No había esperado que se quedara dormido. Habían venido a Central

Park para almorzar y entrenar afuera mientras el tiempo aun estuviera bueno. Habían echo una de esas cosas. Contenedores para llevar de Taki´s estaban esparcidos en el pasto al lado de la manta. Jace no había comido mucho, picoteando pequeños bocados de su caja de cartón de fideos de sésamo con desgana antes de hacerlo a un lado y recostarse sobre la manta, observando el cielo. Clary se había sentado mirándolo, la forma en que las nubes se reflejaban en sus ojos claros, el contorno de los músculos en sus brazos cruzados detrás de su cabeza, la perfecta franja de piel que se dejaba ver entre el dobladillo de su camiseta y el cinturón de sus jeans. Había querido estirarse y deslizar su mano sobre su estómago fuerte y plano; en vez de eso había alejado su mirada, buscando su bloc de dibujo. Cuando había regresado, lápiz en mano, sus ojos estaban cerrados y su respiración era suave y uniforme.

Estaba ahora a tres borradores de su ilustración, y sin acercarse a un dibujo que la satisficiera. Mirándolo ahora, se preguntaba por qué rayos no podía dibujarlo. La luz era perfecta, suave luz bronce de octubre que conducía un brillo de oro pálido sobre sus ya dorados cabello y piel. Sus párpados cerrados estaban bordeados de un dorado un tono más oscuro que su pelo. Una de sus manos estaba apoyada relajadamente sobre su pecho, la otra abierta a un costado. Su rostro estaba relajado y vulnerable en sueños, más suave y menos angular que cuando estaba despierto. Quizás ese era el problema. Muy raramente estaba tan relajado y vulnerable, así que era difícil capturar sus contornos cuando lo estaba. Se sentía... desconocido.

En ese preciso momento se movió. Había comenzado a dar pequeños jadeos mientras dormía, sus ojos moviéndose de atrás para delante detrás de sus párpados cerrados. Su mano dio un tirón, apretándose sobre su pecho, y se sentó, tan repentinamente que casi derribó a Clary. Sus ojos se abrieron de golpe. Por un momento parecía simplemente aturdido; se había puesto alarmantemente pálido.

"¿Jace?" Clary no pudo ocultar su sorpresa.

Sus ojos se enfocaron en ella; un momento después la había atraído hacia él con nada de su dulzura habitual; la puso sobre su regazo y la besó intensamente, sus manos enrollándose entre su cabello. Podía sentir el golpeteo de su corazón contra el de ella, y sintió sus mejillas sonrojarse. Estaban en un parque público, pensó, y seguramente la gente estaba mirando.

"Whoa," dijo él, retirándose, sus labios curvándose en una sonrisa. "Lo siento. Probablemente no estabas esperando eso."

"Fue una linda sorpresa." Su voz sonaba baja y ronca a sus propios oídos. "¿Sobre qué estabas soñando?"

"Tú." Hizo girar un mechón del cabello de ella en su dedo. "Siempre sueño contigo."

Quieta en su regazo, sus piernas desparramadas sobre las de él, Clary dijo, "Oh, ¿si? Porque pensé que estabas teniendo una pesadilla."

Inclinó su cabeza hacia atrás para mirarla. "A veces sueño que te has ido," dijo. "Sigo preguntándome cuando te darás cuenta que puedes conseguir algo mejor y me dejarás."

Ella tocó su rostro con la punta de sus dedos, delicadamente trazando sus pómulos, por la curvatura de su boca. Jace nunca decía cosas como esas a nadie excepto a ella. Alec e Isabelle sabían, por vivir con él y quererlo, que debajo de su coraza protectora de humor y fingida arrogancia, los fragmentos irregulares de sus recuerdos y su infancia aun lo desgarraban. Pero ella era la única a la que decía esas palabras en voz alta. Sacudió su cabeza; su cabello cayó hacia adelante sobre su frente, y lo apartó impacientemente.

"Desearía poder decir las cosas como tú las dices," dijo "Todo lo que dices, las palabras que eliges, son tan perfectas. Siempre encuentras la frase correcta, o la forma justa de decir las cosas para hacerme creer que me amas. Si no puedo convencerte que nunca te dejaré..."

Él atrapó su mano en la suya. "Sólo dilo de nuevo."

"Nunca te dejaré," dijo.

"¿Sin importar lo que pase, lo que yo haga?"

"Nunca voy a renunciar a ti," dijo ella. "Nunca. Lo que siento por ti…" tropezó sobre las palabras. "Es casi lo más importante que he sentido alguna vez."

Maldita sea, pensó. Eso sonaba completamente estúpido. Pero Jace no parecía pensar lo mismo; sonrió con nostalgia y dijo, "´L'amor che move il sole e l´altre stelle.´"

"¿Es eso Latín?"

"Italiano," dijo. "Dante."

Ella recorrió las puntas de sus dedos sobre sus labios, y él se estremeció. "No hablo Italiano," dijo, muy suavemente.

"Significa," dijo, "que el amor es la fuerza más poderosa en el mundo. Que el amor puede lograrlo todo."

Ella separó su mano de la de él, consciente mientras hacia eso de que él la estaba observando a través de sus ojos entrecerrados. Juntó ambas manos en la parte de atrás de su cuello, se inclinó hacia adelante, y tocó sus labios con los de él—no fue un beso esta vez, sólo un leve roce de labios entre si. Fue suficiente; sintió su pulso acelerarse, y el se inclinó hacia adelante, tratando de atrapar sus labios con los suyos, pero ella sacudió la cabeza, moviendo su pelo alrededor de ellos como una cortina que los ocultaría de los ojos de los

demás en el parque. "Si estás cansado, podemos volver al Instituto," dijo casi en un susurro. "Tomar una siesta. No hemos dormido juntos en la misma cama desde... desde Idris."

Sus miradas se encontraron fijamente, y ella supo que él estaba recordando lo mismo que ella. La luz pálida filtrándose a través de la ventana de la pequeña habitación de huéspedes de Amatis, la desesperación en su voz. Sólo quiero recostarme contigo y despertar contigo, sólo una vez, sólo una vez en mi vida. Toda esa noche, acostados uno al lado del otro, sólo sus manos tocándose. Se habían tocado mucho más desde aquella noche, pero nunca habían pasado la noche juntos. Él también sabía que ella estaba ofreciendo más que una siesta en una de las habitaciones sin uso del Instituto. Estaba segura que él podía verlo en sus ojos, incluso si ella no estaba completamente segura de cuanto estaba ofreciendo. Pero no importaba. Jace nunca le pediría algo que ella no quisiera dar.

"Quiero." El ardor que ella vio en sus ojos, el borde confuso de su voz, le decía que no estaba mintiendo. "Pero... no podemos." Tomó sus muñecas firmemente, y las llevó hacia abajo, sosteniendo sus manos entre ellos, haciendo una barrera.

Los ojos de Clary se agrandaron. "¿Por qué no?"

Él tomo una gran bocanada de aire. "Vinimos aquí a entrenar, y deberíamos entrenar. Si en cambio sólo pasamos besándonos todo el tiempo en que se supone que tenemos que estar entrenando, no me dejarán ayudarte a entrenar en absoluto."

"¿No se supone que deberían estar contratando a alguien más para entrenarme a tiempo completo de todas formas?"

"Sí," dijo, levantándose y tirando de ella para ponerla de pie al mismo tiempo, "y me preocupa que si sigues el hábito de besarte con tus instructores, vas a terminar besándote con él también."

"No seas sexista. Podrían encontrarme una instructora."

"En ese caso tienes mi permiso para besarte con ella, en tanto yo pueda mirar."

"Bonito." Clary sonrió, inclinándose para recoger la manta que habían traído para sentarse. "Solo te preocupa que contraten a un instructor y que él sea más ardiente que tú."

Las cejas de Jace se elevaron. "¿Más ardiente que yo?"

"Podría suceder," dijo Clary. "Ya sabes, teóricamente."

"Teóricamente el planeta súbitamente podría partirse a la mitad, dejándome en un lado y a ti en el otro lado, para siempre y trágicamente separados, pero tampoco estoy preocupado por eso. Algunas cosas," dijo Jace, con su acostumbrada sonrisa torcida, "son muy improbables que pasen."

Él estiró su mano; ella la tomó, y juntos cruzaron el prado, dirigiéndose a un matorral de árboles al borde del Prado del Este que sólo los Cazadores de Sombras parecían conocer. Clary sospechaba que estaba bajo el encanto de un glamour, ya que ella y Jace entrenaban allí bastante seguido y nunca nadie los había interrumpido excepto Isabelle o Maryse.

Central Park en otoño era un alboroto de colores. Los árboles cercando el prado se habían vuelto de colores muy brillantes y rodeaban el verde con un llameante dorado, rojo, cobre, y naranja oxidado. Era un hermoso día para tomar un paseo romántico por el parque y besarse sobre uno de los puentes de piedra. Pero eso no iba a pasar.

Obviamente, en todo lo que respectaba a Jace, el parque era una extensión exterior de la sala de entrenamiento del Instituto, y estaban allí para dirigir a Clary a través de varios ejercicios incluyendo navegación terrestre, técnicas de escape y evasión, y asesinar cosas con sus manos desnudas.

Normalmente hubiera estado emocionada de aprender como matar cosas con sus manos desnudas, pero aun así había algo sobre Jace que la molestaba. No se podía liberar de la sensación persistente de que algo estaba gravemente mal. Si tan sólo existiera una runa, pensó, que le hiciera decir lo que realmente estaba sintiendo; pero ella nunca crearía una runa así, se recordó con impaciencia, no seria ético usar su poder para tratar de controlar a otros. Y además, desde que había creado la runa de unión en Idris, su poder se había quedado aparentemente dormido. No había sentido ninguna necesidad de dibujar runas antiguas, ni había tenido visiones para crear nuevas. Maryse le había dicho que intentarían traer a un especialista en runas para que fuera su tutor, una vez que su entrenamiento estuviera encaminado, pero hasta ahora no había aparecido. No es que le importara, realmente. Tenía que admitir que no estaba segura de lamentarlo mucho si su poder hubiera desaparecido para siempre.

"Va a haber momentos en que te encuentres con un demonio y no tengas un arma para defenderte," iba diciendo Jace mientras pasaban por debajo de una fila de árboles llenos de hojas que colgaban bajas cuyos colores recorrían la gama del verde al oro brillante. "En ese momento, no puedes entrar en pánico. Primero, tienes que recordar que cualquier cosa puede servirte de arma. Una rama de árbol, un puñado de monedas— funcionan muy bien como manoplas— un zapato, cualquier cosa. Y segundo, ten en cuenta que tú eres un arma. En teoría, cuando termines tu entrenamiento, deberías ser capaz de patear y perforar paredes o poner fuera de combate a un alce con sólo un golpe."

"Yo nunca golpearía a un alce," dijo Clary. "Están en peligro de extinción."

Jace sonrió ligeramente, y se giró para enfrentarla. Habían alcanzado el matorral, una pequeña área despejada en el centro de una población de arboles. Había runas gravadas en los troncos de los árboles que los rodeaban, convirtiéndolo en un sitio de Cazadores de Sombras.

"Existe un antiguo estilo de lucha llamado Muay Thai," dijo. "¿Has oído hablar de él?"

Ella sacudió la cabeza. El sol estaba brillante y firme, y ella estaba demasiado acalorada en sus pantalones de caminar y cálida chaqueta. Jace se sacó su chaqueta y volvió a concentrarse en ella, flexionando sus delgadas manos de pianista. Sus ojos lucían intensamente dorados en la luz otoñal. Marcas de velocidad, agilidad y fuerza recorrían como un diseño de vides desde sus muñecas hacia la elevación de cada bíceps, despareciendo debajo de las mangas de su camiseta. Se preguntó por qué se había molestado en Marcarse como si ella fuera un rival a contar.

"Escuché un rumor que el nuevo instructor que vamos a tener la semana que viene es un maestro de Muay Thai," dijo. "Y sambo, lethwei, tomoi, krav maga, jiujitsu, y otro más que sinceramente no recuerdo el nombre, pero implica matar gente con pequeños palitos o algo así. Mi punto es, que él o ella no va a estar acostumbrado a trabajar con alguien de tu edad que sea tan inexperta como tú, así que si te enseñamos algunos básicos, espero que los haga sentir con un poco más de generosidad hacia ti." Se estiró para poner sus manos en las caderas de ella. "Ahora gírate y enfréntame."

Clary hizo lo que se le ordenaba. Enfrentados como estaban, su cabeza llegaba a estar por debajo de su mentón. Puso sus manos suavemente sobre sus bíceps.

"Muay Thai es llamado 'el arte de los ocho miembros'. Eso es porque no sólo usas tus puños y pies como puntos de ataque, sino también tus codos y rodillas. Primero debes detener a tu oponente, luego lo golpeas con cada uno de tus puntos de ataque hasta que él o ella colapse."

"¿Y eso funciona con demonios?" Clary arqueó las cejas.

"Con los pequeños." Jace se movió más cerca de ella. "Okay. Levanta tu mano y agarra mi nuca."

No era posible hacer lo que le pedía sin ponerse en puntas de pie. No por primera vez, Clary maldijo el hecho de ser demasiado pequeña.

"Ahora levanta tu otra mano y haz lo mismo de nuevo, de forma que tus manos queden aseguradas detrás de mi cuello."

Ella lo hizo. Su nuca se sentía cálida por el sol, y su suave pelo hacia cosquillas a sus dedos. Sus cuerpos estaban presionados entre si; podía sentir el anillo que llevaba colgado en una cadena alrededor de su cuello haciendo presión entre ellos como una piedrita oprimida entre dos palmas.

"En una pelea real harías esa maniobra mucho más rápido," dijo. A menos que lo estuviera imaginando, su voz sonaba un poco inestable. "Ahora ese agarre en mí te da ventaja. Vas a

usar esa ventaja para lanzarte hacia adelante y agregar impulso a tus patadas de rodilla hacia arriba...”

“Caray, caray,” dijo una voz fría y divertida. “Sólo seis semanas, ¿y ya se están agarrando del cuello? Cuan rápidamente se desvanece el amor mortal.”

Soltando su agarre en Jace, Clary se giró, aunque ya sabía de quien se trataba. La Reina de la Corte Seelie estaba de pie en las sombras entre dos árboles. Si Clary no hubiera sabido que estaba allí, se preguntó si la hubiera visto, aun con la Vista. La Reina usaba un traje tan verde como el pasto, y su cabello, cayendo sobre sus hombros, era del color de las hojas en otoño. Era tan hermosa y detestable como una estación llegando a su fin. Clary nunca había confiado en ella.

“¿Que haces aquí?” Era Jace, sus ojos entrecerrados. “Este es un sitio para Cazadores de Sombras.”

“Y tengo noticias de interés para los Cazadores de Sombras.” Mientras la Reina avanzaba elegantemente hacia adelante, el sol se lanzaba entre los árboles y destellaba en el círculo de bayas doradas que llevaba sobre su cabeza. A veces Clary se preguntaba si la Reina planeaba estas entradas dramáticas, y si así era, como lo hacía. “Ha habido otra muerte.”

“¿Que tipo de muerte?”

“Otro de ustedes. Un Nefilim muerto.” Había cierto entusiasmo en la forma en que la Reina lo decía. “El cuerpo fue encontrado hoy al amanecer debajo del Puente Oak. Como bien saben, el parque es de mi dominio. Una muerte humana no es asunto mío, pero esta muerte no parecía ser de orígenes mundanos. El cuerpo fue traído a la Corte para ser examinado por mis médicos, declararon que el mortal muerto era uno de los suyos.”

Clary miró rápidamente a Jace, recordando la noticia de la muerte del Cazador de Sombras dos días atrás. Pudo darse cuenta que Jace estaba pensando en lo mismo; se había puesto pálido. “¿Dónde está el cuerpo?” preguntó.

“¿Te preocupa mi hospitalidad? Permanece en mi corte, y te aseguro que le proporcionamos a su cuerpo todo el respeto que le daríamos a un Cazador de Sombras con vida. Ahora que uno de los míos tiene un lugar en el Consejo al lado tuyo y de los de tu clase, difícilmente puedes dudar de nuestra buena fe.”

“Como siempre, la buena fe y mi Señora van de la mano.” El sarcasmo en la voz de Jace fue claro, pero la Reina sólo sonrió. Le agradaba Jace, Clary siempre lo había creído así, en esa forma en que las hadas le gustaban las cosas lindas porque eran lindas. No creía que a la Reina le agradara ella, y el sentimiento era mutuo. “¿Y por qué me das este mensaje a mi, en vez de a Maryse? La costumbre indicaría que…”

"Oh, la costumbre." La Reina rechazó las costumbres con un gesto de su mano. "Tú estabas aquí. Me pareció oportuno."

Jace le dirigió otra mirada estrecha y abrió su celular de un tirón. Le hizo un gesto a Clary para que permaneciera donde estaba, y se alejó caminando una corta distancia. Podía escucharlo diciendo, "¿Maryse?" al ser contestada su llamada, y luego su voz fue tragada por gritos del campo de juegos en las cercanías.

Con un sentimiento de frio espanto, volvió su atención a la Reina. No había visto a la Reina de la Corte Seelie desde su última noche en Idris, y en ese encuentro Clary no había sido exactamente educada con ella. Dudaba que la Reina lo hubiera olvidado o la hubiera perdonado por eso. ¿Rechazarías realmente un favor de la Reina de la Corte Seelie?

"Escuché que Meliorn obtuvo un lugar en el Consejo," dijo Clary en ese momento. "Debes estar satisfecha con eso."

"Ciertamente." La Reina la miró con diversión. "Estoy suficientemente encantada."

"Así que," dijo Clary. "Sin resentimientos, ¿no?"

La sonrisa de la Reina se volvió de hielo en los bordes, como escarcha acumulándose en las esquinas de un estanque. "Supongo que te refieres a mi oferta, que tu tan groseramente rechazaste," dijo. "Como sabes, mi objetivo fue cumplido a pesar de todo; la perdida allí, imagino que la mayoría estaría de acuerdo, fue tuya."

"No quería negociar contigo." Clary trató de evitar la agudeza en su voz, y falló. "La gente no puede hacer lo que quieres todo el tiempo, sabes."

"No intentes darme un sermón, niña." Los ojos de la Reina siguieron a Jace, quien estaba dando vueltas en los bordes de los árboles, con teléfono en mano. "Es hermoso," dijo. "Puedo ver por qué lo amas. Pero, ¿te has preguntado alguna vez qué lo atrae hacia ti?"

Clary no dijo nada a eso; parecía que no había que decir.

"La sangre del Cielo los une," dijo la Reina. "La sangre llama a la sangre, debajo de la piel. Pero la sangre y el amor no son lo mismo."

"Acertijos," dijo Clary con enojo. "¿Siquiera quieres decir algo cuando hablas así?"

"Él está ligado a ti," dijo la Reina. "¿Pero te ama?"

Clary sintió que sus manos se movían nerviosamente. Anhelaba ensayar con la Reina algunos de los nuevos movimientos de pelea que había aprendido, pero sabía cuan imprudente sería eso. "Sí, lo hace."

"¿Y te desea? Porque amor y deseo no siempre están acompañados."

"Eso no asunto suyo," dijo Clary secamente, pero podía ver que los ojos de la Reina sobre ella eran tan afilados como alfileres.

"Lo deseas como nunca has deseado otra cosa. ¿Pero siente él lo mismo?" La suave voz de la Reina era severa. "Podría tener cualquier cosa o a cualquiera que desee. ¿Te preguntas por qué es que te ha elegido a ti? ¿Te preguntas si se arrepiente? ¿Ha cambiado en lo que respecta a ti?"

Clary sintió lagrimas punzar la parte trasera de sus ojos. "No, no lo ha hecho." Pero pensó en su rostro en el elevador aquella noche, y la forma en que le había dicho que fuera a su casa cuando ella había ofrecido quedarse.

"Me dijiste que no deseabas hacer un pacto conmigo, porque no había nada que yo pudiera ofrecerte. Dijiste que no había nada en el mundo que quisieras." Los ojos de la Reina brillaron. "Cuando imaginas tu vida sin él, ¿aún sientes lo mismo?"

¿Por qué me haces esto? Deseaba gritar Clary, pero se quedó en silencio, porque la Reina de las Hadas miró más allá de ella, y sonrió, diciendo, "Limpia tus lagrimas, que él regresa. No te hará ningún bien que te vea llorar."

Clary frotó sus ojos a toda prisa con la palma de su mano, y se giró; Jace estaba caminando hacia ellas, con el entrecejo fruncido. "Maryse está en camino a la Corte," dijo. "¿A donde fue la Reina?"

Clary lo miró, sorprendida. "Está aquí," comenzó, girándose… y se interrumpió. Jace estaba en lo cierto. La Reina ya no estaba, sólo un remolino de hojas a los pies de Clary mostraban donde había estado.

Simon, con su chaqueta enrollada bajo su cabeza, estaba recostado sobre su espalda, mirando fijo al techo del garaje de Eric con un sentido de severa fatalidad. Su bolso de lona estaba a sus pies, su teléfono presionado en su oreja. En ese momento la familiaridad de la voz de Clary al otro lado era lo único que lo ayudaba a no desmoronarse completamente.

"Simon, lo siento tanto." Se podía dar cuenta de que ella estaba en algún lugar de la ciudad. El alto estruendo del tráfico detrás de ella amortiguaba su voz. "¿Realmente estás en el garaje de Eric? ¿Él sabe que estas allí?"

"No," dijo Simon. "No hay nadie en casa en este momento, y tengo las llaves del garaje. Parecía como un buen lugar a donde ir. ¿Dónde estás, de todos modos?"

"En la ciudad." Para los habitantes de Brooklyn, Manhattan siempre era 'la cuidad'. No existía otra metrópolis. "Estaba entrenando con Jace, pero luego tuvo que volver al Instituto para tratar algún asunto de la Clave. Estoy volviendo a la casa de Luke ahora." Un auto

hizo sonar fuerte la bocina en los alrededores. “Mira, ¿Quieres quedarte con nosotros? Puedes dormir en el sofá de Luke.”

Simon dudó. Tenía buenos recuerdos de la casa de Luke. En todos los años que conocía a Clary, Luke había vivido en la misma andrajosa pero acogedora casa encima de la tienda de libros. Clary tenía llave, y ella y Simon se habían entretenido muchas horas agradables allí, leyendo libros que habían ‘pedido prestados’ de la tienda de abajo, o mirando viejas películas en la TV.

Sin embargo, las cosas eran diferentes ahora.

“Quizás mi mamá puede hablar con tu mamá,” dijo Clary, sonando preocupada por su silencio. “Hacer que comprenda.”

“¿Hacer que comprenda que soy un vampiro? Clary, creo que esa parte la entiende, en una forma un poco rara. Eso no significa que vaya a aceptarlo o incluso estar de acuerdo con eso.”

“Bueno, no puedes seguir haciéndola olvidar tampoco, Simon,” dijo Clary. “No va a funcionar para siempre.”

“¿Por qué no?” Sabía que estaba siendo poco razonable, pero yaciendo en el suelo duro, rodeado del olor de la gasolina y el susurro de las arañas haciendo girar sus telarañas en las esquinas del garaje, y sintiéndose más solo que nunca, lo razonable parecía estar muy lejano.

“Porque entonces toda tu relación con ella es una mentira. Nunca podrás regresar a casa…”

“¿Y qué?” Simon la interrumpió duramente. “Es parte de la maldición, ¿no? ‘Un fugitivo y un vagabundo serás.’”

A pesar de los sonidos del tráfico y los ruidos de charla a su alrededor, pudo escuchar a Clary inhalar aire súbitamente.

“¿Crees que debería contarle sobre eso también?” dijo. “¿Como pusiste la marca de Caín sobre mí? ¿Como es que soy básicamente una maldición andante? ¿Piensas que va a querer eso en su casa?”

Los sonidos de los alrededores se silenciaron; Clary debía haber pasado por una puerta. Podía escucharla esforzarse para contener las lágrimas mientas decía, “Simon, lo siento mucho. Sabes que lo siento...”

“No es tu culpa.” Repentinamente se sintió cansado hasta los huesos. Eso está bien, aterroriza a tu madre y luego haz llorar a tu mejor amiga. Un excepcional día para ti,

Simon. "Mira, obviamente no debería estar con gente en este momento. Sólo me voy a quedar aquí, y me encontraré con Eric cuando llegue a casa."

Ella hizo un sonido de risa entre lágrimas. "¿Qué, Eric no cuenta como gente?"

"Te respondo eso más tarde," dijo, y dudó. "Te llamaré mañana, ¿Está bien?"

"Me verás mañana, prometiste venir a la prueba de vestido conmigo, ¿recuerdas?"

"Wow," dijo. "Realmente debo quererte."

"Lo sé," dijo ella. "Yo también te quiero."

Simon apagó el teléfono y se recostó, sosteniéndolo contra su pecho. Era gracioso, pensó. Ahora podía decir 'Te quiero' a Clary, cuando durante años había luchado por decir esas palabras y no había sido capaz de sacarlas de su boca. Ahora que ya no significaban lo mismo, era fácil.

A veces se preguntaba que hubiera pasado si nunca hubiera existido un Jace Wayland. Si Clary nunca hubiera descubierto que era una Cazadora de Sombras. Pero alejó ese pensamiento— es inútil, no vayas por ese camino. No puedes cambiar el pasado. Sólo puedes ir hacia adelante. No es que tuviera alguna idea que implicara ir hacia adelante. No se podía quedar en el garaje de Eric para siempre. Aun en su actual estado de ánimo, tenía que admitir que era un triste lugar donde quedarse. No tenía frío, ya no sentía el frío o el calor en un sentido literal, pero el suelo era duro, y estaba teniendo problemas para conciliar el sueño. Deseaba poder adormecer sus sentidos. El alto ruido del tráfico afuera no le permitía descansar, como tampoco el desagradable hedor de la gasolina. Pero la insistente preocupación sobre qué hacer a continuación era lo peor.

Había tirado la mayor parte de sus provisiones de sangre y escondido el resto en su mochila; tenía suficiente para algunos días más, y luego estaría en problemas. Eric, fuera lo que fuera, seguramente dejaría a Simon quedarse en la casa si él quería, pero eso desencadenaría que los padres de Eric llamaran a la mamá de Simon. Y ya que ella pensaba que él estaba en una excursión de la escuela, no le haría ningún bien.

Días, pensó. Era la cantidad de tiempo que tenía. Antes de quedarse sin sangre, antes de que su madre comenzara a preguntarse donde estaba y llamara a la escuela buscándolo. Antes de que comenzara a recordar. Ahora era un vampiro. Se suponía que tenía toda la eternidad. Pero lo que tenía eran días.

Había sido tan cuidadoso. Intentándolo tan duro por lo que pensaba que era una vida normal— escuela, amigos, su propia casa, su propia cama. Había sido estresante, pero así es como era la vida. Otras opciones parecían tan poco prometedoras y solitarias que no merecían que perdiera tiempo en pensar en ellas. Y la voz de Camille aún sonaba en su

cabeza. ¿Qué pasará en diez años, cuando se suponga que tengas veintiséis? ¿En veinte años? ¿Treinta? ¿Piensas que nadie notará que mientras ellos envejecen y cambian, tú no lo haces?

La situación que había creado para si mismo, que había tallado tan cuidadosamente con la forma de su antigua vida, nunca había sido permanente, pensó ahora, con un sentimiento de pesadez en su pecho. Nunca hubiera funcionado, se había estado aferrando a sombras y recuerdos. Volvió a pensar en Camille, en su oferta. Sonaba mejor ahora que antes. Una oferta de una comunidad, incluso si no era la comunidad que él quería.

Tenía cerca de tres días más antes de que ella regresara buscando una respuesta. ¿Y qué le diría cuando llegara? Había pensado que sabría, pero ahora no estaba tan seguro.

Un sonido afilado interrumpió su ensimismamiento. La puerta del garaje se estaba abriendo hacia arriba, luz brillante lanzándose en el espacio oscuro del interior. Simon se sentó, todo su cuerpo súbitamente alerta.

"¿Eric?"

"Nah. Soy yo. Kyle."

"¿Kyle?" dijo Simon con la mente en blanco, antes de que recordara— el chico que habían acordado tomar en la banda como cantante. Simon estuvo a punto de volver a recostarse sobre el suelo de nuevo. "Oh. Cierto. Ninguno de los otros chicos esta aquí ahora, así que si estabas esperando practicar…"

"Está bien. No es por eso que vine." Kyle dio un paso hacia el garaje, parpadeando en la oscuridad, sus manos en los bolsillos traseros de sus pantalones. "Tú eres cual es tu nombre, el bajista, ¿no?"

Simon se puso de pie, quitando polvo del piso del garaje de su ropa. "Soy Simon."

Kyle miró alrededor, con una arruga de perplejidad entre sus cejas. "Dejé mis llaves aquí ayer, creo. Las he estado buscando por todos lados. Hey, allí están." Se agachó detrás del conjunto de tambores y surgió un segundo después, haciendo sonar un juego de llaves triunfalmente en sus manos. Lucía casi igual que el día anterior. Hoy tenía una camiseta azul debajo de una chaqueta de cuero, y una medalla dorada con la figura de un santo brillaba en su cuello. Su cabello oscuro estaba más desordenado que nunca. "Así que," dijo Kyle, apoyándose sobre uno de los parlantes. "¿Estabas, algo así como, durmiendo aquí? ¿En el suelo?"

Simon asintió. "Me echaron de mi casa." No era precisamente cierto, pero era lo que sintió más apropiado decir.

Kyle asintió con simpatía. "Tu mamá encontró tu escondite de hierba, ¿eh? Eso apesta."

"No. No… mi escondite de hierba." Simon se encogió de hombros. "Tuvimos una diferencia de opiniones sobre mi estilo de vida."

"Así que, ¿se enteró sobre tus dos novias?" Kyle sonrió. Era apuesto, Simon tuvo que admitirlo, pero al contrario que Jace, quien parecía saber exactamente cuan apuesto era, Kyle lucía como alguien quien probablemente no hubiera peinado su pelo en semanas. Sin embargo, tenía cierto aire de comprensión, amigable y dulce que era atrayente. "Si, Kirk me contó sobre eso. Bien por ti, hombre."

Simon sacudió su cabeza. "No fue eso."

Hubo un cierto silencio entre ellos. Luego:

"Yo… no vivo en casa tampoco," dijo Kyle. "Me fui un par de años atrás." Puso sus brazos a su alrededor, mirando hacia abajo. Su voz sonaba baja. "No he hablado con mis padres desde entonces. Quiero decir, estoy muy bien yo solo pero... te entiendo."

"Tus tatuajes," dijo Simon, tocando sus propios brazos ligeramente. "¿Qué quieren decir?"

Kyle estiró sus brazos. "Shaantih shaantih shaantih" dijo. "Son mantras de los Upanishads. Sánscrito. Oraciones por la paz."

Normalmente Simon hubiera pensado que hacerte tatuajes en sánscrito era medio pretencioso. Pero ahora, no le parecía así. "Shalom," dijo.

Kyle parpadeó. "¿Qué?"

"Quiere decir paz," dijo Simon. "En Hebreo. Estaba pensando que las palabras sonaban parecidas."

Kyle le dirigió una larga mirada. Parecía estar deliberando. Finalmente dijo, "Esto va a sonar algo alocado..."

"Oh, no lo sé. Mi definición de lo alocado se ha vuelto bastante flexible en los últimos meses."

"...pero tengo un departamento, en Alphabet City, y mi compañero de cuarto se acaba de mudar. Tiene dos dormitorios, así que te puedes quedar en su lugar. Hay una cama y todo."

Simon dudó. Por un lado, no conocía a Kyle, y mudarse al departamento de un extraño parecía como una maniobra estúpida de proporciones épicas. Kyle podría terminar siendo un asesino serial, a pesar de sus tatuajes de paz. Por otro lado, no conocía a Kyle, lo que significaba que nadie lo iría a buscar allí. ¿Y qué importaba si Kyle terminaba siendo un asesino serial? Pensó amargamente. Terminaría siendo peor para Kyle que para él, tal como había pasado con el asaltante la noche pasada.

“Sabes,” dijo, “Creo que voy a aceptar la oferta, si estás de acuerdo.”

Kyle asintió. “Mi camioneta esta afuera si quieres venir a la ciudad conmigo.”

Simon se inclinó para recoger su bolso de lona y se enderezó con el bolso sobre su hombro. Deslizó su teléfono en su bolsillo y extendió sus brazos a lo ancho, indicando que estaba listo. “Vamos.”

5

El Infierno llama al Infierno

El departamento de Kyle resultó ser una agradable sorpresa. Simon esperaba una casa inmunda sobre la Avenida D, con cucarachas arrastrándose por las paredes y una cama hecha de colchón de espuma y cajas de leche. En realidad era un espacio limpio con dos habitaciones y una pequeña sala de estar, con toneladas de estanterías, y muchas fotos colgando de las paredes de famosos lugares de surf. Ciertamente, parecía que Kyle estaba cosechando plantas de marihuana en la escalera de incendios, pero no se podía tenerlo todo.

La habitación de Simon era básicamente un recuadro vacío. Quien fuera que hubiera vivido allí antes no había dejado cosas atrás, mas que un cubrecamas. Tenía paredes vacías, suelos desnudos, y una sola ventana, a través de la cual Simon podía ver el cartel de neón del restaurant chino al otro lado de la calle.

"¿Te gusta?" preguntó Kyle, permaneciendo en la entrada, sus ojos color avellana eran abiertos y amistosos.

"Es genial," respondió Simon honestamente. "Exactamente lo que necesitaba."

El artículo más caro en el departamento era la TV de pantalla plana en la sala de estar. Se quedaron recostados sobre el futón y miraron malos programas de TV mientras la luz del sol se atenuaba en el exterior.

Kyle era interesante, decidió Simon. No se metía en sus cosas, no era entrometido, no hacía preguntas. No parecía querer nada como pago de su habitación más que Simon aportara dinero para comestibles. Era simplemente un buen chico. Simon se preguntó si se había olvidado de como eran los seres humanos comunes.

Después que Kyle se fuera a trabajar en su turno de la noche, Simon fue a su habitación, se desplomó sobre el colchón, y escuchó circular el tráfico por la Avenida B.

Había estado atormentado por pensamientos del rostro de su madre desde que se había ido: la forma en que lo había mirado con odio y miedo, como si fuera un intruso en su casa. Incluso si no necesitaba respirar, pensar en eso había constreñido su pecho. Pero ahora...

Cuando era un niño, siempre le había gustado viajar, porque estar en un lugar nuevo había significado estar alejado de todos sus problemas. Aun aquí, solo alejado por un río de

Brooklyn, los recuerdos que lo habían estado comiendo por dentro como ácido— la muerte del asaltante, la reacción de su madre al saber la verdad de lo que era— parecían borrosos y distantes.

Quizás ese era el secreto, pensó. Seguir moviéndose. Como un tiburón. Ir donde nadie pueda encontrarte. *Un fugitivo y un vagabundo serás en la tierra*.

Pero eso sólo funcionaba si no tenías a nadie que te importara dejar atrás.

Durmió de forma irregular por la noche. Su impulso natural era dormir durante el día, a pesar de sus poderes al ser un Daylighter, y peleó contra la inquietud y los sueños antes de despertar tarde con el sol derramándose por la ventana. Luego de ponerse ropa limpia de su mochila, dejó la habitación para encontrarse con Kyle en la cocina, friendo tocino y huevos en una sartén de teflón.

"Hey, compañero de cuarto," lo recibió Kyle alegremente. "¿Quieres algo de desayunar?"

Ver comida hizo sentir a Simon vagamente enfermo del estómago. "No, gracias. Voy a tomar algo de café, sin embargo." Se encaramó sobre uno de los taburetes ligeramente torcidos de la barra.

Kyle empujó una taza algo picada a través del mostrador en dirección a Simon. "El desayuno es la comida más importante del día, hermano. Incluso si ya es mediodía."

Simon puso sus manos alrededor de la taza, sintiendo el calor penetrar en su piel fría. Trató de buscar otro tema de conversación, uno que no se centrara en cuan poco comía.

"Así que, no te pregunté ayer, ¿qué es lo que haces para vivir?"

Kyle tomó una porción de tocino de la sartén y le dio un mordisco. Simon notó que la medalla dorada en su garganta tenía un diseño de hojas gravadas, y las palabras 'Beati Bellicosi'. 'Beati', por lo que Simon sabía, era una palabra que tenía algo que ver con santos; Kyle debía ser Católico. "Mensajero en bicicleta," dijo, masticando. "Es genial. Puedo conducir alrededor de la ciudad, viendo todo, hablando con la gente. Mucho mejor que la escuela secundaria."

"¿Abandonaste?"

"Obtuve mi GED[16] de último año. Prefiero la escuela de la vida." Simon hubiera pensado que Kyle sonaba ridículo si no fuera por el hecho de que dijo 'la escuela de la vida' en la misma forma en que decía todo lo demás, con total sinceridad. "¿Y qué hay de ti? ¿Algún plan?"

[16] Diploma de Equivalencia General, certificado oficial que la gente que no termino la escuela secundaria puede obtener, luego de tomar clases y pasar un examen.

Oh, ya sabes. Vagar por la tierra, causar muerte y destrucción a gente inocente. Quizás beber algo de sangre. Vivir para siempre pero nunca divertirme. Lo usual. "Estoy pasando el rato en este momento."

"¿Quieres decir que no quieres ser un músico?" preguntó Kyle.

Para alivio de Simon su teléfono sonó antes de que tuviera que contestar. Lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla. Era Maia. "Hey," la saludó. "¿Qué pasa?"

"¿Vas a estar en la prueba de vestido con Clary esta tarde?" preguntó, su voz sonando chillona a través del teléfono. Probablemente estaba llamando desde el cuartel general de la manada en Chinatown, donde la señal no era muy buena. "Me dijo que te haría ir para que le hicieras compañía."

"¿Qué? Oh, cierto. Sí, voy a estar allí." Clary había exigido que Simon la acompañara a la prueba de vestido de dama de honor para que después pudieran ir a comprar cómics y ella pudiera sentirse, con sus propias palabras, 'menos como una niña con volantes'.

"Bueno, entonces yo también voy a ir. Tengo que entregarle a Luke un mensaje de parte de la manada, y además, siento que no te he visto en años."

"Lo sé. Lo siento mucho…"

"Está bien," dijo ligeramente. "Pero vas a tener que contarme que vas a usar para la boda tarde o temprano, porque de otra forma no vamos a combinar."

Ella colgó, dejando a Simon mirando al teléfono. Clary había tenido razón. La boda era el día D[17], y él lamentablemente no estaba preparado para la batalla.

"¿Una de tus novias?" preguntó Kyle curiosamente. "¿Era esa chica pelirroja en el garaje una de ellas? Porque era linda."

"No. Esa es Clary; es mi mejor amiga." Simon metió su teléfono en el bolsillo. "Y tiene novio. Como que realmente, realmente, realmente tiene un novio. La bomba nuclear de los novios. Confía en mi en eso."

Kyle sonrío. "Sólo preguntaba." Volcó la sartén, ahora vacía, dentro del fregadero. "Así que, tus dos novias. ¿Cómo son?"

"Son muy, muy… diferentes." De alguna manera, pensó Simon, eran completamente opuestas. Maia era tranquila y tenía los pies sobre la tierra; Isabelle vivía en el punto más alto de agitación. Maia era una luz estable en la oscuridad; Isabelle una estrella en llamas, girando en el vacío. "Quiero decir, son las dos geniales, hermosas, e inteligentes..."

[17] El término **día D** (traducción del inglés *D-Day*) lo utilizan genéricamente los militares para indicar el día en que se debe iniciar un ataque o una operación de combate.

"¿Y no saben la una sobre la otra?" Kyle se apoyó sobre el mostrador. "Como, ¿para nada?"

Simon se encontró explicando—como cuando había vuelto de Idris (aunque no mencionó el lugar por nombre), ambas habían comenzado a llamarlo, queriendo pasar el rato. Y porque a él le agradaban las dos, iba. Y de alguna forma las cosas se habían empezado a poner casualmente románticas con cada una de ellas, pero nunca parecía presentarse la oportunidad de explicar a cada una que estaba viéndose con alguien más, también. Y de esa forma de había vuelto como una bola de nieve, y aquí estaba, sin querer herir a ninguna, y sin saber como seguir adelante, tampoco.

"Bueno, si me preguntas," dijo Kyle, girándose para tirar las sobras de su café en el fregadero, "debes elegir una de las dos y dejar de dar tantas vueltas. Sólo digo."

Ya que estaba de espaldas a Simon, no le podía ver la cara, y por un momento se preguntó si Kyle en realidad estaba enojado. Su voz sonaba inusitadamente rígida. Pero cuando Kyle se giró, su expresión era tan comprensible y amable como siempre. Simon decidió que debió haberlo imaginado.

"Lo sé," dijo. "Estás en lo cierto." Volvió su mirada hacia la habitación. "Mira, ¿estás seguro de que está bien que yo esté aquí? Puedo marcharme cuando…"

"Está bien. Quédate tanto como necesites." Kyle abrió un cajón de la cocina y revolvió en su interior hasta que encontró lo que estaba buscando, un juego de llaves de repuesto en un anillo de banda elástica. "Hay un juego para ti. Eres completamente bienvenido aquí, ¿ok? Tengo que ir a trabajar, pero puedes quedarte si quieres. Juega al Halo o lo que sea. ¿Estarás aquí cuando regrese?"

Simon se encogió de hombros. "Probablemente no. Tengo que ir a una prueba de vestido a las tres."

"Qué bien," dijo Kyle, deslizando una bolsa de mensajero sobre su hombro y dirigiéndose a la puerta. "Haz que te confeccionen algo en rojo. Es totalmente tu color."

"Así que," dijo Clary, saliendo del vestidor. "¿Qué opinas?"

Dio un giro experimental. Simon, balanceándose sobre una de las incómodas sillas blancas del Negocio de Novias de Karyn, cambió de posición, hizo una mueca, y dijo, "Luces bien."

Lucía más que bien. Clary era la única dama de honor de su madre, así que se le había permitido elegir el vestido que quisiera. Había seleccionado uno simple de seda color bronce con angostas tiras que resaltaba su cuerpo. Su única joya era el anillo Morgenstern,

que colgaba de una cadena alrededor de su cuello; la misma cadena lisa de plata sacaba a relucir la forma de su clavícula en su garganta.

No muchos meses atrás, ver a Clary vestida para una boda hubiera hecho surgir en Simon una mezcla de sentimientos: oscura desesperación (ella nunca lo amaría) y un alto nivel de emoción (o quizás lo haría, si pudiera juntar el coraje para decirle como se sentía). Ahora sólo lo hacía sentir un poco pensativo.

"¿Bien?" repitió Clary. "¿Eso es todo? Jesús." Se giró hacia Maia. "¿Qué opinas tú?"

Maia había renunciado a las incómodas sillas y estaba sentada en el suelo, su espalda estaba contra una pared que estaba decorada con tiaras y largos velos de gasa. Tenía el Nintendo DS de Simon balanceado sobre una de sus rodillas y parecía estar al menos una parte concentrada en jugar Grand Theft Auto[18]. "No me preguntes a mí," dijo. "Odio los vestidos. Usaría jeans para ir a la boda si pudiera."

Eso era cierto. Simon raramente veía a Maia sin sus vaquero y sus camisetas. En ese sentido era lo contrario que Isabelle, quien usaba vestidos y tacos incluso en las situaciones más inapropiadas (aunque desde que una vez la vio deshacerse de un demonio Vermis con el tacón de aguja de una bota, estaba menos inclinado a preocuparse por eso).

La campanilla del negocio sonó, y Jocelyn entró al lugar, seguida de Luke. Los dos estaban sosteniendo humeantes tazas de café, y Jocelyn iba mirando a Luke, sus mejillas estaban sonrojadas y sus ojos brillaban. Simon recordó lo que Clary había dicho sobre que estaban asquerosamente enamorados. Él no lo encontraba asqueroso, pero eso era probablemente porque no eran sus padres. Ambos parecían tan felices, y pensó que era más bien algo lindo.

Los ojos de Jocelyn se abrieron de par en par cuando vio a Clary. "Cariño, ¡Luces hermosa!"

"Si, tienes que decir eso. Eres mi madre," dijo Clary, pero sonrío de todos modos. "Hey, ¿es eso café negro por casualidad?"

"Sip. Considéralo como un regalo de disculpas por llegar tarde," dijo Luke, entregándole la taza. "Nos quedamos retenidos. Problemas con el catering y demás." Asintió en dirección de Simon y Maia. "Hey, muchachos."

Maia inclinó su cabeza. Luke era el jefe de la manada local de lobos, de la cual Maia era miembro. Aunque él le había sacado el hábito de llamarlo 'Maestro' o 'Señor', permanecía

[18] ***Grand Theft Auto*** (***GTA***) es una serie de videojuegos de género acción/aventura del tipo *sandbox*, creada por David Jones y luego por Sam Houser y Dan Houser. Cuenta la historia de distintos criminales y aunque sean varios, por una razón se van relacionando y envolviendo en problemas a más personajes conforme va pasando el tiempo.

mostrando respeto en sus presencia. "Te he traído un mensaje de la manada," dijo, dejando a un lado la consola de juegos. "Tienen algunas preguntas sobre la fiesta en Ironworks…"

Mientras Maia y Luke se concentraban en la conversación sobre la fiesta que la manada celebraría en honor del casamiento de su lobo alfa, la dueña de la tienda de novias, una mujer alta quien había estado leyendo revistas detrás del mostrador mientras los adolescentes charlaban, se dio cuenta que la gente que en realidad iba a pagar por los trajes acababan de llegar, y se adelantó para darles la bienvenida. "Justo tengo el vestido por allá, y luce maravilloso," dijo de forma acelerada, tomando a la madre de Clary por el brazo y conduciéndola hacia la parte de atrás de la tienda. "Ven y pruébalo." Mientras Luke las miraba marchar, ella le dirigió un dedo amenazante. "Tú te quedas aquí."

Luke, observando a su prometida desaparecer a través de un par de puertas vaivén pintadas con campanas de boda, lució perplejo.

"Los mundanos piensan que se supone que no veas a la novia en su vestido de novia antes de la ceremonia," le recordó Clary. "Es de mala suerte. Probablemente piensa que es raro que hayas venido a la prueba."

"Pero Jocelyn quería mi opinión..." Luke dejó la frase a la mitad y sacudió la cabeza. "Ah, bueno, las costumbres de los mundanos son muy peculiares." Se precipitó sobre una silla, e hizo una mueca cuando una de las rosetas talladas pinchó su espalda. "Ouch."

"¿Y que sucede en las bodas de Cazadores de Sombras?" preguntó Maia, con curiosidad. "¿Tienen sus propias costumbres?"

"Las tienen," dijo Luke lentamente, "pero esta no va a ser una clásica ceremonia de Cazadores de Sombras. Esas específicamente no van dirigidas a situaciones en las que uno de los participantes no es un Cazador de Sombras."

"¿Enserio?" Maia lucía asombrada. "No sabía eso."

"Parte de una ceremonia de casamiento de Cazadores de Sombras implica trazar runas permanentes en los cuerpos de los participantes," dijo Luke. Su voz sonaba tranquila, pero sus ojos lucían tristes. "Runas de amor y compromiso. Pero por supuesto, los que no son Cazadores no soportan las runas del Ángel, así que Jocelyn y yo vamos a intercambiar anillos en cambio."

"Eso apesta," comentó Maia.

En respuesta, Luke sonrió. "No realmente. Casarme con Jocelyn es todo lo que he querido, y no me molestan tanto los detalles. Además, las cosas están cambiando. Los nuevos miembros del Consejo han avanzado mucho en convencer a la Clave para tolerar ese tipo de…"

"¡Clary!" Era Jocelyn, llamándola desde la parte trasera de la tienda. "¿Puedes venir un segundo?"

"¡Voy!" dijo Clary, tragando lo último de su café. "Uh oh. Suena como una emergencia de vestidos."

"Bueno, buena suerte con eso." Maia se puso de pie, y dejó el Nintendo DS de nuevo en el regazo de Simon antes de inclinarse para darle un beso en la mejilla. "Tengo que irme. Voy a encontrarme con unos amigos en El Cazador de la Luna."

Olía agradablemente a vainilla. Por debajo, como siempre, Simon podía sentir el salado olor de la sangre, mezclado con un intenso sabor a limón que era propio en los hombres lobos. La sangre de cada tipo de Submundo olía diferente—las hadas olían como flores muertas, los brujos como fósforos quemados, y los demás vampiros como metal.

Clary una vez le había preguntado a que olían los Cazadores de Sombras. "Luz del sol," había dicho.

"Nos vemos luego, bebé." Maia se enderezó, agitando el cabello de Simon una vez, y partió. Mientras la puerta se cerraba tras ella, Clary lo atravesó con una dura mirada.

"Debes resolver tu vida amorosa para el próximo sábado," dijo. "Lo digo en serio, Simon. Si no les dices la verdad, yo lo haré."

Luke lucía desconcertado. "¿Decir qué a quién?"

Clary sacudió la cabeza en dirección a Simon. "Caminas sobre una fina capa de hielo, Lewis." Y habiendo dicho eso, se alejó torpemente, sosteniendo su vestido de seda mientras se iba. A Simon le divirtió notar que por debajo tenía puestas zapatillas verdes.

"Claramente," dijo Luke, "algo está pasando de lo que no estoy enterado."

Simon lo miró. "A veces pienso que ese es lema de mi vida."

Luke arqueó las cejas. "¿Ha sucedido algo?"

Simon dudó. Ciertamente no le podía contar a Luke sobre su vida amorosa, Luke y Maia formaban parte de la misma manada, y las manadas de hombres lobos eran mas leales que las pandillas callejeras. Pondría a Luke en una situación muy incómoda. Era cierto, sin embargo, que Luke era también un buen recurso. Como líder del clan de Manhattan, tenia acceso a mucha información, y estaba bien versado en políticas de Submundos. "¿Has oído de una vampira llamada Camille?"

Luke hizo un sonido que sonó como un silbido bajo. "Sé quien es. Me sorprende que tú lo sepas."

"Bueno, es la líder del clan de vampiros de Nueva York. Sé algo sobre ellos," dijo Simon, un poco rígidamente.

"No me di cuenta de que sabías. Pensé que querías vivir como un humano tanto como pudieras." No había sentencia en la voz de Luke, sólo curiosidad. "Ahora, cuando me hice cargo de la manada de los suburbios reemplazando al líder anterior, ella había puesto a Raphael a cargo. No creo que nadie supiera donde había ido exactamente. Pero ella es una especie de leyenda, una extraordinaria vampira antigua, por lo que entiendo; famosa por su crueldad y astucia. Podría darle al Mundo de las Hadas una gran competencia."

"¿La has visto alguna vez?"

Luke sacudió su cabeza. "No creo que lo haya hecho, no. ¿Por qué la curiosidad?"

"Raphael la mencionó," dijo Simon vagamente.

Luke frunció el entrecejo. "¿Has visto a Raphael últimamente?"

Antes de que Simon pudiera responder, la campanilla del negocio sonó nuevamente, y para sorpresa de Simon, Jace entró en la tienda. Clary no había mencionado que él iba a venir.

De hecho, se dio cuenta, Clary no había mencionado mucho a Jace últimamente.

Jace miró de Luke a Simon. Lucía como si estuviera levemente sorprendido de ver a Simon y Luke allí, pero era difícil de decir. Aunque Simon imaginaba que Jace usaba toda la gama de expresiones faciales cuando estaba a solas con Clary, la que usaba por defecto cuando estaba cerca de otras personas era una especie de intensa inexpresividad. "Pareciera," le había dicho Simon una vez a Isabelle, "que estuviera pensando sobre algo profundo y significativo, pero que si le preguntaras que es, te golpearía en el rostro."

"Entonces no le preguntes," había dicho Isabelle, como si pensara que Simon estaba siendo ridículo. "Nadie dice que ustedes dos tienen que ser amigos."

"¿Está Clary aquí?" preguntó Jace, cerrando la puerta a sus espaldas. Lucía cansado. Había sombras bajo sus ojos, y no parecía haberse molestado en ponerse una chaqueta, a pesar del hecho de que el viento otoñal era enérgico. Aunque el frío ya no afectaba mucho a Simon, mirar a Jace en sólo jeans y una camiseta térmica le hizo sentir frío.

"Está ayudando a Jocelyn," explicó Luke. "Pero eres bienvenido a esperar aquí con nosotros."

Jace miró inquieto a su alrededor las paredes de las que colgaban velos, ventiladores, tiaras, y las colas con semillas de perla incrustadas. "Todo es... tan blanco."

"Por supuesto que es blanco," dijo Simon. "Es una boda."

"El blanco para los Cazadores de Sombras es el color para funerales," explicó Luke. "Pero para los mundanos, Jace, es el color para las bodas. Las novias usan el blanco para simbolizar su pureza."

"Pensé que Jocelyn había dicho que su vestido no era blanco," dijo Simon.

"Bueno," dijo Jace, "supongo que ese barco ya ha zarpado."

Luke se atragantó con su café. Antes de que pudiera decir, o hacer algo, Clary volvió caminando a la habitación. Su cabello estaba ahora recogido, con brillantes horquillas con algunos rizos sueltos colgando. "No lo sé," iba diciendo mientas se acercaba a ellos. "Karyn puso sus manos en mí y peinó mi cabello, pero no estoy muy segura sobre brillos…"

Se interrumpió al ver a Jace. Era claro por su expresión que ella no había estado esperándolo tampoco. Sus labios se separaron debido a la sorpresa, pero se quedó en silencio. Jace, en su lugar, la estaba mirando fijamente, y por una vez en su vida Simon pudo leer la expresión de Jace como un libro. Fue como si todo lo demás en el mundo se hubiera desmoronado para Jace menos él mismo y Clary, y la miraba con inocultable anhelo y deseo que hizo que Simon se sintiera incómodo, como si de alguna forma hubiera interrumpido un momento privado.

Jace aclaró su garganta. "Luces hermosa."

"Jace." Clary parecía estar más perpleja que otra cosa. "¿Está todo bien? Pensé que habías dicho que no podías venir por la reunión con el Conclave."

"Es cierto," dijo Luke. "Escuché sobre el cuerpo del Cazador de Sombras encontrado en el parque. ¿Hay alguna novedad?"

Jace sacudió su cabeza, aun mirando a Clary. "No. No era un miembro del Conclave de Nueva York, pero más allá de eso no ha sido identificado. Ninguno de los cuerpos lo ha sido. Los Hermanos Silenciosos están revisándolos ahora."

"Eso es bueno. Los Hermanos averiguarán quienes son," dijo Luke.

Jace no dijo nada. Todavía miraba a Clary, y era la más extraña de las miradas, pensó Simon, la clase de mirada que le darías a alguien que amaras pero que nunca, nunca podrías tener. Se imaginaba que Jace se había sentido de esa forma sobre Clary anteriormente, ¿pero ahora?

"¿Jace?" dijo Clary, y dio un paso hacia él.

Él alejo su mirada de ella. "La chaqueta que me pediste prestada en el parque ayer," dijo. "¿Todavía la tienes?"

Ahora luciendo más perpleja que antes, Clary señaló donde estaba la prenda de ropa en cuestión, una chaqueta marrón de gamuza perfectamente ordinaria, estaba colgada en el respaldo de una de las sillas. "Esta allí. Iba a llevártela después…"

"Bueno," dijo Jace, recogiéndola y poniendo sus brazos precipitadamente dentro de las mangas, como si de repente tuviera prisa, "ahora no tienes que hacerlo."

"Jace," dijo Luke en ese tono calmo que tenía, "vamos a almorzar en Park Slope después de esto. Eres bienvenido si quieres acompañarnos."

"No," dijo Jace, subiendo la cremallera de la chaqueta. "Tengo que entrenar esta tarde. Será mejor que me vaya."

"¿Entrenar?" repitió Clary. "Pero entrenamos ayer."

"Algunos de nosotros tenemos que entrenar todos los días, Clary." Jace no sonaba enojado, pero había una cierta severidad en su tono, y Clary se sonrojó. "Te veo después," agregó sin mirarla, y prácticamente se lanzó hacia la puerta.

Cuando ésta se cerró detrás de él, Clary estiró su mano y con enojo se sacó a tirones las horquillas del cabello. Cayó en cascada como una maraña sobre sus hombros.

"Clary," dijo Luke gentilmente, poniéndose de pie. "¿Qué es lo que haces?"

"Mi cabello." Tiró de la última horquilla, fuerte. Sus ojos estaban brillantes, y Simon pudo darse cuenta que estaba deliberadamente intentando no llorar. "No quiero usarlo así. Luce estúpido."

"No, no es así." Luke tomó las horquillas de sus manos y las puso en una de las pequeñas y blancas mesitas. "Mira, las bodas ponen nerviosos a los hombres, ¿sabes? No significa nada."

"Cierto." Clary intentó sonreír. Casi lo consiguió, pero Simon sabía que no había creído a Luke. No podía culparla. Después de ver la mirada en los ojos de Jace, Simon tampoco le creía.

En la distancia, la cafetería de la Quinta Avenida estaba iluminada como una estrella contra la luz azul del crepúsculo. Simon caminaba junto a Clary por las cuadras de la avenida, Jocelyn y Luke iban unos pocos pasos por delante de ellos. Clary se había cambiado el vestido y ahora estaba nuevamente en jeans, con una gruesa bufanda blanca enrollada alrededor de su cuello. Cada tanto estiraba su mano y hacía girar el anillo en la cadena que colgada de su cuello, un gesto nervioso del que Simon se preguntaba si era consciente.

Cuando habían dejado la tienda de novias, le había preguntado si sabía que sucedía con Jace, pero ella no le había respondido realmente. Le restó importancia, y comenzó a preguntarle a él sobre que le estaba pasando, si había hablado con su madre, y si seguía dispuesto a quedarse con Eric. Cuando le dijo que se estaba quedando con Kyle, se sorprendió.

"Pero casi no lo conoces," dijo. "Podría ser un asesino serial."

"Yo pensé lo mismo. Revisé el departamento, pero si tiene una nevera llena armas, no la he visto aún. De cualquier forma, parece bastante sincero."

"Así que, ¿cómo luce su departamento?"

"Lindo para estar en Alphabet City. Deberías venir mas tarde."

"No esta noche," dijo Clary, un poco ausente. Estaba jugueteando con el anillo de nuevo. "¿Quizás mañana?"

¿Irá a ver a Jace? pensó Simon, pero no presionó el tema. Si ella no quería hablar sobre eso, él no iba a obligarla. "Aquí estamos." Abrió la puerta del bar para ella, y una ráfaga de aire cálido oliendo a Souvlaki[19] los golpeó.

Encontraron una cabina al lado de una de las grandes televisiones de pantalla plana que estaban alineadas en las paredes. Se apiñaron en el lugar mientras Jocelyn y Luke charlaban animadamente entre ellos acerca de los planes de la boda. Al parecer, la manada de Luke se sintió insultada ya que no habían sido invitados a la ceremonia—aunque la lista de invitados era pequeña—e insistían en dar su propia celebración en una fábrica renovada en Queens. Clary escuchaba, sin decir palabra; la camarera se acercó a la mesa, entregándoles menús tan rígidamente laminados que podrían ser usados como armas. Simon dejó el suyo sobre la mesa y miró fijamente por la ventana. Había un gimnasio al otro lado de la calle, y podía ver a la gente a través de la lámina de vidrio que servía de fachada, trotando sobre cintas de correr, con sus brazos agitándose, y auriculares sujetos a sus cabezas.

Tanto correr sin llegar a ningún lado, pensó. La historia de mi vida.

Trató de alejar sus pensamientos de ideas oscuras, y casi tuvo éxito. Esta era una de las escenas más familiares en su vida, pensó, en el rincón de la cabina de una cafetería, con Clary y su familia. Luke siempre había sido parte de la familia, incluso cuando no había estado a punto de casarse con la mamá de Clary. Simon debería sentirse como en casa.

Intentó forzar una sonrisa, sólo para darse cuenta de que la mamá de Clary le acababa de preguntar algo y él no la había oído. Todos en la mesa lo estaban mirando expectantes.

[19] Es un plato popular de la cocina griega consistente en pequeñas piezas de carne intercaladas con verduras y aderezos.

"Lo siento," dijo. "Yo no... ¿Qué acaba de decir?"

Jocelyn sonrío pacientemente. "¿Clary me contó que han agregado un nuevo miembro a su banda?"

Simon sabia que ella sólo estaba siendo educada. Bueno, educada en la forma en que los padres lo eran cuando fingían tomar tus hobbies seriamente. Sin embargo, ella había estado presente en varios de sus conciertos antes, sólo para ayudar a llenar el espacio. Se preocupaba por él; siempre lo había echo. En los más oscuros, y escondidos lugares de su mente, Simon sospechaba que ella siempre había sabido como se sentía respecto a Clary, y se preguntaba si no hubiera querido que su hija hiciera una elección diferente, si hubiera sido algo que ella pudiera controlar. Sabía que no le agradaba del todo Jace, estaba claro incluso en la forma en que decía su nombre.

"Sí," dijo. "Kyle. Es un poco raro, pero súper agradable." Animado por Luke, a extenderse en el tema de la rara personalidad de Kyle, Simon les contó sobre el departamento de Kyle, cuidadoso de dejar a un lado el detalle que ahora era su departamento también, su trabajo de mensajero, y su antigua y golpeada camioneta. "Y cosecha unas raras plantas en el balcón," agregó. "No es droga, lo he comprobado. Tienen una especie de hojas plateadas..."

Luke frunció el entrecejo, pero antes de que pudiera decir algo, la camarera volvió, llevando una gran jarra de café plateada. Era joven, con cabello blanquecino y pálido, recogido en dos trenzas. Mientras se inclinaba para llenar de café la taza de Simon, una de las trenzas rozó su brazo. Podía oler sudor en ella, y por debajo, sangre. Sangre humana, el más dulce aroma de todos. Sintió una punzada familiar en su estómago. Frío se extendió sobre él. Estaba hambriento, y todo lo que tenía de vuelta en la casa de Kyle era sangre a temperatura ambiente, que ya estaba empezando a vencerse, una perspectiva nauseabunda, incluso para un vampiro.

¿Nunca te has alimentado de un humano, no? Lo harás. Y cuando lo hagas, no lo olvidarás.

Cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, la camarera ya no estaba y Clary lo observaba fijamente con curiosidad a través de la mesa. "¿Está todo bien?"

"Bien." Puso sus manos alrededor de la taza de café. Estaba temblando. Sobre ellos la TV mostraba las noticias nocturnas a todo volumen.

"Ugh," dijo Clary, mirando la pantalla. "¿Estás escuchando eso?"

Simon siguió su mirada. El presentador de noticias tenía esa expresión que los presentadores solían tener cuando reportaban algo especialmente macabro. "Nadie ha aparecido para identificar un bebe varón abandonado en un callejón detrás del hospital Beth Israel algunos días atrás," estaba diciendo. "El niño es caucásico, pesa 2.9 Kg., y es por lo

demás sano. Fue descubierto atado a un asiento de niños para automóvil detrás de un contenedor de basura en el callejón," continuó el presentador. "Lo más inquietante, una nota escrita a mano, metida en la manta del niño, rogaba a las autoridades del hospital practicarle una eutanasia al bebé porque 'No tengo la fuerza suficiente para hacerlo yo misma.' La policía dice que es probable que la madre estuviera mentalmente inestable, y afirman tener 'pistas prometedoras.' Cualquiera con información sobre el tema debe llamar a Crime Stoppers[20] al..."

"Es horrible," dijo Clary, dándole la espalda a la TV con un escalofrío. "No puedo entender como la gente tira a sus bebés como si fueran basura..."

"Jocelyn," dijo Luke, su voz aguda con preocupación. Simon miró hacia donde estaba la madre de Clary. Estaba tan blanca como una sábana y parecía como si estuviera a punto de vomitar. Alejó su plato abruptamente, se puso de pie, y se dirigió apresuradamente al baño. Luego de un momento Luke dejó caer su servilleta y la siguió.

"Oh, maldición." Clary puso su mano sobre su boca. "No puedo creer que haya dicho eso. Soy tan estúpida."

Simon estaba completamente perplejo. "¿Qué sucede?"

Clary se escabulló por su asiento. "Ella estaba pensando en Sebastian," dijo. "Quiero decir Jonathan, mi hermano. Debo asumir que lo recuerdas."

Estaba siendo sarcástica. No era probable que alguno de ellos olvidara a Sebastian, cuyo nombre real era Jonathan y quien había asesinado a Hodge y a Max y casi había tenido éxito en ayudar a Valentine a ganar una guerra que habría provocado la destrucción de todos los Cazadores de Sombras. Jonathan, quien había tenido ojos negros que parecían arder y una sonrisa como una hoja de afeitar. Jonathan, cuya sangre sabía como ácido para baterías cuando Simon lo había mordido una vez. No es que se arrepintiera.

"Pero tu mamá no lo abandonó," dijo Simon. "Ella se quedó a criarlo incluso aunque sabía que había algo horriblemente mal con él."

"Aunque lo odiaba," dijo Clary. "No creo que haya superado eso. Imagina odiar a tu propio bebé. Solía sacar una caja que tenía sus cosas de bebé en ella, y lloraba cada año en su cumpleaños. Pienso que lloraba por el hijo que podría haber tenido, ya sabes, si Valentine no hubiera hecho lo que hizo."

"Y tú hubieras tenido un hermano," dijo Simon. "Como, uno de verdad. No un psicópata asesino."

[20] Crime Stoppers es un programa diseñado para resolver crímenes con la ayuda de los ciudadanos, al integrar idead e información a través de llamados.

Estando al borde de las lágrimas, Clary alejó su plato. “Me siento enferma ahora,” dijo. “¿Conoces ese sentimiento en el que estás hambriento pero no puedes lograr comer?”

Simon levantó la mirada hacia la camarera de cabello blanquecino, quien estaba apoyada sobre el mostrador del bar. “Si,” dijo. “Lo conozco.”

Finalmente, Luke regresó a la mesa, pero sólo para decirles a Simon y Clary que se iba con Jocelyn a casa. Les dejó algo de dinero, que usaron para pagar la cuenta antes de salir de la cafetería y dirigirse a Galaxy Cómics en la Quinta Avenida. Sin embargo, ninguno de los dos podía concentrarse lo suficiente para disfrutar el momento, así que se separaron, con la promesa de verse al día siguiente.

Simon caminó por la ciudad con la capucha levantada y su iPod encendido, con la música sonando a todo volumen en sus oídos. La música siempre había sido su forma de bloquear todo. Para cuando llegó a la Segunda Avenida y se dirigió a Huston, una leve llovizna había empezado a caer, y su estómago estaba contraído.

Tomó un atajo por la Primera Calle, que estaba casi desierta, un camino de oscuridad entre las luces brillantes de la Primera Avenida y la Avenida A. Debido a que tenía su iPod encendido, no los oyó venir detrás suyo hasta que estaban casi encima de él. La primera impresión que tuvo de que algo andaba mal fue una larga sombra que cayó sobre la vereda, superponiéndose a la suya. Otra sombra se le unió, esta del otro lado. Se giró...

Y vio a dos hombres detrás de él. Ambos estaban vestidos exactamente igual al asaltante que lo había atacado la otra noche, sudadera gris, y capuchas grises sobre sus cabezas para ocultar sus rostros. Estaban lo suficientemente cerca para tocarlo.

Simon dio un salto hacia atrás con una fuerza que lo sorprendió, ya que su fuerza de vampiro era muy nueva y todavía tenía el poder de asombrarlo. Cuando un momento más tarde se dio cuenta de que estaba encaramado sobre un pórtico de piedra marrón, varios pies alejado de los asaltadores, estaba tan asombrado al notar donde estaba que se quedó congelado en el lugar.

Los asaltantes avanzaron hacia él. Hablaban el mismo idioma gutural que el primer asaltante, quien, Simon estaba empezando a sospechar, no había sido un asaltante para nada. Los ladrones, hasta lo que él sabia, no trabajaban en pandillas, y era improbable que el primer asaltante tuviera amigos criminales quienes hubieran decidido vengarse de él por la muerte de su camarada. Claramente algo más estaba pasando aquí.

Habían alcanzado el pórtico, atrapándolo efectivamente en los escalones. Simon arrancó de sus oídos los auriculares de su iPod y precipitadamente levantó sus manos. “Miren,” dijo, “no sé de que se trata esto, pero realmente deberían dejarme en paz.”

Los asaltantes sólo lo miraron. O al menos, pensó que lo estaban mirando. Debajo de la sombra de sus capuchas, era imposible verle los rostros.

"Estoy teniendo la sensación que alguien los envió para buscarme," dijo. "Pero es una misión suicida. En serio. No sé cuanto les están pagando, pero no es suficiente."

Una de las figuras con sudadera gris rió. La otra había alcanzado su bolsillo y extraído algo. Algo con un brillo oscuro bajo las luces de la calle.

Un arma.

"Oh, hombre," dijo Simon. "Ustedes realmente, realmente no quieren hacer eso. No estoy bromeando." Dio un paso atrás, subiendo un escalón más. Quizás si alcanzaba la altura suficiente, podría saltar sobre ellos, o sobrepasarlos. Todo menos dejar que lo atacaran. No creía poder enfrentar lo que eso significaba. No de nuevo.

El hombre con el arma la levantó. Se oyó un clic cuando echó hacia atrás el percutor.

Simon mordió su labio. Debido al pánico que sentía sus colmillos habían aparecido. El dolor lo atravesó mientras se hundían en su piel. "No..."

Un objeto oscuro cayó del cielo. Al principio Simon pensó que algo simplemente se había caído de una de las ventanas superiores, un aire acondicionado soltándose, o alguien demasiado perezoso para llevar su basura a la planta baja. Pero lo que estaba cayendo, logró ver, era una persona, cayendo con dirección, un destino fijo, y elegancia. La persona aterrizó sobre el asaltante, arrojándolo al suelo. El arma salió volando lejos de su mano, y él gritó, un sonido alto y agudo.

El segundo asaltante se agachó y agarró el arma. Antes de que Simon pudiera reaccionar, el hombre la había levantado y tirado del gatillo. Una chispa de fuego apareció en la punta del arma.

Y el arma se hizo mil pedazos. Se destrozó, y el asaltante también voló en pedazos al mismo tiempo, demasiado rápido incluso para gritar. El había intentado que Simon tuviera una muerte rápida, y una aun más rápida muerte fue lo que obtuvo a cambio. Se hizo añicos como si fuera vidrio, como los colores que salen disparados en un caleidoscopio. Hubo una suave explosión, un sonido como cortando el aire, y luego nada más que una llovizna de sal, cayendo sobre el pavimento como lluvia solidificada.

La visión de Simon se volvió borrosa, y se dejó caer en los escalones. Fue consciente de un alto zumbido en sus oídos, y luego alguien lo sostuvo toscamente por sus muñecas y lo sacudió, fuerte. "Simon. ¡Simon!"

Levantó la mirada. La persona que lo sostenía y lo sacudía era Jace. El otro chico no estaba usando su traje de combate, sino que aun usaba sus jeans y la chaqueta que había

recuperado de Clary. Estaba despeinado, su ropa y rostro salpicados con suciedad y hollín. Su cabello húmedo de la lluvia.

"¿Que diablos fue eso?" preguntó Jace.

Simon recorrió la calle con la mirada. Todavía estaba desierta. El asfalto brillaba, negro y húmedo y vacío. El segundo asaltante ya no estaba.

"Tú," dijo, un poco atontado. "Saltaste sobre los asaltantes…"

"Esos no eran asaltantes. Te han estado siguiendo desde que saliste del subterráneo. Alguien los envío." Jace habló con completa seguridad.

"El otro," dijo Simon. "¿Que le sucedió?"

"Se ha ido." Jace hizo chasquear sus dedos. "Vio lo que le paso a su amigo, y se fue, así de simple. No se lo que son, exactamente. No son demonios, pero tampoco son humanos."

"Si, me di cuenta de esa parte, gracias."

Jace lo miró más de cerca. "Eso… lo que le pasó al asaltante, fuiste tú, ¿no? Tu marca, aquí." Señalo su frente. "La vi llamear y volverse blanca antes de que el tipo sólo... se disolviera."

Simon no dijo nada.

"He visto muchas cosas," dijo Jace. Para variar, no había sarcasmo en su voz, ni burla. "Pero nunca he visto algo como eso."

"Yo no lo hice," dijo Simon suavemente. "No hice nada."

"Tú no tuviste que hacer nada," dijo Jace. Sus ojos dorados ardieron contra su cara manchada de hollín. "'Porque está escrito, la Venganza es mía; seré resarcido, dijo el Señor.'"

6

Despertar a los Muertos

La habitación de Jace estaba tan prolija como siempre— la cama hecha perfectamente, los libros alineados en el estante, arreglados en orden alfabético, notas y libros de textos apilados cuidadosamente en el escritorio. Incluso sus armas colgaban de la pared alineadas en orden de tamaño, desde una enorme espada de doble filo hasta un set de dagas pequeñas.

Clary, parada en la puerta, contuvo un suspiro. La prolijidad estaba muy bien. Estaba acostumbrada a ello. Era, ella siempre había pensado, la forma en que Jace ejercía control sobre los elementos de una vida que de otra manera podría abrumarlo con el caos. Había vivido tanto tiempo sin saber quién—o incluso qué—era realmente, que ella difícilmente podía reprocharle la cuidadosa alfabetización de su colección de poesía.

Podía, de todas formas— y lo hacía —reprocharle el hecho de que no estuviera allí. Si no había vuelto a casa después de irse de la tienda de novias, ¿A dónde se había ido? Mientras miraba alrededor de la habitación, un sentimiento de irrealidad la abrumó. No era posible que algo de esto estuviera ocurriendo. ¿Lo era? Ella sabía cómo era esto de las rupturas por haber escuchado quejarse a otras chicas de ello. Primero, el alejarse, la gradual negativa a devolver notas o llamadas. Los vagos mensajes diciendo que nada estaba mal, que la otra persona sólo quería un poco de espacio. Entonces el discurso sobre como "No eres tú, soy yo". Entonces la parte del llanto.

Nunca había pensado que algo de eso pudiera aplicarse a ella y Jace. Lo que tenían no era ordinario, o estaba sujeto a las reglas ordinarias de las relaciones y las rupturas. Se pertenecían el uno al otro totalmente, y siempre sería así, y eso era todo.

¿Pero tal vez todos se sentían de esa manera? Hasta el momento en que se daban cuenta de que eran como todo el resto, y todo lo que pensaron que era real, se hizo añicos.

Algo plateado que brillaba al otro lado de la habitación llamó su atención. Era la caja que Amatis le había dado a Jace, con su delicado diseño de pájaros a los costados. Sabía que había estado intentando descifrarlo, leyendo las cartas lentamente, yendo a través de las

notas y las fotos. Él no le había dicho mucho sobre eso, y ella no había querido entrometerse. Sus sentimientos sobre su padre era algo que él tendría que resolver solo.

Sin embargo, se sintió atraída a la caja esta vez. Lo recordó sentado en los escalones del salón de los Acuerdos en Idris, sosteniendo la caja en su regazo. Como si pudiera dejar de amarte, él había dicho. Ella tocó los lados de la caja, y sus dedos encontraron el cerrojo, que se abrió fácilmente. Dentro había papeles dispersos, viejas fotografías. Tomó una y se quedó mirándola, fascinada. Había dos personas en la fotografía, una mujer joven y un hombre joven. Reconoció a la mujer inmediatamente como la hermana de Luke, Amatis. Estaba mirando al joven con todo el resplandor del primer amor. Él era apuesto, alto y rubio, pero sus ojos eran azules, no dorados y sus rasgos menos angulosos que los de Jace… y aún así, saber quien era—el padre de Jace—fue suficiente para tensar su estómago.

Devolvió la foto de Stephen Herondale a su lugar apresuradamente y casi se cortó un dedo con la hoja de una delgada daga de caza que descansaba transversalmente en la caja. Había pájaros grabados a lo largo de la empuñadura. La hoja estaba manchada con óxido, o lo que parecía óxido. No debió haber sido limpiada adecuadamente. Cerró la caja rápidamente, y se alejó, la culpa era como un peso sobre sus hombros.

Había pensado en dejar una nota, pero, decidiendo que era mejor esperar a encontrarse con Jace en persona, se fue y salió al corredor hacia el elevador. Había golpeado la puerta de Isabelle más temprano, pero no parecía que estuviera en casa tampoco. Incluso las luces mágicas de las antorchas parecían arder a un nivel más bajo de lo usual. Sintiéndose completamente deprimida, Clary se estiró para alcanzar el botón de llamada del elevador—sólo para darse cuenta de que ya estaba encendido. Alguien estaba subiendo desde la planta baja del instituto.

Jace, pensó inmediatamente, su pulso acelerándose. Pero por supuesto, podría no ser él, se dijo a sí misma. Podría ser Izzy, o Maryse, o…

"¿Luke?" dijo sorprendida cuando la puerta del elevador se abrió. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Podría preguntarte lo mismo." Salió del elevador, cerrando la puerta detrás de él. Estaba vistiendo una chaqueta de franela y lana cerrada con un cierre que Jocelyn había estado intentando hacerle tirar desde que empezaron a salir juntos. Era bastante lindo, pensó Clary, que casi nada pareciera cambiar a Luke, no importaba que ocurriera en su vida. Le gustaba lo que le gustaba, y eso era todo. Incluso si eso era un viejo abrigo andrajoso. "Excepto que pienso que puedo adivinarlo. Entonces ¿Él está aquí?"

"¿Jace? No." Clary se encogió de hombros, intentando parecer despreocupada. "Está bien. Lo veré mañana."

Luke vaciló. "Clary…"

"Lucian" La fría voz que provenía de detrás de ellos era de Maryse. "Gracias por venir tan rápido."

Él se volvió para saludarla con un movimiento de cabeza. "Maryse."

Maryse Lightwood se quedó de pie en la entrada, su mano ligeramente apoyada en el marco de la puerta. Llevaba guantes, guantes gris pálido que combinaban con su traje gris hecho a la medida. Clary se preguntó si Maryse alguna vez vestía jeans. Nunca había visto a la madre de Isabelle y Alec llevando algo más aparte de potentes trajes o ropa de ese tipo. "Clary" dijo. "No me había dado cuenta de que estabas aquí."

Clary se sintió enrojecer. A Maryse no parecía importarle que ella fuera y viniera, pero, Maryse nunca había reconocido la relación de Clary y Jace para nada. Era difícil culparla. Maryse aún estaba sobrellevando la muerte de Max, que había sido hace sólo seis semanas, y estaba haciéndolo sola, con Robert Lightwood todavía en Idris. Tenía cosas más importantes en mente que la vida amorosa de Jace.

"Ya me estaba yendo," dijo Clary.

"Te llevaré a casa cuando termine aquí," dijo Luke, poniendo una mano en su hombro. "Maryse, ¿hay algún problema si Clary se queda aquí mientras hablamos? Porque preferiría que se quedara."

Maryse sacudió su cabeza "Ningún problema, supongo." Suspiró, pasando sus manos por su cabello. "Créeme, desearía no tener que molestarte para nada. Sé que te casas en una semana—felicitaciones, a propósito. No sé si ya te he dicho eso antes."

"No lo hiciste," dijo Luke, "Pero lo aprecio. Gracias."

"Sólo seis semanas." Maryse apenas sonrió. "Qué noviazgo tan fugaz."

La mano de Luke se tensó sobre el hombro de Clary, la única señal de su fastidio. "Supongo que no me llamaste para felicitarme por mi compromiso, ¿verdad?"

Maryse negó con la cabeza. Parecía muy cansada, pensó Clary, y había franjas de gris en su impecable pelo negro que no estaban allí antes. "No. ¿Asumo que has escuchado de los cuerpos que hemos estado encontrando durante la última semana, más o menos?"

"Los Cazadores de Sombras muertos, si."

"Encontramos otro más esta noche. Metido en un contenedor cerca del Parque Columbus. El territorio de tu manada."

Las cejas de Luke se arquearon. "Sí, pero los otros…"

"El primer cuerpo fue hallado en Greenpoint. Territorio de brujos. El segundo flotando en una laguna en Central Park. El dominio de las hadas. Ahora tenemos territorio de hombres lobos." Fijó su mirada en Luke. "¿Qué te hace pensar eso?"

"Que alguien que no está muy contento con los Nuevos Acuerdos está tratando de enfrentar a los submundos contra los submundos" dijo Luke. "Puedo asegurarte que mi manada no tuvo nada que ver con esto. No sé quien está detrás de esto, pero es un muy torpe intento, si me preguntas a mí. Espero que la Clave pueda ver eso."

"Hay más," dijo Maryse. "Hemos identificado los primeros dos cuerpos. Llevó algo de tiempo, dado que el primero fue quemado hasta casi quedar irreconocible y el segundo estaba muy descompuesto. ¿Puedes adivinar quienes pueden ser?"

"Maryse…"

"Anson Pangborn," dijo ella, "y Charles Freeman. Ninguno de los cuales, debo decir, había dado señales de vida desde la muerte de Valentine…"

"Pero eso no es posible," interrumpió Clary. ""Luke mató a Pangborn, en agosto pasado—en Renwick."

"Él mató a Emil Pangborn," dijo Maryse. "Anson era el hermano menor de Emil. Estaban los dos juntos en el Círculo."

"Como Freeman," dijo Luke. "¿Así que alguien no solo está matando a Cazadores de Sombras, sino que también a ex miembros del Círculo? ¿Y dejando sus cuerpos en territorio submundo?" Sacudió la cabeza. "Suena a que alguien está tratando de asustar a algunos de los miembros más… obstinados de la Clave. Hacerlos re pensar los Nuevos Acuerdos, quizás. Tendríamos que haber esperado esto."

"Supongo," dijo Maryse. "Ya me he reunido con la Reina Seelie, y tengo un mensaje para Magnus. Donde sea que esté." Puso sus ojos en blanco; Maryse y Robert parecen haber aceptado la relación de Alec con Magnus con una sorpresiva buena gracia, pero Clary podía decir que Maryse, por lo menos, no lo tomaba seriamente. "Yo sólo pensé, que quizás…" Suspiró. "He estado tan exhausta últimamente. Me siento como si apenas pudiera pensar correctamente. Esperaba que tuvieras alguna idea sobre quien podría estar haciendo esto, ¿alguna idea que no se me haya ocurrido?"

Luke negó con la cabeza. "Alguien con resentimientos por el nuevo sistema. Pero ese podría ser cualquiera. ¿Supongo que no había ninguna evidencia en los cuerpos?"

Maryse suspiró. "Nada decisivo. Si tan sólo los muertos hablaran, ¿no, Lucian?"

Fue como si Maryse hubiera levantado una mano y arrojado una cortina sobre la visión de Clary; todo se volvió negro, excepto por un símbolo, colgando como un letrero brillante sobre el negro cielo limpio.

Parece que su poder no había desaparecido después de todo.

"Que tal si…" ella dijo lentamente, levantando la mirada para ver a Maryse "¿Qué tal si pudieran?"

Mirándose en el espejo del baño en el pequeño departamento de Kyle, Simon no pudo evitar preguntarse de dónde había salido todo eso de que los vampiros no podían verse en los espejos. Era capaz de verse perfectamente bien en la superficie—pelo castaño tostado, grandes ojos marrones, blanca piel sin marcas. Se había quitado la sangre del corte de su labio, aunque su labio ya se había sanado.

Sabía, hablando objetivamente, que convertirse en un vampiro lo había hecho más atractivo. Isabelle le había explicado que sus movimientos se habían vuelto más elegantes y que, aunque antes había parecido desaliñado, de alguna manera ahora se veía atractivo desaliñado, como si se acabara de levantar de la cama. "De la cama de alguien más," ella había indicado, a propósito, él le dijo que ya había resuelto lo que había querido decir, gracias.

Cuando se veía a sí mismo, sin embargo, no veía nada de eso. La blancura sin poros de su piel, como siempre, lo perturbaba, como también las oscuras y sinuosas venas que veían en sus sienes, evidencia del hecho de que no se había alimentado hoy. Se veía como un extraño y no como él mismo. Tal vez todo eso de no poderte ver en el espejo una vez que te convertiste en vampiro era una buena ilusión. Quizás era sólo que ya no reconoces el reflejo que te devuelve la mirada.

Ya arreglado, se dirigió a la sala de estar, donde Jace estaba echado sobre el futón, leyendo la copia desarmada de Kyle de *El Señor de los Anillos*. La dejó sobre la mesita del café cuando Simon entró. Su cabello lucía recién mojado, como si se hubiera salpicado agua en la cara del fregadero de la cocina.

"Puedo ver porqué te gusta aquí," dijo, haciendo un gesto amplio que abarcaba la colección de Kyle de pósters de películas y libros de ciencia ficción. "Hay una fina capa de nerd por encima de todo"

"Gracias, aprecio eso," Simon le dio a Jace una dura mirada. Desde cerca, debajo de la clara luz del foco, Jace se veía…enfermo. Las sombras que Simon había notado antes debajo de sus ojos estaban más pronunciadas que nunca, y su piel parecía tirante sobre los huesos de su cara. Sus manos temblaron un poco cuando quitaron su cabello de su frente en un gesto característico.

Simon sacudió la cabeza como para aclarársela. ¿Desde cuando conocía a Jace tan bien como para poder identificar qué gestos le eran característicos? No eran como si fueran amigos. "Te ves terrible," dijo.

Jace parpadeó. "Parece un extraño momento para empezar un concurso de insultos, pero si insistes, probablemente podría pensar en algo bueno."

"No, lo digo en serio. No te ves bien."

"Esto viene de un tipo que tiene todo el sex appeal de un pingüino. Mira, me doy cuenta de que puedes estar celoso porque el buen Señor no te haya tratado con la misma mano de cincelado elegante con la que me trató a mí, pero esa no es razón para…"

"No estoy tratando de insultarte," chasqueó Simon. "Quiero decir que pareces enfermo ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?"

Jace lució pensativo. "¿Ayer?"

"Comiste algo ayer. ¿Estás seguro?"

Jace se encogió de hombros. "Bueno, no lo juraría sobre una pila de Biblias. Me parece que fue ayer, sin embargo."

Simon había investigado los contenidos del refrigerador de Kyle más temprano cuando había estado registrando el lugar, y no había habido mucho que encontrar. Un viejo limón marchito, algunas latas de gaseosas, un kilo de carne picada y, inexplicablemente, una sola Pop-Tart[21] en el congelador. Agarró sus llaves del mostrador de la cocina. "Vamos," dijo, "Hay un supermercado en la esquina. Vamos a conseguirte algo de comer."

[21] **Pop-Tarts** es el nombre con que se le conoce a unas tartas planas, rectangulares y pre-horneadas hechas por la compañía Kellogg's. Las Pop-Tarts contienen un relleno dulce sellado dentro de dos capas de masa. Algunas vienen glaseadas.

Jace se veía como si estuviera de humor para objetar, entonces se encogió de hombros. "Bien," dijo, en el tono de alguien a quien no le importa a dónde iban o qué iban a hacer allí. "Vamos."

Afuera, en los escalones de la entrada, Simon cerró la puerta detrás de ellos con las llaves a las que todavía se estaba acostumbrando, mientras Jace examinaba la lista de nombres del panel de timbres. "Ese es el tuyo ¿Eh?" preguntó señalando el 3A "¿Cómo es que sólo dice 'Kyle'? ¿No tiene apellido?"

"Kyle quiere ser una estrella de rock," dijo Simon, dirigiéndose hacia abajo por las escaleras. "Creo que está trabajando con eso de un solo nombre. Como Rihanna."

Jace lo siguió, encorvando ligeramente los hombros contra el viento, aunque no hizo ningún movimiento para subir el cierre de la chaqueta de ante que había recuperado de Clary temprano ese día. "No tengo idea de lo que estás hablando."

"Estoy seguro de que no."

Mientras rodeaban la esquina hacia la Avenida B, Simon miró a Jace de reojo. "Entonces," dijo, "¿Me estabas siguiendo? ¿O es sólo una increíble coincidencia que estuvieras en el techo de un edificio por el que estaba pasando cuando fui atacado?"

Jace se paró en la esquina, esperando a que la luz cambiase. Aparentemente, incluso los Cazadores de Sombras tenían que obedecer las leyes de tránsito. "Te estaba siguiendo."

"¿Es esta la parte en que me dices que está secretamente enamorado de mí? Mojo de vampiro anota de nuevo."

"No existe tal cosa como el mojo de vampiro," dijo Jace, repitiendo el mismo cometario de Clary de más temprano bastante inquietantemente. "Y estaba siguiendo a Clary, pero entonces se subió a un taxi, y no puedo seguir a un taxi. Así que me volví y te seguí a ti en cambio. Más que nada por hacer algo."

"¿Estabas siguiendo a Clary?" repitió Simon. "Aquí hay un buen tip: a la mayoría de las chicas no les gusta que las acosen."

"Dejó su teléfono en el bolsillo de la chaqueta," dijo Jace, palpando su lado derecho, donde, según parecía, estaba el teléfono. "Pensé que si podía averiguar a dónde iba, podría dejarlo donde lo encontrara."

"O," dijo Simon, "podrías haber llamado a su casa y haberle dicho que tenías su teléfono y ella podría haber venido a buscarlo."

Jace no dijo nada. La luz cambió y se dirigieron al otro lado de la calle al supermercado de la Ciudad C. Todavía estaba abierto. Los supermercados en Manhattan nunca cerraban, pensó Simon, lo que era un buen cambio de Brooklyn. Manhattan era un buen lugar para ser un vampiro. Podías hacer todas tus compras a medianoche y nadie pensaría que era raro.

"Estás evitando a Clary," observó Simon, "¿Supongo que no quieres decirme porqué?"

"No, no quiero" dijo Jace, "sólo considérate suertudo de que te estuviera siguiendo, o…"

"¿O qué? ¿Otro atracador estaría muerto?" Simon podía escuchar la amargura en su propia voz. "Tú viste lo que pasó."

"Sí. Y vi la mirada en tu cara cuando sucedió" El tono de Jace era neutral. "Esa no era la primera vez que veías que eso pasaba ¿verdad?"

Simon se encontró a sí mismo contándole a Jace sobre la figura vestida de chándal que lo había atacado en Williamsburg, y cómo había asumido que sólo era un ladrón. "Después de que murió se convirtió en sal," terminó. "Justo como el segundo tipo. Supongo que es una cosa bíblica. Pilares de sal. Como la esposa de Lot."

Habían llegado al supermercado; Jace empujó la puerta para abrirla y Simon lo siguió adentro, tomando un carrito plateado miniatura de la línea cerca de la puerta. Empezó a empujarlo por el pasillo y Jace lo siguió claramente perdido en sus pensamientos. "Así que supongo que la pregunta es," dijo Jace "¿Tienes alguna idea de quien podría querer matarte?"

Simon se encogió de hombros. La visión de toda esa comida estaba haciendo que se le revolviera el estómago, recordándole lo hambriento que estaba, aunque no por nada que vendieran allí. "Tal vez Raphael. Él parece odiarme. Y me quería muerto antes…"

"No es Raphael," dijo Jace.

"¿Cómo puedes estar tan seguro?"

"Porque Raphael sabe sobre tu Marca y no sería lo suficientemente estúpido para atacarte directamente así. Sabría exactamente lo que pasaría. Quienquiera que esté detrás de ti, es alguien que te conoce lo suficiente como para saber donde es probable que estés, pero que no sabe sobre tu Marca."

"Pero podría ser cualquiera."

"Exacto," dijo Jace y sonrió. Por un momento casi pareció él mismo de nuevo.

Simon sacudió la cabeza. "Mira ¿sabes lo que quieres comer, o sólo quieres que siga empujando este carrito arriba y abajo por los pasillos porque te divierte?"

"Eso," dijo Jace "y no estoy muy familiarizado con lo que venden en las tiendas de alimentos mundanas. Maryse por lo general cocina o pedimos comida." Se encogió de hombros y tomó una fruta al azar. "¿Qué es esto?"

"Eso es un mango." Simon miró fijamente a Jace. Algunas veces realmente era como si los Cazadores de Sombras fueran de otro planeta.

"No creo haber visto nunca uno que no estuviera ya cortado," reflexionó Jace. "Me gustan lo mangos."

Simon agarró el mango y lo tiró dentro del carrito. "Genial ¿Qué más te gusta?"

Jace pensó por un momento. "Sopa de tomates," dijo finalmente.

"¿Sopa de tomate? ¿Quieres sopa de tomate y un mango como cena?"

Jace se encogió de hombros. "Realmente no me importa mucho la comida."

"Bueno. Como sea. Quédate aquí. Ya vuelvo." Cazadores de Sombras. Dijo Simon enfurecido, silenciosamente para sí mismo, mientras rodeaba la esquina de un pasillo forrado con latas de sopa alineadas. Eran como algún tipo de bizarra amalgama de millonarios—personas que nunca tuvieron que considerar las pequeñas partes de la vida, como comprar comida o usar las máquinas de Metrocard del subterráneo—y soldados, con su rígida autodisciplina y el constante entrenamiento. Tal vez era más fácil para ellos, ir por la vida con los ojos vendados, pensó mientras tomaba una lata de sopa del estante. Tal vez te ayudaba a mantener el foco de atención sobre todo el cuadro—que, cuando tu trabajo es básicamente mantener al mundo a salvo del mal, era en verdad un cuadro bastante grande.

Se estaba sintiendo casi simpatético con Jace mientras se acercaba al pasillo donde lo había dejado—entonces se detuvo. Jace estaba inclinado contra el carrito, dándole vueltas a algo en sus manos. Desde la distancia, Simon no podía ver qué era, y no podía acercarse más tampoco, porque dos adolescentes estaban bloqueando su camino, paradas en el medio del pasillo, riéndose tontamente y apoyándose una en la otra para susurrar como hacen las mujeres. Obviamente iban vestidas como para pasar por chicas de veintiuno, con tacos altos y faldas cortas, con push-ups y ninguna chaqueta para alejar el frío.

Olían a brillo labial. Brillo labial, polvo de bebé y sangre.

Él podía escucharlas, por supuesto, a pesar de que susurraban. Estaban hablando de Jace, de lo guapo que era, retándose la una a la otra a ir y hablar con él. Había una gran discusión

sobre su cabello y también, sus abdominales, pero cómo podían ver sus abdominales a pesar de su remera, Simon no estaba seguro. Qué asco, pensó. Esto es ridículo. Estaba por decir 'con permiso' cuando una de ellas, la más alta y de cabello oscuro, se separó y se paseó hasta Jace, tambaleándose un poco en sus tacos de plataforma. Jace levantó la mirada cuando ella se acercó, sus ojos cautos, y Simon tuvo el repentino y aterrador pensamiento de que Jace la confundiría con un vampiro o alguna clase de súcubo y desenfundaría una de sus dagas seráficas y entonces ambos serían arrestados.

No tenía porqué haberse preocupado. Jace sólo arqueó una ceja. La chica le dijo algo sin aliento; el se encogió de hombros; ella presionó algo en su mano y luego se apresuró a volver con su amiga. Se tambalearon hacia fuera de la tienda riéndose juntas.

Simon fue hasta Jace y tiró la lata de sopa dentro del carrito. "¿Y qué fue todo eso?"

"Creo," dijo Jace, "que me preguntó si podía tocar mi mango."

"¿Ella dijo eso?"

Jace se encogió de hombros. "Sí, entonces me dio su número." Le mostró a Simon el trozo de papel con una expresión de sosa indiferencia, entonces lo tiró dentro del carrito. "¿Nos podemos ir ahora?"

"No vas a llamarla, ¿verdad?"

Jace lo miró como si estuviera loco.

"Olvida que dije eso," dijo Simon, "este tipo de cosas te pasan todo el tiempo, ¿no? ¿Las chicas sólo se te acercan sin más?"

"Sólo cuando no llevo el glamour."

"Si, porque cuando lo llevas las chicas no pueden verte porque eres invisible." Simon negó con la cabeza. "Eres una amenaza pública. No deberían dejarte salir solo."

"Los celos son una emoción tan fea, Lewis." Jace sonrió con una sonrisa torcida que normalmente haría a Simon querer golpearlo. No esta vez, sin embargo. Se acababa de dar cuenta de con qué estaba jugando Jace, dándole vueltas y vueltas entre sus dedos. Como si fuera lago precioso o peligroso o ambos. Era el teléfono de Clary.

"Todavía no estoy seguro de que sea una buena idea" dijo Luke.

Clary, con sus brazos cruzados sobre su pecho para alejar el frío de la Ciudad Silenciosa, lo miró de reojo. "Tal ves deberías haber dicho eso antes de llegar aquí."

"Estoy bastante seguro de que lo hice. Muchas veces." La voz de Luke hizo eco en los pilares de piedra que estaban sobre ellos, decorados con bandas de piedras semipreciosas—ónice negro, jade verde, cornalina rosa y lapislázuli azul. Luz mágica plateada ardía en antorchas que colgaban de los pilares, iluminando los mausoleos que forraban cada pared con un brillante blanco que era casi doloroso de mirar.

Poco había cambiado en la Ciudad Silenciosa desde la última vez que Clary había estado allí. Se sintió ajeno y extraño, a pesar de que ahora las amplias runas que se extendían sobre los pisos en formas esculpidas y patrones grabados atormentaban a su mente con los filos de sus significados, en vez de ser totalmente incomprensibles. Maryse los había dejado a ella y a Luke en esta cámara de entrada en el momento en que llegaron, prefiriendo ir y hablar con los Hermanos Silenciosos ella misma. No había ninguna garantía de que los fueran a dejar entrar a los tres para ver los cuerpos, le había advertido a Clary. Los Nefilim muertos eran asunto de la Ciudad de Hueso, y ningún otro tenía jurisdicción sobre ellos.

No es que quedaran mucho guardianes. Valentine los había matado a casi todos mientras buscaba la Espada Mortal, dejando vivos a los pocos que no habían estado en la Ciudad Silenciosa en el momento. Nuevos miembros habían sido agregados a su orden desde entonces, pero Clary dudaba que quedaran más de diez o quince Hermanos Silenciosos en el mundo.

El duro clac de los tacos de Maryse en el piso de piedra los alertó de su regreso antes de que ella apareciera, un Hermano Silencioso vestido con una toga seguía su estela. "Aquí están," dijo ella, como si Clary y Luke no estuvieran exactamente donde los había dejado. "Este es el Hermano Zachariah. Hermano Zachariah, esta es la chica de la que le estaba hablando."

El hermano Silencioso empujó su capucha ligeramente de su cara. Clary contuvo un gesto de sorpresa. Él no se veía como el Hermano Jeremiah, con sus ojos hundidos y boca cosida. Los ojos del Hermano Zachariah estaban cerrados, sus altos pómulos, cada uno marcado con una runa negra. Pero su boca no estaba cosida y ella no creía que su cabeza estuviera afeitada, tampoco. Era difícil de decir, con la capucha arriba, si estaba viendo sombras o cabello oscuro.

Sintió su voz tocar su mente. *¿Realmente crees que puedes hacer esto, hija de Valentine?*

Sintió que sus mejillas se sonrojaban. Odiaban que le recordaran de quien era hija.

"Seguramente habrá oído de las otras cosas que ha hecho," dijo Luke, "Su runa vinculante nos ayudó en la guerra mortal."

El Hermano Zachariah subió su capucha para ocultar su rostro. *Ven conmigo al Ossuarium.*

Clary miró a Luke, esperando un asentimiento de apoyo, pero él estaba viendo al frente y jugueteando con sus anteojos como hacía cuando estaba ansioso. Con un suspiro caminó detrás de Maryse y del Hermano Zachariah. Él se movía tan silenciosamente como la niebla, mientras que los tacos de Maryse sonaban como disparos en el piso de mármol. Clary se preguntó si la propensión de Isabelle a utilizar calzado inapropiado era genética.

Siguieron un camino serpenteante entra los pilares, pasando la gran plaza de las Estrellas Hablantes, donde los Hermanos Silenciosos le habían hablado por primera vez de Magnus Bane. Detrás de la plaza había una entrada arqueada, con un par de enormes puertas de hierro. En su superficie habían sido quemadas runas que Clary reconoció como runas de muerte y paz. Sobre las puertas había una inscripción en latín que la hizo desear tener sus apuntes con ella. Estaba lamentablemente atrasada en latín para ser una Cazadora de Sombras, la mayoría de ellos lo hablaban como una segunda lengua.

Taceant Colloquia. Effugiat risus. Hiclocus est ubi mors gaudet succurrere vitae.

"Que la conversación se detenga. Que la risa cese," leyó Luke en voz alta. "Este es el lugar donde la muerte se deleita enseñando la vida."

El Hermano Zachariah puso una mano en la puerta. *El muerto más reciente de los asesinatos ha sido alistado para ti ¿estás preparada?*

Clary tragó fuerte, preguntándose dónde se había metido exactamente. "Estoy lista."

Las puertas se abrieron por completo, y entraron en fila. Dentro había una gran sala sin ventanas con paredes de suave y liso mármol blanco. No había muebles excepto por ganchos de los que colgaban instrumentos plateados de disección: brillantes bisturís, cosas que parecían martillos, sierras y separadores de costillas. Y además de esos, en estantes había aún más instrumentos peculiares: enormes herramientas como sacacorchos, hojas de lijas, y frascos de líquidos multicolores, incluyendo uno verdoso etiquetado 'acido' que realmente parecía estar evaporándose.

En el centro de la habitación había una fila de altas mesas de mármol. La mayoría estaban descubiertas. Tres estaban ocupadas, y en dos de estas tres todo lo que Clary podía ver era una figura humana oculta por una sabana blanca. En la tercera mesa yacía un cuerpo, la sábana bajada hasta justo debajo de la caja torácica. Desnudo de la cintura para arriba, el cuerpo era claramente masculino e igual de claramente un Cazador de Sombras. La piel pálida del cadáver estaba toda tintada con Marcas. Los ojos del hombre muero estaban atados con una seda blanca, como dictaba la costumbre de los Cazadores de Sombras.

Clary tragó sus nauseas elevándose y se movió para estar junto al cadáver. Luke fue con ella, su mano protectoramente en su hombro. Maryse se paró en el lado opuesto, mirando todo con sus curiosos ojos azules, el mismo color que los de Alec.

Clary alcanzó su estela en su bolsillo. Podía sentir el frío del mármol a través de su camisa mientras se inclinaba sobre el hombre muerto. Desde tan cerca podía ver detalles—que su cabello había sido marrón rojizo y que su garganta había sido rasgada limpiamente en tiras, como por una gran garra.

El hermano Zachariah se estiró y removió la atadura de seda de los ojos del muerto. Debajo de la misma, estaban cerrados. *Puedes empezar.*

Clary tomó un profundo respiro y puso la punta de su estela en la piel del brazo del Cazador de Sombras muerto. La runa que había visualizado antes, en la entrada del Instituto, volvió a ella tan clara como las letras de su propio nombre. Empezó a dibujar.

Las negras líneas de la Marca salían en espiral de la punta de su estela, eran casi como siempre—pero su mano se sentía pesada, la estela misma se arrastraba ligeramente, como si estuviera escribiendo en lodo en vez de piel. Era como si el implemento estuviera confundido, deslizándose sobre la superficie de la piel muerta, buscando el espíritu vivo del Cazador de Sombras que ya no estaba allí. El estómago de Clary se revolvió mientras dibujaba y para cuando terminó y retiró su estela estaba sudorosa y con náuseas.

Por un largo momento nada pasó. Entonces, de manera terriblemente repentina los ojos del muerto se abrieron de golpe. Eran azules, lo blanco coloreado de rojo con sangre.

Maryse dejó salir un largo jadeo. Era claro que no había creído realmente que la runa fuera a funcionar. “Por el Ángel.”

Una ruidosa respiración provino del hombre, el sonido de alguien tratando de respirar por una garganta cortada. La piel rasgada de su cuello revoloteó como las branquias de un pez. Su pecho se elevó y las palabras salieron de su boca.

“Duele.”

Luke maldijo, y miró a Zachariah, pero el Hermano Silencioso permaneció impasible.

Maryse se acercó a la mesa, sus ojos de repente afilados, casi rapaces. “Cazador de Sombras,” dijo, “¿Quién eres? Exijo tu nombre”

La cabeza del hombre se movió de lado a lado. Sus manos subiendo y cayendo compulsivamente. “El dolor… haz que el dolor pare.”

La estela de Clary casi se cayó de su mano. Esto era mucho peor de lo que se había imaginado. Miró a Luke, que se estaba alejando de la mesa, sus ojos muy abiertos por el horror.

"Cazador de Sombras," el tono de Maryse era imperioso, "¿Quién te hizo esto?"

"Por favor…"

Luke dio vueltas alrededor, dándole la espalda a Clary. Parecía estar rebuscando entre las herramientas del Hermano Silencioso. Clary se quedó congelada mientras la mano enfundada en un guante gris de Maryse se estiró y cerró sobre el hombro del cadáver, sus dedos clavándosele. "En el nombre del Ángel, ¡Te ordeno que me contestes!"

El Cazador de Sombras hizo un sonido ahogado. "Submundo…vampiro"

"¿Qué vampiro?" demandó Maryse.

"Camille. La antigua…" Las palabras se ahogaron cuando un hilo de sangre negra coagulada fluyó de la boca del muerto.

Maryse dio un grito ahogado y retiró su mano. Cuando lo hizo, Luke reapareció, llevando el frasco de ácido verde que Clary había notado más temprano. Con un solo gesto, quitó la tapa de un tirón y vertió el ácido sobre la Marca en el brazo del cadáver, erradicándola. El cadáver dio un sólo grito cuando la carne crepitó—y entonces colapsó contra la mesa, ojos en blanco y fijos, lo que fuera que lo hubiera animado por ese corto periodo, claramente se había ido.

Luke puso el frasco vacío de ácido en la mesa, "Maryse," su voz era reprochadora. "No es así como tratamos a nuestros muertos."

"Yo decidiré como tratamos a nuestros muertos, submundo." Maryse estaba pálida, sus mejillas manchadas con rojo. "Tenemos un nombre ahora, Camille. Tal vez podemos prevenir más muertes".

"Hay cosas peores que la muerte." Luke alzó una mano hacia Clary, sin mirarla, "Vamos Clary. Creo que es hora de que nos vayamos."

***

"¿Entonces realmente no puedes pensar en nadie más que quisiera matarte?" Preguntó Jace, no por primera vez. Habían revisado la lista varias veces, y Simon se estaba cansando de que le hiciera la misma pregunta una y otra vez. Sin mencionar que sospechaba que Jace sólo estaba prestando atención parcialmente. Habiéndose comido ya la sopa que Simon compró—fría, directamente de la lata, con una cuchara, lo que Simon no pudo evitar pensar, era asqueroso—estaba inclinado contra la ventana, la cortina ligeramente corrida a un lado para que pudiera ver el tráfico en a Avenida B, y las ventanas con la luz prendida al otro lado de la calle. A través de ellas, Simon podía ver gente comiendo la cena, mirando televisión y sentada alrededor de la mesa charlando. Cosas comunes que la gente común hace. Lo hizo sentirse extrañamente vacío.

"Ha diferencia de tu caso," dijo Simon, "No hay en realidad tanta gente a la que no le agrade."

Jace ignoró esto. "Hay algo que no me estás diciendo."

Simon suspiró. No había querido decirle todo sobre la oferta de Camille, pero ante la realidad de alguien intentando matarlo, por más inefectivo que resultara, tal vez el secretismo no fuera una prioridad tan importante. Explicó lo que había pasado en su reunión con la vampiresa, mientras Jace lo observaba con una atenta mirada.

Cuando terminó, Jace dijo, "Interesante, pero tampoco es probable que sea ella la que está intentando matarte. Ella sabe sobre tu Marca, de seguro. Y no estoy seguro de que tenga ganas de que la atrapen rompiendo los Acuerdos así. Cuando los submundo son tan viejos, por lo general saben cómo mantenerse fuera de problemas." Dejó su lata de sopa. "Por ahora podríamos salir de nuevo", sugirió. "Ver si intentan atacar una tercera vez. Si tan sólo pudiéramos capturar a uno de ellos, tal vez…"

"No," dijo Simon. "¿Por qué siempre estás tratando de hacer que te maten?"

"Es mi trabajo."

"Es un riesgo de tu trabajo. Al menos para la mayoría de los Cazadores de Sombras. Para ti parece ser el propósito."

Jace se encogió de hombros. "Mi padre siempre dijo…" se interrumpió, su cara se endureció. "Lo siento. Quiero decir Valentine. Por el Ángel. Cada vez que lo llamó así, se siente como si estuviera traicionando a mi verdadero padre."

Simon simpatizó con Jace a pesar de sí mismo. "Mira, pensaste que era tu padre por cuanto ¿dieciséis años? Eso no se termina en un día. Y nunca conociste al tipo que era realmente tu padre. Y está muerto, así que en realidad no puedes traicionarlo. Sólo piensa en ti mismo como alguien que tuvo dos padres por un tiempo."

"No puedes tener dos padres."

"Por supuesto que sí. ¿Quién dice que no puedes? Podemos comprar un de esos libros que hacen para niños pequeños. Timmy Tiene Dos Papás. Excepto que no creo que tengan uno llamado Timmy Tiene Dos Papás y Uno de Ellos era Malvado. Con esa parte vas a tener que arreglártelas solo."

Jace puso sus ojos en blanco. "Es fascinante," dijo. "Sabes todas son palabras, y todas están en español[22], pero cuando las juntas en oraciones, simplemente no tienen sentido." Tironeó un poco de la cortina. "No espero que entiendas."

"Mi padre está muerto" dijo Simon.

Jace se dio la vuelta para mirarlo, "¿Qué?"

"Me imagino que no lo sabías," dijo Simon. "Quiero decir, no es que fueras a preguntar o que estuvieras particularmente interesado en algo sobre mi. Así que, sí. Mi padre está muerto. Así que tenemos eso en común." Repentinamente exhausto, se recostó sobre el futón. Se sentía enfermo y mareado y cansado—un profundo cansancio que parecía haberse hundido en sus huesos. Jace, por otro lado, parecía poseído por una inquieta energía que Simon encontró un poco preocupante. No había sido fácil verlo comer esa sopa de tomates, tampoco. Se parecía demasiado a la sangre para su gusto.

Jace lo miró, "¿Cuánto tiempo ha pasado desde que…comiste? Te ves bastante mal."

Simon suspiró. Supuso que no podía decir nada, después de molestar a Jace para que comiera algo. "Espera," dijo. "Ya vuelvo."

Despegándose del futón, fue a su habitación y recuperó su última botella de sangre de debajo de la cama. Trató de no mirarla—sangre cortada era una visión enfermiza. Sacudió la botella fuertemente, mientras volvía a la sala de estar, donde Jace todavía estaba mirando por la ventana.

Apoyándose contra el mostrador de la cocina, Simon destapó la botella de sangre y tomó un trago. Normalmente no le gustaba tomar la cosa en frente de otras personas, pero este era Jace, y no le importaba lo que Jace pensara. Además no era que Jace no lo hubiera visto bebiendo sangre antes. Al menos Kyle no estaba en casa, hubiera sido difícil de explicar a su nuevo compañero de piso. A nadie le gustaba un tipo que guarda sangre en la heladera.

Dos Jace lo miraron—uno el verdadero Jace y el otro era su reflejo en la ventana. "No puedes saltarte la comida, lo sabes."

[22] En el original dice inglés, obviamente.

Simon se encogió de hombros, "Estoy comiendo ahora"

"Claro," dijo Jace, "Pero eres un vampiro. La sangre no es como comida para ti. La sangre es…sangre."

"Eso es muy iluminador." Simon se arrojó sobre el sillón enfrente de la TV, probablemente alguna vez había sido terciopelo dorado pálido, pero ahora estaba gastado en un montón grisáceo. "¿Tienes muchos otros pensamientos profundos como ese? ¿La sangre es sangre? ¿Una tostadora es una tostadora? ¿Un Cubo Gelatinoso es un Cubo Gelatinoso?"

Jace se encogió de hombros. "Bien, ignora mi consejo, lo lamentarás después."

Antes de que Simon pudiera contestar, escuchó el sonido de la puerta principal abriéndose. Miró filosamente a Jace. "Ese es mi compañero. Kyle. Se amable."

Jace sonrió encantadoramente. "Siempre soy amable."

Simon no tuvo oportunidad para responder a esto de la forma en que le hubiera gustado, un momento más tarde Kyle entró a la habitación luciendo unos ojos brillantes y enérgicos. "Hombre, estuve por todo la ciudad hoy," dijo. "Casi me pierdo, pero sabes lo que dicen. Bronx arriba, Battery abajo…" miró a Jace, registrando tardíamente que había alguien más en la habitación. "Oh, hola. No sabía que habías invitado a un amigo." Le ofreció una mano. "Soy Kyle."

Jace no respondió amablemente. Para sorpresa de Simon, Jace se había puesto rígido, sus pálidos ojos dorados entrecerrándose, todo su cuerpo exhibiendo esa alerta de Cazadores de Sombras que parecía transformarlo de un adolescente ordinario en algo mucho más alejado de eso.

"Interesante," dijo. "Ya sabes, Simon nunca mencionó que su nuevo compañero de piso era un hombre lobo."

Clary y Luke viajaron la mayor parte del camino de vuelta a Brooklyn en silencio. Clary miraba fijamente por la ventana, viendo el Barrio Chino deslizarse, y luego el Puente de Williamsburg, iluminado como una cadena de diamantes contra el cielo nocturno. En la distancia, sobre las negras aguas del río podía ver Renwick, iluminado como siempre, parecía una ruina de nuevo, oscuras ventanas vacías, enormes como los hoyos de los ojos en una calavera. La voz del Cazador de Sombras muerto susurraba en su mente:

El dolor…haz que el dolor pare.

Se estremeció y ajustó su chaqueta más tirante sobre sus hombros. Luke la miró brevemente pero no dijo nada. No fue hasta que pararon enfrente de su casa y paró el motor

de su camioneta que se dio vuelta hacia ella y habló. "Clary," dijo. "Lo que acabas de hacer…"

"Estuvo mal," dijo ella. "Sé que estuvo mal. Estaba allí también." Se refregó la cara con el borde de su manga. "Adelante, grítame."

Luke miró a través del parabrisas. "No voy a gritarte. No sabías lo que iba a pasar. Diablos. Pensé que podría funcionar también, no hubiera ido contigo si no lo hubiera pensado."

Clary sabía que esto era para hacerla sentir mejor, pero no funcionó.

"Si no hubieras arrojado ácido sobre la runa…"

"Pero lo hice."

"Ni siquiera sabía que podías hacer eso. Destruir la runa así."

"Si la desfiguras lo suficiente puedes minimizar o destruir su poder. Algunas veces en batalla, el enemigo tratará de quemar o cortar la piel del Cazador de Sombras sólo para privarlo del poder de sus runas." Luke sonaba distraído.

Clary sintió temblar sus labios y los presionó juntos, fuerte, para detener el temblor. Algunas veces olvidaba los aspectos de pesadilla de ser una Cazadora de Sombras—esta vida de cicatrices y matanzas como Hodge le había dicho una vez. "Bueno," dijo "No volveré a hacerlo."

"¿No harás qué de nuevo? ¿Hacer esa particular runa? No tengo dudas de que no lo harás, pero no estoy seguro de que eso solucione el problema." Luke tamborileó con sus dedos sobre el volante. "Tienes una habilidad Clary. Una gran habilidad. Pero no tienes ninguna idea de lo que significa. Estás totalmente desentrenada. No sabes casi nada de la historia de las runas. O de lo que han significado para los Nefilim a través de los siglos. No puedes diferenciar una runa diseñada para hacer el bien de una diseñada para hacer el mal."

"Estabas más que feliz de dejarme usar mi poder cuando se trataba de la runa vinculante," dijo ella enojada. "No me dijiste que no crearas runas entonces."

"No te estoy diciendo que no uses tu poder ahora. De hecho, creo que el problema es que raramente lo usas. No es como si estuviera usando tu poder para cambiar el color de tus uñas o para que el subte venga cuando quieras. Sólo lo usas en estos ocasionales momentos de vida o muerte."

"Las runas sólo vienen a mi en esos momentos."

"Tal vez porque todavía no te han entrenado en cómo funciona tu poder. Piensa en Magnus, su poder es una parte de él. Tú pareces pensar en el tuyo como algo separado. Algo que te pasa. No lo es. Es una herramienta que necesitas aprender a usar."

"Jace dijo que Maryse quería contratar a un experto en runas para que trabaje conmigo pero no lo ha hecho todavía."

"Si," dijo Luke. "Imagino que Maryse tiene otras cosas en mente." Sacó la llave de la ignición y se sentó por un momento es silencio. "Perder un hijo en la forma en que perdió a Max," dijo. " No puedo imaginármelo. Debería ser más indulgente con su comportamiento. Si algo te pasara a ti, yo…"

Su voz se cortó.

"Desearía que Robert regresara de Idris," dijo Clary. "No veo por qué debe manejar todo esto sola. Debe ser horrible."

"Muchos matrimonios terminan cuando un hijo muere. La pareja casada no puede parar de culparse a sí mismos, o el uno al otro, imagino que Robert no está precisamente porque necesita espacio, o Maryse lo necesita."

"Pero se aman," dijo Clary, horrorizada. "¿No es eso lo que significa el amar? ¿Qué se supone que tienes que estar allí para la otra persona sin importar qué?"

Luke miró hacia el río, al agua oscura moviéndose lentamente bajo la luz de la luna otoñal. "Algunas veces, Clary," dijo. "El amor simplemente no es suficiente."

7

Praetor Lupus

La botella resbaló de las manos de Simon y se estrelló contra el suelo, donde se rompió, enviando fragmentos volando en todas direcciones. "¿Kyle es un hombre lobo?"

"Por supuesto que es un hombre lobo, imbécil," dijo Jace. Miró a Kyle. "¿No?"

Kyle no dijo nada. El humor relajado se había extinguido de su expresión. Sus ojos castaños eran tan duros y planos como el cristal. "¿Quién lo pregunta?"

Jace se apartó de la ventana. No había nada abiertamente hostil en su comportamiento, y sin embargo todo en él implicaba una clara amenaza. Tenía las manos sueltas a los costados, pero Simon recordó la forma en que había visto a Jace, antes, explotar a la acción con casi nada, al parecer, entre el pensamiento y la respuesta. "Jace Lightwood", dijo. "Del Instituto Lightwood. ¿A qué manada estás jurado? "

"Jesús," dijo Kyle. "¿Eres un Cazador de Sombras?" Miró a Simon. "La linda chica pelirroja que estaba contigo en el garaje, también es una Cazadora de Sombras, ¿no?"

Desconcertado, Simon asintió con la cabeza.

"Sabes, algunas personas piensan que los Cazadores de Sombras son sólo mitos. Como las momias y los genios. "Kyle sonrió a Jace. "¿Puedes conceder deseos?"

El hecho de que Kyle hubiera llamado a Clary linda no parecía congraciarlo con Jace, cuya cara se había estrechado de manera alarmante. "Eso depende," dijo. "¿Deseas que te de un puñetazo en la cara?"

"Vaya, vaya," dijo Kyle. "Y pensaba que todos ustedes estaban tan entusiastas por los Acuerdos de estos días…"

"Los Acuerdos se aplican a vampiros y licántropos con alianzas claras," interrumpió Jace. "Dime a que manada estás jurado, o voy a tener que asumir que eres un vagabundo."

"Muy bien, eso es suficiente," dijo Simon. "Ustedes dos, dejen de actuar como si estuvieran a punto de pegarse el uno al otro." Miró a Kyle. "Debiste haberme dicho que eras un hombre lobo."

"No te noté diciéndome que eras un vampiro. Tal vez pensé que no era de tu importancia."

Todo el cuerpo de Simon se sacudió con sorpresa. "¿Qué?" Él miró hacia abajo al cristal roto y la sangre en el suelo.

"Yo no, yo no…"

"No te molestes," dijo Jace en voz baja. "Él puede sentir que eres un vampiro. Al igual que serás capaz de sentir hombres lobo y otros Submundos cuando hayas tenido un poco más de práctica. Él sabe lo que eres desde que te conoció. ¿No es cierto?" Encontró los pardos ojos helados de Kyle con los suyos. Kyle no dijo nada. "¿Y esa cosa creciendo en el balcón, por cierto? Eso es acónito[23]. Ahora ya lo sabes."

Simon cruzó los brazos sobre su pecho y miró a Kyle. "Así que, ¿qué demonios es esto? ¿Una especie de trampa? ¿Por qué me pides que viva contigo? Los hombres lobo odian a los vampiros."

"Yo no," dijo Kyle. "No soy demasiado aficionado a su especie, sin embargo." Apuntó pinchó con un dedo a Jace. "Ellos piensan que son mejores que los demás."

"No," dijo Jace. "Yo creo que soy mejor que todos los demás. Una opinión que ha sido respaldada por amplias pruebas."

Kyle miró a Simon. "¿Siempre habla así?"

"Sí."

"¿Hay algo que lo haga callar? Otro además de sacarle la basura a golpes, por supuesto."

Jace se apartó de la ventana. "Me encantaría que lo intentaras."

Simon se interpuso entre ellos. "No voy a dejar que peleen contra el otro."

"¿Y qué vas a hacer al respecto, si...? Oh." La mirada de Jace se arrastró hasta la frente de Simon, y sonrió de mala gana. "¿Así que básicamente me estás amenazando con convertirme en algo que se puede espolvorear sobre las palomitas de maíz si no hago lo que dices?"

Kyle miró desconcertado. "De qué estás…"

[23] Originaria de regiones montañosas de Francia y Europa Central, Siberia Meridional y Asia. Los cazadores sajones del siglo VIII impregnaban sus flechas en el jugo de esta planta durante sus partidas de caza en procura de lobos, de ahí uno de sus nombres vulgares.

"Sólo creo que ustedes dos deben hablar," interrumpió Simon. "Así que Kyle es un hombre lobo. Yo soy un vampiro. Y tú no eres exactamente el chico de al lado tampoco," añadió dirigiéndose a Jace. "Yo digo que averigüemos lo que está pasando y procedamos desde allí."

"Tú confianza idiota no tiene límites," dijo Jace, pero se sentó en el alféizar de la ventana, cruzando los brazos. Después de un momento Kyle se sentó también en el sofá futón. Ambos se miraban el uno al otro. Tranquilidad, pensó Simon. Progreso.

"Bien," dijo Kyle. "Soy un hombre lobo. No soy parte de una manada, pero sí tengo una alianza. ¿Has oído hablar de Praetor Lupus?"

"He oído hablar del lupus," dijo Simon. "¿No es una especie de enfermedad?"

Jace le dirigió una mirada fulminante. "'Lupus', significa lobo," explicó. "Y los pretorianos fueron una fuerza de élite militar romano. Así que supongo que la traducción es 'Lobos guardianes.'" Se encogió de hombros. "He escuchado algunas menciones de ellos, pero son una organización muy secreta."

"¿Y los Cazadores de Sombras no lo son?" Dijo Kyle.

"Tenemos buenas razones."

"Lo mismo nosotros." Kyle se inclinó hacia delante. Los músculos de los brazos se flexionaron cuando apoyó sus codos en las rodillas. "Hay dos clases de hombres lobo," explicó. "Del tipo que nacen hombres lobo, con padres hombre lobo, y el tipo que se infectan con la licantropía a través de una mordida." Simon lo miró con sorpresa. No hubiera pensado que Kyle, el vago-bajista mensajero en moto, conociera la palabra 'licantropía', mucho menos cómo pronunciarla. Pero se trataba de un Kyle muy diferente: centrado, intenso, y directo. "Para aquellos de nosotros que nos convertimos por una mordida, los primeros años son claves. La cepa de demonio que causa la licantropía causa toda una serie de otros cambios: olas de agresión incontrolable, incapacidad para controlar la ira, furia suicida y desesperación. La manada puede ayudar con eso, pero muchos de los infectados no tienen la suerte de caer en una manada. Están por su cuenta, tratando de lidiar con todas estas cosas abrumadoras, y muchos de ellos se vuelven violentos, contra otros o contra sí mismos. Hay una alta tasa de suicidios y un alta tasa de violencia doméstica." Miró a Simon. "Lo mismo ocurre con los vampiros, excepto que puede ser aún peor. Un joven huérfano no tiene, literalmente, ni idea de lo que le está pasado. Sin orientación, no sabe cómo alimentarse con seguridad, o incluso acerca de quedarse fuera de la luz solar. Ahí es donde entramos nosotros."

"¿Y hacer qué?" preguntó Simon.

"Nosotros rastreamos a Submundos 'huérfanos' —vampiros y hombres lobo que acaban de Convertirse y aún no saben lo que son. A veces, incluso brujos—algunos de ellos no se dan cuenta de lo que son por años. Intervenimos, intentamos conseguirles una manada o un clan, intentamos ayudarles a controlar sus poderes."

"Buenos samaritanos, ¿no es así?" Los ojos de Jace brillaban.

"Lo somos, en realidad." Kyle sonaba como si estuviera tratando de mantener su voz neutra. "Intervenimos antes que los nuevos Submundos puedan ponerse violentos y se hagan daño o a otras personas. Yo sé lo que hubiera sido de mí si no hubiera sido por la Guardia. He hecho cosas malas. Muy malas."

"¿Qué tan malas?" Preguntó Jace. "¿Ilegalmente malas?"

"Cállate, Jace," dijo Simon. "Estás fuera de servicio, ¿de acuerdo? Deja de ser un Cazador de Sombras por un segundo." Se volvió hacia Kyle. "Entonces, ¿cómo fuiste a parar a una audición para mi banda apestosa, entonces?"

"No me di cuenta de que sabías que era apestosa."

"Sólo tienes que responder a la pregunta."

"Tenemos un informe de un nuevo vampiro, un Daylighter, que vive por su cuenta, no con un clan. Tu secreto no es tan secreto como parece. Vampiros hambrientos sin un clan para ayudarlos pueden ser muy peligrosos. Fui enviado para vigilarte."

"Así que, lo que estás diciendo," dijo Simon, "es que no sólo no quieres que me mude ahora que sé que eres un hombre lobo, ¿sino que no me dejarás mudarme?"

"Correcto," dijo Kyle. "Quiero decir, puedes salir, pero yo voy a ir contigo."

"Eso no es necesario," dijo Jace. "Puedo mantener perfectamente un ojo en Simon, gracias. Él es mi Submundo neófito para burlarme y molestar, no el tuyo."

"¡Cállate!" gritó Simon. "Los dos. Ninguno de los dos estaba alrededor cuando alguien trató de matarme el día de hoy…"

"Yo estaba," dijo Jace. "Tu sabes, eventualmente."

Los ojos de Kyle brillaron como los ojos de un lobo en la noche. "¿Alguien trató de matarte? ¿Qué pasó?"

La mirada de Simon encontró la de Jace a través de la habitación. Un acuerdo tácito de no hablar de la Marca de Caín pasó entre ellos. "Hace dos días, y hoy, fui seguido y atacado por algunos tipos en chándal gris."

"¿Humanos?"

"No estamos seguros."

"Y no tienes idea de qué quieren contigo."

"Definitivamente me quieren muerto," dijo Simon. "Aparte de eso, en realidad no sé, no."
"Tenemos algunas pistas," dijo Jace "Hemos estado investigando"

Kyle sacudió la cabeza. "Bien. Lo que sea que no me estén diciendo, lo averiguaré eventualmente." Se puso de pie. "Y ahora, estoy muerto. Me voy a dormir. Te veré en la mañana," le dijo a Simon. "A ti," le dijo a Jace, "bueno, me imagino que te veré por ahí. Eres el primer Cazador de Sombras que he conocido."

"Eso es malo," dijo Jace. "Ya que todos los que conozcas de ahora en adelante van a ser una terrible decepción."

Kyle rodó los ojos y se fue, golpeando la puerta de su dormitorio cuando la cerró tras él. Simon miró a Jace. "No vas a volver al instituto," dijo, "¿o sí?"

Jace sacudió la cabeza. "Necesitas protección. ¿Quién sabe cuándo alguien podría intentar volver a matarte?"

"Esta cosa tuya de evitar a Clary realmente ha dado un giro épico," dijo Simon, de pie. "¿Alguna vez vas a volver a casa?"

Jace lo miró. "¿Y tú?"

Simon anduvo con paso majestuoso hacia la cocina, sacó una escoba y barrió los cristales rotos de la botella. Había sido la última. Arrojó los fragmentos a la basura y caminó más allá de Jace hasta su propia pequeña habitación, donde se quitó la chaqueta y los zapatos y los dejó caer sobre el colchón. Un momento después, Jace entró en la habitación. Miró a su alrededor, sus rubias cejas se elevaron, su expresión una máscara de diversión. "Todo un espacio el que tienes aquí. Minimalista. Me gusta."

Simon rodó sobre su costado y miró a Jace con incredulidad. "Por favor, dime que realmente no estás pensando en quedarte en mi habitación."

Jace se sentó en el alféizar de la ventana y lo miró. "Realmente no entiendes esta cosa de guardaespaldas, ¿verdad?"

"Ni siquiera creo que te agrade," dijo Simon. "¿Es este uno de esos mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca?"

"Pensé que era mantén a tus amigos cerca así tendrás a alguien para conducir el coche cuando entres furtivamente a la casa de tu enemigo en la noche y vomites en su buzón de correo."

"Estoy bastante seguro de que no es así. Y esta cosa de protegerme es más espeluznante que conmovedora, para que lo sepas. Estoy bien. Has visto lo que pasa si alguien trata de hacerme daño."

"Sí, lo he hecho," dijo Jace. "Pero con el tiempo la persona que está intentando matarte va a averiguar acerca de la Marca de Caín. Y luego o bien se van a rendir o a buscar otra manera de llegar a ti." Se apoyó en el marco de la ventana. "Y es por eso que estoy aquí."

A pesar de su exasperación Simon no pudo encontrar agujeros en este argumento o al menos ninguno lo suficientemente grande como para molestarse. Rodó sobre su estómago y hundió el rostro en sus brazos. A los pocos minutos estaba dormido.

Estaba caminando por el desierto, sobre arenas ardientes, huesos antiguos blanqueados al sol. Nunca había estado tan sediento. Cuando tragó, su boca se sintió como si estuviera cubierta de arena, su garganta llena de cuchillos.

El agudo zumbido de su teléfono celular despertó a Simon. Se dio la vuelta y arañó con cansancio en su chaqueta. En el momento en que había hecho palanca para sacar el celular del bolsillo, había dejado de sonar.

Le dio la vuelta y miró para ver quién había llamado. Era Luke.

Rayos. Apuesto a que mi mamá llamó a la casa de Clary buscándome, pensó, sentándose. Su cerebro todavía estaba confuso por el sueño, y le tomó un momento recordar que cuando se había quedado dormido en esta habitación, no había estado solo.

Miró rápidamente hacia la ventana. Jace estaba allí, pero estaba claramente dormido—sentado, con la cabeza apoyada contra el cristal de la ventana. La pálida luz azul del amanecer se filtraba por delante de él. Se veía muy joven así, pensó Simon. Sin burla en su expresión, sin una actitud defensiva o sarcasmo. Era casi posible imaginar lo que Clary vio en él.

Era bastante claro que no estaba tomando sus funciones de guardaespaldas muy en serio, pero eso había sido evidente desde el principio. Simon se preguntó, no por primera vez, qué diablos estaba pasando entre Clary y Jace.

El teléfono empezó a zumbar de nuevo. Poniéndose de pie, Simon se fue a pasos suaves a la sala de estar, pulsando el botón de hablar justo antes de que la llamada fuera al correo de voz otra vez. "¿Luke?"

"Siento despertarte, Simon." Luke fue, como siempre, infaliblemente cortés.

"Estaba despierto de todos modos," mintió Simon.

"Necesito que me encuentres en Washington Square Park en media hora," dijo Luke. "En la fuente."

Simon se alarmó seriamente. "¿Está todo bien? ¿Clary está bien?"

"Ella está bien. No se trata de ella." Hubo un ruido sordo en el fondo. Simon supuso que

Luke estaba poniendo en marcha su camioneta. "Sólo encuéntrame en el parque. Y no lleves a nadie contigo."

Colgó.

El sonido de la camioneta de Luke saliendo del camino de entrada despertó a Clary de unos sueños inquietos. Se sentó, y se estremeció. La cadena alrededor de su cuello había quedado atrapada en su pelo mientras dormía, y la sacó de encima de su cabeza, liberándola cuidadosamente de los enredos.

Dejó caer el anillo en su mano, la cadena puesta a su alrededor. El pequeño círculo de plata, estampado con su patrón de estrellas, parecía guiñarle burlonamente. Recordó cuando Jace se lo había dado, envuelto en la nota que había dejado atrás cuando había ido a cazar a Jonathan. A pesar de todo, no puedo soportar la idea de que este anillo esté perdido para siempre, más de lo que puedo soportar la idea de dejarte para siempre.

Eso había sido hace casi dos meses. Había estado segura de que él la amaba, tan segura que la Reina de la Corte Seelie no había sido capaz de tentarla. ¿Cómo podía haber otra cosa que quisiera, cuando tenía a Jace?

Pero tal vez nunca se tiene a alguien realmente, pensó ahora. Tal vez, no importa cuánto los ames, ellos pueden deslizarse a través de tus dedos como el agua, y no había nada que pudieras hacer al respecto. Comprendió por qué la gente hablaba de corazones "rompiéndose", sentía como si el suyo fuera de vidrio roto, y los fragmentos eran como cuchillos diminutos dentro de su pecho cuando respiraba. Imagina tu vida sin él, había dicho la Reina de la Corte Seelie…

El teléfono sonó, y por un momento Clary sintió alivio de que algo, cualquier cosa, hubiera cortado a través de su miseria. Su segundo pensamiento fue, Jace. Tal vez él no había podido contactarla en su teléfono celular y la estaba llamando a su casa. Dejó caer el anillo en su mesita de noche y se estiró para levantar el receptor. Estaba a punto de saludar cuando se dio cuenta de que el teléfono ya había sido contestado por su madre.

"¿Hola?" Su madre sonaba ansiosa, y sorprendentemente despierta tan temprano en la mañana.

La voz que respondió no era familiar, ligeramente acentuada. "Soy Catarina de hospital Beth Israel. Estoy buscando a Jocelyn."

Clary se congeló. ¿El hospital? ¿Había pasado algo, tal vez a Luke? Se había retirado de la calzada muy rápido…

"Soy Jocelyn." Su madre no sonó asustada, sino más bien como si hubiera esperado la llamada. "Gracias por devolverme la llamada tan pronto."

"Por supuesto. Me alegró saber de usted. No se ve a menudo personas recuperándose de una maldición como la que usted sufrió." Claro, pensó Clary. Su madre había estado en el Beth Israel, en estado de coma de los efectos de la poción que había tomado para evitar que Valentine la interrogara. "Y cualquier amigo de Magnus Bane es un amigo mío."

Jocelyn sonaba tensa. "¿Mi mensaje tiene sentido? ¿Sabes para lo que llamaba?"

"Quería saber sobre el niño," dijo la mujer en el otro extremo de la línea. Clary sabía que debía colgar, pero no podía. ¿Qué niño? ¿Qué estaba pasando? "El que fue abandonado."

Hubo una pausa en la voz de Jocelyn. "S-sí. Pensé…"

"Lamento decir esto, pero está muerto. Murió ayer por la noche."

Por un momento, Jocelyn se quedó en silencio. Clary podía sentir el shock de su madre a través de la línea telefónica. "¿Murió? ¿Cómo?"

"No estoy segura de entenderlo yo misma. El sacerdote llegó anoche a bautizar al niño, y…"

"Oh, Dios mío." La voz de Jocelyn tembló. "¿Puedo…Podría por favor, bajar y ver el cuerpo?"

Hubo un largo silencio. Por último, la enfermera dijo: "No estoy segura de eso. El cuerpo está en la morgue ahora, en espera del traslado a la oficina del médico forense."

"Catarina, creo que sé lo que pasó con el niño." Jocelyn sonaba sin aliento. "Y si pudiera confirmar, tal vez podría evitar que sucediera otra vez."

"Jocelyn…"

"Ya estoy en camino," dijo la madre de Clary, y colgó el teléfono. Clary miró fijamente al receptor por un momento antes de colgar. Se puso de pie, pasó un cepillo por el pelo, se puso unos pantalones y un suéter, y fue a la puerta del dormitorio, justo a tiempo para atrapar a su madre en la sala de estar, escribiendo una nota en el bloc de papel junto al teléfono. Levantó la vista cuando Clary entró y dio un respingo de culpabilidad.

"Estaba saliendo," dijo. "Han surgido algunas cosas de la boda de último minuto, y…"

"No te molestes en mentirme," dijo Clary sin preámbulos. "Estaba escuchando en el teléfono, y sé exactamente a dónde vas."

Jocelyn palideció. Poco a poco bajó el lápiz. "Clary…"

"Tienes que dejar de intentar protegerme," dijo Clary. "Apuesto a que tampoco le dijiste nada a Luke, acerca de llamar al hospital."

Jocelyn empujó su cabello hacia atrás con nerviosismo. "Me parece injusto con él. Con la boda ya cerca y todo…"

"Correcto. La boda. Estás teniendo una boda. ¿Y por qué es eso? Porque te vas a casar. ¿No crees que es hora de que empieces a confiar en Luke? ¿Y confiar en mí?"

"Confío en ti," dijo Jocelyn en voz baja.

"En ese caso, no importa que vaya contigo al hospital."

"Clary, no creo que…"

"Sé lo que piensas. Crees que esto es como lo que pasó con Sebastián, quiero decir a Jonathan. Crees que tal vez alguien de por ahí está haciendo a los bebés lo mismo que Valentine le hizo a mi hermano."

La voz de Jocelyn se sacudió ligeramente. "Valentine está muerto. Pero hay otros que estuvieron en el círculo que nunca han sido capturados."

Y nunca se encontró el cuerpo de Jonathan. No era algo que a Clary le gustara pensar. Además, Isabelle había estado allí y siempre había sido firme en que Jace había roto la columna vertebral de Jonathan con la hoja de un puñal y que Jonathan había estado bastante, bastante muerto como resultado. Ella había bajado hasta el agua y averiguado, había dicho. No ha habido ningún pulso, sin latidos del corazón.

"Mamá," dijo Clary. "Él era mi hermano tengo, derecho a ir contigo."

Muy lentamente Jocelyn asintió. "Tienes razón. Supongo que lo tienes. "Cogió su bolso que colgaba de un gancho junto a la puerta. "Bueno, vamos, entonces, y trae tu abrigo. El pronóstico del tiempo dice que podría llover."

Washington Square Park, en la madrugada estaba abandonado en su mayoría. El aire era fresco y limpio por la mañana, las hojas ya gruesas cubrían el pavimento en capas de rojo, oro y verde oscuro. Simon las echó a un lado mientras se abría camino bajo el arco de piedra en el extremo sur del parque.

Había pocas personas alrededor—un par de hombres sin hogar durmiendo en bancos, envueltos en sacos de dormir o mantas raídas, y algunos hombres con uniformes verdes de sanidad vaciando los botes de basura. Había un hombre empujando un carrito por el parque, vendiendo donas y café y panecillos pre-cortados. Y en el centro del parque, junto a la gran fuente circular de piedra, estaba Luke. Llevaba una cazadora verde con cremallera y saludó cuando vio a Simon.

Simon le devolvió el saludo, un poco tentativamente. Todavía no estaba seguro de que no estuviera en algún tipo de problema. La expresión de Luke, cuando Simon se acercó, sólo

aumentó el presentimiento de Simon. Luke se veía cansado y más que un poco estresado. Su mirada, al caer sobre Simon, estaba llena de preocupación.

"Simon," dijo. "Gracias por venir."

"Seguro." Simon no tenía frío, pero metió las manos en los bolsillos de su chaqueta de todas maneras, sólo para darles algo que hacer. "¿Qué está mal?"

"Yo no he dicho que algo estuviera mal."

"No me hubieras arrastrado hasta aquí al amanecer si no pasara nada," señaló Simon. "Si no se trata de Clary, ¿entonces...?"

"Ayer, en la tienda de novias," dijo Luke. "Me preguntaste acerca de alguien. Camille."

Una bandada de pájaros rosa graznó, desde los árboles cercanos. Simon recordó una canción que su madre solía recitarle, acerca de las urracas. Se suponía que debías contarlas y decir: Una para la tristeza, dos por alegría, tres para una boda, cuatro por un nacimiento, cinco por plata, seis por oro, siete por un secreto que nunca se ha dicho.

"Verdad," dijo Simon. Ya había perdido la cuenta del número de aves que había. Siete, supuso. Un secreto que nunca se ha dicho. Cualquiera que fuese.

"Sabes acerca de los Cazadores de Sombras asesinados que se han sido encontrados en la ciudad la semana pasada o así," dijo Luke. "¿No es así?"

Simon asintió lentamente. Tenía un mal presentimiento acerca de donde estaba llegando esto.

"Al parecer Camille puede ser responsable," dijo Luke. "No pude evitar recordar que habías preguntado por ella. Oír su nombre dos veces, en un solo día, después de años de no oírla en absoluto… parece toda una coincidencia."

"Las coincidencias suceden."

"De vez en cuando," dijo Luke, "pero rara vez son la respuesta más probable. Esta noche Maryse convocará a Raphael para interrogarlo sobre el papel de Camille en estos asesinatos. Si se sabe que conocías algo acerca de Camille—que has tenido contacto con ella—no quiero que seas sorprendido, Simon."

"Eso hace dos de nosotros." La cabeza de Simon había comenzado a palpitar de nuevo. ¿Se supone siquiera que los vampiros tengan dolores de cabeza? No podía recordar la última vez que había tenido uno, antes de los acontecimientos de estos últimos días. "Conocí a Camille," dijo. "Hace unos cuatro días. Pensé que estaba siendo convocado por Raphael, pero resultó ser ella. Me ofreció un trato. Si trabajaba para ella, me haría el segundo vampiro más importante en la ciudad."

"¿Por qué quería que trabajes para ella?" El tono de Luke era neutro.

"Ella sabe de mi marca," dijo Simon. "Dijo que Raphael la traicionó y que ella me podría utilizar para obtener de nuevo el control del clan. Tengo la sensación de que no estaba muy animada con Raphael."

"Eso es muy curioso," dijo Luke. "La historia que he oído es que Camille tomó una permiso indefinido de ausencia del clan hace un año e hizo a Raphael su sucesor temporal. Si ella lo eligió para dirigir en su lugar, ¿por qué iba a actuar contra él?"

Simon se encogió de hombros. "No lo sé. Sólo estoy diciendo lo que dijo."

"¿Por qué no nos hablaste de ella, Simon?" Dijo Luke en voz muy baja.

"Ella me dijo que no." Simon se dio cuenta de lo estúpido que esto sonaba. "Nunca he conocido a un vampiro como ella antes," añadió. "Sólo Raphael, y los otros en el Dumont. Es difícil explicar lo que era. Todo lo que ella decía, querías creerlo. Todo lo que ella pedía que hicieras, lo querías hacer. Quería complacerla, aunque sabía que estaba jugando conmigo."

El hombre del carrito de café y donuts pasó por allí de nuevo. Luke compró café y un bagel[24] y se sentó en el borde de la fuente. Después de un momento Simon se le unió.

"El hombre que me dio el nombre de Camille la llamó 'la antigua,'" dijo Luke. "Ella es, creo, uno de los vampiros muy, muy antiguos de este mundo. Me imagino que haría que la mayoría de la gente se sintiera bastante pequeña."

"Ella me hizo sentir como un insecto," dijo Simon. "Prometió que si en cinco días no quería trabajar para ella, nunca me molestaría de nuevo. Así que le dije que lo pensaría."

"¿Y lo has hecho? ¿Has pensado en ello?"

"Si ella está matando Cazadores de Sombras, no quiero nada que ver con ella," dijo Simon. "Te puedo decir eso."

"Estoy seguro de que Maryse se sentirá aliviada de oírlo."

"Ahora sólo estás siendo sarcástico."

"No lo estoy," dijo Luke, que parecía muy serio. Era en momentos como este que Simon podía dejar de lado sus recuerdos de Luke—una especie de padrastro de Clary, el hombre que siempre estuvo ahí, que siempre estaba dispuesto a darte una vuelta a casa de la escuela o prestarte diez dólares para un libro o un boleto de cine—y recordar que Luke llevaba la manada más grande de lobos en la ciudad, que era alguien a quien, en los momentos

[24] Es un pan elaborado tradicionalmente de harina de trigo y que suele tener un agujero en el centro.

cruciales, toda la Clave había escuchado. "Te olvidas de lo que eres, Simon. Te olvidas del poder que tienes."

"Me gustaría poder olvidarlo," dijo Simon con amargura. "Me gustaría que si no lo usara, sólo se fuera."

Luke negó con la cabeza. "El poder es un imán. Atrae a aquellos que lo deseen. Camille es una de ellas, pero habrá otros. Hemos tenido suerte, en cierto modo, que haya tomado tanto tiempo. "Miró a Simon. "¿Crees que si te llama de nuevo, podrías decirme algo, o al Cónclave, haciéndonos saber dónde encontrarla?"

"Sí," dijo Simon lentamente. "Me dio una forma de contactarme con ella. Pero no es como si sólo fuera a aparecer si hago sonar un silbato mágico. La última vez que quería hablar conmigo, tenía a sus secuaces sorpresa y ellos me llevaron a ella. Así que tener gente andando conmigo mientras intento contactarla no va a funcionar. De lo contrario, obtendrás sus subyugados, pero no la conseguirás a ella."

"Mmm." Luke pareció considerarlo. "Vamos a tener que pensar en algo inteligente, entonces."

"Mejor pensar rápido. Dijo que me daba cinco días, lo que significa que para mañana va a esperar algún tipo de señal mía."

"Me imagino que lo hará," dijo Luke. "De hecho estoy contando con ello."

Simon abrió la puerta principal del apartamento de Kyle con cautela. "Hola," gritó, entrando y colgando su chaqueta. "¿Hay alguien en casa?"

Nadie respondió, pero Simon podía oír desde el salón los familiares sonidos zap-bang-crash de un juego de vídeo siendo jugado. Se dirigió a la sala, sosteniendo delante de él como una ofrenda de paz la bolsa blanca de bagels que había recogido de Zona Bagel en la Avenida A. "He traído el desayuno..."

Su voz se desvaneció. No estaba seguro de lo que había esperado que sucediera cuando sus autoproclamados guardaespaldas se dieran cuenta de que se había escabullido a sus espaldas del apartamento. Definitivamente involucraba de alguna forma la frase "Intenta eso otra vez, y te mataré." Lo que no se había imaginado era a Kyle y Jace sentados en el sofá futón lado a lado, luciendo ante todo el mundo como los mejores recién acuñados amigos. Kyle tenía un control del juego de vídeo en sus manos, y Jace estaba inclinado hacia delante, los codos en las rodillas, mirando con atención. Apenas parecieron notar la entrada de Simon.

"Ese tipo allá en la esquina está totalmente mirando para otro lado," observó Jace, apuntando a la pantalla del televisor. "Una rueda girando lo pondría fuera de servicio."

"No puedo golpear gente en este juego. Sólo puedo dispararles. ¿Ves?" Kyle oprimió algunos botones.

"Eso es estúpido." Jace miró por encima y pareció ver a Simon por primera vez. "De vuelta de tu reunión de desayuno, veo," dijo sin mucha bienvenida en su tono. "Apuesto a que pensaste que eras muy inteligente, escapándote de esa forma."

"Medio inteligente," reconoció Simon. "Como una mezcla entre George Clooney en Ocean's Eleven[25] y los chicos de Cazadores de Mitos[26], pero, ya sabes, con mejor aspecto."

"Siempre estoy tan contento de no tener una idea de lo que estás vagamente hablando," dijo Jace. "Me llena de una sensación de paz y bienestar."

Kyle bajó su controlador, dejando la pantalla congelada en un primer plano de una enorme aguja con punta de pistola. "Voy a tomar un bagel."

Simon le arrojó uno, y Kyle se dirigió a la cocina, que estaba separada de la sala de estar por un largo mostrador, para tostar y echar mantequilla a su desayuno. Jace miró la bolsa blanca y agitó una mano con desdeño. "No, gracias."

Simon se sentó en la mesa de café. "Debes comer algo."

"Mira quién habla."

"Estoy sin sangre en este momento," dijo Simon. "A menos que te estés ofreciendo."

"No, gracias. Hemos ido por ese camino antes, y creo que es mejor que seamos sólo amigos." El tono de Jace era ligeramente sarcástico como siempre, pero así de cerca, Simon pudo ver cuan pálido se veía, y que sus ojos estaban rodeados con sombras grises. Los huesos de su rostro parecían estar sobresaliendo de manera más prominente de lo que lo hacían antes.

"En serio," dijo Simon, empujando la bolsa a través de la mesa hacia Jace. "Debes comer algo. No estoy bromeando."

Jace miró a la bolsa de comida, e hizo una mueca. Los párpados de sus ojos eran azul grisáceo por el agotamiento. "La idea me pone enfermo, para ser honesto."

"Te quedaste dormido la noche anterior," dijo Simon. "Cuando se suponía que me custodiabas. Sé que esto sobre ser un guardaespaldas es una broma para ti, pero aun así. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que dormiste?"

[25] ***Ocean's Eleven*** (2001), conocida también cómo *La gran estafa* o *Gran estafa (Ocean's eleven)* en Hispanoamérica y *Ocean's eleven: hagan juego* en España, en la cual actúa George Clooney.

[26] **Cazadores de Mitos** es un programa en el cual dos científicos se dedican a estudiar la credibilidad de las historias y mitos que rondan por el planeta desde un punto de vista científico.

"¿Como en, toda la noche?" Jace lo consideró. "Dos semanas. Tal vez tres."

Simon abrió la boca. "¿Por qué? Quiero decir, ¿qué está pasando?"

Jace ofreció el fantasma de una sonrisa. "Podría estar encerrado en una cáscara de una nuez y creerme soberano de un estado inmenso, pero estos sueños terribles me hacen infeliz[27]."

"De hecho, conozco ese. Hamlet. ¿Así que estás diciendo que no puedes dormir porque estás teniendo pesadillas?"

"Vampiro," dijo Jace, con una cansada seguridad, "no tienes ni idea."

"Hey." Kyle volvió rodeando el mostrador y se dejó caer en el soporte del sillón. Le dio un mordisco a su bagel. "¿Qué está pasando?"

"Fui a encontrarme con Luke," dijo Simon, y explicó lo que había pasado, ya no había razón para ocultarlo. Dejó fuera cualquier mención de Camille queriéndolo no sólo porque era un Daylighter, sino también por la marca de Caín. Kyle asintió cuando terminó. "Luke Garroway. Es el jefe de la manada de la ciudad. He oído hablar de él. Es una especie de pez gordo."

"Su verdadero nombre no es Garroway," dijo Jace. "Solía ser un Cazador de sombras."

"Así es. He oído eso, también. Y ahora ha sido fundamental con todas las cosas de los nuevos Acuerdos." Kyle miró a Simon. "Conoces algunas personas importantes."

"La gente importante son un montón de problemas," dijo Simon. "Camille, por ejemplo."

"Una vez que Luke le diga a Maryse lo que está pasando, la Clave se hará cargo de ella," dijo Jace. "Hay protocolos para hacer frente a Submundos vagabundos." Ante eso, Kyle lo miró de lado, pero Jace no pareció darse cuenta. "Ya te dije que no creo que ella es la que intenta matarte. Ella sabe…" Jace se interrumpió. "Sabe más que eso."

"Y además, te quiere usar," dijo Kyle.

"Buen punto," dijo Jace. "Nadie va a dejar fuera un recurso valioso."

Simon miró de uno al otro, y sacudió la cabeza. "¿Cuándo se hicieron tan amigo-amigo? Anoche era todo: ¡'Yo soy el guerrero de más élite'! ¡'No, yo soy el guerrero de más élite'! Y hoy están jugando Halo y dándose apoyo por las buenas ideas."

"Nos dimos cuenta de que tenemos algo en común," dijo Jace. "Nos molestas a ambos."

[27] Hamlet, escena VI.

"En ese sentido, tuve un pensamiento," dijo Simon. "No creo que a ninguno de los dos les vaya a gustar, sin embargo."

Kyle alzó las cejas. "Vamos a escucharlo."

"El problema con ustedes vigilándome todo el tiempo," dijo Simon, "es que si lo hacen, los chicos que están tratando de matarme, no lo intentarán de nuevo, y si no lo intentan de nuevo, no sabremos quiénes son, y, además, tendrán que vigilarme todo el tiempo. Y supongo que tienen otras cosas que preferirían estar haciendo. Bueno," añadió en dirección a Jace, "posiblemente tú no."

"¿Entonces?" Dijo Kyle. "¿Cuál es tu sugerencia?

"Tenemos que atraerlos. Hacerlos atacar de nuevo. Tratar de capturar a uno de ellos y averiguar quién los envió."

"Si no recuerdo mal," Jace dijo, "tuve esta idea, el otro día, y no te gustó mucho."

"Estaba cansado," dijo Simon. "Pero ahora he estado pensando. Y hasta ahora, en mi experiencia con malhechores, no desaparecen sólo porque se los ignore. Siguen llegando de diferentes maneras. Así que, o hago que estos chicos vengan a mí, o me paso esperando por siempre a que ataquen de nuevo."

"Estoy dentro," dijo Jace, aunque Kyle todavía parecía dudoso. "¿Así que lo que deseas es salir a pasear hasta que aparezcan otra vez?"

"Pensé que lo haría más fácil para ellos. Mostrarme en algún lugar donde todo el mundo sabe que voy a estar."

"¿Quieres decir...?" dijo Kyle.

Simon señaló el volante pegado en la nevera. MILLENNIUM LINT, 16 DE OCTUBRE, EL ALTO BAR, Brooklyn. 9 p.m. "Me refiero a la presentación. ¿Por qué no?" Su dolor de cabeza seguía ahí, con toda su fuerza; lo empujó hacia atrás, intentando no pensar en lo cansado que estaba, o cómo se presionaría en la presentación. Tenía que conseguir más sangre de alguna manera. Tenía que hacerlo.

Los ojos de Jace brillaban. "Sabes, en realidad es una muy buena idea, vampiro."

"¿Quieres que te ataquen en el escenario?" Preguntó Kyle.

"Va a hacer un show muy emocionante," dijo Simon, con más valentía de lo que realmente sentía. La idea de ser atacado una vez más, era casi más de lo que podía soportar, incluso si no temía por su seguridad personal. No estaba seguro de que pudiera soportar ver la marca de Caín hacer su trabajo de nuevo.

Jace sacudió la cabeza. "No atacaran en público. Van a esperar hasta después del show. Y vamos a estar ahí para tratar con ellos."

Kyle negó con la cabeza. "No lo sé..."

Le dieron unas cuantas vueltas más, Jace y Simon en un lado de la discusión y Kyle del otro. Simon se sintió un poco culpable. Si Kyle supiera de la marca, sería mucho más fácil de persuadir. Eventualmente cedió bajo la presión y accedió a regañadientes a lo que seguía insistiendo era 'un plan estúpido.'

"Pero," dijo al fin, poniéndose de pie y quitando migas de bagel de su camisa, "sólo estoy haciendo esto porque me doy cuenta de que ustedes dos acabarán haciéndolo si estoy de acuerdo o no. Así que bien podría estar allí. "Miró a Simon. "¿Quién hubiera pensado que protegerte de ti mismo sería tan difícil?"

"Yo podría haberte dicho eso," dijo Jace, mientras Kyle se ponía una chaqueta y se dirigía a la puerta. Tenía que trabajar, había explicado. Al parecer, realmente era un mensajero en bicicleta; el Preator Lupus, a pesar de tener un nombre genial, no pagaba muy bien. La puerta se cerró detrás de él, y Jace se volvió hacia Simon. "Así que, el concierto es a las nueve, ¿verdad? ¿Qué hacemos con el resto del día?"

"¿Hacemos?" Simon lo miró con incredulidad. "¿Alguna vez vas a volver a casa?"

"¿Qué, aburrido de mi compañía ya?"

"Déjame preguntarte algo," dijo Simon. "¿Te parece fascinante tenerme alrededor?"

"¿Qué fue eso?" Dijo Jace. "Lo siento, creo que me quedé dormido por un momento. No, continúa con lo fascinante que estás diciendo."

"Ya basta," dijo Simon. "Deja de ser sarcástico por un segundo. No estás comiendo, no estás durmiendo. ¿Sabes quién no está haciéndolo tampoco? Clary. No sé lo que está pasando contigo y con ella, porque francamente que no me ha dicho nada al respecto. Supongo que no quiere hablar de eso tampoco. Pero es bastante obvio que están teniendo una pelea. Y si vas a romper con ella…"

"¿Romper con ella?" Jace lo miró. "¿Estás loco?"

"Si sigues evitándola," dijo Simon, "ella va a romper contigo."

Jace se puso de pie. Su relajación fácil se había ido, era todo tensión ahora, como un gato al acecho. Se acercó a la ventana y tiró de la cortina, intranquilo; la luz de media mañana pasó a través de la abertura, blanqueando el color de sus ojos. "Tengo razones para las cosas que hago," dijo finalmente.

"Excelente," dijo Simon. "¿Clary las conoce?"

Jace no dijo nada.

"Lo único que hace es amarte y confiar en ti," dijo Simon. "Le debes…"

"Hay cosas más importantes que la honestidad," dijo Jace. "¿Crees que me gusta hacerle daño? ¿Crees que me gusta saber que la estoy haciendo enojar, tal vez haciéndola odiarme? ¿Por qué crees que estoy aquí?" Miró a Simon con una especie de rabia sombría. "No puedo estar con ella," dijo. "Y si no puedo estar con ella, realmente no me importa dónde estoy. Podría estar contigo también, porque al menos si ella sabe que estoy intentando protegerte, eso tal vez la haga feliz."

"Así que estás tratando de hacerla feliz a pesar de que en primer lugar la razón de que no es feliz eres tú," dijo Simon, no muy amablemente. "Eso parece contradictorio, ¿no?"

"El amor es una contradicción," dijo Jace, y se volvió hacia la ventana.

8

Paseo en la Oscuridad

Clary había olvidado lo mucho que odiaba el olor de los hospitales hasta que caminó a través de las puertas delanteras del Beth Israel. Esterilidad, metal, café añejo, y blanqueador insuficiente para cubrir el hedor de la enfermedad y la miseria. El recuerdo de la enfermedad de su madre, de Jocelyn inconsciente e insensible en su nido de tubos y cables, la golpeó como una bofetada en la cara, y respiró, intentando no probar el aire.

"¿Estás bien?" Jocelyn se sacó la capucha de su abrigo y miró a Clary, con sus ojos verdes ansiosos.

Clary asintió, encorvando los hombros en su chaqueta, y mirando a su alrededor. El vestíbulo era todo de frío mármol, metal y plástico. Había un gran mostrador de información detrás del cual varias mujeres, probablemente enfermeras, se arremolinaban; señales decían el camino a la UCI, Radiología, Oncología Quirúrgica, Pediatría, y pronto. Probablemente podría haber encontrado la cafetería dormida, le había llevado a Luke las suficientes tazas de café de allí como para llenar el depósito de Central Park.

"Discúlpeme." Una enfermera delgada que empujaba a un anciano en silla de ruedas pasó más allá de ellas, casi moviendo las ruedas sobre los dedos de Clary. Clary se volteó a verla —había algo —un brillo…

"No mires, Clary," dijo Jocelyn en voz baja. Puso su brazo sobre los hombros de Clary, volteándolas a ambas para que se enfrentaran a las puertas que llevaban de la sala de espera al laboratorio donde a la gente le sacaban la sangre. Clary podía verse a sí misma y a su madre reflejadas en el cristal oscuro de las puertas. A pesar de que todavía era media cabeza más baja que su madre, realmente se parecían, ¿no? En el pasado siempre lo había descartado cuando la gente decía eso. Jocelyn era hermosa, y ella no lo era. Pero la forma de sus ojos y boca eran los mismos, al igual que su cabello rojo, ojos verdes y manos ligeras. ¿Cómo había obtenido tan poco del aspecto de Valentine?, Clary se preguntó, ¿cuando su hermano lo había recibido todo? Había tenido el pelo rubio de su padre y sorprendentes ojos oscuros. Aunque tal vez, pensó ella, si se observaba de cerca, podía ver un poco de Valentine en la forma tenaz de su barbilla...

"Jocelyn." Ambas se volvieron. La enfermera que había estado empujando al anciano en la silla de ruedas estaba de pie delante de ellas. Era delgada, de aspecto juvenil, de piel oscura y ojos oscuros —y luego, mientras Clary la miraba, el glamour se desprendió. Seguía siendo una mujer delgada, de aspecto juvenil, pero ahora su piel era de color azul oscuro, y su pelo, que estaba recogido en un nudo en la parte posterior de su cabeza, era blanco como la nieve. El azul de su piel contrastaba escandalosamente con su bata de color rosa pálido.

"Clary," dijo Jocelyn. "Esta es Catarina Loss. Se ocupó de mí mientras yo estaba aquí. También es una amiga de Magnus."

"Eres una bruja." Las palabras salieron de la boca de Clary antes de que pudiera detenerlas.

"Shhh." La mujer hechicera lució horrorizada. Miró a Jocelyn. "No recuerdo que dijeras que ibas a traer a tu hija contigo. Es sólo una niña."

"Clarissa se puede comportar." Jocelyn miró con severidad a Clary. "¿No?"

Clary asintió. Había visto hechiceros antes, otros además de Magnus, en la batalla de Idris. Todos los brujos tenían algún rasgo que los marcaba como no humanos, había aprendido, como los ojos de gato de Magnus. Algunos tenían alas y pies palmeados o dedos con garras. Pero tener la piel completamente azul era algo que sería difícil de ocultar con lentes de contacto o chaquetas de gran tamaño. Catarina Loss debió haber usado el glamour cada día para salir a la calle…sobretodo trabajando en un hospital mundano.

La hechicera sacudió el pulgar hacia los ascensores. "Vamos. Vengan conmigo. Vamos a hacer esto rápido."

Clary y Jocelyn corrieron tras ella hacia la hilera de los ascensores y dentro del primero que abrió las puertas. Cuando las puertas se cerraron tras ellas con un siseo, Catarina apretó un botón marcado simplemente con una M. Había una hendidura en el metal junto a éste que indicaba que al piso M sólo se podía acceder con una llave de acceso, pero cuando ella tocó el botón, una chispa azul saltó de su dedo y el botón se encendió. El ascensor comenzó a bajar.

Catarina estaba sacudiendo la cabeza. "Si no fueras una amiga de Magnus Bane, Jocelyn Fairchild…"

"Fray," dijo Jocelyn. "Me llamo Jocelyn Fray ahora."

"¿No más nombre de Cazadora de Sombras para ti?" Catarina sonrió, sus labios eran sorprendentemente rojos contra su piel azul. "¿Y tú, niña? ¿Vas a ser una Cazadora de Sombras como tu papá?"

Clary intentó ocultar su molestia. "No," dijo ella. "Voy a ser una Cazadora de Sombras, pero no voy a ser como mi padre. Y mi nombre es Clarissa, pero me puedes llamar Clary."

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron. Los ojos azules de la mujer hechicera se posaron en Clary por un momento. "Oh, yo sé tu nombre," dijo. "Clarissa Morgenstern. La niñita que detuvo una gran guerra."

"Supongo." Clary salió del ascensor después de Catarina, con su madre detrás. "¿Estabas allí? No recuerdo haberte visto."

"Catarina estaba aquí," dijo Jocelyn, un poco sin aliento por apresurarse a mantener el paso. Estaban caminando por un pasillo casi totalmente habitual, no había ventanas, ni puertas a lo largo del corredor. Las paredes estaban pintadas de un verde pálido enfermizo. "Ayudó a Magnus a utilizar el Libro del Blanco para despertarme. Luego se quedó atrás para cuidarlo mientras que él volvía a Idris."

"¿Cuidar el libro?"

"Es un libro muy importante," dijo Catarina, la suela de sus zapatos de goma golpeaba contra el suelo mientras se apresuraba por seguir adelante.

"Pensé que era una guerra muy importante," murmuró en voz baja Clary.

Habían llegado por fin a una puerta. Había un cuadrado de vidrio esmerilado en ella, y la palabra "morgue" estaba pintada en grandes letras negras. Catarina se volvió con la mano en la perilla, con una mirada de diversión en su rostro, y miró a Clary. "Aprendí temprano en mi vida que tengo un don de curación," dijo. "Es el tipo de magia que hago. Así que trabajo aquí, por una mierda de paga, en este hospital, y hago lo que puedo para curar mundanos que gritarían si supieran como me veo realmente. Podría hacer una fortuna vendiendo mis habilidades a Cazadores de Sombras y mundanos tontos que piensan que saben lo que es magia, pero no lo hago. Trabajo aquí. Así que no te pongas toda agrandada y poderosa sobre mí, niñita pelirroja. No eres mejor que yo sólo porque eres famosa."

Las mejillas Clary flamearon. Nunca antes había pensado en sí misma como famosa. "Tienes razón," dijo. "Lo siento."

Los ojos azules de la bruja se movieron hacia Jocelyn, que parecía blanca y tensa. "¿Estás lista?"

Jocelyn asintió y miró a Clary, quien asintió también. Catarina empujó la puerta para abrirla, y la siguieron dentro de la morgue.

Lo primero que golpeó a Clary fue el frío. Hacía mucho frío en la habitación, y subió toda prisa la cremallera de su chaqueta. Lo segundo fue el olor, el olor áspero de los productos de limpieza superponiéndose al olor dulzón de la decadencia. Luz amarilla se desbordaba de las luces fluorescentes sobre sus cabezas. Dos grandes mesas de exámenes estaban en el centro de la habitación; había un lavabo, también, y un soporte de metal con un platillo para

el pesaje de los órganos. A lo largo de una pared había una hilera de compartimientos de acero, como cajas de seguridad en un banco, pero mucho más grandes. Catarina cruzó la habitación hacía uno, agarró la manija, y tiró de ella; se deslizó por los rodillos. En el interior, extendido sobre una losa de metal, estaba el cuerpo de un bebé.

Jocelyn hizo un pequeño ruido en la garganta. Un momento después, corrió junto a Catarina; Clary la siguió más despacio. Había visto cadáveres antes —había visto el cadáver de Max Lightwood, y lo había conocido. Sólo había tenido nueve años de edad. Pero un bebé…

Jocelyn puso una mano sobre su boca. Tenía los ojos muy grandes y oscuros, fijos en el cuerpo del niño. Clary miró hacia abajo. A primera vista el bebé —un niño —parecía normal. Tenía los diez dedos de las manos y los diez dedos de los pies. Pero mirando más de cerca —mirando de la forma en que miraría si quisiera ver más allá de un glamour —vio que los dedos del niño no eran del todo dedos, era garras, curvadas hacia adentro, afiladas. La piel del niño era gris, y sus ojos, muy abiertos y con la mirada fija, eran absolutamente negros —no sólo el iris era negro, sino la parte blanca también.

Jocelyn susurró: "Así es como eran los ojos de Jonathan cuando nació… como túneles negros. Cambiaron más tarde, pareciendo más humanos, pero recuerdo..."

Y con un estremecimiento se dio vuelta y salió corriendo de la habitación, las puertas de la morgue balanceándose se cerraron tras ella.

Clary miró a Catarina, quien parecía impasible. "¿Los médicos no pudieron notarlo?" Preguntó. "Quiero decir, sus ojos… y las manos…"

Catarina negó con la cabeza. "No ven lo que no quiere ver," dijo, y se encogió de hombros. "Hay una especie de magia en el trabajo aquí de la cual no he visto mucho antes. Magia demoníaca. Cosas malas." Sacó algo de su bolsillo. Era una muestra de tela, metida en una bolsa de plástico Ziploc. "Este es un fragmento de en lo que estaba envuelto cuando lo trajeron. Apesta a magia demoníaca también. Dáselo a tu madre. Tal vez pueda mostrárselo a los Hermanos Silenciosos, a ver si se puede sacar algo de ella. Para saber quién hizo esto."

Aturdida, Clary lo tomó. Cuando sus manos se cerraron sobre la bolsa, una runa se levantó detrás de sus ojos —una matriz de líneas y remolinos, el susurro de una imagen que se fue tan pronto como deslizó la bolsita en el bolsillo de su abrigo.

Su corazón latía con fuerza, sin embargo. Esto no iba a los Hermanos Silenciosos, pensó. No hasta que vea lo que le hace la runa.

"¿Vas a hablar con Magnus?" dijo Catarina. "Dile que le mostré a tu mamá lo que quería ver."

Clary asintió mecánicamente, como una muñeca. De pronto, lo único que quería era salir de allí, fuera de la habitación iluminada de amarillo, lejos del olor de la muerte y el pequeño cuerpo profanado que permanecía quieto en su losa. Pensó en su madre, todos los años el día del cumpleaños de Jonathan sacaba esa caja y lloraba sobre el mechón de su cabello, llorando por el hijo que debió haber tenido, sustituida por una cosa como ésta. No creo que esto fuera lo que quería ver, pensó Clary. Creo que esto era lo que esperaba fuera imposible. Sin embargo, "Claro," fue todo lo que dijo. "Se lo diré."

El Alto Bar era la típica inmersión hipster[28], localizado parcialmente bajo ls autopista Brooklyn-Queens con paso a desnivel en Greenpoint. Pero tenía una noche para todas las edades todos los sábados, y Eric era amigo del dueño, así que dejaba a la banda de Simon tocar casi cualquier sábado que quisieran, a pesar del hecho de que seguían cambiando su nombre y no se podían contar para conseguir una multitud.

Kyle y los otros miembros del grupo ya estaban en el escenario, montando su equipo y haciendo los controles finales. Iban a ejecutar uno de sus viejos sets, con Kyle de vocalista, se aprendía rápido las letras, y se sentían bastante seguros. Simon había acordado permanecer detrás del escenario hasta que el show comenzara, lo que parecía aliviar algo del estrés de Kyle. Simon se asomó por la cortina de terciopelo polvoriento en la parte posterior del escenario, tratando de obtener un vistazo de quien podría estar allí.

El interior del bar había sido elegantemente decorado, con paredes prensadas y techos de lata, lo que recordaba a una vieja taberna clandestina, y esmerilado vidrio art deco detrás de la barra. Estaba mucho más sucio ahora de lo que había estado cuando se inauguró, con manchas de humo permanentes en las paredes. El suelo estaba cubierto de aserrín que se había formado en grupos, como resultado de derrames de cerveza y cosas peores.

En el lado positivo, las mesas que cubrían las paredes estaban en su mayoría llenas. Simon vio a Isabelle sentada en una mesa sola, vestida con un vestido corto de malla de plata que parecía una cota de malla y sus fuertes botas de pisar demonios. Su cabello estaba levantado en un moño desordenado, atrapado en unos palillos de plata. Simon sabía que

[28] Se usa para describir a la tendencia hacia lo "alternativo", "antimoda", moda urbana de clase media o clase alta, gente joven moviéndose de sus barrios al centro de la ciudad. A menudo los hipsters provienen y escapan de barrios o suburbios de clases acomodadas en las urbes a barrios de menor nivel pero más urbanos. En la cultura juvenil, el termino hipster usualmente se refiere a personas jóvenes con cierto gusto por el rock independiente, el skateboarding y otros deportes urbanos, un sentido irónico de la moda o una u otra manera de estilo "bohemio". Son típicamente asociados con la cultura alternativa, particularmente música alternativa, cine independiente o cualquier otra forma de música o cultura *non-mainstream,* indumentaria sacada de ventas de saldos y ropa usada, comida orgánica, beber cerveza local, escuchar radio pública, u otras elecciones de consumo no habituales.

cada uno de esos palillos era tan afilado como navajas, capaces de cortar a través de metal o hueso. Su lápiz labial era de color rojo brillante, como la sangre fresca.

Contrólate, se dijo Simon. Deja de pensar en sangre.

Más mesas estaban ocupadas por otros amigos de la banda. Blythe y Kate, las novias respectivas de Kirk y Matt, estaban en una mesa juntas compartiendo un plato de nachos de aspecto pálido. Eric tenía varias novias dispersas en las mesas alrededor de la sala, y la mayoría de sus amigos de la escuela también estaban allí, por lo que el lugar parecía mucho más lleno. Sentada en la esquina, sola en una mesa, estaba Maureen, la única fan de Simon —una niñita rubia que parecía estar cerca de los doce, pero que decía que tenía dieciséis años. Él pensó que probablemente estaba entre los catorce años en realidad. Al verlo sacando la cabeza por la cortina, le saludó y sonrió vigorosamente.

Simon echó la cabeza hacia atrás como una tortuga, tirando de las cortinas para cerrarlas.

"Hey," dijo Jace, que estaba sentado en un altavoz volcado, mirando su teléfono celular, "¿quieres ver una foto de Alec y Magnus en Berlín?"

"No realmente," dijo Simon.

"Magnus está usando pantalones de cuero."

"Y, sin embargo, todavía no quiero."

Jace empujó el teléfono en su bolsillo y miró a Simon con curiosidad. "¿Estás bien?"

"Sí," dijo Simon, pero no lo estaba. Se sentía mareado, con náuseas y tenso, lo que atribuyó a la tensión de la preocupación por lo que iba a suceder esta noche. Y no ayudaba que no se hubiera alimentado, iba a tener que lidiar con eso, y pronto. Deseaba que Clary estuviera aquí, pero sabía que no podía venir. Tenía ciertas responsabilidades de la boda que atender, y le había dicho hace mucho tiempo que no iba a ser capaz de llegar. Él se lo había dicho a Jace antes de que llegaran aquí. Jace había parecido tanto miserablemente aliviado como decepcionado, todo al mismo tiempo, lo que fue impresionante.

"Hey, hey," dijo Kyle, sumergiéndose a través de la cortina. "Estamos casi listos para salir." Miró a Simon de cerca. "¿Estás seguro de esto?"

Simon miró de Kyle a Jace. "¿Saben ustedes que combinan?"

Se miraron a sí mismos, y luego el uno al otro. Ambos vestían jeans y camisetas de manga larga negras. Jace tiró de su dobladillo de la camisa con ligera conciencia de sí mismo. "He tomado esta de Kyle. Mi otra camisa estaba bastante sucia."

"Vaya, están usando las ropas del otro ahora. Eso es, como, cosas de mejores amigos."

"¿Sintiéndote excluido?" dijo Kyle. "Supongo que quieres pedir prestada una camiseta negra también."

Simon no expuso lo obvio, lo cual era que nada que se ajustara a Kyle o Jace era probable que no se ajustara a la forma de su cuerpo flaco. "Mientras todo el mundo use sus propios pantalones."

"Veo que he llegado en un momento fascinante en la conversación." Eric asomó la cabeza por la cortina. "Vamos. Es hora de empezar."

Mientras Kyle y Simon se dirigían hacia el escenario, Jace se puso de pie. Justo debajo del dobladillo de la camisa prestada, Simon pudo ver el borde brillante de una daga. "Rómpete una pierna allí afuera," dijo Jace con una sonrisa maliciosa. "Y estaré aquí, espero rompiendo la de alguien más."

Se suponía que Raphael iba a venir en el crepúsculo, pero los mantuvo esperando casi tres horas después de la hora señalada antes de su proyección apareciera en la biblioteca del Instituto.

La política del vampiro, pensó Luke secamente. El jefe del clan de vampiros de Nueva York iba a venir, si debía, cuando lo llamaran los Cazadores de Sombras, pero no sería citado, y no sería puntual. Luke había pasado las últimas horas leyendo varios libros de la biblioteca; Maryse no se había interesado en hablar y había pasado la mayor parte del tiempo reposando junto a la ventana, bebiendo vino tinto de una copa de cristal tallada y mirando el tráfico que pasaba por York Avenue.

Se volvió cuando Raphael apareció, como un dibujo de tiza blanca en la oscuridad. En primer lugar la palidez de su rostro y las manos se hicieron visibles, y luego la oscuridad de su ropa y cabello. Por último se puso de pie, lleno, una sólida proyección. Miró a Maryse apresurándose hacia él y dijo: "¿Llamaste, Cazadora de Sombras?" Se volvió entonces, su mirada barriendo sobre Luke. "Y el lobo-humano también está aquí, ya veo. ¿He sido llamado a una especie de Consejo?"

"No exactamente." Maryse puso su vaso en el escritorio. "¿Has oído hablar de las recientes muertes, Raphael? ¿Los cuerpos de Cazadores de Sombras que se han encontrado?"

Raphael levantó sus expresivas cejas. "Lo he echo. No pensé tomar nota de ello. No tiene nada que ver con mi clan."

"Un cadáver encontrado en el territorio de un brujo, uno en territorio de los lobos, uno en el territorio de las hadas," dijo Luke. "Me imagino que tu gente será la próximo. Parece un claro intento de fomentar la discordia entre Submundos. Estoy aquí de buena fe, para mostrar que no creo que seas el responsable, Raphael."

"Qué alivio." dijo Raphael, pero sus ojos eran oscuros y vigilantes. "¿Por qué habría alguna sugerencia de que soy yo?"

"Uno de los muertos fue capaz de decirnos quien lo atacó," dijo Maryse con cuidado. "Antes de que él… muriera, nos dejó saber que la persona responsable fue Camille."

"Camille." La voz de Raphael era cuidadosa, pero su expresión, antes de que la disfrazara en inexpresividad, mostró una fugaz conmoción. "Pero eso no es posible."

"¿Por qué no es posible, Raphael?" Preguntó Luke. "Ella es la líder de tu clan. Es muy poderosa y una despiadada muy famosa. Y parece haber desaparecido. Nunca llegó a Idris para luchar junto a ti en la guerra. Nunca estuvo de acuerdo con los nuevos Acuerdos. Ningún Cazador de Sombras ha visto u oído hablar de ella en meses… hasta ahora."

Raphael no dijo nada.

"Algo esta pasando," dijo Maryse. "Queríamos darte la oportunidad de explicarnos antes de que le contemos a la Clave de la participación de Camille. Una muestra de buena fe."

"Sí," dijo Raphael. "Sí, sin duda es un espectáculo."

"Raphael," dijo Luke, no sin amabilidad. "No tienes que protegerla. Si te preocupas ella…"

"¿Preocuparme de ella?" Raphael se volvió a un lado y escupió, aunque como era una Proyección, esto fue más para un espectáculo que para un resultado. "La odio. La desprecio. Todas las noches cuando me levanto, la quiero muerta."

"Oh", dijo Maryse con delicadeza. "Entonces, tal vez…"

"Ella nos ha liderado durante años," dijo Raphael. "Era la jefa del clan, cuando me convertí en vampiro, y eso fue hace cincuenta años. Antes de eso, ella vino a nosotros desde Londres. Era una extraña para la ciudad pero lo suficientemente despiadada para estar a la altura de la cabeza del clan de Manhattan en sólo unos pocos meses. El año pasado me convertí en su segundo al mando. Luego, hace unos meses, descubrí que había estado matando seres humanos. Matando por deporte, y bebiendo su sangre. Rompiendo la Ley. Sucede a veces. Vampiros que se vuelven rudos y no hay nada que se pueda hacer

para detenerlos. Pero para que esto le suceda a la cabeza de un clan… se supone que deben ser mejores que eso." Él se detuvo, sus ojos negros mirando hacia adentro, perdido en sus recuerdos. "No somos como los lobos, esos salvajes. Nosotros no matamos a un líder para encontrar otro. Para un vampiro levantar la mano contra otro vampiro es el peor de los crímenes, incluso si ese vampiro ha roto la Ley. Y Camille tiene muchos aliados, muchos seguidores. No podía arriesgarme a ponerle fin. En lugar de eso fui hacia ella y le dije que tenía que dejarnos, salir, o iría con la Clave. Yo no quería hacer eso, por supuesto, porque sabía que si se descubría, traería la ira hacia todo el clan. Desconfiarían de nosotros, nos investigarían. Seríamos avergonzados y humillados delante de otros clanes."

Maryse hizo un ruido de impaciencia. "Hay cosas más importantes que perder la cara."

"Cuando eres un vampiro, puede significar la diferencia entre la vida y la muerte." Raphael bajó la voz. "Aposté a que ella creería que lo haría, y lo hizo. Accedió a irse. Le envié lejos, pero dejó un enigma. No podía tomar su lugar, porque no había abdicado. Yo no podía explicar su partida sin revelar lo que había hecho. Tuve que pasarlo por una larga ausencia, la necesidad de viajar. La pasión por los viajes no es desconocida en nuestra especie, viene a nosotros de vez en cuando. Cuando puedes vivir para siempre, permanecer en un lugar puede llegar a parecer una aburrida cárcel después de muchos, muchos años."

"¿Y cuánto tiempo creías que podías seguir con la farsa?" Preguntó Luke.

"Tanto como pudiera," dijo Raphael. "Hasta ahora, por lo que parece." Apartó la vista de ellos, hacia la ventana y la brillante noche de afuera.

Luke se apoyó contra una de las estanterías. Le divertía vagamente notar que parecía estar en la sección de los cambia-formas, llena de volúmenes sobre temas de hombres lobo, nagas, kitsunes y selkies. "Tal vez te interese saber que ha estado contando la misma historia acerca de ti," dijo, omitiendo mencionar a quien se lo había estado diciendo.

"Pensé que había dejado la ciudad."

"Tal vez lo hizo, pero ha regresado," dijo Maryse. "Y al parecer ya no se contenta sólo con la sangre humana."

"No sé lo que puedo decirles," dijo Raphael. "Estaba intentando proteger a mi clan. Si la ley debe castigarme, entonces voy a aceptar el castigo."

"No estamos interesados en castigarte, Raphael," dijo Luke. "No, a menos que te niegues a cooperar."

Raphael se volvió hacia ellos, sus ojos oscuros ardieron. "¿Cooperar con qué?"

"Queremos capturar a Camille. Viva," dijo Maryse. "Queremos interrogarla. Necesitamos saber por qué ha estado matando Cazadores de Sombras… y a estos Cazadores de Sombras en particular."

"Si sinceramente esperan lograr eso, espero que tengan un plan muy inteligente." Había una mezcla de diversión y desprecio en la voz de Raphael. "Camille es astuta, incluso para nuestra especie, y somos muy astutos en verdad."

"Tengo un plan," dijo Luke. "Envuelve al Daylighter. Simon Lewis."

Raphael hizo una mueca. "No me agrada," dijo. "Prefiero no ser parte de un plan que se basa en su participación."

"Bueno," dijo Luke, "eso no es tan malo para ti."

Estúpida, pensó Clary. Estúpida por no llevar un paraguas. La débil llovizna que su madre le había dicho que iba a venir esa mañana se había convertido en lluvia casi en toda regla para el momento en que llegó al Alto Bar en la Calle Lorimer. Empujó más allá del grupo de personas fumando en la acera y se sumergió con gratitud en el calor seco del interior del Bar.

Millennium Lint ya estaba en el escenario, los chicos a la caza en sus instrumentos, y Kyle, en el frente, gruñendo sexy en un micrófono. Clary sintió un momento de satisfacción. Fue en gran parte a la influencia de ella que habían contratado a Kyle, y él estaba claramente haciéndolos sentirse orgullosos.

Miró a su alrededor, esperando ver o a Maia o Isabelle. Sabía que no sería a las dos, ya que Simon las invitaba cuidadosamente sólo a conciertos alternativos. Su mirada se posó en una figura delgada, con cabello negro, y se acercó a la mesa, sólo para detenerse a medio camino. No era Isabelle en absoluto, sino una mujer mucho mayor, con la el rostro maquillado con delineados ojos oscuros. Llevaba un traje y leía un periódico, al parecer ajena a la música.

"¡Clary! ¡Por aquí!" Clary se volvió y vio a Isabelle, sentada en una mesa cercana al escenario. Llevaba un vestido que brillaba como un faro de plata; Clary navegó hacia ella y se arrojó en el asiento opuesto al de Izzy. "Quedaste atrapada en la lluvia, por lo que veo," observó Isabelle.

Clary se apartó el pelo húmedo de la cara con una sonrisa triste. "Si apuestas contra la Madre Naturaleza, pierdes."

Isabelle levantó sus cejas oscuras. "Pensé que no ibas a venir esta noche. Simon dijo que tenías algunos blah-blah de la boda que tratar." Isabelle no estaba impresionada con las

bodas o con cualquiera de las trampas del amor romántico, por lo que Clary podía decir.

"Mi mamá no se sentía bien," dijo Clary. "Decidió reprogramarlo."

Esto era cierto, hasta cierto punto. Cuando llegaron a casa del hospital, Jocelyn había ido a su habitación y cerrado la puerta. Clary, sintiéndose impotente y frustrada, la había oído llorar suavemente a través de la puerta, pero su madre se había negado a dejarla entrar o hablar de ello. Finalmente Luke había llegado a casa, y Clary la había dejado gratamente a su cuidado y se dirigió a patear la ciudad antes de ir a ver la banda de Simon. Siempre trataba de ir a sus conciertos, si podía, y además, hablar con él la haría sentirse mejor.

"Huh." Isabelle no investigo más. A veces su casi total falta de interés por los problemas de otras personas era una especie de alivio. "Bueno, estoy segura de que Simon se alegrara de que hayas venido."

Clary miró hacia el escenario. "¿Cómo va el show hasta ahora?"

"Bien." Isabelle masticó cuidadosamente su pajilla. "Ese nuevo cantante que tienen es sexy. ¿Está soltero? Me gustaría pasearlo por la ciudad como a un pony malo, malo…"

"¡Isabelle!"

"¿Qué?" Isabelle miró hacia ella y se encogió de hombros. "Oh, lo que sea. Simon y yo no somos excluyentes. Que tanto tiempo tiene eso."

Es cierto, pensó Clary, Simon no tenía las de perder en esta situación particular. Pero seguía siendo su amigo. Estaba a punto de decir algo en su defensa cuando miró hacia el escenario de nuevo —y algo llamó su atención. Una figura familiar, saliendo de la puerta del escenario. Lo habría reconocido en cualquier lugar, en cualquier momento, sin importar el grado de oscuridad de la habitación o la forma inesperada en que lo viera.

Jace. Iba vestido como un mundano: jeans, una apretada camiseta negra que mostraba el movimiento de sus músculos delgados en los hombros y espalda. Su cabello brillaba bajo las luces del escenario. Encubierta lo observaba mientras se movía hacia la pared y se apoyaba en ella, mirando fijamente hacia el frente de la sala. Clary sintió que su corazón comenzaba a latir con fuerza. Se sentía como si hubieran pasado siglos desde que lo había visto por última vez, aunque sabía que había sido sólo un día. Y, sin embargo, ahora, le pareció que mirarlo era como ver a alguien lejano, un extraño. ¿Qué estaba haciendo aquí siquiera? ¡No le agradaba Simon! Nunca había venido a una sola de las actuaciones de la banda antes.

"¡Clary!" Isabelle sonaba acusadora. Clary se volvió para ver que accidentalmente hacía volcado el vaso de Isabelle, y el agua goteaba sobre adorable vestido plateado de la otra chica.

Isabelle, cogiendo una servilleta, la miró sombríamente. "Sólo tienes que hablar con él," dijo. "Sé que quieres."

"Lo siento," dijo Clary.

Isabelle hizo un gesto en su dirección, espantándola. "Ve."

Clary se levantó, alisando su vestido. Si hubiera sabido que Jace iba a estar allí, se habría puesto algo distinto a medias rojas, botas y un vestido vintage rosado de Betsey Johnson que había encontrado colgado en el armario de repuestos de Luke. Una vez, había pensado que los botones verdes en forma de flor que pasaban por todo el camino por la parte delantera eran funkys y geniales, pero ahora se sentía menos organizada y sofisticada que Isabelle.

Se abrió paso a través de la planta, la cual ahora estaba llena con gente que estaba ya sea bailando o de pie en su lugar, bebiendo cerveza, y balanceándose un poco con la música. No podía dejar de recordar la primera vez que había visto a Jace. Había sido en un club, y lo había observado a través de la pista, observado su cabello brillante y el conjunto arrogante de sus hombros. Había pensado que era hermoso, pero no de cualquier manera que se aplicara a ella. No era el tipo de muchacho con el que podría salir, había pensado. Él existía aparte de ese mundo.

No la notó ahora hasta que estuvo casi de pie delante de él. De cerca, pudo ver lo cansado que lucia, como si no hubiera dormido en días. Su rostro estaba tirante por el cansancio, los huesos parecían afilados debajo de la piel. Estaba apoyado contra la pared, con los dedos enganchados en su cinturón, con sus ojos de oro pálido vigilantes.

"Jace," dijo.

Él dio un respingo, y se volvió para mirarla. Por un momento sus ojos se encendieron, de la forma en que siempre lo hacían cuando la veía, y ella sintió una feroz esperanza elevarse en su pecho.

Casi al instante se apagó su luz, y el color restante desapareció de su rostro. "Pensé… Simon dijo que no ibas a venir."

Una ola de náuseas paso a través de ella, y extendió su mano para mantener el equilibrio contra la pared. "¿Así que sólo viniste porque pensaste que no estaría aquí?"

Sacudió la cabeza. "Yo…"

"¿Planeabas volver a hablarme alguna vez?" Clary sintió su voz ascender, y la obligó a bajar con un esfuerzo atroz. Sus manos estaban ahora apretadas a sus costados, con sus uñas cortando duramente en sus palmas. "Si vamos a romper, lo menos que podrías hacer es decirme, no sólo dejar de hablarme y dejarme averiguarlo por mi cuenta."

"¿Por qué," dijo Jace, "todo el maldito mundo sigue preguntándome si voy a romper contigo? Primero Simon, y ahora…"

"¿Hablaste con Simon sobre nosotros?" Clary sacudió la cabeza. "¿Por qué? ¿Por qué no me hablas?"

"Porque no puedo hablar contigo," dijo Jace. "No puedo hablar contigo, no puedo estar contigo, ni siquiera puedo mirarte."

Clary sorbió su aliento, se sentía como si respirara ácido de batería. "¿Qué?"

Él pareció darse cuenta de lo que había dicho, y cayó en un silencio consternado. Por un momento, simplemente se miraron el uno al otro. A continuación, Clary se volvió y corrió de vuelta a través de la multitud, empujando su camino más allá de los codos agitándose y los grupos de personas hablando, ciega de todo excepto a llegar a la puerta lo más rápido que pudiera.

"Y ahora," gritó Eric en su micrófono, "vamos a cantar una nueva canción —una que acabamos de escribir. Esta es para mi novia. Hemos estado saliendo durante tres semanas, y, demonios, nuestro amor es verdadero. Vamos a estar juntos por siempre, nena. Ésta se llama 'Bang You Like a Drum[29].'"

Hubo risas y aplausos de la audiencia cuando la música comenzó, aunque Simon no estaba seguro de que Eric se diera cuenta de que pensaban que estaba bromeando, lo que no estaba. Eric siempre estaba enamorado de alguna chica con la que había comenzado a salir, y siempre escribía una canción inadecuada sobre ello. Normalmente a Simon no le habría importado, pero realmente esperaba que se bajaran del escenario después de esta canción. Se sentía peor que nunca —mareado, pegajoso y enfermo con sudor, su boca tenía un sabor metálico, como a sangre vieja.

La música se estrelló alrededor de él, sonando como clavos siendo golpeados contra sus tímpanos. Sus dedos se resbalaban y deslizaban sobre las cuerdas mientras tocaba, y vio que Kirk miraba hacia él con curiosidad. Trató de forzarse a sí mismo a centrarse, para concentrarse, era como intentar arrancar un automóvil con una batería muerta. Había un ruido vacío afilado en su cabeza, pero ninguna chispa.

[29] Golpearte como a un tambor.

Se quedó mirando hacia el bar, buscando —ni siquiera estaba seguro de por qué —a Isabelle, pero sólo podía ver un mar de caras blancas vueltas hacia él, y se acordó de su primera noche en el Hotel Dumont y los rostros de los vampiros vueltos hacia él, como flores de papel blancas desplegándose contra un vacío oscuro. Una oleada de cautivantes y dolorosas náuseas se apoderó de él. Se tambaleó hacia atrás, con las manos lejos de la guitarra. El suelo bajo sus pies se sentía como si se estuviera moviendo. Los otros miembros de la banda, atrapados en la música, no parecían darse cuenta. Simon arrancó la correa de la guitarra de su hombro y pasó junto a Matt a la cortina en la parte posterior del escenario, sumergiéndose a través de ella, justo a tiempo para caer de rodillas y vomitar.

Nada ocurrió. Su estómago se sentía tan hueco como un pozo. Se puso de pie y se apoyó contra la pared, presionando sus manos heladas contra su cara. Hacía semanas que no había sentido frío o calor, pero ahora se sentía afiebrado… y asustado. ¿Qué le estaba pasando?

Recordó a Jace diciendo: Eres un vampiro. La sangre no es como la comida para ti. La sangre es... sangre. ¿Puede todo esto ser porque no había comido? Pero no se sentía hambriento, o incluso sediento, de verdad. Se sentía tan enfermo como si estuviera muriendo. Tal vez había sido envenenado. ¿Tal vez la marca de Caín no lo protegía contra algo así?

Se movió lentamente hacia la puerta de incendios que lo llevaría a la calle en la parte trasera del club. Tal vez el frío aire exterior despejaría su cabeza. Tal vez todo esto era sólo el cansancio y los nervios.

"¿Simon?" Una vocecita, como el gorjeo de un pájaro. Bajó la vista con temor, y vio que Maureen estaba de pie a su lado. Se veía aún más pequeña de cerca —huesos pequeños de pajarito y mucho cabello rubio muy claro, que caía en cascada sobre los hombros de debajo de una gorra de color rosa de punto. Llevaba calentadores de brazo rayados del color del arco iris y una camiseta de manga corta blanca con una impresión de una torta de fresa corta en ella. Simon gimió para sus adentros.

"Esto realmente no es un buen momento, Mo," dijo.

"Sólo quiero tomar una foto de ti con la cámara de mi teléfono," dijo, apartándose el pelo detrás de las orejas con nerviosismo. "Así puedo mostrársela a mis amigas, ¿está bien acuerdo?"

"Bien." Su cabeza estaba latiendo. Esto era ridículo. No era como si estuviera abrumado por los aficionados. Maureen era, literalmente, la única fan de la banda, que el conocía y era amiga de la prima pequeña de Eric, además. Supuso que no podía permitirse el lujo de alejarla. "Adelante. Tómala."

Levantó el teléfono e hizo clic, a continuación, frunció el ceño. "¿Ahora una de nosotros?" Se acercó a él rápidamente, apretándose contra su lado. Podía oler brillo de labios fresa en ella, y bajo eso, el olor a sudor salado y más salada sangre humana. Ella levantó la vista hacia él, sosteniendo el teléfono arriba y hacia afuera con la mano libre, y sonrió. Había una brecha entre sus dos dientes delanteros, y una vena azul en su garganta. Pulsaba mientras respiraba.

"Sonríe," dijo.

Sacudidas de dolor pasaron por Simon cuando sus colmillos se deslizaron fuera, cavando en su labio. Oyó el suspiro de Maureen, y luego su teléfono salió volando cuando la agarró y la hizo girar hacia sí, y sus colmillos se hundieron en su garganta.

Sangre explotó en su boca, su sabor como ninguna otra cosa. Era como si hubiera estado muriendo por aire y ahora estuviera respirando, inhalando grandes bocanadas de oxígeno frío, limpio, y Maureen luchó y lo empujó, pero él apenas lo noto. Ni siquiera notó cuando se quedó inerte, su peso muerto lo arrastró al suelo de modo que él estaba acostado sobre ella, sus manos aferradas a sus hombros, abriéndolas y cerrándolas mientras bebía.

Nunca te has alimentado de alguien puramente humano, ¿verdad? Camille había dicho. Lo harás. Y cuando lo hagas, nunca lo olvidarás.

9

Del fuego al fuego

Clary alcanzó la puerta y se precipitó afuera hacia el aire empapado por la lluvia nocturna. Estaba lloviendo a chorros ahora, y estuvo instantáneamente mojada. Ahogándose en lluvia y lágrimas, salió disparada pasando la familiar furgoneta amarilla de Eric, la lluvia cayendo sobre el techo en la cuneta, y estaba por correr a través de la calle contra la luz cuando una mano atrapó su brazo y la hizo darse vuelta.

Era Jace. Estaba tan mojado como ella, la lluvia pegando su cabello rubio a su cabeza y adhiriendo su camisa a su cuerpo como si fuera pintura negra. "Clary. ¿No me escuchaste llamándote?"

"Déjame ir," su voz tembló.

"No. No hasta que hables conmigo," él miró alrededor, arriba y abajo de la calle, la cual estaba desierta, la lluvia estrellándose contra el pavimento negro como flores floreciendo. "Vamos."

Todavía sosteniéndola por el brazo, medio la arrastró alrededor de la furgoneta y hacia un estrecho callejón que bordeaba al Alto Bar. Altas ventanas sobre ellos dejaban pasar el atenuado sonido de la música que todavía estaban tocando adentro. El callejón tenía paredes de ladrillos, claramente un basurero para tirar partes viejas de equipamiento musical que ya no podía utilizarse. Amplificadores rotos y viejos micrófonos llenaban el piso, junto con destrozados vasos de cerveza y colillas de cigarrillos.

Clary tironeó su brazo del agarre de Jace y se dio la vuelta para enfrentarlo. "Si estás pensando en disculparte, no te molestes." Empujó su pesado y mojado cabello lejos de su rostro. "No quiero escucharlo."

"Iba a decirte que estaba tratando de ayudar a Simon," dijo, agua de lluvia cayendo por sus pestañas y por sus mejillas como lágrimas. "He estado en su casa por los últimos…"

"¿Y no podrías habérmelo dicho? ¿Haberme mandado una sola línea en un mensaje de texto para que supiera donde estabas? Oh, espera. No, no podías, porque todavía tienes mi maldito teléfono. Dámelo."

Silenciosamente él alcanzó el bolsillo de sus jeans y se lo entregó. Se veía sano. Ella se metió a su bandeja de entrada antes de que la lluvia pudiera arruinarlo. Jace la miraba mientras lo hacía, luciendo como si ella lo hubiera golpeado en la cara. Sólo la enojó más. ¿Qué derecho tenía él a sentirse herido?

"Creo," dijo él lentamente, "que pensé que la cosa más cercana a estar contigo era estar con Simon. Cuidándolo. Tenía alguna estúpida idea de que te darías cuenta de que lo hacía por ti y me perdonarías…"

Toda la cólera de Clary emergió a la superficie, una caliente, imparable corriente. "Ni siquiera sé lo que crees que debo perdonarte," gritó "¿Se supone que debo perdonarte por no amarme más? Porque si eso es lo que quieres Jace Lightwood, puedes seguir adelante y…" Dio un paso atrás a ciegas y casi tropezó con un altavoz abandonado. Su bolso se deslizó hasta el suelo cuando estiró su mano para recuperar el equilibrio, pero Jace ya estaba allí. Se movió hacia delante para atraparla y siguió moviéndose hasta que la espalda de ella golpeó la pared del callejón y los brazos de él estaban a su alrededor, y la besaba desesperadamente.

Ella sabía que debía empujarlo; su mente le decía que era la cosa sensata a hacer, pero a ninguna otra parte de ella le interesaba lo que era sensato. No cuando Jace la besaba como si pensara que podía irse al infierno por hacerlo, pero que valía la pena.

Ella clavó las dedos en sus hombros, en la tela húmeda de su camiseta, sintiendo la resistencia de los músculos debajo, y le devolvió el beso con toda la desesperación de los últimos días, todo el no saber dónde estaba, o qué estaba pensando, el sentir como que una parte de su corazón había sido arrancada de su pecho y nunca podría conseguir suficiente aire. "Dime," dijo entre besos, sus caras mojadas rozándose. "Dime qué está mal…Oh" jadeó cuando él se alejó de ella, sólo lo suficiente para extender sus manos y ponerlas alrededor de su cintura. La levantó para que pudiera pararse sobre un altavoz roto, haciéndolos casi de la misma altura. Luego puso sus mano a ambos lados de su cabeza y se inclinó hacia delante, haciendo que sus cuerpos casi se tocaran—pero no del todo. Era para alterar sus nervios. Ella podía sentir el calor afiebrado que provenía de él. Sus manos todavía estaban en sus hombros, pero no era suficiente. Lo quería envuelto a su alrededor, sosteniéndola fuerte. "¿P-por qué…" respiró "…no puedes hablar conmigo? ¿Por qué no puedes mirarme?"

El agachó la cabeza para mirarla a la cara. Sus ojos, rodeados por pestañas oscurecidas por le agua de lluvia, eran increíblemente dorados.

"Porque te amo."

Ella no pudo soportarlo más. Sacó sus manos de sus hombros, enganchó sus dedos en las presillas de su cinturón y lo empujó contra ella. Él la dejó hacerlo sin resistirse, sus manos

contra la pared, apretando su cuerpo contra el de ella hasta que estuvieron pegados en todos lados—pechos, caderas, piernas—como piezas de un rompecabezas. Las manos de él se deslizaron hacia abajo hasta su cintura y la besó, largo y tendido, haciéndola estremecerse.

Ella se apartó. "Eso no tiene ningún sentido."

"Tampoco esto," dijo él, "pero no me importa. Estoy cansado de intentar fingir que puedo vivir sin ti. ¿No lo entiendes? ¿No puedes ver que me está matando?"

Ella lo miró fijamente. Pudo ver que realmente sentía lo que decía, podía leerlo en los ojos que conocía tan bien como los suyos propios, en las amoratadas sombras debajo de esos ojos, el pulso latiendo en su garganta. Su deseo por respuestas batalló contra la parte más primitiva de su cerebro, y perdió. "Bésame, entonces," susurró, y él presionó su boca contra la suya, sus corazones golpeando juntos a través de las finas capas de tela mojada que los separaban. Y ella se estaba ahogando ahí, en la sensación de él besándola; de la lluvia en todas partes, corriendo por sus pestañas; de dejar que sus manos se deslizaran libremente sobre la húmeda, arrugada tela de su vestido, hecho fino y ceñido por la lluvia. Era casi como tener sus manos en su misma piel, su pecho, sus caderas, su estómago; cuando él alcanzó el dobladillo de su vestido, tomó sus piernas, presionándola fuertemente contra la pared mientras ella las envolvía alrededor de su cintura.

Él hizo un sonido de sorpresa, bajo en su garganta, y enterró sus dedos en la fina tela de sus muslos. No inesperadamente, se rompió, y sus dedos mojados estaban de repente sobre la piel de sus piernas. Para no quedarse atrás, ella deslizó sus manos bajo el dobladillo de su empapada camiseta y dejó que sus dedos exploraran lo que había debajo. La tensa, caliente, piel sobre sus costillas, las lomas de su abdomen, las cicatrices de su espalda, el ángulo de los huesos de su cadera por encima de la cintura de sus jeans. Esto era terreno inexplorado para ella, pero parecía estar volviéndolo loco: estaba gimiendo suavemente contra su boca, besándola cada vez más fuerte, como si nunca fuera suficiente, no lo suficiente…

Y un horripilante sonido metálico explotó en los oídos de Clary, haciendo añicos su sueño de besos y lluvia. Con un jadeo empujó a Jace, lo suficientemente fuerte como para que la dejara ir y ella se desplomara del altavoz para aterrizar sin estilo sobre sus pies, arreglando precipitadamente su vestido. Su corazón estaba golpeando contra su caja torácica como una batería y se sintió mareada.

"Maldita sea," dijo Isabelle, parada en la boca del callejón, su negro cabello mojado como una capa sobre sus hombros, pateó una lata vacía fuera de su camino y frunció en ceño. "Oh, por Dios Santo," dijo, "No puedo creerles. ¿Por qué? ¿Qué hay de malo con los dormitorios? ¿Y con la privacidad?"

Clary miró a Jace. Estaba completamente mojado, el agua cayendo de él a chorros, su cabello dorado aplastado contra su cabeza, casi plateado en el débil brillo de las luces

lejanas. Sólo mirarlo hizo a Clary querer tocarlo de nuevo, con Isabelle o sin Isabelle, con una añoranza que era casi dolorosa. Él estaba mirando a Izzy con la mirada de alguien que fue despertado bruscamente de un sueño—perplejidad, furia, comprensión de que ha amanecido.

"Sólo estaba buscando a Simon," dijo Isabelle a modo de defensa, viendo la expresión de Jace. "Se bajó del escenario y no tengo ni idea de adonde fue." La música se había detenido, se dio cuenta Clary, en algún momento, no había notado cuándo. "De todas formas, obviamente no está aquí. Vuelvan a lo que estaban haciendo. Cual es el punto de desperdiciar una pared de ladrillos perfectamente buena cuando tienes a alguien a quien tirar contra ella, eso es lo que siempre digo." Y se fue, de vuelta al bar.

Clary miró a Jace. En cualquier otro momento se hubieran reído juntos del humor de Isabelle, pero no había ningún humor en su expresión y supo inmediatamente que lo que fuera que hubiera habido entre ellos—lo que fuera que hubiera salido de su momentánea falta de control—ya se había ido. Podía saborear sangre en su boca y no estaba segura de si se había mordido su propio labio o si él lo había hecho.

"Jace…" dio un paso hacia él.

"No," el dijo, su voz muy áspera. "No puedo."

Y entonces se había ido, corriendo tan rápido como sólo él podía correr, una imagen borrosa que se desvaneció en la distancia antes de que ella pudiera siquiera tomar aire para llamarlo.

"¡Simon!"

La voz furiosa explotó en los oídos de Simon. Hubiera soltado a Maureen entonces—o al menos eso se dijo a si mismo—pero no tuvo la oportunidad. Manos fuertes lo tomaron por los brazos tironeándolo lejos de ella. Fue arrastrado para que se pusiera de pie por un pálido Kyle, todavía despeinado y sudoroso por el set que acababan de terminar. "Qué demonios, Simon. Qué demonios…"

"No quise hacerlo," jadeó Simon. Su voz sonó borrosa a sus propios oídos; sus colmillos estaban afuera todavía y no había aprendido a hablar a través de las malditas cosas todavía. Más allá de Kyle, en el piso, podía ver a Maureen acostada en un montón arrugado, espantosamente quieta. "Sólo sucedió…"

"Te lo dije. Te lo dije." la voz de Kyle subió y empujó a Simon, fuerte. Simon dio un traspié, su frente ardiendo mientras una mano invisible pareció levantar a Kyle y arrojarlo contra la pared detrás de él. La golpeó y se deslizó hasta el suelo, aterrizando en una

postura lobuna, en sus manos y rodillas. Se tambaleó sobre sus pies, observando. "Jesucristo. Simon…"

Pero Simon se había dejado caer de rodillas junto a Maureen, sus manos sobre ella, palpando desesperadamente su garganta en busca de pulso. Cuando se agitó bajo las yemas de sus dedos, débil pero estable, casi lloró de alivio.

"Aléjate de ella," Kyle sonando tensó, se movió para pararse junto a Simon, "Sólo levántate y aléjate."

Simon se levantó de mala gana y enfrentó a Kyle por encima de la forma flácida de Maureen. Luz se filtraba por los agujeros de la cortina que llevaba al escenario, podía escuchar a los otros miembros de la banda ahí afuera, charlando entre ellos, empezando el desarmado del equipo. En cualquier momento volverían aquí.

"Lo que acabas de hacer," dijo Kyle, "¿Me…empujaste? Porque no te vi moverte."

"No quise hacerlo," dijo Simon de nuevo, miserablemente. Parecía que era todo lo que decía en estos días.

Kyle sacudió su cabeza, su cabello volando. "Sal de aquí. Ve a esperar junto a la furgoneta. Me haré cargo de ella." Se inclinó y levantó a Maureen en sus brazos. Se veía pequeña contra la corpulencia de él, como una muñeca. Miró a Simon airadamente. "Ve. Y espero que realmente te sientas malditamente terrible."

Simon se fue. Fue hasta la salida de emergencias y la empujó para abrirla. Ninguna alarma sonó; la alarma había estado descompuesta por meses. La puerta se cerró sola detrás de él, y se apoyó contra la pared de atrás del club mientras cada parte de su cuerpo empezaba a temblar.

La parte de atrás del club daba a una estrecha calle llena de almacenes. Al otro lado había un lote vacío bloqueado con una brillante valla de cadenas. Feos matorrales crecían en las grietas del pavimento. La lluvia caía torrencialmente, empapando la basura que llenaba la calle, haciendo flotar viejas latas de cerveza en las cunetas rebasadas.

Simon pensó que era la cosa más hermosa que había visto. Toda la noche parecía haber estallado con luces prismáticas. La valla era una cadena unida de brillantes alambres plateados, cada gota de lluvia una lágrima platino.

Espero que te sientas malditamente terrible, había dicho Kyle. Pero esto era mucho peor. Se sentía fantástico, vivo en una manera que nunca había estado. La sangre humana era claramente de alguna manera, la perfecta, la ideal comida para un vampiro. Olas de energía viajaban a través de él como corriente eléctrica. El dolor en su cabeza, en su estómago, se había ido. Podría haber corrido diez mil millas.

Era horrible.

"Oye tú. ¿Estás bien?" La voz que habló era culta, divertida; Simon se dio vuelta y vio a una mujer en un largo abrigo negro y un paraguas amarillo brillante abierto sobre su cabeza. Con su nueva visión prismática, se veía como un girasol centellante. La mujer misma era hermosa—aunque todo se veía hermoso para él ahora mismo—con brillante cabello negro y su boca pintada de rojo. Recordaba vagamente haberla visto sentada en una de las mesas durante la actuación de la banda.

Él asintió, sin confiar en poder hablar. Tenía que verse bastante conmocionado si completos extraños se acercaban a preguntar por su bienestar.

"Parece como si tal vez te hubieras golpeado la cabeza allí," dijo ella, señalando su frente. "Ese es un feo moretón. ¿Estás seguro de que no puedo llamar a nadie por ti?"

Apresuradamente movió su cabello sobre su frente, ocultando la Marca. "Estoy bien. No es nada."

"Está bien. Si tú lo dices." Sonaba un poco dudosa. Metió la mano en el bolsillo, sacó una tarjeta, y se la entregó. Tenía un nombre sobre ella, Satrina Kendall. Debajo del nombre había un título, PROMOTORA DE BANDAS, en mayúsculas pequeñas, y un número de teléfono y dirección. "Esa soy yo", dijo. "Me gustó lo que hicieron allí. Si estás interesado en hacer algo un poco más grande con el tiempo, dame una llamada."

Y con eso, se volvió y se fue, dejando a Simon mirándola. Seguramente, pensó, no había forma de que esta noche pudiera ser más extraña.

Sacudiendo la cabeza, un movimiento que envió gotas de agua volando en todas direcciones, se sentó en la vuelta de la esquina donde estaba estacionada la furgoneta. La puerta del bar estaba abierta, y la gente salía. Todo parecía aún extrañamente brillante, pensó Simon, pero su visión prismática comenzaba a desvanecerse un poco. La escena frente a él parecía normal—el bar vaciándose, las puertas laterales abiertas, y la furgoneta con sus puertas traseras abiertas, ya siendo cargada con el equipo de Matt, Kirk, y una variedad de sus amigos. Cuando Simon se acercó, vio que Isabelle estaba apoyada contra el lado de la furgoneta, una pierna incorporada, el talón de su bota apoyada contra el lado ampollado de la furgoneta. Podría haber estado ayudando con el desmontaje, por supuesto—Isabelle era más fuerte que nadie en la banda, con la posible excepción de Kyle— pero evidentemente no se había molestado. Simon apenas hubiera esperado otra cosa.

Alzó la vista cuando él se acercó. La lluvia había disminuido, pero estaba claro que ella había estado fuera durante algún tiempo, su pelo era una cortina pesada, húmeda por su espalda. "Hola," dijo, quitándose del lado de la furgoneta y viniendo hacia él. "¿Dónde has estado? Solo corriste fuera del escenario."

"Sí," dijo. "No me sentía bien. Lo siento."

"Mientras estés mejor ahora." Ella envolvió sus brazos a su alrededor y le sonrió. Sintió una oleada de alivio al no sentir ganas de morderla. Luego, otra ola de culpabilidad al recordar por qué.

"No has visto a Jace en algún lugar, ¿verdad?" Preguntó.

Ella puso los ojos. "Me encontré con él y Clary besuqueándose," dijo. "Aunque se han ido ya a casa, espero. Los dos necesitan conseguir una habitación."

"No pensé que Clary vendría," dijo Simon, aunque no era tan extraño, supuso que la elección del pastel se había cancelado o algo así. Ni siquiera tenia la energía para estar molesto por lo terrible que había resultado ser Jace como guardaespaldas. No era como si hubiera pensado alguna vez que Jace se tomaría en serio su seguridad personal. Sólo esperaba Jace y Clary lo hubieran arreglado, lo sea que fuera.

"Lo que sea." Isabelle sonrió. "Puesto que somos sólo nosotros, ¿quieres ir a algún lugar y…?"

Una voz, una voz muy familiar, habló desde las sombras más allá del alcance de la farola más cercana. "¿Simon?"

Oh, no, no ahora. No ahora mismo.

Se volvió lentamente. El brazo de Isabelle todavía estaba vagamente entrelazado alrededor de su cintura, aunque sabía que no iba a durar mucho más tiempo. No, si la persona que estaba hablando era la que pensaba.

Lo era.

Maia se había movido hacia a la luz, y estaba de pie mirándolo, una expresión de incredulidad en su rostro. Su pelo normalmente rizado, se pegaba a su cabeza con la lluvia, sus ojos de color ámbar muy amplios, sus jeans y una chaqueta de mezclilla empapada. Estaba sosteniendo una pieza enrollada de papel en su mano izquierda.

Simon era vagamente consciente de que a un lado los miembros del grupo habían reducido sus movimientos y estaban embobados abiertamente. El brazo de Isabelle se salió de su cintura. "¿Simon?" dijo. "¿Qué está pasando?"

"Me dijiste que ibas a estar ocupado," dijo Maia, mirando a Simon. "Entonces alguien empujó esto bajo la puerta de la estación esta mañana." Empujó el papel enrollado hacia

delante; lo reconoció al instante como uno de los volantes de la actuación de la banda esta noche.

Isabelle estaba mirando de Simon a Maia, el reconocimiento naciendo lentamente en su rostro. "Espera un segundo," dijo. "¿Ustedes dos están saliendo?"

Maia endureció su barbilla. "¿Ustedes?"

"Sí," dijo Isabelle. "Desde hace unas semanas."

Los ojos de Maia se estrecharon. "Nosotros también. Hemos estado saliendo desde septiembre."

"No puedo creerlo," dijo Isabelle. Realmente parecía que no podía. "¿Simon?" Se volvió hacia él, con las manos en las caderas. "¿Tienes una explicación?"

La banda, que finalmente había metido todo el equipo en la furgoneta—la batería en el asiento trasero y las guitarras y bajos en el sección de carga—estaban pasando el rato en trasera del coche, mirando abiertamente. Eric puso sus manos alrededor de su boca para hacer un megáfono. "Señoras, señoras," entonó. "No hay necesidad de luchar. Hay suficiente Simon para todas."

Isabelle se dio vuelta y le disparó una mirada tan terrible a Eric que cayó instantáneamente en silencio. La puerta trasera de la furgoneta se cerró de golpe, y se largó por la calle. Traidores, pensó Simon, aunque para ser justos, probablemente asumieron que cogería un viaje a casa en el coche de Kyle, el cual estaba estacionado a la vuelta de la esquina. Suponiendo que viviera lo suficiente.

"No puedo creerte, Simon," dijo Maia. Estaba de pie con las manos en las caderas, también, en una pose idéntica a la de Isabelle. "¿Qué estabas pensando? ¿Cómo puedes mentir así?"

"No mentí," protestó Simon. "¡Nunca dijimos que seriamos exclusivos!" Se volvió a Isabelle. "¡Ni tampoco nosotros! Y sé que estaban saliendo con otras personas…"

"No son personas que conozcas," dijo Isabelle, abrasadoramente. "No son tus amigos. ¿Cómo te sentirías si descubrieras que yo estaba saliendo con Eric?"

"Aturdido, francamente," dijo Simon. "Realmente no es tu tipo."

"Ese no es el punto, Simon." Maia se había acercado a Isabelle, y las dos lo enfrentaban juntas, un muro inmovible de rabia femenina. El bar se había terminado de vaciar, y aparte de los tres de ellos, la calle estaba desierta. Se preguntó acerca de sus posibilidades si había salía por ella, y decidió que no eran buenas. Los hombres lobo eran rápidos, e Isabelle era una cazadora de vampiros entrenada.

"Lo siento mucho," dijo Simon. El zumbido de la sangre que había bebido estaba empezando a desaparecer, por suerte. Se sentía menos mareado con una sensación abrumadora, pero más aterrorizado. Para empeorar las cosas, su mente seguía volviendo a Maureen, y lo que le había hecho, y si se encontraba bien. Por favor, que este bien. "Debí habérselos dicho, chicas. Es sólo… me gusta mucho las dos, y no quería lastimar los sentimientos de ninguna."

En el momento en que salió de su boca, se dio cuenta de lo estúpido que sonaba. Sólo otro chico idiota excusándose por su estúpido comportamiento. Simon nunca había pensado en sí mismo de esa manera. Era un buen tipo, el tipo de persona que se pasa por alto, rechazado por el tipo de chico malo sexy o el tipo de artista torturado. Por el tipo de persona auto-involucrados quien no hubiera pensado nada de salir con dos chicas a la vez, mientras que tal vez no estuviera mintiendo exactamente sobre lo que estaba haciendo, pero sin decir la verdad acerca de ello tampoco.

"Wow," dijo, sobre todo a sí mismo. "Soy un idiota enorme."

"Eso es probablemente la primera verdad que he dicho desde que llegué aquí," dijo Maia.

"Amén," dijo Isabelle. "Aunque si me preguntas, es demasiado poco y demasiado tarde…"

La puerta lateral del bar se abrió y alguien salió. Era Kyle. Simon sintió una oleada de alivio. Kyle parecía serio, pero no tan serio como Simon pensó que se vería si algo terrible le hubiera sucedido a Maureen.

Empezó a bajar las escaleras hacia ellos. La lluvia era apenas una llovizna ahora. Maia e Isabelle estaban de espaldas a él, estaban mirando a Simon con el láser de rabia centrado en él. "Espero que no esperes que ninguna de nosotras hable contigo otra vez," dijo Isabelle. "Y voy a tener una charla con Clary, una muy, muy seria charla sobre su elección de amigos."

"Kyle," dijo Simon, incapaz de evitar el alivio de su voz cuando Kyle entró al alcance del oído. "Uh, Maureen…está…"

No tenía idea de cómo preguntar lo que quería preguntar, sin dejar que Maia e Isabelle supieran lo qué había pasado, pero resultó que no importó, porque nunca se las arregló para decir el resto de las palabras. Maia e Isabelle se giraron; Isabelle pareció molesta y Maia sorprendida, claramente preguntándose quién era Kyle.

Tan pronto como Maia vio realmente a Kyle, su rostro cambió, sus ojos se agrandaron, la sangre drenándose de su rostro. Y Kyle, a su vez, estaba mirándola con la mirada de alguien que ha despertado de una pesadilla, sólo para descubrir que es real y continua. Su boca se movió, dando forma a palabras, pero no salió ningún sonido.

“Whoa,” dijo Isabelle, mirando de uno al otro. “¿Ustedes dos se conocen?”

Los labios de Maia se entreabrieron. Seguía mirando a Kyle. Simon sólo tuvo tiempo de pensar que nunca lo había mirado con algo parecido a esa intensidad, cuando ella susurró “Jordan,” y se abalanzó sobre Kyle, con sus garras afuera y afiladas, y las hundió en su garganta.

Parte Dos

Por cada vida

Nada es gratis. Todo tiene que ser pagado.
Por cada beneficio en una cosa, pago en alguna otra cosa. Por cada vida, una muerte.
Incluso tu música, de la cual hemos oído tanto, eso tuvo que ser pagado. Tu esposa fue el pago por tu música. El Infierno está satisfecho ahora.

—**Ted Hughes**, "Los huesos del tigre."

10

Riverside Drive

Simon se sentó en el sillón de la sala de estar de Kyle y miró fijamente la imagen congelada en la pantalla de la TV en la esquina de la habitación. Había sido pausada en el juego que Kyle había estado jugando con Jace, y la imagen era un túnel subterráneo de aspecto húmedo y oscuro con una pila de cuerpos derrumbados en el suelo y unos charcos de sangre muy realistas. Era perturbador, pero Simon no tenía ni la energía o la inclinación de molestarse en apagarlo.

Las imágenes que habían estado corriendo por su cabeza toda la noche eran peores.

La luz que entraba en la habitación a través de las ventanas se había intensificado de la luz aguada del amanecer a la iluminación pálida de la mañana temprana, pero Simon apenas lo notó. Seguía viendo el cuerpo flácido de Maureen en el suelo, su cabello rubio manchado con sangre. Su asombrosa recuperación afuera en la noche, la sangre de ella cantando por sus venas. Y luego Maia abalanzándose hacia Kyle, desgarrándolo con sus garras. Kyle había yacido ahí, sin alzar una mano para defenderse. Probablemente hubiera dejado que ella lo matara si Isabelle no hubiese intervenido, quitando físicamente a Maia de él y rodándola sobre la acera, sosteniéndola allí hasta que su ira se disolvió en lágrimas. Simon había tratado de ir hasta ella, pero Isabelle lo había mantenido lejos con una mirada feroz, su brazo alrededor de la otra chica, y su mano levantada para detenerlo.

“Sal de aquí,” había dicho. “Y llévalo contigo. No sé que le hizo, pero debe haber sido bastante malo.”

Y lo era. Simon conocía ese nombre, Jordan. Había surgido antes, cuando le había preguntado cómo se había convertido en una mujer lobo. Su ex-novio lo había hecho, había dicho. Lo había hecho con un ataque salvaje y despiadado, y se había fugado después, dejándola lidiar con las consecuencias ella sola.

Su nombre había sido Jordan.

Eso era por lo que Kyle tenía un solo nombre junto a su portero de la puerta. Porque era su apellido. Su nombre completo debía haber sido Jordan Kyle, se dio cuenta Simon. Había sido un estúpido, increíblemente estúpido, por no haberlo descubierto antes. No es que necesitara otra razón para odiarse a sí mismo en este momento.

Kyle —o mejor dicho, Jordan—era un hombre lobo; se curó rápido. Para el momento en que Simon lo había arrastrado, sin demasiada gentileza, poniéndolo en pie y guiándolo de vuelta a su auto, los profundos cortes en su garganta y por debajo de los pedazos rasgados de su camiseta habían sanado hasta ser costras de cicatrices. Simon le había tomado las llaves y había conducido de regreso a Manhattan la mayor parte en silencio, Jordan estaba sentado casi inmóvil en el asiento de pasajero, mirando fijo hacia sus manos ensangrentadas.

"Maureen está bien," dijo finalmente mientras conducían por encima del Puente Williamsburg. "Parecía peor de lo que era. Todavía no eres tan bueno alimentándote de humanos, así que no ha perdido demasiada sangre. La metí en un taxi. No recuerda nada. Cree que se desmayó en frente de ti, y está muy avergonzada."

Simon sabía que debía agradecerle a Jordan, pero no pudo decidirse a hacerlo. "Eres Jordan," dijo. "El antiguo novio de Maia. El que la convirtió en una mujer lobo."

Ahora estaban en Kenmare; Simon cambió la dirección hacia el norte, conduciendo hasta el Bowery con sus pensiones de mala muerte y tiendas iluminadas. "Sí," dijo Jordan al fin. "Kyle es mi apellido, empecé a usarlo cuando me uní al Praetor[30]."

"Te habría matado si Isabelle la hubiera dejado."

"Tiene el derecho absoluto de matarme si quiere," dijo Jordan, y se quedó callado. No dijo nada más cuando Simon encontró estacionamiento y subieron con pesadez las escaleras hacia el departamento. Se metió en su habitación sin siquiera quitarse su chaqueta sangrienta, y cerró de un portazo.

Simon había empacado sus cosas dentro de su mochila y estaba a punto de irse del departamento cuando vaciló. No estaba seguro por qué, incluso ahora, pero en lugar de irse dejó caer su bolso junto a la puerta y regresó a sentarse en este sillón, donde había permanecido toda la noche.

Deseó poder llamar a Clary, pero era demasiado temprano en la mañana, y además, Isabelle había dicho que ella y Jace se habían ido juntos, y el pensamiento de interrumpir algún momento especial de ellos no era tentador. Se preguntó cómo estaría su madre. Si hubiera podido verlo la noche anterior, con Maureen, habría creído que era cada pizca del monstruo del que lo acusaba de ser.

Tal vez lo era.

[30] El pretor (proveniente del latín práetor) era un magistrado romano que ejercía jurisdicción en Roma o en las provincias. Este cargo fue creado con dicho fin en el año 367 a.C., y posteriormente se creó otro para proteger a los peregrinos. De ahí su relación.

Alzó la mirada cuando la puerta de Jordan se abrió de golpe y Jordan salió. Estaba descalzo, seguía con los mismos jeans y la camiseta que había usado ayer. Las cicatrices en su garganta habían pasado a ser líneas rojas. Miró hacia Simon. Sus ojos fríos, normalmente tan brillantes y alegres, estaban oscuramente sombreados. "Pensé que te irías," dijo.

"Iba a hacerlo," dijo Simon. "Pero luego me di cuenta que te debía dar una posibilidad para explicar."

"No hay nada que explicar." Jordan se metió en la cocina arrastrando los pies y revolvió en un cajón hasta que encontró un filtro de café. "Lo que sea que Maia dijo de mí, estoy seguro que fue verdad."

"Dijo que la golpeaste," dijo Simon.

Jordan, en la cocina, se quedó muy callado. Bajó la mirada hacia el filtro como si ya no estuviera lo bastante seguro de su uso.

"Dijo que ustedes salieron durante meses y que todo estaba bien," continuó Simon. "Entonces te volviste violento y celoso. Cuando ella te lo mencionó, la golpeaste. Rompió contigo, y cuando estaba caminando hacia su casa una noche, algo la atacó y casi la mató. Y tú… tú te largaste de la ciudad. Sin una disculpa, sin explicación."

Jordan apoyó el filtro sobre la encimera. "¿Cómo llegó aquí? ¿Cómo encontró la manada de Luke Garroway?"

Simon sacudió su cabeza. "Subió a un tren hasta Nueva York y les siguió el rastro. Es una sobreviviente, Maia. No dejó que lo que le hiciste la desmoronara. Mucha gente lo haría."

"¿Esto es por lo que te quedaste?" Preguntó Jordan. "¿Para decirme que soy un cabrón? Porque ya sé eso."

"Me quedé," dijo Simon, "por lo que hice anoche. Si te hubiera descubierto ayer, me habría ido. Pero después de lo que le hice a Maureen…" Se mordió el labio. "Pensé que tenía control sobre lo que me pasaba y no lo tuve, y lastimé a alguien que no lo merecía. Así que eso es por lo que me quedo."

"Porque si yo no soy un monstruo, entonces tú no eres un monstruo."

"Porque quiero saber cómo seguir adelante, ahora, y tal vez tú puedas decirme." Simon se inclinó hacia adelante. "Porque has sido un buen tipo conmigo desde que te conocí. Nunca te he visto siendo malo o enojándote. Y entonces pensé en los Lobos Guardianes, y que dijiste que te uniste porque habías hecho cosas malas. Y creí que Maia era tal vez la cosa mala que habías hecho y que tratabas de compensarlo."

"Traté," dijo Jordan. "Ella lo es."

Clary se sentó en su escritorio en el pequeño cuarto de invitados de Luke, el retazo de tela que había tomado de la morgue Beth Israel se extendía en frente de ella. Lo había sujetado con lápices a cada lado y estaba revoloteándole por encima, con la estela en mano, tratando de recordar la runa que había venido hacia ella en el hospital.

Era difícil concentrarse. Seguía pensando en Jace, sobre la noche pasada. A dónde podría haber ido. Por qué era tan infeliz. No se había dado cuenta hasta que vio que era tan miserable como ella, y le desgarraba el corazón. Quería llamarlo, pero se había contenido de hacerlo muchas veces desde que había llegado a casa. Si iba a decirle cuál era el problema, tendría que hacerlo sin que se lo preguntara. Lo conocía lo bastante bien como para saber eso.

Cerró sus ojos e intentó esforzarse en imaginar la runa. No era una que ella había inventado, estaba muy segura. Era una que en realidad existía, aunque no estaba segura de haberla visto en el Libro Gris. Su forma se manifestó hacia ella, no a modo de traslación sino de revelación, mostrando la forma de algo escondido bajo tierra, arrastrando el polvo de aquello lentamente para leer la inscripción debajo…

La estela se agitó en sus dedos, y abrió sus ojos para descubrir, para su sorpresa, que se las había ingeniado para trazar un pequeño dibujo en el borde de la tela. Parecía casi como un borrón, con partes disparejas yendo para cada lado, y frunció el entrecejo, preguntándose si estaba perdiendo su habilidad. Pero la tela comenzó a brillar, como el calor alzándose del asfalto caliente. Observó cuando las palabras se revelaron a través de la ropa como si una mano invisible las escribiera:

Propiedad de la Iglesia de Talto. 232 Riverside Drive.

Una sensación de entusiasmo la recorrió. Era una pista, una pista real. Y la había encontrado por sí misma, sin alguna ayuda de alguien más.

232 Riverside Drive. Eso era en el Upper West Side[31], pensó, junto al Parque Riverside, justo al otro lado del río de Nueva Jersey. No era un viaje largo en absoluto. La Iglesia de Talto. Clary dejó la estela frunciendo el ceño con preocupación. Lo que sea que aquello fuese, sonaba a malas noticias. Movió a toda prisa su silla en dirección a la vieja computadora de escritorio de Luke y conectó el internet. No podía decir que estuviera sorprendida que al escribir 'Iglesia de Talto' se produjeran resultados incomprensibles. Lo que sea que haya sido escrito allí sobre la esquina de la tela había sido en Purgatic, o Cthonian, o en algún otro lenguaje de demonio.

[31] El Upper West Side es un barrio residencial y comercial del distrito de Manhattan en Nueva York.

Una cosa de la que estaba segura: Lo que sea que fuera la Iglesia de Talto, era un secreto, y probablemente malo. Si estaba relacionada con convertir a bebés humanos en cosas con garras por manos, no era ningún tipo de religión de verdad. Clary se preguntó si la madre que había abandonado a su bebé cerca del hospital era un miembro de la iglesia, y si sabía en lo que se había metido antes de que su bebé naciera.

Sintió frío en todas partes cuando tomó su teléfono—y se detuvo con él en la mano. Había estado cerca de llamar a su madre, pero no podía llamar a Jocelyn por esto. Jocelyn sólo había parado de llorar y aceptado a salir, con Luke, para mirar anillos. Y mientras Clary creía que su madre era lo suficientemente fuerte para lidiar con lo que fuera que la verdad resultara ser, sin duda se metería en un enorme problema con la Clave por haber llevado su investigación tan lejos sin informarles.

Luke. Pero Luke estaba con su madre. No podía llamarlo.

Maryse, quizás. La mera idea de llamarla parecía ajena e intimidante. Además, Clary sabía—sin querer exactamente admitirse a sí misma que era un factor—que si dejaba que la Clave se encargara de esto, ella sería excluida. Empujada al margen de un misterio que parecía sumamente personal. Sin mencionar que se sentía como delatar a su madre a la Clave.

Pero salir corriendo por su cuenta, sin saber qué encontraría… Bueno, tenía entrenamiento, pero no demasiado entrenamiento. Y sabía que tenía tendencia a actuar primero, pensar después. A regañadientes, llevó el teléfono hacia ella, vaciló un momento—y envió un texto rápido: 232 RIVERSIDE DRIVE. NECESITAS ENCONTRARTE CONMIGO AHÍ DE INMEDIATO. ES IMPORTANTE. Pulsó el botón de enviar y se quedó sentada por un rato hasta que la pantalla se encendió con un zumbido en respuesta: OK.

Con un suspiro, Clary dejó el teléfono y fue a buscar sus armas.

"Amaba a Maia," dijo Jordan. Estaba sentado sobre el futón ahora, habiéndoselas arreglado finalmente para hacer el café, aunque no había bebido nada de él. Sostenía simplemente la taza en sus manos, girándola de un lado a otro al hablar. "Tienes que saber eso, antes de que te diga algo más. Ambos venimos de este deprimente pueblo infernal en Nueva Jersey, y ella soportaba continuas porquerías porque su papá era negro y su mamá era blanca. Tenía un hermano, también, que era un completo psicópata. No sé si te contó acerca de él. Daniel."

"No mucho," dijo Simon.

"Con todo eso, su vida era bastante desagradable, pero no permitió que la deprimiera. La conocí en una tienda de música, comprando discos viejos. De vinilo, claro. Nos pusimos a

hablar y me di cuenta que era básicamente la chica más genial en millas a la redonda. Hermosa, también. Y dulce." Los ojos de Jordan estaban distantes. "Salimos, y era fantástico. Estábamos totalmente enamorados. La manera en que lo estás cuando tienes dieciséis. Entonces me mordieron. Estaba en una pelea una noche, en un club. Solía meterme en muchas peleas. Estaba acostumbrado a recibir patadas y puñetazos, ¿pero ser mordido? Pensé que el tipo que lo había hecho estaba loco, pero no importa. Fui al hospital, me suturaron, y me olvidé de aquello.

"Alrededor de tres semanas después comenzó a afectarme. Oleadas de incontrolable furia e ira. Mi visión se desvanecía, y no sabía qué estaba sucediendo. Atravesé de un puñetazo la ventana de mi cocina porque un cajón quedó atascado. Estaba locamente celoso de Maia, convencido de que miraba a otros chicos, convencido… Ni siquiera yo sé lo que pensaba. Sólo sé que estallé. La golpeé. Quisiera decir que no recuerdo hacerlo, pero lo recuerdo. Y después ella rompió conmigo…" Su voz se fue apagando. Bebió un trago de café; parecía enfermo, pensó Simon. No debía haber contado mucho esta historia antes. O jamás. "Un par de noches después fui a una fiesta y ella estaba ahí. Bailando con otro tipo. Besándolo como si quisiera demostrarme que estaba terminado. Fue una mala noche la que escogió, no es como si ella podría haberlo sabido. Era la primera luna llena desde que había sido mordido." Sus nudillos estaban blancos al aferrar la taza. "La primera vez que Cambié. La transformación desgarró mi cuerpo y partió mis huesos y piel. Estaba en agonía, y no sólo por eso. La quería, quería que volviéramos, quería explicarle, pero todo lo que podía hacer era aullar. Me eché a correr por las calles, y ahí fue cuando la vi, cruzando el parque cercano a su casa. Estaba yendo a casa…"

"Y la atacaste," dijo Simon. "La mordiste."

"Sí." Jordan miraba ciegamente en el pasado. "Cuando desperté la mañana siguiente, sabía lo que había hecho. Intenté ir a su casa, para explicar. Estaba a medio camino de allí cuando un tipo grande se puso en mi camino y me miró fijamente. Sabía quién era, sabía todo sobre mí. Me explicó que era un miembro del Praetor Lupus y que yo le había sido asignado. No estaba muy contento de haber llegado ahí demasiado tarde, de que ya había mordido a alguien. No me dejaba ir a ningún sitio cerca de ella. Decía que sólo lo empeoraría. Prometió que los Lobos Guardianes estarían observándola. Me dijo que debido a que ya había mordido a un humano, lo cual estaba estrictamente prohibido, la única manera de evadir el castigo era unirme a los Guardianes y recibir entrenamiento para controlarme.

"No lo habría hecho. Habría escupido sobre él y tomado cualquier castigo que quisieran darme. Me odiaba mucho a mí mismo. Pero cuando me explicó que sería capaz de ayudar a otra gente como yo, quizás evitar que lo que me había pasado a mí y a Maia volviera a suceder, fue como ver una luz en la oscuridad, lejana en el futuro. Como si tal vez fuera una oportunidad para arreglar lo que había hecho."

"Okay," dijo Simon lentamente. "¿Pero no es un poco rara la coincidencia de que acabaras siendo asignado a mí? ¿El chico que estaba saliendo con la chica que una vez mordiste y transformaste en mujer lobo?"

"Ninguna coincidencia," dijo Jordan. "Tu ficha era una del montón que me dieron. Te escogí porque Maia era mencionada en los registros. Una mujer lobo y un vampiro saliendo. Tú sabes, es como un asunto importante. Fue la primera vez que descubrí que se había convertido en una mujer lobo luego de…luego de lo que hice."

"¿Nunca investigaste para asegurarte? Eso parece un poco…"

"Lo intenté. El Praetor no quería que lo hiciera, pero hice lo que pude para averiguar qué había sucedido con ella. Supe que se fugó de la casa, pero tenía una vida horrible en su casa de todos modos, así que aquello no me decía nada. Y no es como si hubiera algún registro nacional de hombres lobo donde pudiera buscarla. Sólo… esperaba que no se hubiese Convertido."

"¿Así que tomaste mi asignación por Maia?"

Jordan se ruborizó. "Pensé que tal vez si te conocía, podía descubrir qué había sucedido con ella. Si estaba bien."

"Ese fue el motivo de que me regañaras por jugar a dos puntas con ella," dijo Simon, recordando. "Estabas siendo protector."

Jordan le lanzó una mirada feroz por encima del borde de la taza de café. "Sí, bueno, fue un movimiento tonto."

"Y fuiste tú el que pasó el volante del concierto de la banda por debajo de su puerta. ¿No?" Simon sacudió su cabeza. "Entonces, ¿arruinar mi vida amorosa era parte de la tarea, o sólo tu toque extra personal?"

"La dañé," dijo Jordan. "No quería verla dañada por alguien más."

"¿Y no se te ocurrió que si venía a nuestro concierto intentaría arrancarte la cara? Si no hubiera llegado tarde, quizás incluso no habría podido soportarlo mientras estabas en el escenario. Eso habría sido un complemento excitante para el público."

"No sabía," dijo Jordan. "No me di cuenta de que me odiaba tanto. Es decir, yo no odio al tipo que me Convirtió; en cierto modo entiendo que quizá no haya podido controlarse."

"Sí," dijo Simon, "pero nunca amaste a ese tipo. Nunca tuviste una relación con él. Maia te quería. Piensa que la mordiste y luego te marchaste y nunca volviste a pensar en ella. Te iba a odiar tanto como una vez te amó."

Antes de que Jordan pudiera responder, el timbre sonó—no fue el portero automático que habría sonado como si alguien estuviese en la planta baja, llamando, sino el que podía timbrar solamente si el visitante se encontraba parado en el corredor al otro lado de su puerta. Los chicos intercambiaron miradas perplejas. "¿Estás esperando a alguien?" preguntó Simon.

Jordan negó con la cabeza y dejó la taza de café. Fueron juntos hasta la pequeña entrada. Jordan le hizo un gesto a Simon para que se pusiera detrás de él antes de abrir la puerta.

Nadie estaba allí. En lugar de eso había un pedazo de papel doblado sobre la alfombra de bienvenida, sujetado por un trozo de roca maciza. Jordan se inclinó para liberar el papel y se irguió con el ceño fruncido.

"Es para ti," dijo, pasándoselo a Simon.

Desconcertado, Simon desdobló el papel. Escrito en el centro, en una infantil letra imprenta, estaba el mensaje:

SIMON LEWIS. TENEMOS A TU NOVIA. TIENES QUE IR HOY AL 232 RIVERSIDE DRIVE. VE ALLÍ ANTES DE QUE ANOCHEZCA O LE CORTAREMOS LA GARGANTA.

"Es una broma," dijo Simon, mirando fijamente, aturdido, hacia el papel. "Tiene que serlo."

Sin una palabra, Jordan agarró el brazo de Simon y lo arrastró dentro de la sala de estar. Soltándolo, buscó el teléfono inalámbrico hasta encontrarlo. "Llámala," dijo, golpeando el teléfono contra el pecho de Simon. "Llama a Maia y asegúrate que esté bien."

"Pero puede que no sea ella." Simon bajó la mirada al teléfono cuando el completo horror de la situación zumbó alrededor de su cerebro como un demonio zumbando afuera de una casa, rogando porque lo dejen entrar. Concéntrate, se dijo a sí mismo. No entres en pánico. "Podría ser Isabelle."

"Oh, Jesús." Jordan lo miró furioso. "¿Tienes alguna otra novia? ¿Tenemos que hacer una lista de nombres para llamar?"

Simon le quitó bruscamente el teléfono y se volteó, tecleando el número.

Maia contestó al segundo llamado. "¿Hola?"

"Maia…soy Simon."

La simpatía se fue de su voz. "Oh. ¿Qué quieres?"

"Sólo quería asegurarme de que estabas bien," dijo él.

"Estoy bien." Habló con frialdad. "No es como si lo que estaba pasando entre nosotros fuera tan serio. No estoy alegre, pero viviré. Sin embargo, tú sigues siendo un imbécil."

"No," dijo Simon. "Me refiero a que quería asegurarme de que estabas bien."

"¿Esto es por Jordan?" Pudo sentir la tensa furia cuando dijo su nombre. "Claro. Ustedes se fueron juntos, ¿no? Son amigos o algo, ¿no es así? Bueno, puedes decirle que se mantenga alejado de mí. De hecho, eso va para ambos."

Colgó. El tono de llamada zumbaba por el teléfono como una abeja enojada.

Simon miró hacia Jordan. "Está bien. Nos odia a los dos, pero realmente no parecía como si algo estuviera mal."

"Bien," dijo Jordan con firmeza. "Llama a Isabelle."

Llevó dos intentos antes de que Izzy lo descolgara; Simon estaba casi en estado de pánico en el momento en que su voz llegó de la línea, sonando distraída e irritada. "Quienquiera que seas, más vale que sea algo bueno."

El alivio corrió por sus venas. "Isabelle. Soy Simon."

"Oh, por el amor de Dios. ¿Qué quieres?"

"Sólo quería asegurarme de que estabas bien…"

"Oh, qué, se supone que estoy desolada porque eres un infiel, mentiroso, jugador a dos puntas hijo de…"

"No." Esto de verdad estaba empezando a desgastar los nervios de Simon. "Quise decir, ¿te encuentras bien? ¿No has sido secuestrada o algo?"

Hubo un largo silencio. "Simon," dijo Isabelle al fin. "Esto es realmente, en serio, la excusa más estúpida para una llamada llorona de reconciliación que nunca, jamás he escuchado. ¿Qué pasa contigo?"

"No estoy seguro," dijo Simon, y colgó antes que ella pudiera colgarle a él. Le dio el teléfono a Jordan. "También está bien."

"No lo entiendo." Jordan parecía desconcertado. "¿Quién hace una amenaza como esa si es totalmente inútil? Digo, es muy fácil comprobar y descubrir que es una mentira."

"Deben pensar que soy estúpido," comenzó Simon, y luego hizo una pausa, un horrible pensamiento brotó claramente sobre él. Le arrebató el teléfono a Jordan y empezó a marcar con los dedos entumecidos.

"¿Quién es?" Dijo Jordan. "¿A quién estás llamando?"

El teléfono de Clary sonó justo cuando doblaba la esquina de la Calle Noventa y seis sobre Riverside Drive. La lluvia parecía haber limpiado la suciedad habitual de la ciudad; el sol resplandecía desde un cielo luminoso sobre la brillante franja verde del parque que corría a lo largo del río, cuya agua lucía casi azul hoy.

Escarbó en su bolso para tomar su teléfono, lo encontró, y lo abrió. "¿Hola?"

La voz de Simon llegó de la línea. "Oh, gracias…" Se interrumpió. "¿Estás bien? ¿No estás secuestrada ni nada?"

"¿Secuestrada?" Clary escudriñó los números de los edificios mientras caminaba hacia la zona residencial. 220, 224. No estaba completamente segura de lo que buscaba. ¿Tendría aspecto de iglesia? Algo más, ¿tendría glamours pare verse como un terreno abandonado? "¿Estás borracho o algo así?"

"Es un poco temprano para eso." El alivio en su voz era evidente. "No, sólo…recibí una nota extraña. Alguien amenazando con ir tras mi novia."

"¿Cuál de todas?"

"Ja - ja." Simon no sonaba divertido. "Ya llamé a Maia y a Isabelle, y las dos están bien. Después pensé en ti…es decir, pasamos mucho tiempo juntos. Alguien puede tener la idea equivocada. Pero ahora no sé qué pensar."

"No lo sé." La Riverside Drive 232 apareció frente a Clary repentinamente, un gran edificio de piedra cuadrada con un tejado puntiagudo. Pudo haber sido una iglesia en un momento, pensó, aunque ahora no se parecía mucho a una.

"Por cierto, Maia e Isabelle descubrieron una acerca de la otra anoche. No fue agradable," añadió Simon. "Tenías razón sobre la parte de jugar-con-fuego."

Clary examinó la fachada del número 232. La mayoría de los edificios que cubrían la calle eran costosos edificios de departamentos con porteros en uniforme esperando en el interior. Éste, sin embargo, tenía sólo un par de altas puertas de madera con las partes superiores arqueadas, y pomos de metal de apariencia anticuada en lugar de manijas. "Ooh, auch. Lo lamento, Simon. ¿Alguna de ellas te habla?"

"En realidad no."

Agarró uno de los pomos, y empujó. La puerta se abrió con un suave silbido. Clary bajó su voz. "¿Quizá alguna de las dos dejó la nota?"

"Realmente no parece su estilo," dijo Simon, oyéndose sinceramente intrigado. "¿Crees que Jace podría haberlo hecho?"

La pronunciación de su nombre fue como un puñetazo en el estómago. Clary contuvo la respiración y dijo, "en verdad no creo que él hiciera eso, incluso si estuviese enojado." Apartó el teléfono de su oreja. Se asomó por la puerta medio abierta, podía ver de modo tranquilizador lo que parecía el interior de una iglesia normal, un largo pasillo al altar y luces parpadeantes como velas. Seguramente no podía hacer daño echar una miradita adentro. "Me tengo que ir, Simon," dijo ella. "Te llamo más tarde."

Cerró su teléfono y entró.

"¿De verdad crees que era un broma?" Jordan estaba rondando de arriba abajo el departamento como un tigre andando por su jaula en el zoológico. "No sé. Me parece una especie de broma muy enfermiza."

"No dije que no fuera enfermiza." Simon dio un vistazo a la nota: yacía sobre la mesa de café, las letras en imprenta eran claramente visibles incluso a distancia. Con sólo mirarla le daba un sentimiento de sacudida en el estómago, a pesar de que sabía que era absurdo. "Simplemente estoy tratando de pensar quién pudo haberla enviado. Y por qué."

"Tal vez debería tomarme el día libre observándote y vigilándola," dijo Jordan. "Tú sabes, por si acaso."

"Supongo que estás hablando de Maia," dijo Simon. "Sé que lo dices con buenas intenciones, pero realmente no creo que te quiera cerca. De ninguna manera."

La mandíbula de Jordan se tensó. "Me quedaré fuera de su camino y no podrá verme."

"Wow, te sigue gustando mucho, ¿no?"

"Tengo una responsabilidad personal." Jordan sonaba rígido. "Cualquier otra cosa que sienta no tiene importancia."

"Puedes hacer lo que quieras," dijo Simon. "Pero creo…"

El timbre de la puerta sonó otra vez. Los dos chicos intercambiaron una sola mirada antes de que ambos se precipitaran por el estrecho pasillo hacia la puerta. Jordan llegó primero. Agarró el perchero que se encontraba junto a la puerta, arrancó los abrigos, y abrió la puerta de par en par, con el perchero sostenido encima de su cabeza como una jabalina.

Al otro lado de la puerta estaba Jace. Pestañeó. "¿Eso es un perchero?"

Jordan dejó caer con estrépito el perchero sobre el suelo y suspiró. "Si hubieras sido un vampiro, esto habría sido mucho más útil."

"Sí, dijo Jace. "O, ya sabes, alguien con un montón de abrigos."

Simon clavó la mirada en Jordan y dijo: "Perdón. Hemos tenido una mañana estresante."

"Sí, bueno," dijo Jace. "Está a punto de ponerse más estresante. Vine para llevarte al Instituto, Simon. El Cónclave quiere verte, y no les gusta tener que esperar."

Al momento en que la puerta de la Iglesia de Talto se cerró detrás de Clary, sintió que estaba en otro mundo, el ruido y ajetreo de la ciudad de Nueva York quedó totalmente excluido. El área adentro de la edificación era grande y elevada, con altos techos alzándose por encima. Había un estrecho pasillo con hileras de bancos, y gruesas velas marrones ardiendo en candelabros sujetos a lo largo de las paredes. El interior parecía débilmente iluminado para Clary, pero quizá eso era sólo porque estaba acostumbrada al brillo de la luz mágica.

Se movió por el pasillo, las pisadas de sus zapatillas eran suaves contra la piedra polvorienta. Era extraño, pensó, una iglesia sin ninguna ventana. Al final del pasillo llegó hasta el ábside[32], donde una serie de escalones de piedra conducían a un podio en el cual se exhibía un altar. Parpadeó con la vista alzada hacia él, percatándose de que algo más era extraño: no había cruces en esta iglesia. En lugar de eso había una tabla de piedra en posición vertical sobre el altar, coronada por una figura esculpida de una lechuza. Las palabras en la tabla rezaban:

PORQUE SU CASA SE INCLINA HACIA LA MUERTE,
Y SUS SENDEROS HACIA LOS MUERTOS.
TODOS LOS QUE A ELLA VAN, NO VUELVEN,
NI ALCANZAN LAS SENDAS DE LA VIDA.[33]

Clary pestañeó. No estaba demasiado familiarizada con la Biblia—sin duda alguna no sabía nada como los casi perfectos recuerdos de Jace sobre los grandes pasajes de la misma—pero mientras aquello sonaba religioso, también era un pedazo de texto raro para presentar en una iglesia. Se estremeció, y se acercó más al altar, donde un gran libro cerrado había sido dejado. Una de las páginas parecía estar marcada; cuando Clary estiró una mano para abrir el libro, se dio cuenta que lo que ella creyó ser un señalador era una daga de empuñadura negra tallada con símbolos ocultos. Había visto imágenes de éstas

[32] El ábside es una construcción de planta generalmente semicircular o poligonal y cubierta abovedada que se encuentra casi siempre en los templos religiosos. Se sitúa detrás del altar mayor y como prolongación de la nave central. Se originó en las basílicas romanas, donde era el lugar destinado a los magistrados.

[33] Proverbios (2:18)

anteriormente en sus libros de texto. Era un athame[5], a menudo usado en rituales de invocaciones demoníacas.

Su estómago se congeló, pero de todos modos se inclinó para echar un vistazo a la página marcada, determinada a enterarse de algo—sólo para descubrir que estaba escrito en una apretada y estilizada escritura que hubiera sido difícil de descifrar si el libro estuviera en inglés. No lo estaba; estaba en un elegante alfabeto de aspecto puntiagudo que ella estaba segura de no haber visto antes. Las palabras estaban bajo una ilustración de lo que Clary reconoció como un círculo de invocación—la clase de dibujo que lo brujos trazaban en el suelo antes de promulgar hechizos. Los círculos estaban destinados a atraer y a concentrar poder mágico. Éste, salpicado a través de la página en tinta verde, parecía como dos círculos concéntricos, con un cuadrado en el centro de ellos. En el espacio entre los círculos, había runas garabateadas. Clary no las reconoció, pero pudo sentir el lenguaje de las runas en sus huesos, y la hicieron temblar. Muerte y sangre.

Pasó la página apresuradamente, y llegó a un grupo de ilustraciones que le hicieron contener el aliento.

Era una progresión de ilustraciones que comenzaban con la imagen de una mujer con un pájaro posado en su hombro izquierdo. El pájaro, posiblemente un cuervo, lucía siniestro y astuto. En la segunda imagen, el pájaro se había ido, y la mujer estaba evidentemente embarazada. En la tercera imagen la mujer yacía sobre un altar no muy diferente al que Clary tenía delante ahora. Una figura cubierta con una túnica estaba parada frente a ella, una desagradable jeringa de aspecto moderno en su mano. La jeringa estaba llena de un oscuro líquido rojo. La mujer claramente sabía que estaba a punto de ser inyectada con él, porque estaba gritando.

En la última imagen, la mujer estaba sentada con un bebé en su regazo. El bebé parecía casi normal, excepto que sus ojos eran completamente negros, sin nada de blanco. La mujer estaba mirando hacia su hijo con una mirada de terror.

Clary sintió que se le erizaban los pelos de la nuca. Su madre había tenido razón. Alguien estaba intentando hacer más bebés como Jonathan. En realidad, ya lo habían hecho.

Se alejó del altar. Cada nervio en su cuerpo estaba gritando que pasaba algo muy malo con este lugar. No creyó que pudiera pasar otro segundo aquí; era mejor salir y esperar allí hasta que llegara la caballería. Podía haber descubierto esta pista por su cuenta, pero el resultado era mucho más de lo que ella podía manejar.

Fue entonces cuando oyó un ruido.

Un suave susurro, como una lenta marea retrocediendo, que parecía venir por encima de ella. Alzó la vista, asiendo el athame con firmeza en su mano. Y miró fijamente. Todo alrededor de la galería de arriba tenía filas de figuras silenciosas. Parecía que vestían

chándales grises—zapatillas, aburridas sudaderas grises, y las cremalleras cerradas hasta arriba con las capuchas cayendo por encima de sus rostros. Estaban absolutamente inmóviles, sus manos sobre la barandilla de la galería, mirando fijo hacia ella. Al menos, supuso que estaban mirando. Sus rostros estaban escondidos completamente en sombras; ni siquiera podía decir si eran hombres o mujeres.

"Lo… Lo siento," dijo. Su voz resonó alta en la habitación de piedra. "No era mi intención molestar, o…"

No hubo más respuesta que el silencio. Silencio como un peso. El corazón de Clary comenzó a latir más rápido.

"Simplemente me iré, entonces," dijo, tragando con fuerza. Fue hacia adelante, colocó el athame sobre el altar, y se volteó para marcharse. Entonces percibió el olor en el aire, una fracción de segundo antes de girarse—el familiar hedor de basura podrida. Entre ella y la puerta, elevándose como una pared, había una espeluznante masa de piel escamosa, dientes como cuchillos, y largas garras.

Durante las siete semanas pasadas, Clary se había entrenado para enfrentarse a un demonio en combate, incluso a uno inmenso. Pero ahora que estaba pasando realmente, todo lo que podía hacer era gritar.

11

Nuestra Especie

El demonio se lanzó por Clary, y ella dejó de gritar abruptamente y se arrojó hacia atrás, sobre el altar—una voltereta perfecta, y por un momento bizarro deseó que Jace hubiera estado ahí para verlo. Golpeó el suelo agazapada, justo cuando algo golpeó fuertemente el altar, haciendo que la piedra vibrara.

Un aullido sonó a través de la iglesia. Clary se arrastró de rodillas y miró por sobre la esquina del altar. El demonio no era tan grande como ella había pensado primero, pero tampoco era pequeño—cerca del tamaño de un refrigerador, con tres cabezas balanceándose en sus tallos. Las cabezas eran ciegas, con enormes fauces abiertas de las cuales colgaba una ristra de baba verde. El demonio parecía haberse golpeado su cabeza de la izquierda en el altar cuando intentó cogerla, porque estaba sacudiéndola de atrás para adelante como si intentara aclararla.

Clary elevó la mirada salvajemente, pero las figuras en chándal seguían donde habían estado antes. Ninguna de ellas se había movido. Parecían estar observando lo que estaba pasando con un interés desprendido. Giró y miró detrás de ella, pero al parecer no había salidas además de la puerta por la que había llegado, y el demonio estaba bloqueando su camino de regreso a ésta. Dándose cuenta de que estaba perdiendo preciosos segundos, se puso de pie y cogió el athame. Se tiró del altar y se agachó justo cuando el demonio vino por ella de nuevo.

Ella rodó hacia un lado cuando una cabeza, balanceándose sobre un grueso tallo como cuello, se lanzó sobre el altar, su gruesa lengua negra chasqueando, buscándola. Con un grito atascó el athame en el cuello de la criatura una vez, luego lo soltó, arrastrándose hacia atrás y fuera del camino.

La cosa gritó, su cabeza alzándose hacia atrás, sangre negra regándose desde la herida que ella había hecho. Pero no fue un golpe asesino. Mientras Clary observaba, la herida comenzó a curar lentamente, la carne verde negruzca del demonio se entretejió como tela siendo cosida. Su corazón se hundió. Por supuesto. La completa razón para que los Cazadores de Sombras usaran armas con runas era prevenir que los demonios curaran.

Alcanzó la estela en su cinturón con su mano izquierda, y la liberó justo cuando el demonio vino por ella de nuevo. Ella saltó a un lado y se arrojó dolorosamente por las escaleras, rodando hasta que alcanzó la primera fila de bancos. El demonio se giró, moviéndose ruidosamente, y se dirigió hacia ella de nuevo. Dándose cuenta de que seguía apretando tanto la estela como la daga—de hecho, la daga la había cortado cuando rodó, y la sangre estaba manchando rápidamente el frente de su chaqueta—pasó la daga a su mano izquierda, la estela a la derecha, y con desesperada rapidez, cortó una runa enkeli en la empuñadura del athame.

Los otros símbolos en la empuñadura comenzaron a fundirse y a huir como si la runa de poder angelical se hubiera apoderado de ellas. Clary alzó la mirada; el demonio estaba casi sobre ella, sus tres cabezas alcanzándola, sus bocas abiertas. Impulsándose a sus pies, lanzó su brazo hacia atrás y arrojó la daga tan fuerte como pudo. Para su gran sorpresa, ésta golpeó en el medio de la cabeza derecha en el centro del cráneo, hundiéndose hasta la empuñadura. La cabeza se destrozó cuando el demonio gritó—el corazón de Clary se elevó, y luego la cabeza simplemente cayó, golpeando el suelo con un ruido repugnante. El demonio siguió viniendo de todas formas, arrastrando la ahora cabeza muerta sobre su cuello flácido avanzando después hacia Clary.

El sonido de muchos pasos llegó por encima. Clary alzó la mirada. Las figuras en chándal se habían ido, la galería estaba vacía. La vista no era tranquilizadora. Con su corazón bailando un tango en su pecho, Clary se giró y corrió hacia la puerta frontal, pero el demonio era más rápido que ella. Con un gruñido de esfuerzo se lanzó sobre ella y aterrizó delante de las puertas, bloqueando su salida. Haciendo un ruido silbante, se movió hacia ella, sus dos cabezas vivas balanceándose, luego levantándose, estirándose en toda su longitud con el fin de atacarla. Algo destelló a través del aire, una llama de oro plateado precipitándose. Las cabezas del demonio azotaron alrededor, el siseo elevándose a un grito, pero era demasiado tarde—la cosa plateada que las rodeaba se apretó, y rociando sangre negruzca, las dos cabezas restantes se cortaron. Clary rodó fuera del camino cuando la sangre volando la salpicó, quemando su piel. Luego agachó la cabeza cuando el cuerpo sin cabezas se inclinó, cayendo hacia ella— y se había ido. Cuando se venía abajo, el demonio desapareció, aspirado de vuelta a su dimensión. Clary levantó la cabeza cautelosamente. Las puertas frontales de la iglesia estaban abiertas, y en el camino de entrada estaba Isabelle, con botas y vestido negro, su látigo electrum en mano. Estaba enrollándolo de nuevo lentamente alrededor de su muñeca, mirando alrededor de la iglesia mientras lo hacía, sus cejas juntas en un curioso ceño. Cuando su mirada cayó en Clary, sonrió.

“Maldita sea, chica,” dijo. “¿En qué te metiste ahora?”

El toque de las manos los vampiros sirvientes en la piel de Simon era frío y ligero, como el toque de alas congeladas. Se estremeció un poco mientras ellos desenrollaban la venda alrededor de su cabeza, su áspera piel en la de él, antes de que retrocedieran, inclinándose mientras se retiraban.

Miró alrededor, parpadeando. Momentos atrás, había estado de pie en la luz del sol en la esquina de la Calle Setenta y Ocho y la Segunda Avenida—la había juzgado una distancia suficiente del Instituto para usar la tierra de tumba para contactar a Camille sin despertar sus sospechas. Ahora estaba en una habitación poco iluminada, muy grande, con un suelo liso de mármol y elegantes pilares de mármol sosteniendo un techo alto. A lo largo de la pared izquierda pasaba una fila de cubículos de vidrio, cada uno con una placa de bronce con letras que decían CAJERO. Otra placa de bronce en la pared proclamaba que se trataba de EL BANCO NACIONAL DOUGLAS. Gruesas capas de polvo acolchonaban el suelo y los contadores donde la gente una vez se había parado para escribir cheques o combinaciones de retiro, y las lámparas de latón que colgaban del techo estaban cubiertas de verdete.

En el centro de la habitación había un sillón alto, y en la silla estaba sentada Camille. Su cabello rubio plateado estaba deshecho, y llovía sobre sus hombros como oropel. Su hermoso rostro había sido limpiado de maquillaje, pero sus labios seguían siendo muy rojos. En la oscuridad del banco, eran casi el único color que Simon podía ver.

“Normalmente no estaría de acuerdo en reunirme a horas de luz solar, Daylighter,” dijo ella. “Pero ya que eres tú, he hecho una excepción.”

“Gracias.” Notó que ninguna silla había sido suministrada para él, así que continuó incómodamente de pie. Si su corazón todavía latiera, pensó, habría estado aporreando. Cuando había estado de acuerdo en hacer esto por el Conclave, había olvidado cuánto lo asustaba Camille. Tal vez era ilógico — ¿qué podría hacerle ella realmente? —pero ahí estaba.

“Supongo que esto significa que has considerado mi oferta,” dijo Camille. “Y que te comprometes a ella.”

“¿Qué te hace pensar que estoy de acuerdo?” dijo Simon, esperando que no ella no atribuyera la fatuidad de la pregunta al hecho de que estaba buscando evasivas por tiempo.

Ella pareció medio impaciente. “Difícilmente entregarías en persona la noticia de que has decidido negarte. Estarías asustado de mi temperamento.”

“¿Debería estar asustado de tu temperamento?”

Camille se echó hacia atrás en el sillón de orejas, sonriendo. La silla lucía moderna y lujosa, a diferencia de cualquier otra cosa del banco abandonado. Tenía que haber sido transportada de algún otro lugar, probablemente por los sirvientes de Camille, quienes ahora estaban de pie a cada lado como silenciosas estatuas. "Muchos lo están," dijo ella. "Pero tu no tienes razón para estarlo. Estoy muy complacida contigo. Aunque esperaste hasta el último momento para contactarme, tengo la sensación de que has hecho la decisión correcta."

El teléfono de Simon eligió ese momento para comenzar a vibrar insistentemente. Saltó, sintiendo un hilillo de sudor frío bajando por su espalda, luego lo sacó de prisa del bolsillo de su chaqueta. "Lo siento," dijo, abriéndolo de un tirón. "Teléfono."

Camille lució horrorizada. "No contestes eso."

Simon comenzó a levantar el teléfono hacia su oído. Mientras lo hacía se las arregló para apretar el botón de la cámara varias veces con su dedo. "Sólo tomará un segundo."

"Simon."

Golpeó el botón enviar y luego rápidamente cerró el teléfono de un tirón. "Lo siento. No lo pensé."

El pecho de Camille estaba elevándose y cayendo con furia, a pesar del hecho de que en realidad no necesitaba respirar. "Exijo más respeto que eso de mis sirvientes," siseó. "Nunca harás eso de nuevo, o…"

"¿O qué?" dijo Simon. "No puedes herirme, no más de lo que cualquiera puede. Y me dijiste que no sería un sirviente. Me dijiste que sería tu socio." Se detuvo, dejando la nota justa de arrogancia en su voz. "Tal vez deba reconsiderar mi aceptación a tu oferta."

Los ojos de Camille se oscurecieron. "Oh, por el amor de Dios. No seas tontito."

"¿Cómo puedes decir esa palabra?" exigió Simon.

Camille levantó sus delicadas cejas. "¿Cuál palabra? ¿Te molestó que te hubiera llamado tonto?"

"No. Bueno, sí, pero eso no es lo que quiero decir. Dijiste 'Oh, por…'" Se interrumpió, su voz se quebró. Seguía sin poder decirlo. Dios.

"Porque no creo en él, niño tonto," dijo Camille. "Y tú todavía lo haces." Inclinó la cabeza hacia el lado, mirándolo de la forma en que un pájaro miraría a un gusano en la acera que estaba considerando comerse. "Creo que tal vez es tiempo de un juramento de sangre."

"¿Un... juramento de sangre?" Simon se preguntó si había escuchado bien.

"Olvidé que tu conocimiento de las costumbres de nuestra especie son limitados," Camille sacudió su cabeza plateada. "Te pediré que firmes un juramento, en sangre, de que eres leal a mí. Te impediré que me desobedezcas en el futuro. Considéralo una especie de… acuerdo prenupcial." Sonrió, y él vio el destello de sus colmillos. "Vengan." Chasqueó sus dedos imperiosamente, y sus esbirros se escurrieron hacia ella, sus cabezas grises curvadas. El primero en alcanzarla le tendió algo que parecía como una anticuada pluma de cristal, del tipo con punto espiral hecha para coger y sostener tinta. "Tendrás que cortarte y extraer tu propia sangre," dijo Camille. "Normalmente lo haría yo misma, pero la Marca me lo impide. Por lo tanto tenemos que improvisar."

Simon vaciló. Esto era malo. Muy malo. Sabía lo suficiente acerca del mundo sobrenatural para saber lo que significaban los juramentos para los Submundos. No eran sólo promesas vacías que podían ser rotas. Realmente estaban ligados a su prometedor, como esposas virtuales. Si firmaba el juramento, realmente debería ser leal a Camille. Posiblemente para siempre.

"Ven," dijo Camille, un toque de impaciencia deslizándose en su voz. "No hay necesidad de holgazanear."

Tragando, Simon dio un reacio paso hacia adelante, y luego otro. Un sirviente dio un paso frente a él, bloqueando su camino. Estaba alargando un cuchillo hacia Simon, una cosa de aspecto perverso con una hoja como aguja. Simon lo tomó, y lo elevó sobre su muñeca. Luego lo bajó. "Ya sabes," dijo, "realmente no me gusta mucho el dolor. O los cuchillos…"

"Hazlo," gruñó Camille.

"Tiene que haber otra forma."

Camille se levantó de su silla, y Simon vio que sus colmillos estaban completamente extendidos. Realmente estaba enfurecida. "Si no dejas de gastar mi tiempo…"

Hubo una suave implosión, un sonido como de algo enorme echando abajo el centro. Un gran panel reluciente apareció contra la pared opuesta. Camille giró hacia él, sus labios separándose conmocionados cuando vio lo que era. Simon sabía que lo había reconocido, tal como él. Sólo podía ser una cosa.

Un Portal. Y a través de él estaba derramándose al menos una docena de Cazadores de Sombras.

"Está bien," dijo Isabelle, guardando el botiquín de primeros auxilios con un gesto rápido. Estaban en una de las muchas habitaciones disponibles del Instituto, con el propósito de hospedar a los miembros visitantes de la Clave. Cada una estaba simplemente amueblada con una cama, un vestidor y un guardarropa, y un pequeño baño. Y por supuesto, cada una tenía un botiquín de primeros auxilios, con vendajes, cataplasmas e incluso con estelas de repuesto incluidas. "Estás bien curada[34], pero va a tomar un poco de tiempo para que se desvanezcan algunos moretones. Y esto"—pasó una mano sobre las marcas de quemadura sobre el antebrazo de Clary donde la sangre de demonio la había salpicado—"probablemente no se irá completamente hasta mañana. Aunque si descansas, se curarán más rápido."

"Está bien. Gracias, Isabelle." Clary miró sus manos; había vendajes sobre la derecha, y su camisa todavía estaba rota y manchada de sangre, aunque las runas de Izzy habían curado los cortes debajo de ésta. Supuso que podría haber hecho las iratzes ella misma, pero era lindo tener a alguien cuidando de ella, e Izzy, mientras que no era la persona más cálida que Clary conocía, podía ser competente y amable cuando lo sentía así. "Y gracias por aparecer y, ya sabes, salvar mi vida de lo que sea que eso fuera…"

"Un demonio Hydra. Te lo dije. Tienen un montón de cabezas, pero son muy tontos. Y no estabas haciendo un mal trabajo con él antes de que yo apareciera. Me gusta lo que hiciste con el athame. Pensar bien bajo presión. Eso es parte de ser Cazador de Sombras tanto como perforar cosas." Isabelle se dejó caer en la cama junto a Clary y suspiró. "Probablemente debería ir a consultar que puedo averiguar acerca de la Iglesia de Talto antes de que el Conclave regrese. Tal vez nos ayude a averiguar que está pasando. Las cosas del hospital, los bebés…" Se estremeció. "No me gusta."

Clary le había contado a Isabelle cuanto había podido acerca de por qué había estado en la iglesia, incluso acerca del demonio bebé en el hospital, aunque había fingido que ella fue la que había sospechado, y había mantenido a su madre fuera de la historia. Isabelle había lucido enferma cuando Clary había descrito la forma en que el bebé humano lucía exactamente como un bebé normal excepto por sus abiertos ojos negros y las pequeñas garras que tenía en lugar de manos. "Creo que estaban intentando hacer otro bebé como… como mi hermano. Creo que experimentaron en alguna pobre mujer mundana," dijo Clary.

[34] Aquí Isabelle hace un juego de palabras, pues en inglés le dice "You're pretty well iratze'd up" refiriéndose a que la ha curado con una runa iratze.

"Pero no pudo soportarlo cuando el bebé nació, y perdió la cabeza. Es sólo… ¿quién haría algo así? ¿Uno de los seguidores de Valentine? ¿Los que nunca fueron atrapados, tal vez intentando seguir adelante con lo que él estaba haciendo?"

"Tal vez. O tal vez algún culto de adoración de demonios. Hay un montón de ellos. Aunque no puedo imaginar por qué alguien querría crear más criaturas como Sebastian." Su voz dio un pequeño salto de odio cuando dijo su nombre.

"Su nombre es Jonathan realmente…"

"Jonathan es el nombre de Jace," dijo Isabelle de modo tirante. "No voy a llamar a ese monstruo por el mismo nombre que tiene mi hermano. Siempre va a ser Sebastian para mí"

Clary tenía que admitir que Isabelle tenía un punto. Había tenido un tiempo difícil pensando en él como Jonathan también. Supuso que no era justo para el verdadero Sebastian, pero ninguno de ellos lo había conocido realmente. Era más fácil pegar el nombre de un desconocido al vicioso hijo de Valentine que llamarlo algo que lo hacía sentir más cercano a su familia, más cercano a su vida.

Isabelle habló ligeramente, pero Clary podía decir que su mente estaba trabajando, marcando varias posibilidades diferentes: "De todas formas, estoy contenta de que me hayas escrito cuando lo hiciste. Pude decir por tu mensaje que algo extraño estaba pasando, y francamente estaba aburrida. Todos están afuera haciendo alguna cosa secreta con el Conclave, y yo no quise ir, porque Simon iba a estar ahí, y lo odio ahora."

"¿Simon está con el Conclave?" Clary estaba estupefacta. Había notado que el Instituto parecía incluso más vacío de lo normal cuando habían llegado. Jace, por supuesto, no estaba ahí, pero ella no había esperado que lo estuviera—aunque no había sabido por qué. "Hablé con él esta mañana y no dijo nada acerca de hacer algo para ellos," agregó Clary.

Isabelle se encogió de hombros. "Tenía algo que ver con política de vampiros. Eso es todo lo que sé."

"¿Crees que él está bien?"

Isabelle sonó exasperada. "Ya no necesita que lo protejas, Clary. Tiene la Marca de Caín. Podría conseguir que lo reventaran, le dispararan, lo ahogaran, y lo apuñalaran y estaría bien." Miró firme a Clary. "Noté que no me preguntaste por qué odio a Simon," dijo. "¿Asumo que sabías acerca de la cosa de dos a la vez?"

"Lo sabía," admitió Clary. "Lo siento."

Isabelle rechazó su confesión. "Eres su mejor amiga. Hubiera sido raro que no supieras."

"Debía haberte dicho," dijo Clary. "Es sólo… nunca tuve la sensación de que estuvieras así de enserio acerca Simon, ¿sabes?"

Isabelle frunció el ceño. "No lo estaba. Es sólo… pensé que él lo iba a tomar en serio, al menos, ya que estaba tan fuera de su liga y todo. Supongo que esperaba algo mejor de él de lo que lo hago de otros chicos."

"Tal vez," dijo Clary tranquilamente, "Simon no debería estar saliendo con alguien que piensa que están fuera de su liga." Isabelle la miró, y Clary se sintió ruborizar. "Lo siento. Su relación realmente no es mi asunto."

Isabelle estaba retorciendo su cabello oscuro en un nudo, algo que hacía cuando se sentía tensa. "No, no lo es. Quiero decir, pude preguntarte por qué me texteaste para que viniera a la iglesia y te encontrara, y no a Jace, pero no lo he hecho. No soy estúpida. Sé que algo está mal entre ustedes dos, a pesar de las sesiones de besuqueo en el callejón." Miró a Clary de modo penetrante. "¿Ya han dormido juntos ustedes dos?"

Clary sintió la sangre precipitarse a su rostro. "Qué… quiero decir, no, no lo hemos hecho, pero no veo qué tiene eso que ver con nada."

"Nada," dijo Isabelle, palmeando su cabello anudado en su lugar. "Eso era puramente curiosidad. ¿Qué te está reteniendo?"

"Isabelle…" Clary levantó sus piernas, envolvió sus brazos alrededor de sus rodillas, y suspiró. "Nada. Sólo nos estamos tomando nuestro tiempo. Nunca he… ya sabes."

"Jace sí," dijo Isabelle. "Quiero decir, asumo que sí. No lo sé seguro. Pero si alguna vez necesitas algo…" Dejó la frase colgando en el aire.

"¿Necesitar algo?"

"Protección. Ya sabes. Así pueden ser cuidadosos," dijo Isabelle. Sonaba tan práctica como si estuviera hablando de botones extra. "Creerías que el Ángel habría tenido previsiones suficientes para darnos una runa de control natal, pero no querida"

"Por supuesto que seré cuidadosa," farfulló Clary, sintiendo sus mejillas volverse rojas. "Suficiente. Esto es incómodo."

"Esto es charla de chicas," dijo Isabelle. "Sólo piensas que es incómodo porque has pasado toda tu vida con Simon como tu único amigo. Y no puedes hablar con él acerca de Jace. Eso sería incómodo."

"¿Y Jace realmente no te ha dicho nada? ¿Acerca de qué le está molestando?" dijo Clary, en voz baja. "¿Lo prometes?"

"No tiene qué," dijo Isabelle. "La forma en que has estado actuando, y con Jace yendo por ahí luciendo como si alguien acabara de morir, no es como si no hubiera notado que algo estaba mal. Deberías venir pronto a hablar conmigo."

"¿Él está bien al menos?" preguntó Clary muy tranquilamente.

Isabelle se levantó de la cama y la miró hacia abajo. "No," dijo. "No está para nada bien. ¿Tú lo estás?" Clary sacudió la cabeza. "No creí eso," dijo Isabelle.

Para sorpresa de Simon, Camille, al ver a los Cazadores de Sombras, ni siquiera intentó mantenerse firme. Gritó y corrió hacia la puerta, sólo para congelarse cuando se dio cuenta de que había luz solar afuera, y que salir del banco la incineraría rápidamente. Jadeó y se encogió contra una pared, sus colmillos desnudados, un bajo siseo viniendo de su garganta.

Simon retrocedió cuando los Cazadores de Sombras del Conclave pulularon a su alrededor, todos de negro como un asesino de cuervos; vio a Jace, su rostro pálido y firme como mármol blanco, deslizando la hoja de una espada a través de uno de los sirvientes humanos mientras pasaba, tan casual como un peatón podría matar a una mosca. Maryse iba adelante con paso majestuoso, su cabello negro hacía a Simon recordar a Isabelle. Despachó al segundo sirviente encogido con un movimiento de cepillado de su cuchillo serafín, y avanzó hacia Camille, su brillante espada extendida. Jace estaba junto a ella, y otro Cazador de Sombras—un hombre alto con runas negras torcidas como vides en sus antebrazos—estaba a su otro lado.

El resto de los Cazadores de Sombras se habían extendido y bordeando el banco, barriendo con esas extrañas cosas que usaban —Sensores —revisando cada esquina por actividad demoniaca. Ignoraron los cuerpos de los sirvientes humanos de Camille, yaciendo inmóviles en sus charcos de sangre seca. Ignoraron a Simon también. Podría haber sido otro pilar también, para toda la atención que le prestaron.

"Camille Belcourt," dijo Maryse, su voz haciendo eco en las paredes de mármol. "Has quebrantado la Ley y estás sujeta a los castigos de la Ley. ¿Te rendirás y vendrás con nosotros, o pelearás?"

Camille estaba llorando, sin hacer esfuerzo en cubrir sus lágrimas, las cuales estaban teñidas con sangre. Éstas veteaban su rostro blanco con líneas rojas mientras se sofocaba, "Walker…y mi Archer…"

Maryse lució desconcertada. Se volvió hacia el hombre de su izquierda. "¿Qué está diciendo, Kadir?"

"Sus sirvientes humanos," replicó. "Creo que está llorando sus muertes."

Maryse volteó su mano despectivamente. "Es contra la Ley crear sirvientes de seres humanos."

"Los creé antes de que los Submundos estuvieran sujetos a sus malditas leyes, tú, perra. Ellos habían estado conmigo por doscientos años. Eran como hijos para mí."

La mano de Maryse se apretó en la empuñadura de su espada. "¿Qué sabrás tú de hijos?" susurró. "¿Qué sabe tu especie de algo que no sea destruir?"

Las lágrimas de Camille que veteaban su rostro destellaron por un momento con triunfo. "Lo sabía," dijo. "Cualquier otra cosa que puedas decir, otra mentira que dirás, odias a nuestra especie. ¿No?"

El rostro de Maryse se cerró. "Tómenla," dijo. "Tráiganla al Santuario."

Jace se movió rápidamente a uno de los lados de Camille y la agarró; Kadir cogió su otro brazo. Juntos, la maniataron entre ellos.

"Camille Belcourt, estás acusada de asesinato de humanos," entonó Maryse. "Y del asesinato de Cazadores de Sombras. Serás llevada al Santuario, donde serás interrogada. La sentencia por el asesinato de Cazadores de Sombra es la muerte, pero es posible que si cooperas con nosotros, tu vida sea perdonada. ¿Entiendes?" preguntó Maryse.

Camille sacudió la cabeza desafiantemente. "Sólo hay un hombre al que le responderé," dijo. "Si no lo traen a mí, no les diré nada. Pueden matarme, pero no les diré nada."

"Muy bien," dijo Maryse. "¿Cuál hombre es ese?"

Camille desnudó sus dientes. "Magnus Bane."

"¿Magnus Bane?" Maryse pareció asombrada. "¿El Magnífico Brujo de Brooklyn? ¿Por qué quieres hablar con él?"

"Le responderé a él," dijo Camille otra vez. "O no le responderé a nadie."

Y eso fue todo. No dijo otra palabra. Mientras era arrastrada por los Cazadores de Sombras, Simon la observaba irse. No se sintió, como había pensado, triunfante. Se sentía vacío, y extrañamente enfermo del estómago. Miró los cuerpos de los sirvientes muertos; no le agradaban mucho tampoco, pero no habían pedido ser lo que eran, no realmente. En cierto sentido, tampoco Camille. Pero ella era un monstruo para los Nefilim de cualquier forma. Y tal vez no sólo porque había matado Cazadores de Sombra; tal vez no había forma, realmente, de que ellos pensar cualquier otra cosa de ella.

Camille había sido empujada a través del Portal; Jace estaba en el otro lado, haciendo gestos impacientes para que Simon lo siguiera. "¿Vienes o no?" gritó.

Cualquier otra cosa que puedas decir, otra mentira que dirás, odias a nuestra especie.

"Voy," dijo Simon, y avanzó de mala gana.

12

Santuario

"¿Para qué crees que Camille quiera ver a Magnus?" Preguntó Simon.

Él y Jace estaban de pie contra la pared posterior del Santuario, la cual era una habitación enorme unida al cuerpo principal del Instituto a través de un estrecho pasillo. No formaba parte del Instituto en sí; se había dejado deliberadamente sin consagrar con el fin de que pudiera ser utilizado como un lugar de reunión para demonios y vampiros. Los Santuarios, Jace había informado a Simon, habían pasado algo de moda desde que la Proyección había sido inventada, pero de vez en cuando encontraban un uso para ellos. Aparentemente, ésta era una de esas veces.

Era una habitación grande, de piedra y columnas, con una entrada igualmente de piedra más allá de una amplia gama de puertas de doble hoja; la entrada dirigía al pasillo comunicando el cuarto con el Instituto. Enormes hoyos en el suelo de piedra indicaban que lo que sea que haya sido enjaulado aquí a lo largo de los años, había sido bastante desagradable… y grande. Simon no pudo evitar preguntarse en cuántas habitaciones enormes y llenas de pilares iba a tener que gastar su tiempo.

Camille estaba de pie contra uno de los pilares, con los brazos detrás de ella, era custodiada a cada lado por guerreros Cazadores de Sombras. Maryse se paseaba de un lado a otro, ocasionalmente deliberando con Kadir, estaba claro que trataban de organizar algún tipo de plan. No había ventanas en el cuarto, por obvias razones, pero la luz mágica de las antorchas ardía por todas partes, dando a toda la escena un blanquecino peculiar.

"No lo sé," dijo Jace. "Tal vez quiera consejos de moda."

"Já," dijo Simon. "¿Quién es el chico con tu mamá? Luce familiar."

"Ese es Kadir," dijo Jace. "Probablemente conociste a su hermano. Malik. Murió en el ataque en el barco de Valentine. Kadir es la segunda persona más importante en el Conclave, después de mi mamá. Confía bastante en él."

Mientras Simon observaba, Kadir puso los brazos de Camille detrás de su espalda, así rodeaban el pilar, y los encadenó a sus muñecas. La vampira dio un pequeño grito.

"Metal bendito," dijo Jace sin un parpadeo de emoción. "Eso les quema."

‘Les,’ pensó Simon. Quieres decir ‘te.’ Yo soy como ella. No soy diferente sólo porque me conoces.

Camille estaba gimiendo. Kadir dio un paso atrás, su rostro impasible. Las runas, oscuras contra su piel morena, enroscaban la totalidad de sus brazos y garganta. Volteó para decirle algo a Maryse; Simon cogió las palabras “Magnus” y “mensaje rápido.”

“Magnus otra vez,” dijo Simon. “¿Pero no está viajando?”

“Magnus y Camille son realmente viejos,” dijo Jace. “Supongo que no es tan extraño que se conozcan.” Él se encogió de hombros, aparentemente desinteresado en el tema. “De todas formas, estoy bastante seguro que van a terminar convocando a Magnus para que regrese. Maryse quiere información, y la quiere a toda costa. Sabe que Camille no estaba matando a esos Cazadores de Sombras sólo por sangre. Hay formas más fáciles de obtener sangre.”

Simon pensó fugazmente en Maureen, y se sintió enfermo. “Bueno,” dijo, tratando de sonar indiferente. “Supongo que eso significa que Alec volverá. Entonces eso es bueno, ¿cierto?”

“Seguro.” La voz de Jace sonó sin vida. Tampoco lucía del todo estupendo; la luz blanquecina en el cuarto moldeaba los ángulos de sus pómulos en un nuevo y más afilado relieve, mostrando que había perdido peso. Sus uñas estaban mordidas hasta las ensangrentadas raíces, y había sombras oscuras bajo sus ojos.

“Por lo menos tu plan funcionó,” agregó Simon, tratando de inyectar algo de alegría a la miseria de Jace. Había sido idea de Jace que Simon tomara una foto con su teléfono celular y la enviara al Conclave, lo que les permitiría hacer un Portal hacia donde él estaba. “Fue una buena idea.”

“Sabía que funcionaría.” Jace parecía aburrido por el cumplido. Levantó la vista cuando las puertas dobles del Instituto se abrieron, e Isabelle vino a través de ellas, su cabello negro oscilando. Miró alrededor del cuarto—entregando apenas una mirada hacia Camille y a los otros Cazadores de Sombras—y se acercó a Jace y a Simon, sus botas haciendo ruido contra el suelo de piedra.

“¿Qué es todo eso de traer de regreso a los pobres Magnus y Alec de sus vacaciones?” preguntó Isabelle. “¡Tienen entradas para la ópera!”

Jace explicó, mientras Isabelle permanecía con las manos en las caderas, ignorando por completo a Simon.

“Bien,” dijo ella cuando acabó. “Pero todo el asunto es ridículo. Sólo está ganando tiempo. ¿Qué podría posiblemente tener que decirle ella a Magnus?” Miró por encima del hombro a Camille, quien estaba ahora no sólo maniatada, sino atada al pilar con pedazos de cadenas

de oro plateado. Se entrecruzaban en su cuerpo a lo largo de su torso, sus rodillas, e incluso sus tobillos, manteniéndola totalmente inmóvil. "¿Eso es metal bendito?"

Jace asintió con la cabeza. "Las esposas están revestidas para proteger sus muñecas, pero si se mueve demasiado. . ." Hizo un sonido de chisporroteo. Simon, recordando la forma en que sus manos se habían quemado cuando había tocado la Estrella de David en su celda en Idris, la forma en que su piel se había corrido hasta sangrar, tuvo que reprimir el impulso de gritarle.

"Bueno, mientras ustedes estaban fuera capturando vampiros, yo estaba en la zona residencial luchando contra un demonio Hydra," dijo Isabelle. "Con Clary."

Jace, que hasta ahora no había mostrado ni el más mínimo interés en nada a su alrededor, se puso de pie bruscamente. "¿Con Clary? ¿La llevaste a cazar un demonio contigo?" Isabelle…"

"Por supuesto que no. Ella ya estaba bien metida en la lucha para el tiempo en que llegué."

"¿Pero cómo sabías…?"

"Me mandó un mensaje de texto," dijo Isabelle. "Entonces fui." Examinó sus uñas, las cuales estaban, como de costumbre, perfectas.

"¿Ella te mandó un mensaje de texto?" Jace cogió a Isabelle por la muñeca. "¿Está bien? ¿Se lastimó?"

Isabel miró la mano de él agarrando su muñeca, y luego de vuelta a su cara. Si estaba hiriéndola, Simon no podría saberlo, pero la mirada en el rostro de ella podría haber cortado vidrio, al igual que el sarcasmo en su voz. "Sí, está sangrando a muerte arriba, pero pensaba evitar decírtelo de inmediato, porque me gusta mantener el suspenso."

Jace, como si de repente fuera consciente de lo que estaba haciendo, soltó la muñeca de Isabelle. "¿Está aquí?"

"Está arriba," dijo Isabelle. "Descansando…"

Pero Jace ya se había ido, corriendo por las puertas de entrada. Irrumpió a través de ellas y desapareció. Isabelle, mirándolo, sacudió la cabeza.

"Realmente no pudiste haber pensado que iba a hacer otra cosa," dijo Simon.

Por un momento, ella no dijo nada. Él se preguntó si tal vez sólo estaba planificando ignorar todo lo que dijera por el resto de la eternidad. "Lo sé," dijo finalmente. "Sólo desearía saber qué está pasando entre ellos."

"No estoy seguro de que ellos lo sepan."

Isabelle estaba mordiendo su labio inferior. Parecía muy joven de repente, e inusualmente en conflicto, para ser Isabelle. Claramente algo estaba pasando con ella, y Simon esperó en silencio mientras parecía llegar a una decisión. "No quiero estar así," dijo ella. "Vamos. Quiero hablar contigo." Comenzó a dirigirse hacia las puertas del Instituto.

"¿En serio?" Simon estaba asombrado.

Ella se giró y lo miró ferozmente. "Ahora quiero. Pero no puedo prometer cuánto tiempo va a durar."

Simon levantó las manos. "Quiero hablar contigo, Iz. Pero no puedo entrar en el Instituto."

Una línea apareció entre sus cejas. "¿Por qué?" se interrumpió, mirando desde él hasta las puertas, a Camille, y de vuelta a él. "Oh. Cierto. ¿Cómo llegaste aquí, entonces?"

"Por el portal," dijo Simon. "Pero Jace dijo que hay una puerta que lleva a una serie de puertas para salir a la calle. Así los vampiros pueden entrar aquí en la noche." Señaló a una estrecha puerta situada en la pared a unos pasos de distancia. Estaba asegurada con un perno de hierro oxidado, como si no hubiera sido utilizada en un tiempo.

Isabelle se encogió de hombros. "Bien."

El perno hizo un ruido chirriante cuando ella lo tiró hacia atrás, enviando escamas de óxido al aire con un fino rocío rojo. Más allá de las puertas había una pequeña habitación de piedra, como la sacristía de una iglesia, y un conjunto de puertas que lo más probable llevaran afuera. No había ventanas, pero el aire frío se deslizaba por los bordes de las puertas, haciendo que Isabelle tiritara en su vestido corto.

"Mira, Isabelle," dijo Simon, pensando que el deber de iniciar la discusión era de él. "Estoy realmente apenado por lo que hice. No hay excusa…"

"No, no la hay," dijo Isabelle. "Y mientras estás en ello, tal vez quieras decirme por qué estás dando vueltas con el tipo que Convirtió a Maia en una mujer lobo."

Simon le contó la historia que Jordan le había contado, tratando de mantener su explicación tan imparcial como pudo. Sintió como si al menos fuera importante explicarle a Isabelle que en realidad él no sabía quién era Jordan al principio y, además, que Jordan lamentaba lo que había hecho. "No es que eso lo haga estar bien," concluyó. "Pero, tú sabes…" Todos hemos hecho cosas malas. Pero no se atrevía a decirle acerca de Maureen. En este momento no.

"Lo sé," dijo Isabelle. "Y he oído del Praetor Lupus. Si están dispuestos a tenerlo como un miembro, no puede ser un completo desastre, supongo." Miró a Simon con un poco más de atención. "Aunque no entiendo por qué necesitas que alguien te proteja. Tú tienes…" Señaló su frente.

"No puedo pasar el resto de mi vida con gente corriendo hacia mí todos los días y la Marca explotándolos," dijo Simon. "Necesito saber quién está tratando de matarme. Jordan está ayudando con eso. Jace también."

"¿Realmente crees que Jordan te está ayudando? Porque la Clave tiene cierta influencia en el Praetor. Podríamos reemplazarlo."

Simon vaciló. "Sí," dijo él. "Realmente creo que está ayudando. Y no puedo depender siempre de la Clave."

"De acuerdo." Isabelle se apoyó contra la pared. "¿Te preguntaste alguna vez por qué soy tan diferente de mis hermanos?" preguntó sin preámbulos. "Alec y Jace, quiero decir."

Simon parpadeó. "¿Te refieres aparte de todo el asunto donde tú eres una chica y ellos… no lo son?"

"No. Eso no, idiota. Quiero decir, míralos a ambos. No tienen problemas enamorándose. Ambos están enamorados. Del tipo 'para siempre.' Están completos. Mira a Jace. Él ama a Clary como… como si no hubiera nada más en el mundo y jamás lo habrá. Alec es igual. Y Max…" Su voz se entrecortó. "No sé cómo habría sido para él. Pero confiaba en todo el mundo. Y como te habrás dado cuenta, yo no confío en nadie."

"La gente es diferente," dijo Simon, tratando de sonar comprensivo. "Eso no significa que ellos sean más felices que tú."

"Claro que sí," dijo Isabelle. "¿Crees que no sé eso?" Miró a Simon, con dureza. "Conoces a mis padres."

"No muy bien." Nunca habían estado terriblemente entusiasmados por conocer al novio vampiro de Isabelle, una situación que no había hecho mucho por mejorar el sentimiento de Simon de que no era más que el último de una larga lista de indeseables pretendientes.

"Bueno, tú sabes que ambos estuvieron en el Círculo. Pero apuesto a que no sabías que fue todo idea de mi mamá. Mi papá nunca fue muy entusiasta acerca de Valentine o nada de eso. Y después cuando pasó todo, y fueron desterrados, y se dieron cuenta de que prácticamente habían destrozado sus vidas, creo que la culpó. Pero ya tenían a Alec y me iban a tener a mí, así que él se quedó, aunque creo que un poco quería marcharse. Y después, cuando Alec estaba alrededor de los nueve, encontró a alguien más."

"Whoa," dijo Simon. "¿Tu papá engañó a tu mamá? Eso es… eso es horrible."

"Ella me lo contó," dijo Isabelle. "Yo tenía alrededor de trece años. Me dijo que la habría dejado pero descubrieron que estaba embarazada de Max, entonces se quedaron juntos y rompió con la otra mujer. Mi mamá no me dijo quién era. Sólo me dijo que en realidad no podías confiar en los hombres. Y me dijo que no se lo contara a nadie."

"¿Y lo hiciste? ¿Le dijiste a alguien?"

"Hasta ahora no," dijo Isabelle.

Simon pensó en una Isabelle más pequeña, manteniendo el secreto, sin contárselo nunca a nadie, ocultándolo de sus hermanos. Sabiendo cosas sobre su familia que ellos nunca sabrían. "No debió pedirte que hicieras eso," dijo, repentinamente enfadado. "No fue justo."

"Tal vez," dijo Isabelle. "Creí que me hacía especial. No pensé en cómo podría cambiarme. Pero veo a mis hermanos entregando sus corazones y pienso: ¿No lo sabes mejor? Los corazones son frágiles. Y creo que incluso cuando te recuperas, nunca eres lo que fuiste antes."

"Tal vez estés mejor," dijo Simon. "Yo sé que estoy mejor."

"Te refieres a Clary," dijo Isabelle. "Porque ella rompió tu corazón."

"En pequeñas piezas. Ya sabes, cuando alguien prefiere a su propio hermano por sobre ti, no es un estímulo de confianza. Pensé que tal vez cuando se diera cuenta de que nunca funcionaría con Jace, se daría por vencida y volvería a mí. Pero finalmente me di cuenta que ella nunca dejaría de amar a Jace, tanto si funcionara con él o no. Y sabía que si estaba conmigo era sólo porque no podía tenerlo, preferí estar solo, así que le puse fin."

"No sabía que tú habías terminado con ella," dijo Isabelle. "Supuse…"

"¿Que no tenía dignidad?" Simon sonrió con ironía.

"Creía que seguías enamorado de Clary," dijo Isabelle. "Y que no podías tomar en serio a nadie más."

"Porque escoges a chicos que nunca te tomarán en serio," dijo Simon. "Así que nunca tienes necesidad de tomarlos en serio."

Los ojos de Isabelle brillaron cuando lo miró, pero no dijo nada.

"Me preocupo por ti," dijo Simon. "Siempre me preocupé por ti."

Ella dio un paso hacia él. Estaban parados bastante cerca en la pequeña habitación, y podía oír el sonido de la respiración de ella y el débil latido de su corazón por debajo. Olía a champú, sudor, perfume de gardenia, y a sangre de Cazador de Sombras.

La idea de la sangre le hizo recordar a Maureen, y su cuerpo se tensó. Isabelle se dio cuenta—por supuesto que se dio cuenta, era una guerrera, sus sentidos estaban finamente sintonizados con el más mínimo movimiento en los demás—y dio un paso atrás, con una dura expresión. "Muy bien," dijo. "Bueno, me alegro de que habláramos."

"Isabelle…"

Pero ya se había ido. Fue tras ella hasta el Santuario, pero se movía rápido. Para cuando la puerta de la sacristía se cerró tras él, ella estaba a mitad de camino en la habitación. Se dio por vencido y observó mientras desaparecía a través de las puertas dobles hacia el Instituto, sabiendo que no podía seguir.

Clary se sentó, sacudiendo la cabeza para despejar el aturdimiento. Le tomó un momento recordar dónde estaba… en un dormitorio de invitados en el Instituto, la única luz en la sala era la iluminación que se filtraba por la única ventana alta. Era luz azul—la luz del crepúsculo. Estaba enredada en la manta; sus jeans, chaqueta y zapatos estaban apilados cuidadosamente en una silla cerca de la cama. Y al lado de ella estaba Jace, mirándola, como si lo hubiera conjurado por haber soñado con él.

Estaba sentado en la cama, vistiendo su equipo, como si acabara de llegar de una pelea, y su pelo estaba alborotado, la tenue luz de la ventana iluminaba las sombras bajo sus ojos, los huecos de las sienes, los huesos de sus mejillas. En aquella luz tenía la extrema y casi irreal belleza de un cuadro de Modigliani[35], todos los planos y ángulos alargados.

Se frotó los ojos, parpadeando para alejar el sueño. "¿Qué hora es?" dijo. "¿Cuánto tiempo…?"

La atrajo hacia él y la besó, y por un momento se quedó inmóvil, de repente fue muy consciente de que todo lo que llevaba era una fina camiseta y la ropa interior. Después fue sin remordimientos contra él. Era la clase de beso prolongado que convertía sus entrañas en agua. La clase de beso que podía hacerle sentir que nada estaba mal, que las cosas eran como habían sido antes, y que sólo estaba contento de verla. Pero cuando sus manos fueron a levantar el dobladillo de su camiseta, ella las alejó.

"No," dijo con los dedos envueltos alrededor de sus muñecas. "No puedes simplemente seguir agarrándome cada vez que me veas. No es un sustituto para hablar."

Él tomó un aliento irregular y dijo: "¿Por qué le mandaste un mensaje a Isabelle en vez de mí? Si estabas en problemas…"

"Porque sabía que ella vendría," dijo Clary. "Y no sé eso sobre ti. En este momento no."

[35] Amadeo Clemente Modigliani (1884-1920) fue un pintor y escultor italiano cuyos temas de sus obras fueron el retrato y los desnudos femeninos. Se lo considera como uno de los más grandes pintores europeos de todos los tiempos.

"Si algo te hubiera pasado…"

"Entonces, supongo que habrías oído de eso eventualmente. Ya sabes, cuando te dignaras a contestar el teléfono." Seguía sosteniendo sus muñecas; las soltó, y se recostó. Fue duro, físicamente duro, estar así de cerca y no tocarlo, pero obligó a apoyar sus manos a los costados y las mantuvo allí. "O me dices qué está pasando, o puedes salir de la habitación."

Sus labios se separaron, pero no dijo nada; ella no creyó haberle hablado con esta dureza en mucho tiempo. "Lo siento," dijo finalmente. "Quiero decir, lo sé, con la forma en que he estado actuando, no tienes razón para escucharme. Y probablemente no debería haber venido aquí. Pero cuando Isabelle dijo que estabas herida, no pude detenerme."

"Algunas quemaduras," dijo Clary. "Nada que importe."

"Todo lo que te pase a ti me importa."

"Bueno, eso ciertamente explica por qué no me has llamado ni una vez. Y la última vez que te vi, te escapaste sin decirme por qué. Es como salir con una fantasma."

La boca de Jace se arqueó levemente a un lado. "No exactamente. Isabelle en realidad salió con un fantasma. Ella podría contarte…"

"No," dijo Clary. "Era una metáfora. Y sabes exactamente qué quiero decir."

Por un momento, estuvo en silencio. Luego dijo: "Déjame ver las quemaduras."

Ella tendió los brazos. Había varias manchas rojas en el interior de sus muñecas, donde la sangre de demonio había salpicado. Tomó sus muñecas, suavemente, mirándola por permiso primero, y girándolas. Ella recordó la primera vez que la había tocado, en la calle fuera del Java Jones, buscando en sus manos Marcas que no tenía. "Sangre de demonio," dijo él. "Desaparecerán en unas pocas horas. ¿Te duelen?"

Clary negó con la cabeza.

"No sabía," dijo. "No sabía que me necesitabas."

Su voz tembló. "Siempre te necesito."

Él inclinó la cabeza y besó la quemadura sobre su muñeca. Una llamarada de calor la recorrió, como un pico de calor que iba de la muñeca hasta la boca del estómago. "No me di cuenta," dijo. Besó la siguiente quemadura, en su antebrazo, y luego la siguiente, pasando de su brazo a su hombro, la presión de su cuerpo bajó la espalda de ella hasta quedar acostada sobre las almohadas, mirándolo. Él se apoyó en los codos para no aplastarla con su peso y la miró.

Sus ojos siempre se oscurecían cuando se besaban, como si el deseo cambiara su color de alguna manera fundamental. Él tocó la marca de la estrella blanca en su hombro, la que ambos tenían, que los marcó como los hijos de aquellos que habían tenido contacto con los ángeles. "Sé que he estado actuando extraño últimamente," dijo. "Pero no eres tú. Te amo. Eso nunca cambia."

"¿Entonces qué…?"

"Creo que todo lo que pasó en Idris… Valentine, Max, Hodge, incluso Sebastian… sigo apartando todo, tratando de olvidar, pero se está tomando la revancha. Yo… voy a conseguir ayuda. Voy a mejorar. Te lo prometo."

"Lo prometes."

"Lo juro por el Ángel." Agachó la cabeza y besó su mejilla. "Al diablo con eso. Lo juro por nosotros."

Clary enrolló sus dedos en la manga de la camiseta de él. "¿Por qué nosotros?"

"Porque no hay nada en lo que crea más." Ladeó la cabeza. "Si nos fuéramos a casar," comenzó, y debió sentir la tensión de ella bajo él, porque sonrió. "No te asustes, no lo estoy proponiendo en el acto. Sólo me preguntaba qué sabías acerca de las bodas de los Cazadores de Sombras."

"Sin anillos," dijo Clary, pasando sus dedos por la parte posterior del cuello de él, donde la piel era suave. "Sólo runas."

"Una aquí," dijo él, tocando su brazo gentilmente con la punta del dedo, donde estaba la cicatriz. "Y otra aquí." Deslizó la punta del dedo hasta su brazo, a lo largo de su clavícula, y hacia abajo hasta que descansó sobre su acelerado corazón. "El ritual es tomado de el Cantar de Salomón[36]. 'Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo: porque el amor es tan fuerte como la muerte.'"

"Lo nuestro es más fuerte que eso," susurró Clary, recordando cómo lo había resucitado. Y esta vez, cuando sus ojos se oscurecieron, levantó la mano y lo llevó hasta su boca.

[36] El Cantar de Salomón, también conocido como Cantar de los Cantares, es uno de los libros de la Biblia y del Tanaj. Trata de dos amantes, Salomón y Sulamita, que han sido obligados a separarse, y que declaman su amor de una forma poética altamente sofisticada. Se buscan con desesperación, se reúnen y vuelven a separarse con la esperanza de volver a estar juntos para siempre, apoyándose en la antigua premisa de que "el amor siempre triunfa".

Se besaron durante mucho tiempo, hasta que la mayoría de la luz de la habitación se había desvanecido y sólo había sombras. Jace no movió las manos ni trató de tocarla, aunque ella intuyó que estaba esperando su permiso.

Se dio cuenta de que tendría que ser ella la que lo llevara más lejos, si así lo quería—y lo quería. Había admitido que algo estaba mal y que no tenía nada que ver con ella. Eso era un progreso: un progreso positivo. Debía ser recompensado, ¿verdad? Una sonrisita torció el borde de su boca. A quién estaba tomándole el pelo; ella quería más para su propio beneficio. Porque era Jace, porque lo amaba, porque era tan hermoso que a veces sentía la necesidad de pincharle el brazo sólo para asegurarse de que era real.

Y lo pellizcó.

"Au," dijo él. "¿Por qué fue eso?"

"Quítate la camisa," susurró. Alcanzó el borde de la misma pero él ya estaba allí, levantándola sobre su cabeza y arrojándola casualmente al suelo. Agitó su pelo, y casi esperó que los brillantes hilos de oro esparcieran chispas en la oscuridad de la habitación.

"Siéntate," dijo en voz baja. El corazón le latía con fuerza. No solía tomar la iniciativa en este tipo de situaciones, pero a él no parecía importarle. Se incorporó lentamente, empujándola con él, hasta que estuvieron sentados en medio del revoltijo de mantas. Ella se subió en su regazo, montando sus caderas. Ahora estaban cara a cara. Le oyó contener el aliento y levantó sus manos, levantando la mano a su camiseta, pero ella se las bajó de nuevo a los costados, gentilmente, y en cambio puso sus manos sobre él. Vio sus dedos deslizarse sobre su pecho y brazos, el volumen de sus bíceps, donde las Marcas negras se torcían, la marca en forma de estrella en su hombro. Bajó su dedo índice trazando la línea entre sus músculos pectorales, a través de su estómago plano. Los dos estaban respirando con dificultad cuando ella llegó a la hebilla de sus pantalones, pero él no se movió, sólo la miró con una expresión que decía: Lo que tú quieras.

Con su corazón golpeando con fuerza, dejó caer sus manos al borde de su propia camisa y tiró de ella por encima de su cabeza. Deseó haberse puesto un sostén más emocionante—éste era de algodón blanco normal—pero cuando miró de nuevo la expresión de Jace, el pensamiento se evaporó. Sus labios estaban entreabiertos, sus ojos casi negros; podía verse a sí misma reflejada en ellos y sabía que no le importaba si su sujetador era blanco o negro o verde neón. Todo lo que estaba viendo era a ella.

Se estiró hacia sus manos, entonces las liberó, y las puso en su cintura, como si dijera: Puedes tocarme ahora. Él levantó la cabeza, su boca descendió sobre la de él, y se besaron de nuevo, pero fue feroz en lugar de lánguido, un rápido fuego abrasador. Las manos de él eran febriles: estaban en su cabello, sobre su cuerpo, empujándola hacia abajo para que se recostara debajo de él, y cuando sus pieles desnudas se deslizaron juntas, estaba plenamente

consciente de que no había nada entre ellos excepto los jeans de él y su sostén y bragas. Enredó las manos en su pelo sedoso y despeinado, sosteniéndole la cabeza mientras la besaba bajo su garganta. ¿Qué tan lejos estamos yendo? ¿Qué estamos haciendo? preguntaba una parte pequeña de su cerebro, pero el resto de su mente estaba gritándole a esa pequeña parte que se callara. Quería seguir tocándolo, besándolo; quería que la abrazara y saber que él era real, aquí con ella, y que nunca se iría de nuevo.

Sus dedos encontraron el broche de su sujetador. Ella se tensó. Los ojos de él eran grandes y luminosos en la oscuridad, su sonrisa lenta. "¿Esto está bien?"

Ella asintió con la cabeza. Su respiración se aceleró. Nadie jamás en toda su vida la había visto en topless… ningún chico, de todos modos. Como si él percibiera su nerviosismo, le tomó el rostro suavemente con una mano, sus labios provocando los de ella, rozando suavemente a través de ellos hasta que sintió como si todo el cuerpo fuera a estallar de tensión. Su callosa mano derecha de largos dedos acarició su mejilla, luego su hombro, tranquilizándola. Todavía estaba con los nervios de punta, sin embargo, esperaba que su otra mano regresara al broche de su sujetador, para tocarla de nuevo, pero parecía estar alcanzando algo detrás de él— ¿Qué estaba haciendo?

Clary pensó de pronto sobre lo que Isabelle le había dicho acerca de ser cuidadosos. Oh, pensó. Se puso un poco rígida y se apartó. "Jace, no estoy segura. Yo…"

Hubo un destello de plata en la oscuridad, y algo frío y afilado cortó un lado de su brazo. Todo lo que sintió por un momento fue sorpresa—después el dolor. Echó las manos hacia atrás, parpadeando, y vio una línea de sangre oscura cubriendo su piel donde un corte superficial iba desde su codo hasta su muñeca. "Ay," dijo, más por molestia y sorpresa que por el daño. "¿Qué…?"

Jace se arrojó lejos de ella, fuera de la cama, en un solo movimiento. De repente estaba de pie en medio de la habitación, sin camisa, con el rostro tan blanco como el hueso.

Apretando la mano sobre su brazo lesionado, Clary comenzó a sentarse. "Jace, qué…" Se interrumpió. En su mano izquierda sostenía un cuchillo… el cuchillo de mango de plata que había visto en la caja que pertenecía a su padre. Había una delgada mancha de sangre a través de la hoja.

Bajó la mirada a su mano, y la volvió a levantar, hacia él. "No entiendo…"

Él abrió su mano, y el cuchillo cayó con estrépito al suelo. Por un instante, lució como si fuera a correr de nuevo, de la forma en que lo había hecho afuera del bar. Luego se dejó caer al suelo y puso su cabeza entre las manos.

"Me gusta ella," dijo Camille cuando las puertas se cerraron detrás de Isabelle. "Me recuerda bastante a mí."

Simon se volvió para mirarla. Estaba muy oscuro en el Santuario, pero podía verla con claridad, su espalda contra el pilar, sus manos atadas detrás de ella. Había un guardia Cazador de Sombras situado cerca de las puertas del Instituto, pero no había oído a Camille o no le interesaba.

Simon se movió un poco más cerca de Camille. Las ataduras que la apretaban tenían una extraña fascinación para él. Metal bendito. La cadena parecía brillar suavemente contra su pálida piel, y pensó que podía ver algunos hilos de sangre fluyendo alrededor de las esposas en sus muñecas. "Ella no es en absoluto como tú."

"Eso es lo que crees." Camille inclinó la cabeza hacia un lado; su pelo rubio parecía artísticamente arreglado alrededor de su cara, aunque sabía que no podría haberlo tocado. "Los amas tanto," dijo, "a tus amigos Cazadores de Sombras. Como el halcón ama al amo que lo amarra y lo ciega."

"Las cosas no son así," dijo Simon. "Los Cazadores de Sombras y los Submundos no son enemigos."

"Ni siquiera puedes ir con ellos a su casa," dijo. "Estás excluido. Y aún así tan ansioso por servirlos. Te pondrías de su lado, en contra de tu propia especie."

"No tengo ninguna especie," dijo Simon. "No soy uno de ellos. Pero tampoco soy uno de ustedes. Y prefiero ser como ellos que como tú."

"Tú eres uno de nosotros." Se movió con impaciencia, haciendo sonar sus cadenas, y dio un pequeño grito ahogado de dolor. "Hay algo que no te dije, anteriormente en el banco. Pero es verdad." Sonrió con fuerza a través del dolor. "Puedo oler sangre humana en ti. Te alimentaste recientemente. De un mundano."

Simon sintió que algo saltó dentro de él. "Yo…"

"Fue maravilloso, ¿no?" Sus labios rojos se curvaron. "La primera vez desde que eres un vampiro que no has estado hambriento."

"No," dijo Simon.

"Estás mintiendo." Había convicción en su voz. "Ellos tratan de hacernos luchar contra nuestra naturaleza, los Nefilim. Nos aceptan sólo si fingimos ser diferentes de lo que somos… ni cazadores, ni depredadores. Tus amigos nunca aceptarán lo que eres, sólo lo que finges ser. Lo que haces por ellos, ellos nunca lo harían por ti."

"No sé por qué me estás molestando con esto," dijo Simon. "Lo hecho, hecho está. No voy a dejarte ir. Hice mi elección. No quiero lo que me ofreciste."

"Tal vez ahora no," dijo Camille en voz baja. "Pero lo harás. Lo harás."

El guardia Cazador de Sombras dio un paso atrás cuando la puerta se abrió, y Maryse entró en la habitación. Fue seguida por dos figuras inmediatamente familiares para Simon: El hermano de Isabelle, Alec, y su novio, el brujo Magnus Bane.

Alec estaba vestido con un sobrio traje negro; Magnus, para sorpresa de Simon, estaba vestido de manera similar, con la adición de una larga bufanda de seda blanca con borlas en los extremos y un par de guantes blancos. Su pelo estaba de puntas como lo tenía siempre, pero esta vez, carecía de brillo. Camille, al verlo, se quedó muy quieta.

Magnus no parecía verla aún; estaba escuchando a Maryse, quien decía, muy torpemente, que era bueno de su parte venir tan rápido. "Realmente no los esperábamos hasta mañana, como muy pronto."

Alec hizo un ruido sordo de disgusto y miró hacia el espacio. Parecía como si no estuviera feliz de estar allí en absoluto. Más allá de eso, pensó Simon, lucía casi igual que siempre: el mismo pelo, la misma mirada azul fija… aunque había algo más relajado sobre él que no había estado antes, como si hubiera crecido de alguna manera.

"Afortunadamente hay un portal ubicado cerca de la Casa de la Ópera de Viena," dijo Magnus, devolviendo la bufanda a su hombro con un gran gesto. "En el momento en que recibimos tu mensaje, nos apuramos para estar aquí."

"Todavía no veo realmente que algo de esto tenga que ver con nosotros," dijo Alec. "Cogieron a un vampiro que estaba tramando algo desagradable. ¿No son así siempre?"

Simon sintió que su estómago se retorció. Miró hacia Camille para ver si se reía de él, pero su mirada estaba fija en Magnus.

Alec, mirando a Simon por primera vez, se sonrojó. Siempre era muy notable en él porque su piel era muy pálida. "Lo siento, Simon. No me refería a ti. Tú eres diferente."

¿Pensarías eso si me hubieras visto la noche anterior, alimentándome de una chica de catorce años de edad? Pensó Simon. No dijo eso, sin embargo, saludó a Alec con la cabeza.

"Ella es de nuestro interés en la investigación actual de la muerte de tres Cazadores de Sombras," dijo Maryse. "Necesitamos información de su parte, y sólo hablará con Magnus Bane."

"¿En serio?" Alec miró a Camille con interés desconcertante. "¿Sólo con Magnus?"

Magnus siguió su mirada, y por primera vez—o así le pareció a Simon—miró a Camille directamente. Algo crujió entre ellos, una especie de energía. La boca de Magnus se arqueó en las esquinas en una sonrisa melancólica.

"Sí," dijo Maryse, una mirada de perplejidad pasó sobre su rostro cuando captó la mirada entre el brujo y la vampira. "Eso es, si Magnus está dispuesto."

"Lo estoy," dijo Magnus, sacándose sus guantes. "Voy a hablar con Camille por ti."

"¿Camille?" Alec miró a Magnus con sus cejas arqueadas. "Entonces, ¿la conoces? O… ¿ella te conoce a ti?"

"Nos conocemos." Magnus se encogió de hombros, muy levemente, como diciendo: ¿Qué puedes hacer? "Una vez fue mi novia."

13

Chica hallada muerta

"¿Tu novia?" Alec parecía asombrado. También Maryse. Simon no podía decir que él no estuviera asombrado. "¿Saliste con un vampiro? ¿Una chica vampiro?"

"Fue hace ciento treinta años," dijo Magnus. "No la había visto desde entonces."

"¿Por qué no me lo dijiste?" demandó Alec.

Magnus suspiró. "Alexander, he estado vivo por cientos de años. He estado con hombres, con mujeres… con hadas y brujos y vampiros, e incluso con un genio o dos," miró a Maryse de reojo, quien parecía medio horrorizada. "¿Demasiada información?"

"Está bien," dijo ella, aunque sonaba un poco indispuesta. "Tengo que discutir algo con Kadir por un momento. Estaré de vuelta." Se apartó, uniéndose a Kadir; y desaparecieron a través de la puerta. Simon también se alejó algunos pasos, fingiendo estudiar atentamente uno de los vitrales, pero su oído de vampiro era tan bueno que podía oír todo lo que Magnus y Alec se estaban diciendo el uno al otro, quisiera o no. Camille, sabía, podía oírlo también. Ella tenía su cabeza inclinada a un lado mientras escuchaba, con sus párpados pesados y pensativos.

"¿Con cuántas otras personas?" preguntó Alec. "Aproximadamente."

Magnus sacudió su cabeza. "No puedo contar, y no tiene importancia. La única cosa que importa es cómo me siento acerca de ti."

"¿Más de cien?" Preguntó Alec. Magnus lo miró inexpresivo "¿Doscientos?"

"No puedo creer que estemos teniendo esta conversación ahora," dijo Magnus, a nadie en particular. Simon estaba de acuerdo, y deseó que no la estuvieran teniendo en frente de él.

"¿Por qué tantos?" Los ojos azules de Alec eran muy brillosos en la oscuridad. Simon no podía decir si estaba enojado. No sonaba enojado, sólo muy intenso, pero Alec era una persona cerrada, y tal vez esto era lo más molesto que podría estar. "¿Te aburres rápido de las personas?"

"Vivo para siempre," dijo Magnus suavemente, "pero no todos lo hacen."

Alec lucía como si alguien lo hubiera golpeado. "¿Así que sólo te quedas con ellos mientras vivan, y luego encuentras a alguien más?"

Magnus no dijo nada. Miró a Alec, sus ojos brillaban como los de un gato. "¿Preferirías que pasara toda la eternidad solo?"

La boca de Alec se movió nerviosamente. "Voy a buscar a Isabelle," dijo, y sin otra palabra, se dio la vuelta y caminó de regreso al Instituto.

Magnus lo miró irse con ojos tristes. No era una tristeza del tipo humano, pensó Simon. Sus ojos parecían contener la tristeza de muchas eras, como si los bordes cortantes de la tristeza humana hubieran sido desgastados hasta algo más suave por el pasar de los años, de la manera que el agua del mar desgastaba los bordes cortantes del vidrio.

Como si pudiera saber lo que Simon estaba pensando acerca de él, Magnus lo miró de reojo. "¿Escuchando a escondidas, vampiro?"

"Realmente no me gusta cuando la gente me llama así," dijo Simon. "Tengo un nombre."

"Supongo que sería mejor recordarlo. Después de todo, en cien o doscientos años, seremos solo tú y yo." Magnus miró a Simon pensativamente. "Seremos todo lo que quede."

El pensamiento hizo a Simon sentirse como si estuviera en un elevador que repentinamente se había desprendido de sus cables y había empezado a caer hacia el suelo, miles de pisos hacia abajo. El pensamiento ya había pasado por su mente antes, por supuesto, pero siempre lo había alejado. El pensamiento de que él quedaría de dieciséis mientras Clary envejecía, Jace envejecía, todas las personas que él conocía se hacían viejas, crecían, tenían hijos, y que nunca nada cambiaría para él, era demasiado enorme y horrible de contemplar.

Tener dieciséis para siempre sonaba bien hasta que realmente pensabas sobre ello. Entonces ya no parecía una buena perspectiva.

Los ojos de gato de Magnus eran de un claro verde oro. "Mirando a la eternidad a la cara," dijo. "No es muy divertido, ¿no es así?"

Antes de que Simon pudiera contestar, Maryse había vuelto. "¿Dónde está Alec?" preguntó, mirando alrededor con perplejidad.

"Fue a ver a Isabelle," dijo Simon, antes de que Magnus pudiera decir algo.

"Muy bien," Maryse alisó el frente de su chaqueta, aunque ésta no estaba arrugada. "Si no les importa..."

"Voy a hablar con Camille," dijo Magnus. "Pero quiero hacerlo solo. Si desea esperarme en el Instituto, me reuniré contigo cuando termine."

Maryse dudó. "¿Sabes qué preguntarle?"

La mirada de Magnus era firme. "Sé cómo hablarle, sí. Si está dispuesta a decir algo, me lo dirá."

Ambos parecían haber olvidado que Simon estaba allí. "¿Debería irme también?" preguntó, interrumpiendo su concurso de miradas.

Maryse lo miró, medio distraída. "Oh, sí. Gracias por tu ayuda Simon, pero ya no eres requerido. Ve a casa si quieres."

Magnus no dijo nada en absoluto. Encogiéndose de hombros, Simon se dio vuelta y fue hacia la puerta que dirigía hacia la sacristía y a la salida que lo llevaría afuera. Hizo una pausa en la puerta y volvió la mirada atrás. Maryse y Magnus seguían hablando, sin embargo, el guardia ya estaba sosteniendo la puerta del Instituto abierta, lista para que saliera. Sólo Camille pareció recordar que Simon estaba allí. Estaba sonriéndole desde su pilar, las comisuras de sus labios curvadas hacia arriba, sus ojos brillando como una promesa.

Simon salió, y cerró la puerta tras de sí.

"Pasa cada noche." Jace estaba sentado en el suelo, sus piernas extendidas, sus manos colgando entre sus rodillas. Había puesto el cuchillo en la cama junto a Clary; ella conservó una mano sobre éste mientras hablaba—más bien para tranquilizarlo, no porque lo fuera a necesitar para defenderse ella misma. Toda la energía parecía haber sido drenada de Jace; incluso su voz sonaba vacía y lejana mientras hablaba, como si le estuviera hablando desde una enorme distancia. "Sueño que vienes a mi habitación y nosotros... empezamos a hacer lo que justamente estábamos haciendo. Y luego te lastimo. Te corto o te estrangulo o te apuñalo, y tú mueres, mirándome con esos ojos verdes tuyos mientras tu vida se desangra entre mis manos."

"Son sólo sueños," dijo Clary gentilmente.

"Acabas de ver que no lo son," dijo Jace. "Estaba completamente despierto cuando tomé ese cuchillo."

Clary sabía que tenía razón. "¿Te preocupa que estés volviéndote loco?"

Él sacudió su cabeza lentamente. El cabello cayó entre sus ojos; lo apartó. Su cabello se había vuelto un poco largo; no lo había cortado en un tiempo, y Clary se preguntó si era porque no podía tomarse la molestia. ¿Cómo no pudo prestarle más atención a las sombras bajo sus ojos, las uñas mordidas, su aspecto exhausto? Había estado tan preocupada de si él todavía la amaba que no había pensado en nada más. "No estoy muy preocupado por eso, realmente," dijo él. "Me preocupa lastimarte. Me preocupa que cualquier veneno que esté abriéndose paso a mis sueños afecte mi vida cuando estoy despierto y yo…" Su garganta pareció cerrarse.

"Nunca me harías daño."

"Tenía ese cuchillo en mi mano, Clary," levantó la mirada hacia ella, y luego la apartó. "Si te lastimo..." su voz se apagó. "Los Cazadores de Sombras mueren jóvenes, la mayoría de las veces," dijo. "Todos sabemos eso. Y tú querías ser una Cazadora de Sombras, y nunca te detendría porque no es mi trabajo el decirte qué hacer con tu vida. Especialmente cuando estoy tomando la misma clase de riesgos. ¿Qué tipo de persona sería si te dijera que está bien para mí arriesgar mi vida, pero no la tuya? Así que he estado pensado acerca de cómo sería para mí si murieras. Apuesto a que has pensado lo mismo."

"Sé cómo sería," dijo Clary, recordando el lago, la espada, y la sangre de Jace esparciéndose sobre la arena. Había estado muerto, y el Ángel lo había traído de vuelta, pero esos habían sido los peores minutos de su vida. "Quería morir, pero sabía cuán decepcionado habrías estado de mí si sólo me hubiera rendido."

Él sonrió, el fantasma de una sonrisa. "Y yo he pensado lo mismo. Si murieras, no querría vivir. Pero no podría suicidarme, porque cualquier cosa que pasara después de morir, querría estar allí contigo. Y si me matara, sé que nunca me hablarías de nuevo. En ninguna vida. Entonces viviría, y trataría de hacer algo con mi vida, hasta que pudiera estar contigo de nuevo. Pero si yo te hiriera… si yo fuera la causa de tu muerte… no habría nada que me contuviera de destruirme a mí mismo."

"No digas eso." Clary sintió un frío hasta los huesos. "Jace, debiste habérmelo dicho."

"No pude," su voz fue plana, definitiva.

"¿Por qué no?"

"Pensé que yo era Jace Lightwood," dijo. "Pensé que era posible que mi crianza no me hubiera afectado. Pero ahora me pregunto si tal vez las personas no pueden cambiar. Quizá siempre seré Jace Morgenstern, el hijo de Valentine. Él me crió por diez años, y quizá esa sea una mancha que nunca se podrá quitar."

"Piensas que esto es debido a tu padre," dijo Clary, y la parte de la historia que Jace le había contado una vez corrió a través de su cabeza, amar es destruir. Y entonces pensó cuán extraño era que llamara a Valentine como el padre de Jace, cuando su sangre corría por las venas de ella, no en las de Jace. Pero nunca se había sentido por Valentine de la manera que te puedes sentir sobre un padre. Y Jace lo hacía. "¿Y no querías que lo supiera?"

"Tú eres todo lo que quiero," dijo Jace. "Y quizá Jace Lightwood merece tener todo lo que quiera. Pero Jace Morgenstern no. En algún lugar dentro de mí debo saber eso. O no estaría tratando de destruir lo que nosotros tenemos."

Clary tomó un aliento profundo, y lo dejó salir lentamente. "No pienso que lo seas."

Él levantó su cabeza y parpadeó. "¿Qué quieres decir?"

"Crees que esto es psicológico," dijo Clary. "Que hay algo malo contigo. Bueno, yo no. Pienso que alguien te está haciendo esto."

"Yo no..."

"Ithuriel me enviaba sueños," dijo Clary. "Tal vez alguien está enviándote sueños."

"Ithuriel te enviaba sueños para intentar ayudarte. Para guiarte a la verdad. ¿Cuál es el punto de estos sueños? Son enfermizos, sin sentido, sádicos…"

"Quizá tengan un significado," dijo Clary. "Quizá el significado no es el que tú piensas. O quizá quienquiera que esté enviándotelos, está tratando de lastimarte."

"¿Quién haría eso?"

"Alguien a quien no le gustamos mucho," dijo Clary, y alejó una imagen de la Reina Seelie.

"Tal vez," dijo Jace suavemente, mirando a sus manos. "Sebastian…"

Así que él tampoco quería llamarlo Jonathan, pensó Clary. No lo culpaba. También era su propio nombre. "Sebastian está muerto," dijo ella, un poco más brusco de su intención. "Y si hubiera tenido este tipo de poder, lo habría usado antes."

La duda y la esperanza acecharon mutuamente a través del rostro de Jace. "¿Realmente crees que alguien más puede estar haciendo esto?"

El corazón de Clary latió fuertemente contra su caja torácica. No estaba segura; deseaba tanto que fuera verdad, pero si no lo era, habría levantado las esperanzas de Jace para nada. Las esperanzas de ambos.

Pero entonces tuvo el sentimiento de que había pasado un tiempo ya desde que Jace se había sentido esperanzado por algo.

"Creo que deberíamos ir a la Ciudad Silenciosa," dijo ella. "Los Hermanos Silenciosos pueden entrar en tu cabeza y averiguar si alguien ha estado hurgando allí. De la manera que lo hicieron conmigo."

Jace abrió su boca y la cerró otra vez. "¿Cuándo?" preguntó finalmente.

"Ahora," dijo Clary. "No quiero esperar. ¿Y tú?"

No respondió, sólo se levantó del suelo y recogió su camisa. Miró a Clary, y casi sonrió. "Si vamos a La Ciudad Silenciosa, deberías vestirte. Quiero decir, aprecio la vista del sostén y bragas, pero no sé si los Hermanos Silenciosos lo harán. Sólo quedan unos pocos de ellos, y no quiero que mueran de excitación."

Clary se levantó de la cama y le lanzó una almohada, más que nada por alivio. Alcanzó su ropa y empezó a ponerse su camisa. Poco antes de que ésta pasase por su cabeza, divisó el cuchillo descansando sobre el cubrecama, brillando como un tenedor de llama plateada.

"Camille," dijo Magnus. "Ha sido un largo tiempo, ¿no?"

Ella sonrió. Su piel lucía más blanca de lo que recordaba, y sus oscuras venas con forma de telarañas comenzaban a mostrarse bajo su superficie. Su cabello todavía era de color plata sedosa, y sus ojos seguían tan verdes como los de un gato. Seguía siendo hermosa. Mirándola, estaba de nuevo en Londres. Vio el alumbrado de gas y olió el humo, el polvo y los caballos, el metálico olor de la niebla, las flores en los Jardines de Kew[37]. Vio a un chico con cabello negro y ojos azules como los de Alec. Una chica con largos rizos de color castaño y de rostro serio. En un mundo donde todas las cosas eventualmente se alejaban de él, ella era una de las pocas que permanecían constantes.

Y entonces allí estaba Camille.

"Te he extrañado, Magnus," dijo ella.

"No, no lo has hecho." Se sentó en el suelo del Santuario. Podía sentir el frío de la piedra a través de sus ropas. Estaba contento de llevar puesta la bufanda. "Entonces ¿por qué el mensaje para mí? ¿Sólo para ganar tiempo?"

"No." Se inclinó hacia adelante, las cadenas golpeteando. Él casi podía oír el siseo donde el metal bendito tocaba la piel de sus muñecas. "He oído cosas acerca de ti, Magnus. He oído que has estado bajo el ala de los Cazadores de Sombras en estos días. He oído que ganaste el amor de uno de ellos. Aquel chico con el que acabas de hablar, me imagino. Pero entonces, tus gustos siempre fueron diversos."

"Has estado escuchando rumores acerca de mí," dijo Magnus. "Pero pudiste simplemente haberme preguntado. Todos estos años estuve en Brooklyn, no demasiado lejos, y nunca oí nada de ti. Nunca te vi en una de mis fiestas. Ha habido una pared de hielo entre nosotros, Camille."

"Yo no la construí." Sus ojos verdes se ensancharon. "Siempre te he amado."

"Tú me dejaste," dijo él. "Hiciste de mí una mascota, y luego me dejaste. Si el amor fuera comida, podría haber muerto de hambre sobre los huesos que me diste." Habló de modo práctico. Había sido un largo tiempo.

"Pero teníamos toda la eternidad," protestó ella. "Debiste saber que volvería a ti…"

[37] Se conoce como los Jardines de Kew, (en inglés llamados Kew Gardens) a un amplio jardín botánico e invernaderos con 120 hectáreas de extensión que se encuentra al sudoeste de Londres.

"Camille." Magnus habló con infinita paciencia. "¿Qué quieres?"

Su pecho subió y bajó rápidamente. Debido a que ella no necesitaba respirar, Magnus supo que esto era principalmente para causar efecto. "Sé que tienes el oído de Los Cazadores de Sombras," dijo. "Quiero que les hables para mi beneficio."

"Me quieres para que haga un acuerdo por ti," tradujo Magnus.

Ella lo atravesó con la mirada. "Tu lenguaje siempre ha sido lamentablemente moderno."

"Ellos están diciendo que mataste a tres Cazadores de Sombras," dijo Magnus. "¿Lo hiciste?"

"Eran miembros del Círculo," dijo, con su labio inferior temblando. "Habían torturado y matado a los de mi especie en el pasado..."

"¿Es por eso que lo hiciste? ¿Por venganza?" Cuando se quedó en silencio, Magnus dijo: "Sabes lo que le hacen a aquellos que matan a un Nefilim, Camille."

Sus ojos brillaron. "Te necesito para interceder por mí, Magnus. Quiero inmunidad. Quiero una promesa firmada por la Clave que si les doy información, ellos perdonarán mi vida y me dejarán libre."

"Nunca te dejarán libre."

"Entonces nunca sabrán por qué sus colegas tuvieron que morir."

"¿Tuvieron que morir?" Magnus meditó. "Unas palabras interesantes, Camille. ¿Tengo razón en que allí hay más de lo que salta a la vista? ¿Más que sangre y venganza?"

Estaba en silencio, mirándolo, su pecho subiendo y bajando astutamente. Todo acerca de ella era astuto—la caída de su cabello plateado, la curva de su garganta, incluso la sangre en sus muñecas.

"Si quieres que hable con ellos por ti," dijo Magnus, "tienes que decirme al menos alguna cosa pequeña. Una muestra de buena fe."

Ella sonrió radiante. "Sabía que hablarías con ellos por mí, Magnus. Sabía que el pasado no estaba enteramente muerto para ti."

"Considéralo no-muerto si quieres," dijo Magnus. "¿La verdad, Camille?"

Pasó la lengua por su labio inferior. "Puedes decirles," dijo, "que estaba bajo órdenes cuando maté a esos Cazadores de Sombras. No me molestó hacerlo, porque ellos habían matado a mis parientes, y sus muertes eran merecidas. Pero no lo habría hecho si no me lo hubiera solicitado otra persona, alguien mucho más poderoso que yo."

El corazón de Magnus latió un poco más rápido. No le gustaba el sonido de esto. "¿Quién?"

Pero Camille sacudió su cabeza. "Inmunidad, Magnus."

"Camille…"

"Ellos me pondrán al sol y me dejarán ahí para morir," dijo ella. "Eso es lo que le hacen a aquellos que matan a un Nefilim."

Magnus se puso de pie. Su bufanda estaba polvorienta por estar en el suelo. Miró las manchas tristemente. "Haré lo que pueda, Camille. Pero no hago promesas."

"Tú nunca las harías," murmuró ella, con sus ojos entrecerrados. "Ven aquí, Magnus. Acércate a mí."

No la amaba, pero ella era un sueño salido del pasado, así que se acercó a ella, hasta que estuvo lo suficientemente cerca para tocarla. "Recuerda," dijo suavemente. "¿Recuerdas Londres? ¿Las fiestas de De Quincey? ¿Te acuerdas de Will Herondale? Sé que lo haces. Ese chico tuyo, ese Lightwood. Incluso se parecen."

"¿Se parecen?" dijo Magnus, como si nunca hubiera pensado acerca de ello.

"Los chicos lindos siempre han sido tu ruina," dijo ella. "¿Pero qué te puede dar un chico mortal? Diez años, veinte, antes de que el debilitamiento comience a reclamarlo. Cuarenta años, cincuenta, antes de que la muerte se lo lleve. Yo puedo darte toda la eternidad."

Él tocó su mejilla. Estaba más fría que el suelo en el que había estado. "Podrías darme el pasado," dijo un poco triste. "Pero Alec es mi futuro."

"Magnus…," empezó ella.

La puerta del Instituto se abrió, y Maryse estaba en la entrada, contorneada por la luz mágica tras ella. Al lado de ella estaba Alec, con los brazos cruzados sobre su pecho. Magnus se preguntó si Alec había escuchado algo de la conversación entre él y Camille a través de la puerta… seguro que no, ¿o sí?

"Magnus," dijo Maryse Lightwood. "¿Han llegado a algún acuerdo?"

Magnus dejó caer su mano. "No estoy seguro de poder llamarlo un acuerdo," dijo, girándose hacia Maryse. "Pero creo que tenemos algunas cosas de las que hablar."

Vestida, Clary fue con Jace a su habitación, donde empacó un pequeño bolso de lona con cosas para llevar con él a la Ciudad Silenciosa, como si estuviera yendo a una siniestra fiesta de pijamas, pensó ella. Armas principalmente—algunos cuchillos serafín; su estela; y casi como una idea tardía, el cuchillo de asa de plata, su hoja ahora limpia de sangre. Se deslizó en una chaqueta de cuero negra, y ella lo observó mientras se subía el cierre,

sacando hebras sueltas de cabello rubio fuera de su cuello. Cuando se giró para mirarla, colgando su bolso a través de su hombro, le sonrió débilmente, y ella vio el pequeño pedacito roto en la parte delantera de su incisivo izquierdo, siempre había pensado que era encantador, un pequeño defecto en su apariencia que de lo contrario lo haría demasiado perfecto. Su corazón se contrajo, y por un momento apartó la mirada de él, apenas capaz de respirar.

Tendió su mano hacia ella. "Vamos."

No había forma de convocar a los Hermanos Silenciosos para venir a ellos, así que Jace y Clary tomaron un taxi que se dirigió al centro de la ciudad hacia Houston y el Cementerio Marble. Clary supuso que simplemente podrían hacer un Portal hacia la Ciudad de Hueso—ella había estado allí antes; sabía de qué manera lucía—pero Jace dijo que había reglas acerca de ese tipo de cosas, y Clary no pudo evitar el sentimiento de que los Hermanos Silenciosos podrían encontrar aquello bastante grosero.

Jace se sentó a su lado en la parte trasera del taxi, sosteniendo una de sus manos y trazando formas en su palma con sus dedos. Esto la distraía, pero no lo suficiente como para no poder concentrarse mientras él la ponía al tanto de lo que había estado sucediendo con Simon, la historia de Jordan, la captura de Camille, y su demanda de hablar con Magnus.

"¿Simon está bien?" dijo preocupada. "No me di cuenta. Estaba en el Instituto, y ni siquiera lo vi…"

"Él no estaba en el Instituto; estaba en el Santuario. Y parece que se está manteniendo firme. Es más de lo que habría pensado de alguien que hasta hace poco era un mundano."

"Pero el plan suena peligroso. Quiero decir, Camille está absolutamente loca, ¿no es así?"

Jace movió sus dedos sobre los nudillos de ella. "Tienes que dejar de pensar en Simon como el chico mundano que solías conocer. El que requería de mucha ayuda. Ahora está muy lejos de ser herido. Tú no has visto aquella Marca que le diste en plena acción. Yo sí. Es como la cólera de Dios visitando el mundo. Supongo que deberías estar orgullosa."

Se estremeció. "No lo sé. Lo hice porque tenía que hacerlo, pero sigue siendo una maldición. Y no sabía que él estaba atravesando por todo esto. No lo dijo. Sabía que Isabelle y Maia se habían enterado acerca de la otra, pero no sabía lo de Jordan. Que era realmente el ex novio de Maia, ni… nada de eso." Porque no has preguntado. Estabas demasiado ocupada preocupándote por Jace. No es bueno.

"Bien," dijo Jace, "¿le has dicho lo que estuviste haciendo? Porque esto tiene que ir de ambos lados."

"No. Realmente no le he dicho a nadie," dijo Clary, y le contó a Jace sobre su viaje a la Ciudad Silenciosa con Luke y Maryse, lo que había encontrado en la morgue en Beth Israel, y su descubrimiento subsecuente de la Iglesia de Talto.

"Nunca oí sobre ella," dijo Jace. "Pero Isabelle tiene razón, hay todo tipo de sectas de adoración a demonios bizarros allá afuera. La mayoría de ellas nunca tiene éxito en convocar a un demonio. Suena como si ésta lo hubiera hecho."

"¿Crees que el demonio que matamos era el que ellos estaban adorando? ¿Crees que ahora podrían… detenerse?"

Jace sacudió su cabeza. "Eso era sólo un demonio Hydra, un tipo de perro guardián. Además, '*la casa de ella se inclina hacia la muerte, y sus senderos hacia los muertos*.' Me suena a un demonio femenino. Y los cultos que adoran demonios femeninos son los que a menudo hacen cosas horribles con bebés. Tienen toda clase de ideas retorcidas sobre la fertilidad y los niños." Se recostó contra el asiento, medio cerrando los ojos. "Estoy seguro que la Clave irá a la iglesia e investigarán, pero apuesto veinte a uno a que no encontrarán nada. Tú mataste a su demonio guardián, así que el culto va a escabullirse y deshacerse de la evidencia. Deberíamos esperar a que instalen su tienda de nuevo en algún otro lugar."

"Pero…" El estómago de Clary se cerró. "Aquel bebé. Y las fotos en el libro que vi. Creo que están tratando de hacer más niños como… como Sebastian."

"No pueden." dijo Jace. "Inyectaron a un bebé humano con sangre de demonio, lo que es muy malo, sí. Pero sólo se obtiene algo como Sebastian si lo que haces es usar sangre de demonio en un niño Cazador de Sombras. En lugar de eso, el bebe murió." Apretó su mano ligeramente, como para darle seguridad. "No son buenas personas, pero no puedo imaginarlos tratando de hacer lo mismo de nuevo, ya que no funcionó."

El taxi paró en seco en la esquina de Houston y la Segunda Avenida. "El taxímetro está roto," dijo el conductor. "Diez dólares."

Jace, quien bajo otras circunstancias probablemente habría hecho un comentario sarcástico, le lanzó al taxista un billete de veinte y salió del carro, sosteniendo la puerta para que Clary lo siguiera. "¿Estás lista?" preguntó cuando se encaminaron hacia la puerta de hierro que conducía a la Ciudad.

Ella asintió. "No puedo decir que mi último viaje aquí fuera muy divertido, pero sí, estoy lista." Tomó su mano. "Siempre y cuando estemos juntos, estoy lista para cualquier cosa."

Los Hermanos Silenciosos estaban esperando por ellos en la entrada de la Ciudad, casi como si lo hubieran previsto. Clary reconoció al Hermano Zachariah entre el grupo. Estaban en una línea silenciosa, bloqueándoles a Clary y a Jace el acceso a la Ciudad.

¿Por qué han venido aquí, hija de Valentine e hijo del Instituto? Clary no estaba segura cuál de ellos estaba hablando dentro de su cabeza, o si todos ellos lo hacían. *Es inusual para los niños el entrar a la Ciudad Silenciosa sin supervisión.*

La denominación "niños" ofendía, aunque Clary era consciente que en cuanto a los Cazadores de Sombras concernía, todo el mundo por debajo de los dieciocho era un niño y estaba sujeto a diferentes reglas.

"Necesitamos de su ayuda," dijo Clary cuando se hizo evidente que Jace no iba a decir nada. Estaba mirando de un Hermano Silencioso a otro con una curiosa indiferencia, como alguien que ha recibido innumerables diagnósticos terminales de diferentes doctores y ahora, habiendo alcanzado el final de la línea, esperaba sin mucha esperanza por el veredicto de un especialista. "¿No es ese su trabajo…? ¿Ayudar a Cazadores de Sombras?"

Y aún así no somos sirvientes a su seña y llamada. Ni todos los problemas caen bajo nuestra jurisdicción.

"Pero éste sí," dijo Clary firmemente. "Creo que alguien está llegando a la mente de Jace… alguien con poder… y desordenando sus recuerdos y sueños. Haciéndole hacer cosas que él no quiere hacer."

Hipnomancia, dijo uno de los Hermanos Silenciosos. *La magia de los sueños. Eso es un campo sólo para los más grandes y poderosos usuarios de la magia.*

"Como los ángeles," dijo Clary, y fue recompensada por un rígido y sorpresivo silencio.

Tal vez, dijo finalmente el Hermano Zachariah, *deberían venir con nosotros a las Estrellas Parlantes.* Esto claramente no era una invitación, sino una orden, porque se giraron inmediatamente y empezaron a caminar hacia el corazón de la Ciudad, sin esperar a ver si Jace y Clary los seguían.

Alcanzaron el pabellón de las Estrellas Parlantes, donde los Hermanos tomaron sus lugares detrás de la mesa de basalto negro. La Espada Mortal estaba de vuelta en su lugar, brillando en la pared detrás de ellos como el ala de un pájaro de plata. Jace se movió al centro de la habitación y miró abajo hacia los dibujos de estrellas metálicas quemando dentro del rojo y oro de las baldosas del piso. Clary lo observó, sintiendo un dolor en su corazón. Era difícil verlo así, toda su ardiente energía de siempre se había ido. Como luz mágica sofocándose bajo una capa de ceniza.

Entonces levantó su cabeza rubia, parpadeando, y Clary supo que los Hermanos Silenciosos estaban hablando dentro de su mente, diciéndole palabras que ella no podía oír. Lo vio sacudir su cabeza y le oyó decir: "No sé. Creí que no eran más que sueños comunes." Luego su boca se apretó, y ella no pudo evitar preguntarse qué le estaban preguntando. "¿Visiones? No lo creo. Sí, tuve un encuentro con el Ángel, pero es Clary la que tiene los sueños proféticos. No yo."

Clary se tensó. Estaban terriblemente cerca de preguntarle qué había pasado con Jace y el Ángel aquella noche junto al Lago Lyn. No había pensado sobre eso. Cuando los Hermanos Silenciosos fisgoneaban en tu mente, ¿qué veían? ¿Sólo lo que estaban buscando? ¿O todo?

Jace asintió. "Bien. Estoy listo si ustedes lo están."

Cerró sus ojos, y Clary, mirando, se relajó un poco. Esto debía haber sido como lo que había sentido Jace al mirarla, pensó, la primera vez que los Hermanos Silenciosos ahondaron en su mente. Vio detalles que no había notado hasta entonces, porque ella había

estado atrapada dentro de las redes de las mentes de ellos y la propia, aturdida en sus recuerdos, perdida para el mundo.

Vio a Jace tensarse en todas partes como si ellos lo hubieran tocado con sus manos. Su cabeza se echó hacia atrás. Sus manos, a los lados, se abrieron y cerraron, mientras las estrellas del suelo a sus pies destellaban con una cegadora luz plateada. Ella parpadeó para contener las lágrimas debido a la claridad; él era un elegante contorno oscuro contra una lámina de plata cegadora, como si estuviera parado en el corazón de una cascada. Todo alrededor de ellos era ruidoso, un suave e incomprensible cuchicheo.

Mientras miraba, él cayó de rodillas, sus manos sujetándose contra el suelo. Su corazón se encogió. Tener a los Hermanos Silenciosos en su cabeza casi la había hecho desmayarse, pero Jace era más fuerte que eso, ¿no? Lentamente se dobló en sí mismo, sus manos apretándose contra su estómago, la agonía en cada línea de él, aunque nunca gritó. Clary no lo pudo soportar más—se lanzó hacia él, a través de las láminas de luz, y se arrodilló a su lado, arrojando sus brazos alrededor del cuerpo de él. Las voces susurrantes a su alrededor aumentaron a una tormenta de protestas cuando él giró su cabeza y la miró. La luz de plata había lavado sus ojos, y lucían planos y tan blancos como baldosas de mármol. Sus labios formaron el nombre de ella.

Y después se había ido… la luz, el sonido, todo, y ellos estaban arrodillados juntos en el suelo desnudo del pabellón, silencio y sombras a todo su alrededor. Jace estaba temblando, y cuando sus manos se soltaron, vio que estaban sangrientas donde sus uñas habían desgarrado su piel. Aún sosteniéndolo por el brazo, alzó la vista hacia los Hermanos Silenciosos, conteniendo su rabia. Sabía que era como estar furiosa con un doctor que tenía que administrar un tratamiento doloroso pero benéfico, pero era difícil—muy difícil—ser razonable cuando se trataba de alguien a quien amabas.

Hay algo que no nos has dicho Clarissa Morgenstern, dijo el Hermano Zachariah. *Un secreto que ambos han estado guardando.*

Una mano helada se cerró alrededor del corazón de Clary. "¿A qué se refiere?"

La marca de la muerte está en este chico. Hablaba otro de los Hermanos—Enoch, pensó ella.

"¿Muerte?" dijo Jace. "¿Quiere decir que voy a morir?" No sonaba sorprendido.

Nos referimos a que tú estuviste muerto. Has atravesado el portal hacia los reinos de las sombras, tu alma se desató de tu cuerpo.

Clary y Jace intercambiaron una mirada. Ella tragó. "El Ángel Raziel…," empezó.

Sí, su marca también está por todo el chico. La voz de Enoch estaba sin emoción. *Sólo hay dos maneras para revivir a los muertos. La vía de la necromancia, la brujería negra de campana, libro, y vela. Eso devuelve el semblante de la vida. Pero sólo un Ángel de la propia mano derecha de Dios podría regresar un alma humana a su cuerpo tan fácilmente*

como la vida fue puesta dentro del primero de los hombres. Él sacudió su cabeza. *El equilibrio de la vida y la muerte, del bien y del mal, es algo muy delicado, jóvenes Cazadores de Sombras. Ustedes lo han alterado.*

"Pero Raziel es el Ángel," dijo Clary. "Él puede hacer lo que desee. Ustedes lo adoran, ¿no? Si eligió hacer esto…"

¿Lo hizo? Preguntó otro de los Hermanos. *¿Él lo eligió?*

"Yo…" Clary miró a Jace. Pensó: pude haber pedido por cualquier otra cosa en el universo. Paz mundial, una cura para las enfermedades, vivir para siempre. Pero todo lo que quería era a ti.

Conocemos el ritual de los Instrumentos, dijo Zachariah. *Sabemos que el que los posea a todos, quien sea su Señor, puede solicitarle una cosa al Ángel. No creo que él te lo hubiese negado.*

Clary alzó su barbilla. "Bueno," dijo ella, "ya está hecho."

Jace dio el fantasma de una risa. "Siempre pueden contar con matarme, ya sabes," dijo él. "Para devolver el equilibrio."

Las manos de ella aferraron con fuerza su brazo. "No seas ridículo." Pero su voz fue aguda.

Ella se tensó aún más cuando el Hermano Zachariah se separó del grupo estrecho de los Hermanos Silenciosos y se les acercó, sus pies deslizándose silenciosamente sobre las Estrellas Parlantes. Llegó hasta Jace, y Clary tuvo que luchar con el impulso de empujarlo cuando puso sus largos dedos bajo la barbilla de Jace, levantando la cara del chico a la suya. Los dedos de Zachariah eran delgados, sin arrugas—dedos de un hombre joven. Nunca antes le había dado mucha importancia a las edades de los Hermanos Silenciosos, asumiendo que todos ellos eran una especie de arrugados y ancianos.

Jace, arrodillándose, levantó la mirada hacia Zachariah, que lo miraba con su expresión ciega, impasible. Clary no pudo evitar pensar en las pinturas medievales de santos sobre sus rodillas, mirando hacia arriba, y sus caras bañadas con brillante luz dorada.

Ojalá hubiera estado aquí, dijo él, su voz inesperadamente gentil, *cuando estabas creciendo. Habría visto la verdad en tu rostro, Jace Lightwood, y habría sabido quien eras.*

Jace parecía perplejo pero no se apartó.

Zachariah se volteó hacia los otros. *No podemos y no debemos herir al chico. Existen viejos lazos entre los Herondale y los Hermanos. Debemos ayudarlo.*

"¿Ayudar con qué?" demandó Clary. "¿Pueden ver algo malo en él… algo dentro de su cabeza?"

Cuando un Cazador de Sombras nace, se realiza un ritual, un número de hechizos protectores se depositan sobre el niño tanto por los Hermanos Silenciosos como por las Hermanas de Hierro.

Las Hermanas de Hierro, Clary sabía por sus estudios que eran la secta hermana de los Hermanos Silenciosos; incluso más retraídas que sus hermanos, ellas estaban a cargo del armamento de los Cazadores de Sombras.

El Hermano Zachariah continuó. *Cuando Jace murió y luego fue levantado, nació por segunda vez, con esas protecciones y rituales despojados. Lo pudo haber dejado tan expuesto como una puerta sin seguro—abierto a cualquier tipo de influencia demoníaca o malevolencia.*

Clary se lamió sus labios secos. "Quiere decir, ¿posesión?"

No es posesión. Influencia. Sospecho que un fuerte poder demoníaco susurra dentro de tus oídos, Jonathan Herondale. Eres fuerte, tú lo combates, pero te desgasta como el mar desgasta la arena.

"Jace," murmuró a través de sus labios blancos. "Jace Lightwood, no Herondale."

Clary, apegándose al sentido práctico, dijo: "¿Cómo pueden estar seguros de que es un demonio? ¿Y qué podemos hacer para conseguir que lo deje en paz?"

Enoch, sonando pensativo, dijo: *El ritual debe ser ejecutado de nuevo, las protecciones caerán de nuevo en él por segunda vez, como si acabara de nacer.*

"¿Pueden hacerlo?" preguntó Clary.

Zachariah inclinó su cabeza. *Se puede hacer. Los preparativos deben hacerse, una de las Hermanas de Hierro debe hacer una visita, un amuleto elaborado...* Su voz se fue apagando. *Jonathan tiene que permanecer con nosotros hasta que el ritual termine. Este es el lugar más seguro para él.*

Clary miró a Jace de nuevo, buscando una expresión—cualquier expresión—de esperanza, alivio, deleite, cualquier cosa. Pero su rostro era imperturbable. "¿Por cuánto tiempo?" dijo él.

Zachariah extendió sus delgadas manos. *Un día, tal vez dos. El ritual está destinado a los niños; tendremos que cambiarlo, modificarlo para que se ajuste a un adulto. Si él fuera mayor de dieciocho, sería imposible. Por su estado, será difícil. Pero no está fuera de la salvación.*

No está fuera de la salvación. No era lo que Clary esperaba; hubiera querido que le dijeran que el problema era simple, fácil de solucionar. Miró a Jace. Su cabeza estaba inclinada, su cabello cayendo hacia adelante; la parte posterior de su cuello lucía tan vulnerable para ella, que hizo que su corazón doliera.

"Está bien," dijo suavemente. "Me quedaré aquí contigo…"

No. Los Hermanos hablaron como un grupo, sus voces inexorables. *Debe permanecer aquí solo. Para lo que tenemos que hacer, no puede permitirse ser distraído.*

Sintió el cuerpo de Jace tensarse. La última vez que había estado solo en la Ciudad Silenciosa, había sido injustamente encarcelado, había estado presente para las horribles muertes de la mayoría de los Hermanos Silenciosos, y fue atormentado por Valentine. Podía imaginarse que la idea de otra noche solo en la Ciudad podría parecerle cualquier cosa menos terrible.

"Jace," susurró ella. "Haré todo lo que quieras que haga. Si te quieres ir..."

"Me quedaré," dijo él. Había levantado su cabeza, y su voz era fuerte y clara. "Me quedaré. Haré cualquier cosa que tenga que hacer para reparar esto. Sólo necesito que llames a Izzy y a Alec. Diles… diles que me quedaré con Simon para vigilarlo. Diles que los veré mañana o al día siguiente."

"Pero…"

"Clary." Tomó dulcemente las manos de ella y las sostuvo entre las suyas. "Tenías razón. Esto no viene de mi anterior. Algo me está haciendo esto. A nosotros. ¿Sabes lo que eso significa? Si puedo ser... curado... entonces ya no tendré miedo de mí mismo cuando esté cerca de ti. Podría pasar miles de noches en la Ciudad Silenciosa por eso."

Ella se inclinó hacia adelante, sin prestar atención a la presencia de los Hermanos Silenciosos, y lo besó, una rápida presión de sus labios contra los suyos. "Regresaré," susurró. "Mañana en la noche, después de la fiesta de Ironworks, volveré y te veré."

El optimismo en sus ojos era suficiente para romper su corazón. "Quizá esté curado para entonces."

Ella tocó su rostro con la punta de sus dedos. "Tal vez lo estés."

Simon se levantó aún sintiéndose exhausto después de una larga noche de malos sueños. Se puso boca arriba y se quedó con la mirada fija en la luz entrando por la única ventana de su habitación.

No pudo evitar preguntarse si habría dormido mejor si hiciera lo que otros vampiros hacían, y durmiera durante el día. A pesar de que el sol no le hería, podía sentir la atracción de las noches, el deseo de estar afuera bajo el oscuro cielo y las estrellas brillantes. Había algo en él que quería vivir en las sombras, que sentía la luz del sol como un delgado dolor de un cuchillo—así como había algo en él que quería sangre. Y mira el resultado de haber peleado contra eso.

Se paró tambaleándose y se puso rápidamente algo de ropa, luego se abrió paso hacia la sala de estar. El lugar olía a tostadas y café. Jordan estaba sentado en uno de los taburetes del mostrador, con su cabello alborotado para todos lados como de costumbre, y sus hombros encorvados.

"Hey," dijo Simon. "¿Qué tal?"

Jordan miró en su dirección. Estaba pálido bajo su bronceado. "Tenemos un problema," dijo.

Simon parpadeó. No había visto a su compañero de cuarto y hombre lobo desde el día anterior. Había vuelto a casa desde el Instituto y se había desplomado del cansancio. Jordan no estaba, y Simon había imaginado que estaba trabajando. Pero tal vez algo había sucedido. "¿Qué pasó?"

"Metieron esto bajo nuestra puerta." Jordan empujó un periódico plegado hacia Simon. Era el New York Morning Chronicle, estaba doblado en una de las páginas. Había una foto espeluznante en la parte superior, una imagen de poca calidad de un cuerpo humano tendido sobre algún pavimento, las flacas extremidades dobladas en ángulos extraños. Apenas parecía humano, de la manera en que a veces los cadáveres no lo parecían. Simon estaba a punto de preguntarle a Jordan por qué tenía que mirar esto, cuando el texto bajo la foto saltó a su vista.

CHICA HALLADA MUERTA

> La Policía dice que está siguiendo las pistas sobre la muerte de Maureen Brown de catorce años de edad, cuyo cuerpo fue encontrado la noche del domingo a las 11 p.m. en un cubo de basura afuera del Big Apple Deli en La Tercera Avenida. Aunque ninguna causa oficial de la muerte haya sido confirmada por la oficina forense, el dueño del lugar que encontró el cuerpo, Michael Garza, dice que su garganta estaba cortada. La policía todavía no ha localizado un arma…

Incapaz de continuar leyendo, Simon cayó pesadamente en una silla. Ahora que lo sabía, la foto era inconfundiblemente de Maureen. Reconoció sus calentadores de brazos de arco iris, el estúpido sombrero rosa que estaba usando cuando la vio por última vez. Dios mío, quería decir. Oh, Dios. Pero las palabras no salían.

"¿Aquella nota no decía," dijo Jordan con una voz desolada, "que si no ibas a esa dirección, ellos le cortarían la garganta a tu novia?"

"No," susurró Simon. "No es posible. No."

Pero recordó.

La amiga de la prima pequeña de Eric. ¿Cuál es su nombre? La que tiene un flechazo por Simon. Viene a todos nuestros conciertos y le dice a todo el mundo que es su novia.

Simon recordó su teléfono, su pequeño teléfono rosa con pegatinas, de la forma en que lo había levantado para tomar una foto de ellos. El sentimiento de su mano sobre su hombro, tan liviana como una mariposa. Catorce años de edad. Se enrolló en sí mismo, envolviendo sus brazos alrededor de su pecho, como si pudiera hacerse lo bastante pequeño para desaparecer completamente.

14

Qué sueños vendrán

Jace se sacudió inquieto en la estrecha cama de la Ciudad Silenciosa. No sabía dónde dormían los hermanos, y ellos no parecían inclinados a revelarlo. El único lugar que pareció ser bueno para poder recostarse fue en una de las celdas debajo de la Ciudad donde normalmente mantenían a los prisioneros. Le habían dejado la puerta abierta para que no sintiera demasiado como si estuviese en prisión, pero el lugar no podía ser llamado agradable desde ningún punto de la imaginación.

El aire era sofocante y espeso; se había quitado la camiseta y estaba echado encima de los cobertores con sólo los jeans puestos, pero seguía demasiado acalorado. Las paredes eran de un apagado gris. Alguien había tallado las letras JG en la piedra justo encima del armazón de la cama, dejándolo preguntarse de qué podía tratarse eso; y en la habitación no había nada más que una cama, un espejo quebrado que le devolvía su propio reflejo en piezas distorsionadas, y el fregadero. Sin mencionar los más que desagradables recuerdos que la habitación despertaba.

Los Hermanos habían estado entrando y saliendo de su mente toda la noche, hasta que se sintió como un trapo estrujado. Debido a que eran tan sigilosos acerca de todo, no tenía ni idea si estaban haciendo algún progreso. No parecían complacidos, pero entonces, ellos nunca lo estaban.

La prueba real, sabía, era dormir. ¿Qué soñaría? Dormir: tal vez soñar[38]. Se giró, enterrando la cara en sus brazos. No creyó que pudiera soportar ni un sueño más que tratara sobre herir a Clary. Pensó que tal vez podría perder la cabeza, y la idea lo asustaba. La posibilidad de morir nunca lo había asustado mucho, pero el pensamiento de volverse loco era casi la peor cosa que podría imaginarse. Pero ir a dormir era la única manera de saberlo. Cerró sus ojos y se obligó a dormir.

Se durmió, y soñó.

Estaba de vuelta en el valle—el valle en Idris donde había peleado con Sebastian y casi había muerto. Era otoño en el valle, no era pleno verano como lo había sido la última vez

[38] Dormir: tal vez soñar. Dicha frase, al igual que la del título, pertenecen al monólogo de Hamlet en la famosa obra trágica de William Shakespeare.

que estuvo allí. Las hojas estaban explotando de dorado, rojizo, naranja y rojo. Estaba de pie junto a la orilla del pequeño río—un arroyo, en realidad—que cortaba el valle por la mitad. A lo lejos, viniendo hacia él, estaba alguien, alguien a quien no podía ver claramente aún, pero los pasos de la persona eran directos y decididos.

Estaba muy seguro de que era Sebastian, pero no fue hasta que la figura se acercó lo suficiente para verla claramente cuando se dio cuenta de que no podría ser posible. Sebastian había sido alto, más alto que Jace, pero esta persona era pequeña—su rostro estaba en las sombras, pero era una cabeza o dos más bajo que Jace… y flaco, con los delgados hombros de la infancia, y muñecas huesudas asomándose por las mangas demasiado cortas de su camiseta.

Max.

Para Jace, ver a su hermano pequeño fue como un puñetazo, y cayó de rodillas sobre la hierba verde. La caída no le dolió. Todo en el sueño tenía los bordes acolchados. Max lucía como siempre lo había hecho. Un chico de rodillas huesudas a punto de crecer y salir de esa etapa de niñez. Ahora nunca podría.

"Max," dijo Jace. "Max, lo siento mucho."

"Jace." Max permaneció donde estaba. Un pequeño soplo había pasado y quitado el cabello marrón de su rostro. Sus ojos, detrás de sus lentes, eran serios. "No estoy aquí por mí," dijo. "No estoy aquí para perseguirte o hacerte sentir culpable."

Por supuesto que no, dijo una voz en la cabeza de Jace. *Max siempre te ha querido, admirado, pensaba que eras increíble.*

"Los sueños que has estado teniendo," dijo Max. "Son mensajes."

"Los sueños son influencia de demonios, Max. Los Hermanos Silenciosos dijeron…"

"Están equivocados," dijo Max rápidamente. "Ahora sólo quedan unos pocos de ellos, y sus poderes son más débiles de lo que solían ser. Estos sueños tratan de decirte algo. Has estado malentendiéndolos. No te están diciendo que hieras a Clary. Te advierten que ya lo estás haciendo."

Jace sacudió su cabeza lentamente. "No entiendo"

"Los Ángeles me enviaron a hablarte porque te conozco," dijo Max con su clara voz de niño. "Sé cómo eres con las personas que amas, y nunca las lastimarías por voluntad propia. Pero aún no has destruido toda la influencia de Valentine que hay dentro de ti. Su voz aún te susurra, y tú piensas que no lo oyes, pero lo haces. Los sueños te están diciendo que hasta que no mates esa parte de ti, no puedes estar con Clary."

"Entonces la mataré," dijo Jace. "Haré lo que sea que tenga que hacer. Sólo dime cómo."

Max dejó ver una clara y brillante sonrisa y sostuvo algo en su mano. Era una daga con empuñadura de plata—la daga de Stephen Herondale, la que estaba en la caja. Jace la reconoció al instante. "Toma esto," dijo Max. "Y voltéala contra ti. La parte tuya que está en este sueño conmigo debe morir. Lo que se levantará después estará limpio."

Jace tomó el cuchillo.

Max sonrió. "Bien. Hay muchos de nosotros en el otro lado que estamos preocupados por ti. Tu padre está aquí."

"Valentine no…"

"Tu verdadero padre. Me dijo que te dijera que usaras esto. Sacará todo lo podrido en tu alma."

Max sonrió como un ángel mientras Jace giraba el cuchillo hacia él, con la hoja hacia adentro. Y entonces Jace vaciló a último momento. Estaba muy cerca de lo que Valentine le había hecho, perforándole el corazón. Tomó la hoja e hizo una larga incisión en su antebrazo derecho, desde el codo hasta la muñeca. No hubo dolor. Pasó el cuchillo a su mano derecha e hizo lo mismo con su otro brazo. La sangre salía a borbotones de los grandes cortes en sus brazos, de un rojo más brillante que la sangre en la vida real, sangre del color de los rubíes. Se derramaba a través de su piel y golpeteaba sobre la hierba.

Escuchó la suave respiración de Max. El niño se inclinó y pasó los dedos de su mano derecha por la sangre. Cuando los levantó, estaban de un brillante escarlata. Dio un paso hacia Jace, y luego otro. En este primer plano, Jace podía ver claramente la cara de Max—la piel sin poros del niño, la translucidez de sus párpados, sus ojos… Jace no recordaba que tuviera unos ojos tan oscuros. Max puso su mano en la piel del pecho de Jace, justo encima de su corazón, y con la sangre empezó a trazar un diseño, una runa. No era una que Jace hubiera visto antes, con las esquinas superpuestas y ángulos extraños en su forma.

Una vez terminada, Max dejó caer su mano y dio un paso atrás, con la cabeza ladeada hacia un lado, como un artista examinando su último trabajo. Una repentina punzada de agonía atravesó a Jace. Sentía como si la piel en su pecho estuviera quemándose. Max se quedó mirándolo, sonriendo, flexionando su mano ensangrentada. "¿Te duele, Jace Lightwood?" dijo él, y su voz ya no era la voz de Max, sino algo más, aguda, fuerte y familiar.

"Max…," susurró Jace.

"Así como has repartido dolor, deberías lidiar con el dolor," dijo Max, cuyo rostro comenzó a brillar y a cambiar. "Así como has causado tristeza, de igual forma deberías sentir tristeza. Ahora eres mío, Jace Lightwood. Eres mío."

La agonía era cegadora. Jace se desplomó hacia delante, con sus manos arañando su pecho, y cayó en la oscuridad.

Simon estaba sentado en el sofá, con su rostro en sus manos. Su mente estaba zumbando. "Esto es mi culpa," dijo. "Yo también pude haber matado a Maureen cuando bebí de su sangre. Está muerta por mí."

Jordan se echó en el sillón opuesto a él. Llevaba puestos unos jeans y una camiseta verde encima de una camiseta térmica de manga larga con agujeros en los puños; tenía los pulgares metidos a través de ellos, y estaba sacudiendo el material. La medalla de oro del Praetor Lupus que estaba alrededor de su cuello centelleaba. "Vamos," dijo. "No es posible que lo hubieras sabido. Estaba bien cuando la metí en el taxi. Estos tipos deben haberla agarrado y matado después."

Simon se sentía mareado. "Pero la mordí. ¿Ella no va a regresar, cierto? ¿No se convertirá en un vampiro?"

"No. Vamos, conoces de estas cosas tanto como yo. Tendrías que haberle dado un poco de tu sangre para que se convirtiera en vampiro. Si ella hubiese bebido tu sangre y luego hubiera muerto, sí, estaríamos de guardia en el cementerio, pero no lo hizo. Quiero decir, supongo que recordarías algo como eso."

Simon saboreó la sangre ácida en la parte posterior de su garganta. "Pensaron que era mi novia," dijo él. "Me advirtieron que la matarían si no me presentaba, y cuando no fui, le cortaron la garganta. Ella debió haber esperado ahí todo el día, preguntándose si iría. Esperando que apareciera…" Su estómago se revolvió, y se inclinó, respirando dificultosamente, tratando de contener las arcadas.

"Sí," dijo Jordan, "pero la pregunta es, ¿quiénes son ellos?" Le dio a Simon una mirada dura. "Creo que es tiempo de que llames al Instituto. No amo a los Cazadores de Sombras, pero siempre he oído que sus archivos son increíblemente minuciosos. Tal vez tengan algo sobre aquella dirección en la nota."

Simon lo dudaba.

"Vamos," dijo Jordan. "Tú has hecho suficiente mierda por ellos. Deja que ellos hagan algo por ti."

Con un encogimiento de hombros, Simon fue a traer su teléfono. Regresando a la sala de estar, marcó el número de Jace. Isabelle contestó en el segundo timbre. "¿Tú de nuevo?"

"Lo siento," dijo Simon torpemente. Al parecer, su pequeño intervalo en el Santuario no había hecho que se ablandara con él como había esperado que sucediera. "Estaba buscando a Jace, pero supongo que puedo hablar contigo…"

"Encantador como siempre," dijo Isabelle. "Pensé que Jace estaba contigo."

"No." Simon tuvo una sensación de inquietud. "¿Quién te dijo eso?"

"Clary," dijo Isabelle. "Tal vez estén preparando algún momento para estar juntos o algo así." Sonaba despreocupada, lo que tenía sentido; la última persona que mentiría sobre el paradero de Jace si estuviese en algún tipo de problemas sería Clary. "De todos modos, Jace dejó su celular en su cuarto. Si lo llegas a ver, recuérdale que se supone que debe estar en la fiesta de Ironworks esta noche. Si no aparece, Clary lo matará."

Simon casi había olvidado que se suponía que debía estar en la fiesta esa noche.

"Cierto," dijo. "Mira, Isabelle. Tengo un problema aquí."

"Escúpelo. Amo los problemas."

"No sé si vas a amar éste," dijo dudosamente, y la puso al tanto rápidamente sobre la situación. Dio un pequeño grito ahogado cuando llegó a la parte donde había mordido a Maureen, y él sintió que su garganta se apretó.

"Simon," susurró ella.

"Lo sé, lo sé," dijo miserablemente. "¿Crees que no lo lamento? Va mas allá del lamento."

"Si la hubieras matado, habrías roto la Ley. Serías un proscrito. Tendría que matarte."

"Pero no lo hice," dijo, su voz temblaba un poco. "No hice esto. Jordan jura que estaba bien cuando la puso en un taxi. Y el periódico dice que su garganta estaba cortada. Yo no hice eso. Alguien lo hizo para llegar a mí. Sólo que no sé el motivo."

"No hemos terminado con este tema." Su voz era severa. "Pero primero ve a agarrar la nota que dejaron. Léela para mí."

Simon hizo lo que le pidió, y fue recompensado por una aguda inhalación de parte de Isabelle.

"Creo que esa dirección me suena familiar," dijo. "Ese es el lugar donde Clary dijo que nos encontráramos ayer. Es una iglesia, en la zona residencial. Es una sede de algún tipo de culto de adoración a los demonios."

"¿Qué querría conmigo un culto de adoración a demonios?" Dijo Simon, y recibió una curiosa mirada de Jordan, quien sólo estaba escuchando la mitad de la conversación.

"No lo sé. Eres un Daylighter. Tienes unos poderes alucinantes. Vas a ser el objetivo para lunáticos y magos oscuros. Así es justamente como es." Isabelle, sintió Simon, podría haber sido un poco más comprensiva. "Mira, ¿vas a ir a la fiesta de Ironworks, cierto? Nos podemos encontrar allí y hablar sobre los siguientes pasos. Y le diré a mi mamá sobre lo que ha estado pasando contigo. Ellos ya están investigando la Iglesia de Talto, así que pueden agregar eso a la pila de informes."

"Supongo," dijo Simon. La última cosa que quería hacer en el mundo era ir a una fiesta.

"Y trae a Jordan contigo," dijo Isabelle. "Puedes utilizar un guardaespaldas."

"No puedo hacer eso. Maia va estar ahí."

"Hablaré con ella," dijo Isabelle. Sonaba con mucha más seguridad de la que Simon habría sentido en su lugar. "Te veo allí."

Ella colgó. Simon se volteó hacia Jordan, quien estaba acostado en el futón, con su cabeza apoyada contra uno de los cojines tejidos. "¿Cuánto escuchaste de eso?"

"Lo suficiente como para deducir que iremos a una fiesta esta noche," dijo Jordan. "He oído acerca del evento de Ironworks. No estoy en la manada de Garroway, así que no fui invitado."

"Supongo que ahora vas a venir como mi cita." Simon metió de nuevo el teléfono dentro de su bolsillo.

"Estoy lo bastante seguro de mi masculinidad como para aceptar eso," dijo Jordan. "Aunque será mejor que te consigamos algo agradable para vestir," gritó mientras Simon regresaba a su habitación. "Quiero que te veas bonita."

***

Años antes, cuando la ciudad de Long Island había sido un centro de industria en lugar de un barrio de moda lleno de galerías de arte y tiendas de café, el Ironworks era una fábrica textil. Ahora era una enorme estructura de ladrillo cuyo interior había sido transformado en un espacio reducido, pero hermoso. El suelo estaba hecho de una superposición de cuadrados de acero cepillado; delgadas vigas de acero arqueadas en lo alto, envueltas con cuerdas de pequeñas luces blancas. Vistosas escaleras de hierro forjado subían en espiral hasta pasarelas decoradas con plantas colgantes. Un gran techo de vidrio en voladizo se abría hacia una vista del cielo nocturno. Había incluso una terraza afuera, construida por encima del East River, con una vista espectacular del Puente de la Calle 59, el cual se cernía sobre las cabezas, extendiéndose desde Queens a Manhattan como una lanza de oropel helado.

La manada de Luke se había superado a sí misma haciendo que el lugar se viera bien. Habían puesto ingeniosamente los enormes jarrones de peltre sosteniendo largos tallos de flores de marfil, y mesas cubiertas con manteles blancos dispuestas en un círculo alrededor de un escenario elevado sobre el que un cuarteto de cuerdas de hombres lobo tocaba música clásica. Clary no podía evitar desear que Simon estuviera ahí; estaba bastante segura de que pensaría que el Cuarteto de Cuerdas del Hombre Lobo era un buen nombre para una banda.

Clary vagaba de mesa en mesa, arreglando cosas que no necesitaban arreglo, jugueteando con las flores y enderezando los cubiertos que no estaban realmente torcidos. Sólo unos pocos de los invitados habían llegado hasta ahora, y ninguno de ellos eran personas que conocía. Su madre y Luke estaban parados junto a la puerta, saludando a las personas y sonriendo, Luke viéndose incómodo en un traje y Jocelyn radiante en su vestido azul a medida. Después de los eventos pasados en los últimos días, era bueno ver a su mamá luciendo feliz, aunque Clary se preguntó cuánto de eso era real y cuánto era actuación. Había cierta opresión sobre la boca de Jocelyn que hacía que Clary se preocupara— ¿estaba realmente feliz o sólo sonriendo a través del dolor?

No es como si Clary no supiera cómo se sentía. Cualquier cosa que estuviera sucediendo, no podía quitarse a Jace de la cabeza. ¿Qué era lo que los Hermanos Silenciosos le estaban haciendo? ¿Estaba bien? ¿Serían capaces de arreglar lo que estaba mal con él, bloquear la influencia de los demonios? Había pasado la noche anterior sin dormir antes de quedarse mirando en la oscuridad de su dormitorio y preocuparse hasta sentirse literalmente enferma.

Más que cualquier cosa, deseaba que él estuviera ahí. Había elegido el vestido que llevaba puesto esta noche—dorado pálido y más ajustado a su cuerpo de todo lo que normalmente vestía—con la expresa esperanza de que a Jace le gustaría; ahora no iba a verla en él. Eso era una cosa superficial de la que preocuparse, lo sabía; iría por el resto de su vida vestida con un barril si eso significase que Jace se pondría mejor. Además, él siempre le decía que era hermosa, y nunca se quejaba del hecho que la mayoría de las veces usaba jeans y zapatillas, pero ella había pensado que esto le gustaría.

Parada frente a su espejo esta noche, casi se había sentido hermosa. Su madre siempre decía que ella misma había tenido un florecimiento tardío, y Clary, mirando a su propio reflejo, se había preguntado si a ella podría pasarle lo mismo. Ya no era plana como una tabla—había aumentado una talla de sostén el año pasado—y si entrecerraba los ojos, creyó que podía ver… sí, esas definitivamente eran caderas. Tenía curvas. Pequeñas, pero tienes que empezar por alguna parte.

Había mantenido las joyas sencillas—muy sencillas.

Levantó la mano y tocó el anillo Morgenstern de la cadena sujeta alrededor de su garganta. Se lo había puesto de nuevo, por primera vez en días, aquella mañana. Sentía como si fuera

un gesto silencioso de confianza hacia Jace, una manera de mostrarle su lealtad, aún si él lo supiera o no. Había decidido que lo usaría hasta que lo volviera a ver.

"¿Clarissa Morgenstern?" Dijo una suave voz a su hombro.

Clary se giró con sorpresa. La voz no le era familiar. Parada ahí había una alta y delgada chica que parecía tener alrededor de veinte años. Su piel era pálida como la leche, atravesada con venas de un verde claro como la savia, y su cabello rubio tenía el mismo tinte verdoso. Sus ojos eran de un azul sólido, como canicas, y llevaba un simple vestido azul, tan fino que Clary pensó que debía estar congelándose. Sus recuerdos resurgieron lentamente desde las profundidades.

"Kaelie," dijo Clary lentamente, reconociendo la mesera hada del Taki's que les había servido a ella y a los Lightwood más de una vez. En un parpadeo, recordó que había existido algún indicio de que Kaelie y Jace una vez habían tenido una aventura, pero el hecho parecía de poca importancia frente a todo lo demás, así que no podía permitirse considerarlo. "No me di cuenta… ¿conoces a Luke?"

"No me confundas por una invitada en esta ocasión," dijo Kaelie, trazando con su delgada mano un gesto casual de indiferencia en el aire. "Mi señora me mandó aquí para buscarte… no para atender a las festividades." Miró curiosamente por encima de su hombro, sus ojos completamente azules le brillaban. "Aunque no me había dado cuenta que tu madre se casaba con un hombre lobo."

Clary alzó sus cejas. "¿Y?"

Kaelie la miró de arriba abajo con algo de diversión. "Mi señora dijo que eras un poco ruda, a pesar de tu pequeño tamaño. En la Corte serías subestimada por tener tan pequeña estatura."

"No estamos en la Corte," dijo Clary. "Y no estamos en el Taki's, lo que significa que tú viniste hacia mí, lo que significa que tienes cinco segundos para decirme qué quiere la Reina Seelie. Ella no me gusta mucho, y no estoy de humor para sus juegos."

Kaelie señaló con su delgado dedo de uña verde hacia la garganta de Clary. "Mi señora me dijo que te preguntara," dijo ella, "por qué usas el anillo Morgenstern. ¿Es acaso para recordar a tu padre?"

La mano de Clary se dirigió a su garganta. "Es por Jace… porque Jace me lo dio," lo dijo antes de que pudiera detenerse, y luego se maldijo a sí misma en silencio. No era muy inteligente decirle a la Reina Seelie más de lo necesario.

"Pero él no es un Morgenstern," dijo Kaelie, "sino un Herondale, y ellos tienen su propio anillo. Con un diseño de garzas, en lugar de estrellas de la mañana. ¿Y eso no le queda mejor, un alma que se remonta como un pájaro en vuelo, en lugar de caer como Lucifer?"

"Kaelie," Clary lo dijo entre dientes. "¿Qué quiere la Reina Seelie?"

La chica hada se empezó a reír. "Me mandó," dijo ella, "sólo para darte esto." Sostenía algo en la mano, un diminuto colgante de plata con forma de campanilla, con un lazo al extremo de la manija de manera que podría ser ensartada en una cadena. Mientras Kaelie movía su mano hacia adelante, la campanilla sonó, ligera y tan dulce como la lluvia.

Clary se echó atrás. "No quiero los regalos de tu señora," dijo ella, "ya que vienen cargados con mentiras y expectativas. No pienso deberle nada a la Reina."

"No es un regalo," dijo Kaelie impacientemente. "Es un medio de convocación. La Reina te perdona por tu terquedad anterior. Cuenta con que pronto habrá un momento en el que necesites de su ayuda. Está dispuesta a ofrecértela, si eliges pedírsela. Simplemente haz sonar esa campanilla, y un sirviente de la Corte vendrá y te llevará a ella."

Clary negó con la cabeza. "No la haré sonar"

Kaelie se encogió de hombros. "Entonces no te costará nada aceptarla."

Como si estuviera en un sueño, Clary vio que su propia mano se estiraba, sus dedos revoloteando encima de la campanilla.

"Harías cualquier cosa por salvarlo," dijo Kaelie, su voz era suave y dulce como el sonido de la campanilla, "lo que sea que te costase, cualquier cosa que pudieras deberle al Cielo o al Infierno, ¿no es así?"

Recordó las voces repiqueteando en la cabeza de Clary. *¿Alguna vez te detuviste a preguntarte qué mentiras podría haber en la historia que tu madre te contó y que sirvieron a su propósito al decirlas? ¿De verdad crees que sabes todos y cada uno de los secretos de tu pasado?*

Madame Dorothea le había dicho a Jace que se enamoraría de la persona equivocada.

Él no estaba fuera de la salvación. Pero sería difícil.

La campanilla sonó cuando Clary la tomó, amoldándose en su palma. Kaelie sonrió, sus ojos azules brillaban como cuentas de cristal. "Una sabia elección."

Clary dudó. Pero antes de que pudiera devolverle la campanilla a la chica hada, escuchó a alguien llamándola por su nombre, y volteó para ver a su madre haciéndose camino hacia ella entre la multitud. Se giró a toda prisa, pero no se sorprendió al ver que Kaelie ya no

estaba, habiéndose disuelto entre la multitud como la niebla esfumándose en el sol de la mañana.

"Clary," dijo Jocelyn, acercándose a ella, "estaba buscándote, y luego Luke te señaló, estabas parada aquí sola. ¿Está todo bien?"

Parada aquí sola. Clary se preguntó qué tipo de glamour había estado usando Kaelie; su madre debía ser capaz de ver a través de la mayoría. "Estoy bien, mamá."

"¿Dónde está Simon? Pensé que iba a venir."

Por supuesto que pensaría primero en Simon, pensó Clary, no en Jace. Aún cuando se suponía que Jace iba a venir, y siendo el novio de Clary, probablemente debería haber estado ahí antes. "Mamá," dijo ella, y luego hizo una pausa. "¿Crees que algún día te gustará Jace?"

Los ojos verdes de Jocelyn se suavizaron. "Me di cuenta que no estaba aquí, Clary. Simplemente no sabía si querrías hablar de ello."

"Quiero decir," dijo Clary con tenacidad, "¿piensas que hay algo que él podría hacer para lograr agradarte?"

"Sí," dijo Jocelyn. "Podría hacerte feliz." Tocó la cara de Clary ligeramente, y Clary apretó su propia mano, sintiendo la presión de la campana en su piel.

"Él me hace feliz," dijo Clary. "Pero no puede controlar todo en el mundo, Mamá. Pasan otras cosas…" Titubeó en busca de palabras. ¿Cómo podía explicarle que no era Jace quien la hacía infeliz, sino lo que estaba pasando con él, sin revelarle lo que era?

"Lo amas demasiado," dijo Jocelyn dulcemente. "Eso me asusta. Siempre he querido mantenerte protegida."

"Y mira cómo ha funcionado eso," comenzó Clary, y luego suavizó su voz. Este no era el momento para culpar a su madre o de pelear con ella, ahora no. No con Luke mirándolas desde la puerta, con su cara iluminada con amor y ansiedad. "Si tan sólo lo conocieras," dijo ella, algo desesperanzada. "Pero supongo que todos dicen eso de sus novios."

"Tienes razón," dijo Jocelyn, sorprendiéndola. "No lo conozco, no realmente. Lo veo, y de alguna manera me recuerda un poco a su madre. No sé por qué… no luce como ella, con excepción de que ella también era hermosa, y tenía esa terrible vulnerabilidad que él tiene…"

"¿Vulnerabilidad?" Clary estaba asombrada. Nunca había pensado que alguien aparte de ella pensara en Jace como alguien vulnerable.

"Oh, sí," dijo Jocelyn. "Quería odiarla por apartar a Stephen de Amatis, pero era inevitable querer proteger a Céline. Jace tiene un poco de eso." Se veía perdida en sus pensamientos. "O quizás sólo sea que las cosas hermosas son fácilmente rotas por el mundo." Bajó su mano. "No importa. Tengo recuerdos con los que luchar, pero son mis recuerdos. Jace no debería cargar con el peso de ellos. Aunque te diré una cosa. Si él no te amara como lo hace—y está escrito por toda su cara siempre que te mira—no lo toleraría ni siquiera por un instante. Así que ten eso en mente cuando estés enfadada conmigo."

Rechazó la protesta de Clary de que no estaba enojada con una sonrisa y una palmadita en la mejilla, y se dirigió hacia Luke con una última súplica hacia Clary para que se metiera entre la multitud y se relacionara. Clary asintió y no dijo nada, mirando hacia su madre mientras se iba, y sintiendo la campanilla ardiendo contra el interior de su mano por donde la sujetaba, como la punta de un fósforo encendido.

El área alrededor del Ironworks era en su mayoría almacenes y galerías de arte, el tipo de vecindario que se vaciaba en las noches, así que a Jordan y Simon no les tomó demasiado tiempo encontrar un espacio para estacionarse. Simon bajó de un salto de la camioneta, sólo para descubrir que Jordan ya estaba en la acera, mirándolo críticamente.

Simon no había empacado ninguna ropa agradable cuando se fue de casa—no tenía nada más elegante que una chaqueta tipo aviador que había pertenecido a su padre—así que él y Jordan habían pasado la tarde rondando por el East Village en busca de un traje decente para vestir. Finalmente encontraron un viejo traje Zegna en una tienda de envío llamada El Amor Salva el Día, que principalmente vendía botas de plataforma con brillo y bufandas Pucci de los años sesenta. Simon tuvo la sospecha de que era el lugar donde Magnus compraba la mayoría de su ropa.

"¿Qué?" dijo ahora, tirando tímidamente de las mangas de su chaqueta. Era demasiado pequeña para él, aunque Jordan había dicho que si nunca se la abrochaba, nadie se daría cuenta. "¿Qué tan mal me veo?"

Jordan se encogió de hombros. "No romperás ningún espejo," dijo. "Sólo me estaba preguntando si estabas armado. ¿Quieres algo? ¿Una daga, tal vez? Abrió su chaqueta sólo un poco, y Simon vio algo largo y metálico destellando contra el forro interior.

"No me extraña que Jace y tú se agraden tanto el uno al otro. Ambos son unos locos caminando con un arsenal encima." Simon sacudió la cabeza con cansancio y se dio la vuelta para dirigirse a la entrada del Ironworks. Estaba al otro lado de la calle, era un amplio toldo dorado que hacía una sombra rectangular en la acera, ésta había sido decorada con una alfombra de color rojo oscuro con una imagen dorada de un lobo estampada en ella. Simon no pudo evitar estar un tanto divertido.

Apoyada contra uno de los postes que sostenían el toldo, se encontraba Isabelle. Tenía el pelo recogido y llevaba un largo vestido rojo, con una abertura al costado que mostraba la mayor parte de su pierna. Unos lazos dorados se enroscaban en su brazo derecho. Se veían como pulseras, pero Simon sabía que en realidad era su látigo electrum. Estaba cubierta de Marcas. Se retorcían por sus brazos, se abrían paso ascendiendo hasta su muslo, rodeaban su garganta como un collar, y decoraban su pecho, una gran cantidad era visible gracias al pronunciado escote de su vestido. Simon trató de no mirar.

"Hey, Isabelle," dijo.

Al lado de él, Jordan también estaba tratando de no mirar. "Um," dijo él. "Hola. Soy Jordan."

"Ya nos conocemos," dijo Isabelle fríamente, ignorando su mano extendida. "Maia estaba tratando de arrancarte la cara. Con toda la razón, también."

Jordan lucía preocupado. "¿Ella está aquí? ¿Está bien?"

"Está aquí," dijo Isabelle. "No es como si te importara cómo se siente…"

"Tengo un sentimiento de responsabilidad," dijo Jordan.

"¿Y dónde se encuentra este sentimiento? ¿En tus pantalones, tal vez?

Jordan parecía indignado.

Isabelle hizo un gesto con su delgada mano decorada. "Mira, cualquier cosa que hayas hecho en el pasado, es pasado. Sé que ahora eres un Praetor Lupus, y le dije a Maia lo que eso significa. Está dispuesta a aceptar que estés aquí e ignorarte. Pero eso es todo lo que conseguirás. No la molestes, no trates de hablarle, ni siquiera la mires, o te voy a doblar por la mitad tantas veces que lucirás como un diminuto origami de hombre lobo."

Simon soltó un bufido.

"No te rías." Isabelle lo señaló. "Tampoco quiere hablar contigo. Así que a pesar de que está totalmente para babearse esta noche—y si a mí me gustaran las chicas iría definitivamente por ella—ninguno de ustedes tiene permitido hablarle. ¿Entendido?"

Los dos asintieron con la cabeza, mirando a sus zapatos como estudiantes de escuela media a quienes les acababan de entregar informes de detención.

Isabelle se apartó del poste. "Genial. Entremos."

15

Beati Bellicosi

El interior de Ironworks estaba vivo con cuerdas de brillantes luces multicolores. Solo un par de invitados ya estaban sentados, pero otros tantos se arremolinaba alrededor, llevando copas de champán llenas de pálido líquido efervescente. Los camareros — que también eran hombres lobo, observó Simon; todo el evento parecía estar compuesto por miembros de la manada de Luke — se movían entre los invitados, entregando copas de champagne. Simon rechazó una; desde su experiencia en la fiesta de Magnus, no se había sentido seguro bebiendo nada que no lo hubiera preparado él mismo, y además, no sabía que líquidos no-sanguíneos iban a quedarse y que otros lo harían enfermarse.

Maia estaba de pie junto a uno de los pilares de ladrillo, hablando y riendo con otros dos hombres lobo. Llevaba un vestido tubo de satén de color naranja brillante que hacia resaltar su piel oscura y su pelo era un halo salvaje de rizos castaño-dorado alrededor de su cara. Ella vio a Simon y Jordan y deliberadamente se dio la vuelta. La parte posterior de su vestido era una baja V que mostraba mucha piel al descubierto, incluyendo un tatuaje de una mariposa a través de su espalda baja.

"No creo que ella hubiera tenido eso cuando la conocí," dijo Jordan. "Ese tatuaje, quiero decir."

Simon miró a Jordan. Éste estaba mirando con los ojos abiertos a su ex novia con el tipo de anhelo evidente que, Simon sospechaba, iba a hacerlo conseguir un puñetazo en la cara por parte de Isabelle si no tenía cuidado. "Vamos," dijo, poniendo su mano contra la espalda de Jordan y empujándolo ligeramente. "Vamos a ver donde estamos sentados."

Isabelle, que los había estado observando por encima del hombro, sonrió con una sonrisa felina. "Buena idea."

Se abrieron paso entre la multitud a la zona donde estaban las mesas, sólo para encontrar que la mesa ya estaba medio ocupada. Clary estaba sentada en uno de los asientos, mirando abajo hacia una copa de champán llena de lo que probablemente era ginger ale. Junto a ella estaban Alec y Magnus, ambos en el traje oscuro que habían usado cuando había llegado de Viena. Magnus parecía estar jugando con los bordes de flecos de su larga bufanda blanca. Alec, con los brazos cruzados sobre el pecho, estaba mirando ferozmente a la distancia.

Clary, al ver a Simon y Jordan, se puso de pie con alivio evidente en su rostro. Vino alrededor de la mesa para saludar a Simon, y él vio que llevaba un vestido de seda de oro muy claro y sandalias bajas de oro.

Sin tacos para darle altura, se veía diminuta. El anillo Morgenstern estaba alrededor de su cuello, la plata brillando contra la cadena que lo mantenía. Ella se estiró para abrazarlo y murmuró: "Creo que Alec y Magnus están peleando."

"Parece que sí," murmuró de vuelta. "¿Dónde está tu novio?"

A eso, ella desprendió los brazos de su cuello. "Se retrasó en el Instituto." Se dio la vuelta. "Hey, Kyle."

Él sonrió un poco torpemente. "Es Jordan, en realidad."

"Eso he oído." Clary señaló hacia la mesa. "Bueno, podríamos sentarnos también. Creo que muy pronto va a ser el brindis y esas cosas. Y entonces, con suerte, la comida."

Todos ellos se sentaron. Hubo un largo e incómodo silencio.

"Entonces," dijo finalmente Magnus, pasando un dedo largo y blanco alrededor del borde de su copa de champagne. "Jordan. He oído que estás en el Praetor Lupus. Veo que estás usando uno de los medallones. ¿Qué dice?"

Jordan asintió con la cabeza. Estaba enrojecido, sus ojos color avellana espumosos, su atención claramente sólo en parte en la conversación. Estaba siguiendo a Maia con los ojos por la habitación, los dedos nerviosamente abriéndose y cerrándose en el borde del mantel. Simon dudaba de que siquiera fuera consciente de ello. "Beati bellicosi: Bienaventurados sean los guerreros."

"Una buena organización," dijo Magnus. "Yo conocí al hombre que la fundó, allá por la década de 1800. Scott Woolsey. Una antigua familia respetable de hombres lobo."

Alec hizo un feo sonido en la parte posterior de la garganta. "¿Dormiste con él, también?"

Los ojos de gato de Magnus se ampliaron. "¡Alexander!"

"¿Bueno, yo no sé nada acerca de tu pasado, o si?" Exigió Alec.

La cara de Magnus estaba inexpresiva, pero había un matiz oscuro de enojo en su voz. "¿Esto quiere decir que cada vez que mencione a alguien que he conocido, vas a preguntarme si tuve un romance con ellos?"

La expresión de Alec era inflexible, pero Simon no pudo evitar sentir un destello de simpatía, el dolor detrás de sus ojos azules era evidente. "Tal vez."

"Conocí a Napoleón una vez," dijo Magnus. "No tuvimos un romance, sin embargo. Él era desagradablemente mojigato para ser un francés."

"¿Conociste a Napoleón?" Jordan, quien parecía haberse perdido la mayor parte de la conversación, pareció impresionado. "¿Entonces es verdad lo que dicen a cerca de los brujos?"

Alec le dio una mirada muy desagradable. "¿Qué es verdad?"

"Alexander," dijo Magnus fríamente, y Clary se encontró con los ojos de Simon a través de la mesa. Sus ojos estaban abiertos, verdes y llenos de una expresión que decía Uh-oh. "No puedes ser grosero con todos los que me hablan."

Alec hizo un amplio gesto dramático. "¿Y por qué no? ¿Estoy estorbando tu estilo? Quiero decir, tal vez estabas esperando coquetear con el chico hombre lobo aquí. Es muy atractivo, si te gusta el cabello desordenado, hombros anchos, buena apariencia cincelada."

"Hey, ahí," dijo Jordan delicadamente. Magnus puso su cabeza entre sus manos.

"O aquí hay abundantes chicas hermosas, ya que aparentemente tus gustos van de ambos bandos. ¿Hay algo en lo que no estés dentro?"

"Sirenas," dijo Magnus desde el interior de sus dedos. "Siempre huelen como algas marinas."

"No es gracioso," dijo Alec ferozmente y dándole una patada a su silla se levantó de la mesa y se marchó a la multitud.

Magnus todavía tenía la cabeza entre sus manos, las puntas de su pelo negro sobresalían entre sus dedos. "Solamente no veo," le dijo a nadie en particular, "por qué el pasado tiene que importar."

Para sorpresa de Simon, fue Jordan quien respondió. "El pasado siempre importa," dijo. "Eso es lo que te dicen cuando te unes al Praetor. No puedes olvidar las cosas que hiciste en el pasado, o nunca aprenderás de ellas."

Magnus miró hacia arriba, sus ojos verde dorado brillando a través de sus dedos. "¿Cuántos años tienes?" Exigió. "¿Dieciséis?"

"Dieciocho," dijo Jordan, mirándolo ligeramente asustado.

La edad de Alec, pensó Simon, reprimiendo interiormente una sonrisa. En realidad no encontraba divertido el drama de Alec y Magnus, pero era difícil no sentir una cierta diversión amarga por la expresión de Jordan. Jordan tenía que ser el doble del tamaño de Magnus—a pesar de ser alto, Magnus era esbelto hasta el punto de la delgadez—pero Jordan estaba claramente asustado de él. Simon se giró para compartir una mirada con Clary, pero ella estaba mirando hacia la puerta de entrada, su cara se volvió repentinamente pálida. Dejando caer su servilleta sobre la mesa, murmuró, "Discúlpenme," y se puso de pie, prácticamente huyendo de la mesa.

Magnus levantó sus manos. "Bueno, si esto va a ser una huída masiva…" dijo, y se levantó con gracia, lanzando su bufanda alrededor de su cuello. Desapareció entre la multitud, presumiblemente en busca de Alec.

Simon miró a Jordan, que estaba mirando a Maia de nuevo. Ella estaba de espaldas a ellos hablando con Luke y Jocelyn, riendo, lanzando su cabello rizado hacia atrás. "Ni siquiera pienses en ello," dijo Simon, y se levantó. Señaló a Jordan. "Tú te quedas aquí."

"¿Y hacer qué?" exigió Jordan.

"Lo que sea que los Praetor Lupus hacen en esta situación. Medita. Contempla tus poderes Jedi. Lo que sea. Vuelvo en cinco minutos, y mejor que sigas estando aquí."

Jordan se echó hacia atrás, cruzando los brazos sobre el pecho de un modo claramente rebelde, pero Simon ya había dejado de prestarle atención. Se volvió y se movió en la multitud, siguiendo a Clary. Ella era una mancha de rojo y oro entre los cuerpos en movimiento, coronada con su trenza de cabello brillante.

La alcanzó junto a uno de los pilares envueltos de luz, y le puso una mano en el hombro. Ella se volvió con una exclamación de sorpresa con los ojos muy abiertos y levantó la mano como si quisiera defenderse. Se relajó cuando vio de quién se trataba. "¡Me asustaste!"

"Obviamente," dijo Simon. "¿Qué está pasando? ¿De qué estás tan asustada?"

"Yo…" Ella bajó la mano con un encogimiento de hombros, a pesar de forzada apariencia de casual despido, el pulso le estaba latiendo en su cuello como un martillo. "Me pareció ver a Jace."

"Me lo imaginé," dijo Simon. "Pero. . ."

"¿Pero?"

"Te ves muy asustada." No estaba seguro de por qué lo había dicho exactamente, o lo que esperaba que ella dijera en respuesta. Ella se mordió el labio, de la forma en que siempre lo hacía cuando estaba nerviosa. Su mirada por un momento estaba muy lejos, era un aspecto familiar para Simon.

Una de las cosas que siempre había amado de Clary era la facilidad con la que quedaba atrapada en su imaginación, cuan fácilmente podía cerrarse dentro de si misma en un mundo ilusorio de maldiciones y príncipes y destino y magia. Una vez él había sido capaz de hacer lo mismo, había sido capaz de habitar mundos imaginarios aún más emocionantes para estar a salvo—por ser de ficción. Ahora que lo real y lo imaginado habían colisionado, se preguntó si, como él, ella anhelaba el pasado, lo normal. Se preguntó si la normalidad era algo, como la visión o el silencio, que no te das cuenta de cuan preciosa era hasta que la perdías.

"Él está teniendo un momento difícil," dijo en voz baja. "Tengo miedo por él."

"Ya lo sé," dijo Simon. "Mira, no es por entrometerme, pero— ¿ha descubierto que lo que está mal con él? ¿Alguien lo ha hecho?"

"Él…" Se interrumpió. "Está bien. Acaba de tener un momento difícil llegando a un acuerdo con algunas de las cosas de Valentine. Ya sabes." Simon lo sabía. También sabía que ella estaba mintiendo. Clary, que casi nunca le ocultaba nada. Él le dirigió una mirada dura.

"Ha estado teniendo pesadillas," dijo. "estaba preocupado de que hubiera algún demonio implicado…"

"¿Algún demonio involucrado?" repitió Simon, incrédulo. Sabía que Jace estaba teniendo pesadillas, él se lo había dicho, pero Jace nunca había mencionado demonios.

"Bueno, al parecer, hay clases de demonios que tratan de llegar a ti a través de tus pesadillas," dijo Clary, sonando como si estuviese apenada por haberlo metido en eso, "pero estoy segura de que no es nada. Todo el mundo tiene pesadillas a veces, ¿no?" Ella puso una mano en el brazo de Simon.

"Yo sólo voy a ver cómo está. Volveré" Su mirada ya se estaba deslizando más allá de él, hacia la puerta que conducía a la terraza; él retrocedió, inclinó la cabeza y la dejó ir, mirándola mientras se alejaba entre la multitud.

Se veía tan pequeña—pequeña en la forma que ella había estado en primer grado cuando él la había encaminado hasta la puerta delantera de su casa y la vio subir las escaleras, pequeña y determinada, su caja de almuerzo golpeando contra su rodilla mientras caminaba. Sintió que su corazón, que ya no latía, contraerse, y se preguntó si había algo en el mundo tan doloroso como no ser capaz de proteger a las personas que amas.

"Pareces enfermo," dijo una voz a su lado. Ronca y familiar. "¿pensando la horrible persona que eres?" Simon se volvió y vio Maia apoyada contra el pilar detrás de él. Tenía una hebra de las pequeñas y brillantes luces blancas alrededor de su cuello y su rostro estaba enrojecido por el champán y la calidez de la habitación.

"O quizás debería decir," continuó, "qué horrible vampiro eres. Excepto que eso lo hace sonar como si fueras malo siendo vampiro."

"Soy malo en lo de ser un vampiro," dijo Simon. "Pero eso no quiere decir que no fuera malo al ser un novio, también."

Ella sonrió torcidamente. "Bat dice que no debe ser tan difícil para ti," dijo. "Él dice que los chicos hacen cosas estúpidas cuando hay chicas involucradas. Especialmente los frikis que anteriormente no han tenido mucha suerte con las mujeres."

"Es como si pudiera ver dentro de mi alma."

Maia negó con la cabeza. "Es difícil estar enojada contigo," dijo. "Pero estoy trabajando en ello." Ella se dio la vuelta.

"Maia," dijo Simon. Su cabeza le había empezado a doler, y se sentía un poco mareado. Si no hablaba con ella ahora, sin embargo, él nunca lo haría. "Por favor. Espera."

Ella se volvió y lo miró, ambas cejas levantadas interrogativamente.

"Lo siento por lo que hice," dijo. "Sé que lo dije antes, pero realmente lo siento."

Ella se encogió de hombros, sin expresión, sin decirle nada.

Tragó saliva pasando del dolor en su cabeza. "Tal vez Bat está en lo cierto," dijo él. "Pero creo que hay mucho más que eso. Quería estar contigo, porque—y esto va a sonar tan egoísta—tu me hiciste sentir normal. Como la persona que era antes."

"Soy un hombre lobo, Simon. No soy exactamente normal."

"Pero tú…tú eres…" dijo, tropezando con sus palabras un poco. "Tú eres genuina y real, una de las personas más reales que he conocido. Querías venir y jugar a Halo. Querías hablar de cómics y ver conciertos y bailar y simplemente hacer las cosas normales. Y me trataste como si fuera normal. Nunca me has llamado 'Daylighter' o 'vampiro' o cualquier cosa, además de Simon."

"Esas son cosas de amigos," dijo Maia. Se estaba apoyado en el pilar de nuevo, sus ojos brillando suavemente mientras hablaba. "No cosas de novias." Simon se limitó a mirarla. Su dolor de cabeza pulsando como un latido de corazón.

"Y entonces apareces por aquí," agregó, "trayendo a Jordan contigo. ¿Qué estabas pensando?"

"Eso no es justo," protestó Simon. "No tenía idea de que era tu ex…"

"Ya lo sé. Isabelle me contó," interrumpió Maia. "Simplemente siento como que debería mandarte al infierno por eso de todos modos."

"¿Ah, sí?" Simon miró por encima a Jordan, que estaba sentado solo en la mesa redonda cubierta de lino, como un chico cuya cita del baile no se hubiera se presentado. Simon se sintió de pronto muy cansado—cansado de preocuparse por todo el mundo, cansado de sentirse culpable por las cosas que había hecho y probablemente haría en el futuro. "Bueno, ¿Izzy dijo que Jordan se había asignado a mí para poder estar cerca de ti? Deberías escuchar la forma en que pregunta por ti. La forma en que dice tu nombre, incluso. Hombre, la forma en que me atacó cuando pensaba que te estaba engañando…"

"No me estabas engañando. No estábamos saliendo exclusivamente. Engañar es diferente…"

Simon sonrió cuando Maia se interrumpió, sonrojándose. "Creo que es bueno que te guste tanto que te pongas mi lado para estar en su contra sin importar qué," dijo.

"Han sido años," dijo. "Nunca ha intentado ponerse en contacto conmigo. Ni una sola vez."

"Lo intentó," dijo Simon. "¿Sabías que la noche en que te mordió fue la primera vez que se transformó?"

Ella negó con la cabeza, sus rizos rebotando, sus amplios ojos color ámbar muy serios. "No, pensé que sabía…"

"¿Que era un hombre lobo? No. Él sabía que estaba perdiendo el control de alguna manera, ¿pero quién adivina que se está convirtiendo en un hombre lobo? El día después que te mordió fue a buscarte, pero el Praetor lo detuvo. Ellos lo mantuvieron alejado de ti, e incluso entonces no te dejaba de buscar. No creo que haya habido un día desde que se fue en los últimos dos años, en los que no se haya preguntado dónde estabas…"

"¿Por qué lo defiendes?" susurró.

"Porque deberías saber," dijo Simon. "apesto siendo un novio, y te debo una. Debes saber que no era su intención abandonarte. Él sólo me tomó como una asignación debido a que tu nombre fue mencionado en las notas de mi asunto."

Sus labios se separaron. A medida que ella negaba con la cabeza, las luces brillantes de su collar guiñaban como estrellas. "Simplemente no sé qué se supone que debo hacer con eso, Simon. ¿Qué debo hacer?"

"No lo sé," dijo Simon. Su cabeza se sentía como si clavos estuvieran siendo aporreados contra ella. "Pero puedo decirte una cosa. Yo soy el último chico en el mundo al que deberías estar pidiendo consejos sobre relaciones." Él se llevó la mano a la frente. "Voy a salir a la calle, conseguir un poco de aire. Jordan está en la mesa de allí si quieres hablar con él."

Hizo un gesto más hacia las mesas y luego se dio la vuelta, lejos de sus ojos cuestionadores, lejos de los ojos de todos en la sala, del sonido de voces y risas, y se tambaleó hacia las puertas.

* * *

Clary empujó la puerta que conducía a la terraza y fue recibida por una ráfaga de aire frío. Se estremeció, deseando tener su abrigo, pero no deseaba volver a la mesa para conseguirlo. Salió a la terraza y cerró la puerta detrás de ella.

La terraza era una amplia extensión de losas de piedra, rodeada por una verja hierro. Antorchas Tiki ardían en grandes soportes de estaño, pero estas no hacían mucho para calentar el aire, lo cual probablemente explicaba por qué no había nadie más aquí además de Jace. Estaba de pie junto a la barandilla, mirando hacia el río.

Quería correr hacia él, pero no podía evitar vacilar. Llevaba un traje oscuro, la chaqueta abierta sobre una camisa blanca, y su cabeza estaba vuelta hacia un lado, lejos de ella. Ella nunca lo había visto vestido así antes, y lo hacía parecer mayor y un poco remoto. El viento del río levantó su cabello rubio, y vio la pequeña cicatriz en el lado de la garganta donde Simon lo había mordido una vez, y recordó que Jace se había dejado morder, había arriesgado su vida, por ella.

"Jace," dijo.

Se volvió, la miró y sonrió. La sonrisa era familiar y pareció abrir algo en su interior, liberándola a correr sobre las piedras hacia él y lanzar los brazos a su alrededor. Él la recogió y la mantuvo sobre el suelo por un largo tiempo, con la cara enterrada en su cuello.

"Estás bien," dijo ella por último, cuando la bajó. Restregó con fiereza todas las lágrimas que se habían derramado de sus ojos. "Quiero decir…los Hermanos Silenciosos no te hubiera dejado ir si no estuvieras bien, pero ¿pensé que dijeron que el ritual iba va a tomar mucho tiempo? ¿Días, incluso?"

"No lo hizo." Él puso las manos a ambos lados de la cara y le sonrió. Detrás de él, el puente de Queensboro se arqueaba sobre el agua. "Conoces a los Hermanos Silenciosos, les gusta hacer un gran acontecimiento de todo lo que hacen, pero en realidad es una ceremonia muy sencilla." Él sonrió. "Me sentí un poco estúpido. Es una ceremonia destinada a niños pequeños, además me quedé pensando en que si lo pasaba rápidamente conseguiría verte en tu sexy vestido de fiesta. Eso fue lo que me hizo pasar." Sus ojos la examinaron de arriba a abajo. "Y déjame decirte, no estoy decepcionado. Estás preciosa."

"Tu también te ves muy bien." Ella se echó a reír un poco a través de las lágrimas. "Ni siquiera pensé que tuvieras un traje."

"No lo tenía. Tuve que comprar uno." Él deslizó sus pulgares sobre sus pómulos, donde las lágrimas los habían humedecido. "Clary…"

"¿Por qué viniste aquí afuera?" le preguntó. "Hace mucho frío. ¿No quieres volver adentro?"

Él negó con la cabeza. "Quería hablar contigo a solas."

"Entonces que habla," dijo Clary casi en un susurro. Ella quitó sus manos de su cara y los puso en su cintura. Su necesidad de estar contra él era casi abrumadora. "¿Es algo malo? ¿Vas a estar bien? Por favor, no me ocultes nada; después de todo lo que ha pasado, debes saber que puedo manejar cualquier mala noticia." Sabía que estaba hablando con nerviosismo, pero no podía evitarlo. Su corazón se sentía como si estuviera latiendo a mil kilómetros por minuto. "Sólo quiero que estés bien," dijo con toda la calma que pudo.

Sus ojos dorados eran oscuros. "Sigo revisando esa caja, la que perteneció a mi padre. No siento nada al respecto. Las cartas, las fotos. No sé quiénes eran esas personas, no se sienten reales para mí. Valentine era real."

Clary parpadeó, no era lo que le esperaba que dijera. "Recuerda que te dije que tomaría tiempo…"

Ni siquiera pareció oírla. "¿Si realmente fuera Jace Morgenstern, todavía me amarías? Si yo fuera Sebastián, ¿me amarías?"

Ella le apretó la mano. "Nunca podrías ser así."

"Si Valentine me hizo lo que le hizo a Sebastián, ¿me amarías?"

Había una urgencia en la pregunta que ella no entendía. Clary dijo: "Pero entonces no serías tú."

Su respiración se cortó, casi como si lo que había dicho le hubiera hecho daño— pero ¿cómo puede haberlo hecho? Era la verdad. Él no era como Sebastian. Él era como él mismo. "No sé quién soy," dijo. "Me miro en el espejo y veo a Stephen Herondale, pero actúo como un Lightwood y hablo como mi padre—como Valentine. Así que veo quien soy en tus ojos, y trato de ser esa persona, porque tú tienes fe en esa persona y creo que la fe puede ser suficiente para hacerme lo que tú quieres que sea."

"Ya eres lo que quiero. Siempre lo has sido," dijo Clary, pero no podía evitar sentir como si estuviera gritando en una habitación vacía. Era como si Jace no pudiera oírla, no importaba cuántas veces le dijera que lo amaba. "Sé que te sientes como que no sabes quién eres, pero yo sí. Yo lo sé. Y algún día tú también. Y mientras tanto no puedes seguir preocupándote por perderme, porque eso jamás va a suceder."

"Hay una manera. . ." Jace levantó sus ojos a los de ella. "Dame tu mano."

Sorprendida, Clary alzó una mano, recordando la primera vez que le había tomado la mano así. Ahora tenía la runa, la runa del ojo abierto, en la parte posterior de su mano, la que él había estado buscando, y no había encontrado. Su primera runa permanente. Él volvió la mano hacia arriba, dejando al descubierto la muñeca, la piel vulnerable de su antebrazo.

Ella se estremeció. El viento del río se sintió como estuviera introduciéndose en sus huesos. "Jace, ¿qué estás haciendo?"

"¿Recuerdas lo que dije acerca de las bodas de los Cazadores de Sombras? ¿Como en lugar de intercambiar anillos, se marcaban el uno al otro con runas de amor y compromiso?" Él la miró, sus ojos muy abiertos y vulnerables debajo de sus espesas pestañas doradas. "Quiero marcarte de una manera que nos una, Clary. Es sólo una pequeña marca, pero es permanente. ¿Estás dispuesta?"

Ella dudó. Una runa permanente, cuando eran tan jóvenes— su madre estaría indignada. Pero ninguna otra cosa parecía funcionar, nada de lo que le dijo lo convenció. Tal vez esto podría. En silencio, ella sacó su estela y se la entregó. Él la tomó, frotando sus dedos cuando lo hizo. Ella estaba temblando más fuerte ahora, tenía frío en todas partes, excepto donde la tocó. Él acunó su brazo contra él y bajó la estela, tocando suavemente su piel, moviéndola suavemente hacia arriba y hacia abajo, y luego, cuando ella no protestó, con más fuerza. Tan fría como ella estaba, la quemadura de la estela fue casi bienvenida. Ella observaba mientras las líneas oscuras salían en espiral desde la punta de la estela, formando un patrón de líneas duras, angulares.

Sus nervios hormiguearon con una alarma repentina. El patrón no hablaba de amor y compromiso con ella, había algo más ahí, algo más oscuro, algo que hablaba del control y la sumisión, de la pérdida y la oscuridad. ¿Estaba dibujando mal la runa? Pero este era Jace, sin duda él sabía más. Y sin embargo, un entumecimiento comenzaba a difundirse hasta el brazo desde el lugar en donde la estela la tocaba; un hormigueo doloroso, como los nervios despertando y se sentía mareada, como si el suelo se estuviera moviendo bajo ella…

"Jace." Su voz se elevó teñida de ansiedad. "Jace, no creo que eso sea correcto…"

Él soltó su brazo. Sostuvo la estela equilibrándola ligeramente en la mano, con la misma gracia con la que sostendría un arma. "Lo siento, Clary," dijo. "Quiero estar unido a ti. Yo nunca mentí sobre eso."

Abrió la boca para preguntarle de qué demonios estaba hablando, pero ninguna palaba salió. La oscuridad estaba alzándose demasiado rápido. Lo último que sintió fueron los brazos de Jace a su alrededor mientras ella caía.

Después de lo que pareció una eternidad de vagar en torno a lo que consideraba una fiesta extremadamente aburrida, Magnus finalmente encontró Alec, sentado solo en una mesa en un rincón, detrás de un ramillete de rosas blancas artificiales. Había una serie de copas de champán en la mesa, la mayoría medio llena, como si los asistentes a la fiesta las hubieran abandonado allí. Alec se veía más bien abandonado. Tenía el mentón en sus manos y miraba pensativamente hacia el espacio. No levantó la vista, incluso cuando Magnus enganchó un pie alrededor de la silla frente a él, la giró hacia él y se sentó, apoyando los brazos a lo largo del respaldar.

"¿Quieres volver a Viena?" dijo.

Alec no respondió, sólo miró hacia el espacio.

"O podríamos ir a otra parte," dijo Magnus. "Cualquier lugar que desees. Tailandia, Carolina del Sur, Brasil, Perú—Oh, espera, no, tengo prohibido ir a Perú. Me había olvidado de eso. Es una historia larga, pero divertida si quieres oír."

La expresión de Alec dijo que muy bien que no quería oírlo. Deliberadamente se volvió y miró hacia la habitación como si el cuarteto de cuerdas del hombre lobo le fascinara.

Ya que Alec le estaba haciendo caso omiso, Magnus decidió divertirse cambiando los colores del champaña en las copas sobre la mesa. Hizo una azul, la siguiente rosada, y estaba trabajando en una verde cuando Alec se inclinó sobre la mesa y lo golpeó en la muñeca.

"Deja de hacer eso," dijo. "La gente está mirando."

Magnus se miró los dedos, los cuales estaban rociando chispas azules. Tal vez era un poco obvio. Cerró sus dedos. "Bueno," dijo. "Tengo que hacer algo para evitar morir de aburrimiento, ya que no me hablas."

"No lo estoy," dijo Alec. "Que no te hablo, quiero decir."

"¿Ah, sí?" dijo Magnus. "Sólo te pregunté si querías ir a Viena, o Tailandia, o la luna, y no recuerdo que dijeras nada en respuesta."

"No sé lo que quiero." Alec tenía la cabeza inclinada, estaba jugando con un tenedor de plástico abandonado. Aunque sus ojos estaban mirando desafiantemente hacia abajo, su color azul pálido era visible incluso a través de sus párpados cerrados, que eran pálidos y tan finos como el pergamino. Magnus había encontrado siempre los seres humanos más hermosos que cualquier otra criatura viva en la tierra, y se había preguntado a menudo por qué. Sólo unos años antes de las tinieblas, le había dicho Camille. Pero era la mortalidad lo que los hacía lo que eran, la llama que ardía brillante por su parpadeo. La muerte es la madre de la belleza, como dijo el poeta. Se preguntó si el Ángel había considerado alguna vez hacer a sus siervos humanos, los Nefilim, inmortales. Pero no, de todas sus fuerzas, ellos cayeron como los seres humanos siempre habían caído en la batalla a través de todas las edades del mundo.

"Tienes esa mirada de nuevo," dijo Alec mal humor, mirando a través de sus pestañas. "Como si estuvieras mirando algo que no puedo ver. ¿Estás pensando en Camille?"

"No realmente," dijo Magnus. "¿Qué parte de la conversación que tuve con ella oíste?"

"La mayor parte." Alec pinchó el mantel con el tenedor. "Estaba escuchando a través puerta. Lo suficiente."

"No, en absoluto lo suficiente, creo." Magnus miró en el tenedor, y éste se deslizó fuera del alcance de Alec y a través de la mesa hacia él. Cerró la mano por encima de la de él y le dijo: "Deja moverte. ¿Qué le dije a Camille que te molestó tanto?"

Alec levantó los ojos azules. "¿Quién es Will?"

Magnus exhaló una especie de risa. "Will. Querido Dios. Eso fue hace mucho tiempo. Will era un Cazador de Sombras, como tú. Y sí, él se parecía a ti, pero tú no eres como él. Jace se parece más a Will, al menos en la personalidad; y mi relación contigo no tiene nada que ver con la que tuve con Will. ¿Es eso lo que te molesta?"

"No me gusta pensar que sólo estás conmigo porque me parezco a un tipo muerto que te gustaba."

"Yo nunca dije eso. Camille lo insinuó. Es una maestra de la insinuación y la manipulación. Ella siempre lo ha sido."

"No le dijiste que estaba equivocada."

"Si se lo permites Camille, ella te atacará en todos los frentes. Defiende un frente, y ella atacará otro. La única manera de tratar con ella es fingir que no está llegando a ti."

"Ella dijo que los chicos lindos eran tu perdición," dijo Alec. "Lo que lo hace sonar como si solo fuera uno más en una larga línea de juguetes para ti. Uno muere o desaparece, tú consigues otro. No soy nada. Soy… insignificante."

"Alexander…"

"Lo que," Alec continuó, mirando la mesa fijamente de nuevo, "es especialmente injusto, ya que tu eres cualquier cosa menos insignificante para mí. He cambiado mi vida por ti. Pero ningún cambio para ti, ¿verdad? Supongo que eso es lo que significa vivir para siempre. Nada realmente tiene mucha importancia."

"Estoy diciendo que te sí me importas…"

"El Libro del Blanco," dijo Alec, de repente. "¿Por qué lo querías tanto?"

Magnus lo miró, perplejo. "Tú sabes por qué. Es un libro de hechizos muy poderoso."

"Pero lo querías por algo específico, ¿no? ¿Por un hechizo que había en él? "Alec tomó una respiración irregular. "No tienes que responder, puedo decir por tu cara que lo hiciste. ¿Era…se trataba de un hechizo para hacerme inmortal?"

Magnus se sintió sacudido hasta la médula. "Alec," susurró. "No. No, yo…yo no haría eso."

Alec lo miró fijamente con su penetrante mirada azul. "¿Por qué no? ¿Por qué a través de todos los años de todas las relaciones que alguna vez has tenido nunca has tratado de hacer a alguno de ellos inmortales como tú? Si me pudieras tener contigo para siempre, ¿no lo querrías?"

"¡Por supuesto que sí!" Magnus, dándose cuenta de que estaba casi gritando, bajó la voz con esfuerzo. "Pero que no entiendes. No se obtiene algo por nada. El precio por vivir para siempre…"

"Magnus." Era Isabelle, corriendo hacia ellos, el teléfono en la mano. "Magnus, tengo de hablar contigo."

"Isabel." Normalmente a Magnus le gustaba la hermana de Alec. No tanto en este momento. "Preciosa, maravillosa Isabelle. ¿Podrías por favor, desaparecer? Ahora es un muy mal momento."

Isabelle miró a su hermano Magnus, y viceversa. "¿Entonces, no quieres que te diga que Camille acaba de escapar del Santuario y que mi madre está exigiendo que regreses al Instituto en este momento para ayudarles a encontrarla?"

"No," dijo Magnus. "No quiero que me digas eso."

"Bueno, mala suerte," dijo Isabel. "Porque es cierto. Quiero decir, supongo que no tiene que ir, pero…"

El resto de la frase quedó colgando en el aire, pero Magnus sabía lo que ella no estaba diciendo. Si él no iba, la Clave sospecharía que él había tenido algo que ver con el escape de Camille, y eso era la última cosa que necesitaba.

Maryse se pondría furiosa, lo que complicaría su relación aún más con Alec. Y sin embargo…

"¿Se escapó?" dijo Alec. "Nadie se había escapado del Santuario."

"Bueno", dijo Isabel, "ahora alguien lo ha hecho."

Alec se escabulló más abajo en su asiento. "Ve," dijo. "Es una emergencia. Sólo ve. Podemos hablar después."

"Magnus. . ." La voz de Isabelle sonaba media compungida, pero no había duda de la urgencia en su voz.

"Bien." Magnus se puso de pie. "Pero," añadió, haciendo una pausa junto a la silla de Alec y apoyándose cerca de él, "no eres insignificante."

Alec enrojeció. "Si tú lo dices," dijo.

"Yo lo digo," dijo Magnus, y se volvió para seguir Isabelle fuera de la habitación.

Afuera, en la calle desierta, Simon se apoyó contra la pared de Ironworks, contra el ladrillo cubierto de hiedra, y miró hacia el cielo. Las luces del puente lavaban las estrellas así que no había nada que ver, excepto una cortina de negro aterciopelado. Deseaba con una fiereza repentina poder respirar el aire frío para despejar su cabeza, poder sentirlo en su rostro, en su piel. Lo único que llevaba era una camisa fina, y no había ninguna diferencia. No podía temblar, e incluso el recuerdo de lo que se sentía temblar estaba lejos de él, poco a poco, todos los días, escapando como los recuerdos de otra vida.

"¿Simon?"

Se quedó inmóvil donde estaba. Esa voz, baja y familiar, a la deriva como un hilo en el aire frío. Sonríe. Eso fue lo último que había dicho.

Pero no podía ser. Estaba muerta.

"¿No me vas a mirar, Simon?" Su voz era tan baja como siempre, apenas un suspiro. "Estoy aquí."

El terror arañó el camino hasta su columna vertebral. Abrió los ojos, y volvió la cabeza lentamente.

Maureen estaba en el círculo de luz de una farola justo en la esquina de Vernon Boulevard. Llevaba un largo vestido blanco virginal. Tenía el pelo alisado sobre sus hombros, brillando de amarillo a la luz de la lámpara. Todavía había un poco de tierra de tumba pegada en éste. Había unas pequeñas zapatillas blancas en sus pies. Su rostro estaba mortalmente pálido, círculos de colorete pintado en sus pómulos, y su boca de un color rosa oscuro, como si hubiera sido dibujado con un marcador de punta de fieltro.

Las rodillas de Simon fallaron. Se deslizó por la pared en la que había estado apoyado, hasta que estuvo sentado en el suelo, con las rodillas dobladas. Su cabeza se sentía como que iba a explotar.

Maureen dio una risita de niña y salió debajo de la farola. Se acercó a él y bajó la mirada, su rostro tenía una mirada de divertida satisfacción.

"Pensé que estarías sorprendido," dijo.

"Eres un vampiro," dijo Simon. "Pero… ¿cómo? Yo no te hice esto. Sé que no lo hice."

Maureen negó con la cabeza. "No fuiste tú, pero fue gracias a ti. Ellos pensaban que era tu novia, ya sabes. Me sacaron de mi habitación por la noche, y me mantuvieron en una jaula todo el día siguiente. Me dijeron que no me preocupara porque vendrías por mí. Pero no llegaste. Nunca llegaste."

"No lo sabía." La voz de Simon se agrietó. "Hubiera llegado si lo hubiera sabido."

Maureen lanzó su cabello rubio por encima del hombro en un gesto que le recordó a Simon repentina y dolorosamente a Camille. "No importa," dijo con su vocecita de niña. "Cuando el sol se puso, me dijeron que podía morir o podía elegir vivir así. Como un vampiro."

"¿Así que optaste por esto?"

"No quiero morir," suspiró ella. "Y ahora voy a ser bonita y joven para siempre. Me puedo quedar toda la noche, y nunca debo volver a casa. Y ella me cuida."

"¿De quién estás hablando? ¿Quién es ella? ¿Te refieres a Camille? Mira, Maureen, ella está loca. No la escuches." Simon se puso de pie. "Puedo conseguirte ayuda. Encontrarte un lugar para que te quedes. Te enseñaría como ser un vampiro…"

"Oh, Simon." Ella sonrió, y sus pequeños dientes blancos aparecieron en una fila precisa. "No creo que sepas cómo ser un vampiro tampoco. No querías morderme, pero lo hiciste. Tus ojos se volvieron completamente negros como los de un tiburón, y me mordiste."

"Lo siento mucho. Si dejas que te ayude…"

"Puedes venir conmigo," dijo. "Eso me ayudaría."

"¿Ir contigo a dónde?"

Maureen miró de arriba abajo la calle vacía. Parecía un fantasma en su vestido blanco y fino. El viento soplaba alrededor de su cuerpo, pero claramente no sentía el frío. "Has sido elegido," dijo. "Porque eres un Daylighter. Los que me hicieron esto te quieren. Pero saben que llevas la marca ahora. No pueden conseguirte a menos que elijas ir con ellos, así que me enviaron como mensajera." Ella inclinó la cabeza hacia un lado, como un pájaro. "Puedo no ser la persona que te importa," dijo, "pero la próxima vez lo será. Ellos seguirán llegando a las personas que amas hasta que no haya salida, así que podrías venir conmigo y saber qué es lo que quieren."

"¿Lo sabes?" preguntó Simon. "¿Sabes que es lo que quieren?"

Ella negó con la cabeza. Estaba tan pálida bajo la luz de la lámpara difusa que se veía casi transparente, como si Simon pudiera mirar a través de ella. De la forma en que siempre lo había hecho, supuso.

"¿Importa?" dijo, y extendió la mano.

"No," dijo. "No, supongo que no." Y tomó su mano.

16

Ángeles de la ciudad de Nueva York

"Aquí estamos," le dijo Maureen a Simon.

Se había detenido en mitad de la acera y estaba mirando arriba a un enorme edificio de vidrio y piedra que se alzaba sobre ellos. Estaba claramente diseñado para lucir como uno de los complejos de apartamentos lujosos que habían sido construidos en el Upper East Side de Manhattan antes de la Segunda Guerra Mundial, pero los toques modernistas lo delataban—los altos ventanales, el techo de cobre sin tocar por el verde gris, los carteles colgados en la parte delantera del edificio, prometiendo: CONDOMINIOS DE LUJO DESDE $750,000. Al parecer, la compra de uno te daba el derecho a usar el jardín de la azotea, un centro de entrenamiento, una piscina climatizada y servicio a la habitación las 24 horas, a partir de diciembre. Por el momento, el lugar todavía estaba bajo construcción, y carteles de: NO ENTRE: PROPIEDAD PRIVADA estaban clavados en los andamios a su alrededor.

Simon miró a Maureen. Parecía estar acostumbrándose a ser una vampira bastante rápido. Habían tenido que correr sobre el Puente Queensboro y subir la Segunda Avenida para llegar ahí y sus zapatillas blancas estaban destrozadas, pero nunca aflojó el paso y nunca pareció sorprendida de no haberse cansado. Ahora estaba mirando hacia el edificio con una expresión tranquila, su pequeño rostro estaba radiante, con lo que Simon sólo podía suponer que era anticipación.

"Este lugar está cerrado," dijo él, sabiendo que destacaba lo obvio. "Maureen…"

"Calla." Alargó una pequeña mano para tirar de un cartel que estaba clavado en una esquina de los andamios. Se soltó con un sonido de desgarramiento de las placas de yeso y de los clavos que las sostenían. Algunos de los clavos traquetearon en el suelo a los pies de Simon. Maureen arrojó el cuadrado de yeso a un lado y sonrió en vista del agujero que había hecho.

Un anciano que pasaba, paseando un pequeño poodle con una chaqueta a cuadros con correa, se detuvo y miró. "Deberías conseguir un abrigo para tu hermanita," le dijo a Simon. "Una cosita delgada como esa, se congelará con este tiempo."

Antes de que Simon pudiera contestar, Maureen giró hacia el hombre con una sonrisa feroz, mostrando todos sus dientes, incluyendo sus puntiagudos colmillos. "No soy su hermana," siseó.

El hombre palideció, tomó a su perro y se fue a toda prisa.

Simon sacudió la cabeza hacia Maureen. "No había necesidad de hacer eso."

Sus colmillos le habían atravesado el labio inferior, algo que a Simon le había pasado a menudo antes de acostumbrarse a ellos. Delgados hilos de sangre bajaban por su barbilla. "No me digas qué hacer," dijo de mal humor, pero sus colmillos se escondieron. Pasó el dorso de su mano por su barbilla, un gesto infantil, limpiándose la sangre. Después se giró hacia el agujero que había hecho. "Vamos."

Se metió y él la siguió. Pasaron por un área donde los trabajadores claramente arrojaban su basura. Había herramientas rotas por ahí, ladrillos destrozados, viejas bolsas de plástico y latas de Cola-Cola ensuciando el suelo. Maureen levantó su falda y se abrió camino con delicadeza a través de los escombros, con una mirada de disgusto en su rostro. Saltó por encima de una zanja estrecha, y subió por una hilera de escalones de piedra agrietada. Simon la siguió.

Los escalones llevaron a un conjunto de puertas de cristal, entreabiertas. Atravesando las puertas había un vestíbulo de mármol ornamentado. Una gran lámpara de araña apagada pendía del techo, aunque no había luz para encender sus colgantes de cristal. Habría estado demasiado oscuro en la habitación para que un humano pudiera ver en absoluto. Había un mostrador de mármol para que un portero se sentara, un largo sillón verde debajo de un espejo con bordes dorados, y ascensores a cada lado de la habitación. Maureen apretó el botón del ascensor, y para sorpresa de Simon, se encendió.

"¿Adónde vamos?" preguntó él.

El ascensor se abrió, y Maureen entró, Simon detrás de ella. El ascensor estaba revestido en dorado y rojo, con espejos esmerilados en cada una de las paredes. "Arriba." Apretó el botón de la azotea y soltó una risita. "Hasta el cielo," dijo, y las puertas se cerraron.

"No puedo encontrar a Simon."

Isabelle, quien había estado apoyada contra un pilar de Ironworks y tratando de no dar vueltas, levantó la vista para ver a Jordan apareciendo frente a ella. Era irrazonablemente alto, pensó ella. Tenía que medir por lo menos 1.88 m. Había pensado que era atractivo la primera vez que lo había visto, con su despeinado pelo oscuro y ojos verdosos, pero ahora

que sabía que era el ex de Maia, lo había movido firmemente dentro de su espacio mental reservado para chicos que estaban fuera de límite.

"Bueno, yo no lo he visto," dijo ella. "Pensé que tú, supuestamente, eras su guardián."

"Me dijo que iba a regresar. Eso fue hace cuarenta minutos. Pensé que iba al baño."

"¿Qué clase de guardián eres? ¿No deberías haber ido al baño con él?" Exigió Isabelle.

Jordan estaba horrorizado. "Los tipos," dijo, "no siguen a otros tipos al baño."

Isabelle suspiró. "El pánico homosexual latente te cambiará en cualquier momento," dijo ella. "Anda, vayamos a buscarlo."

Rodearon la fiesta, moviéndose entre los invitados. Alec estaba solo y de mal humor en una mesa, jugando con una copa vacía de champagne. "No, no lo he visto," dijo en respuesta a su pregunta. "Aunque admito que no he estado buscando."

"Bien, puedes buscar junto a nosotros," dijo Isabelle. "Te dará algo que hacer aparte de parecer miserable."

Alec se encogió de hombros y se unió a ellos. Decidieron dividirse y dispersarse a través de la fiesta. Alec subió las escaleras para buscar en las pasarelas y en el segundo piso. Jordan salió para revisar la terraza y la entrada. Isabelle tomó el área de la fiesta. Justo estaba preguntándose si el mirar debajo de las mesas resultaría ridículo cuando Maia se acercó por detrás. "¿Todo está bien?" preguntó ella. Su mirada subió hacia Alec y luego en la dirección en que Jordan se había ido. "Reconozco una formación de búsqueda cuando la veo. ¿Qué están buscando? ¿Hay problemas?"

Isabelle la informó sobre la situación de Simon.

"Acabo de hablar con él hace media hora."

"También Jordan, pero ahora desapareció. Y dado que la gente está tratando de matarlo últimamente…"

Maia dejó su copa en la mesa. "Les ayudaré a buscar."

"No tienes que hacerlo. Sé que no te sientes súper afectuosa con Simon en este momento…"

"Eso no quiere decir que no los quiera ayudar si él está en problemas," dijo Maia, como si Isabelle estuviera siendo ridícula. "¿No se suponía que Jordan estaba vigilándolo?"

Isabelle levantó las manos. "Sí, pero al parecer los tipos no siguen a otros tipos al baño o algo así. No estaba siendo muy sensato."

"Los chicos nunca lo son," dijo Maia, y la siguió. Se deslizaron entre la multitud, aunque Isabelle estaba muy segura que no encontrarían a Simon. Tenía un pequeño espacio frío en el centro de su estómago que estaba haciéndose más grande y más frío. Para el momento en el que todos se habían reunido en su mesa original, sentía como si hubiese tomado un vaso de agua congelada.

"No está aquí," dijo ella.

Jordan maldijo, y luego miró culpablemente a Maia. "Lo siento."

"He oído peores," dijo ella. "Entonces ¿cuál es el siguiente paso? ¿Alguien trató de llamarlo?"

"Derecho al buzón de voz," Dijo Jordan.

"¿Alguna idea de a dónde pudo haber ido?" Preguntó Alec.

"En el mejor de los casos, quizás haya vuelto al departamento," dijo Jordan. "En el peor, aquellas personas que han estado tras él, finalmente lo tienen."

"¿Personas que qué?" Alec miró desconcertado; mientras que Isabelle le había contado la historia de Simon a Maia, todavía no había tenido oportunidad de contársela a su hermano.

"Voy a regresar al apartamento y buscarlo," dijo Jordan. "Si está ahí, genial. Si no está, ese seguiría siendo el lugar por donde debería empezar. Ellos saben donde vive; han estado enviándonos mensajes allí. Quizá haya un mensaje." No sonó muy esperanzado.

Isabelle tomó la decisión en una fracción de segundo. "Yo iré contigo."

"No tienes que hacerlo..."

"Sí, tengo que hacerlo. Yo le dije a Simon que debía venir esta noche; soy la responsable. Además, he tenido un tiempo de mierda en esta fiesta de todos modos.

"Sí," dijo Alec, viéndose aliviado con la perspectiva de salir de allí. "Yo también. Tal vez debamos ir todos. ¿Deberíamos decirle a Clary?"

Isabelle negó con la cabeza. "Es la fiesta de su madre. No sería justo. Veamos qué podemos hacer tres de nosotros."

"¿Tres de ustedes?" Preguntó Maia, con un matiz de delicada molestia en el tono de voz.

"¿Quieres venir con nosotros, Maia?" le preguntó Jordan. Isabelle se congeló; no estaba segura cómo reaccionaría Maia al tener a su ex novio hablándole directamente. La boca de la otra chica estaba un poco apretada, y por un momento miró a Jordan—no como si lo odiara, sino pensativamente.

"Es Simon," dijo ella finalmente, como si eso lo decidiera todo. "Iré a coger mi abrigo."

Las puertas del ascensor se abrieron en un remolino de aire y sombras oscuras. Maureen dio otra risita aguda y bailó hacia la oscuridad, dejando que Simon la siguiera suspirando.

Estaban de pie en una gran habitación de mármol sin ventanas. No había luz, pero la pared a la izquierda del ascensor estaba equipada con un imponente conjunto de puertas dobles de cristal. A través de ellas, Simon podía ver la plana superficie de la azotea, y encima de ella, el oscuro cielo nocturno sobre su cabeza con estrellas brillando débilmente.

El viento estaba soplando fuerte otra vez. Siguió a Maureen a través de las puertas hacia las frías ráfagas de aire, su vestido revoloteando alrededor de ella como una polilla batiendo sus alas contra un vendaval. El jardín de la azotea era tan elegante como los anuncios habían prometido. Lisas baldosas de piedras hexagonales formaban el piso. Había bancos de flores en invernaderos y setos topiarios[39] cuidadosamente recortados en formas de monstruos y animales. El camino que siguieron estaba delineado con luces pequeñas y brillantes. A su alrededor se alzaban grandes edificios de vidrio y acero, sus ventanas brillaban con electricidad.

El sendero terminaba en una hilera de escalones de azulejos, en cuya cima había una amplia plaza rodeada en tres lados por altos muros que encercaban el jardín. Era clara la intención de ser un área donde los eventuales residentes pudieran sociabilizar. Había un gran bloque de hormigón en el centro de la plaza, el cual algún día sostendría una parrilla, supuso Simon, y el área estaba rodeada por rosales impecablemente recortados que florecerían en junio, así como algún día, los desnudos enrejados que adornaban las paredes desaparecerían bajo un manto de hojas. Con el tiempo, sería un espacio atractivo, un lujoso jardín cobertizo en Upper East Side donde podrías relajarte en un sillón, con la vista del East River reluciendo bajo el atardecer, y la ciudad extendiéndose ante ti, un mosaico de luces brillantes.

Excepto que el piso de baldosas había sido desfigurado, rociado con algún tipo de fluido pegajoso negro que se había utilizado para dibujar un círculo desigual, dentro de un círculo más grande. El espacio entre los dos círculos estaba lleno de runas garabateadas. Aunque Simon no era un Cazador de Sombras, había visto suficientes runas de Nefilim como para reconocer las que provenían del Libro Gris. Estas no. Se veían amenazantes y mal, como una maldición garabateada en un idioma desconocido.

En el centro del círculo había un bloque de hormigón. En la cima de éste, se situaba un voluminoso objeto rectangular, tapado por una tela oscura. La forma no era muy distinta a

[39] Es una práctica de la jardinería que consiste en dar formas artísticas a las plantas mediante el recorte de sus ramas. Está considerada una técnica artística por que el resultado son verdaderas esculturas vivas.

la de un ataúd. Más runas estaban garabateadas en la base del bloque. Si la sangre de Simon hubiese corrido, habría corrido fría.

Maureen aplaudió. "Oh," dijo en su pequeña voz de duende. "Es bonito."

"¿Bonito?" Simon miró rápidamente a la encorvada forma en la cima del bloque de hormigón. "Maureen, ¿qué demonios…?"

"Así que lo trajiste." Era la voz de una mujer la que hablaba, educada, fuerte y… familiar. Simon se giró. Parada en el camino detrás de él, estaba una mujer alta con oscuro pelo corto. Era muy esbelta, vestida con un largo y oscuro abrigo, ceñido alrededor de su cintura como una mujer fatal de una película de espías de los cuarenta. "Gracias, Maureen," continuó. Tenía un duro y hermoso rostro, bien marcado, con pómulos altos y grandes ojos oscuros. "Lo has hecho muy bien. Puedes irte ahora." Giró su mirada hacia Simon. "Simon Lewis," dijo ella. "Gracias por venir."

En el momento en que dijo su nombre, la reconoció. La última vez que la había visto, había estado bajo la lluvia afuera del Alto Bar. "Tú. Me acuerdo de ti. Me diste tu tarjeta. La promotora de música. Wow, realmente debes querer promocionar mi banda. Ni siquiera pensaba que fuéramos tan buenos."

"No seas sarcástico," dijo la mujer. "Eso tiene sentido." Miró de soslayo. "Maureen. Puedes irte." Su voz fue firme esta vez, y Maureen, quien había estado rondando como un pequeño fantasma, dio un pequeño chillido y se precipitó por el mismo camino por el que habían llegado. Observó como desaparecía a través de las puertas que llevaban a los ascensores, casi sintiendo pena por verla irse. Maureen no era mucha compañía, pero sin ella, se sentía muy solo. Quienquiera que fuera esta extraña mujer, despedía claramente un aura de oscuro poder que, por haber estado demasiado drogado por la sangre no pudo notar antes.

"Me hiciste dar vueltas, Simon," dijo ella, y ahora su voz venía de otra dirección, a varios pies de distancia.

Simón se giró, y vio que ella estaba de pie al lado del bloque de hormigón, en el centro del círculo. Las nubes estaban volando con rapidez a través de la luna, proyectando un diseño en movimiento de sombras en su rostro. Porque él estaba al pie de los escalones, tenía que estirar la cabeza para mirar hacia ella. "Creí que llegar a ti sería fácil. Tratar con un simple vampiro. Uno convertido recientemente, nuevo en eso. Incluso un Daylighter no es algo que no haya encontrado antes, aunque no ha habido uno en cien años. Sí," añadió, con una sonrisa por la mirada de él, "soy más vieja de lo que parezco."

"Te ves bastante vieja."

Ignoró el insulto. "Envié a mis mejores hombres por ti, y sólo uno regresó, balbuceando un cuento sobre un fuego sagrado y la ira de Dios. Me era poco útil después de eso. Lo tuve que matar. Fue muy molesto. Después de eso, decidí que debía tratar contigo yo misma. Te seguí a tu tonto espectáculo musical, y más tarde, cuando me acerqué a ti, la vi. Tu Marca. Como alguien que conoció a Caín personalmente, estoy íntimamente familiarizada con su forma."

"¿Conociste a Caín personalmente?" Simon negó con la cabeza. "No puedes esperar que me crea eso."

"Créelo o no," dijo. "No hace ninguna diferencia para mí. Soy más vieja que los sueños de tu especie, niñito. Caminé las sendas del Jardín del Edén. Conocí a Adán antes que Eva. Fui su primera esposa, pero no sería obediente a él, así que Dios me echó y le hizo a Adán una nueva esposa, una formada de su propio cuerpo y que siempre fuera servil." Sonrió débilmente. "Tengo muchos nombres. Pero puedes llamarme Lilith, la primera de todos los demonios."

En ese momento, Simon, que no había sentido frío en meses, finalmente se estremeció. Había oído antes el nombre Lilith. No podía recordar exactamente en dónde, pero sabía que era un nombre asociado con la oscuridad, con cosas malas y terribles.

"Tu Marca se me presentó como un acertijo," dijo Lilith. "Te necesito, ya ves, Daylighter. Tu fuerza vital… tu sangre. Pero no podía forzarte o hacerte daño."

Lo dijo como si necesitar su sangre fuera la cosa más natural del mundo.

"¿Tú… bebes sangre?" preguntó Simon. Se sentía aturdido, como si estuviera atrapado en un extraño sueño. Seguramente esto no podía estar sucediendo.

Ella se echó a reír. "La sangre no es el alimento de los demonios, niño tonto. Lo que quiero de ti no es para mí." Extendió una mano esbelta. "Acércate."

Simon negó con la cabeza. "No voy a entrar a ese círculo."

Ella se encogió de hombros. "Muy bien, entonces. Mi intención sólo era darte una mejor vista." Movió los dedos ligeramente, casi por negligencia, el gesto de alguien apartando una cortina a un lado. La tela negra que cubría el objeto con forma de ataúd entre ellos, desapareció.

Simon se quedó mirando lo que fue revelado. No se había equivocado acerca de la forma de ataúd. Era una caja de cristal grande, lo suficientemente larga y ancha para que una persona se acostara. Un ataúd de cristal, pensó, como el de Blancanieves. Pero esto no era un cuento de hadas. En el interior del ataúd había un líquido turbio, y flotando en ese líquido—

desnudo de la cintura para arriba, su pelo rubio blanco flotando a su alrededor como pálidas algas… estaba Sebastian.

No había mensajes pegados en la puerta del apartamento de Jordan, nada por encima ni debajo de la alfombra de bienvenida, y tampoco había nada inmediatamente obvio en el interior del apartamento. Mientras Alec hacía guardia abajo y Maia y Jordan hurgaban en la mochila de Simon en la sala de estar, Isabelle, en la puerta del dormitorio de Simon, miró en silencio el lugar en el que había estado durmiendo durante los últimos días. Estaba muy vacío—sólo cuatro paredes, desnudas de toda decoración, un suelo desnudo con un colchón en él y una manta blanca doblada a los pies, y una sola ventana que daba a la Avenida B.

Podía oír la ciudad—la ciudad en la que había crecido, cuyos ruidos siempre la habían rodeado, desde que era un bebé. Había encontrado la tranquilidad de Idris terriblemente ajena, sin el sonido de las alarmas de los coches, la gente gritando, sirenas de ambulancias, y música que casi nunca se apagaba en la ciudad de Nueva York, incluso en la oscuridad de la noche. Pero ahora, de pie mirando a la pequeña habitación de Simon, pensó en lo solitario que sonaban aquellos ruidos, cuán distantes, y si él había estado solitario en la noche, acostado y mirando al techo, solo.

Sin embargo, no era como si alguna vez hubiese visto la habitación de su casa, la que probablemente estaba cubierta con pósters de bandas, trofeos deportivos, cajas de esos juegos que le encantaba jugar, instrumentos musicales, libros… todos los restos y desechos de una vida normal. Nunca le había pedido de ir, y él nunca lo había sugerido. Ella se había acobardado de conocer a su madre, de hacer cualquier cosa que pudiera denotar un mayor compromiso del que estaba dispuesta a tener. Pero ahora, mirando a esta cáscara vacía de cuarto, sintiendo el vasto y oscuro bullicio de la ciudad a su alrededor, sintió una punzada de temor por Simon—mezclada con una misma punzada de arrepentimiento.

Se volvió hacia el resto del apartamento, pero se detuvo cuando escuchó un murmullo de voces procedentes de la sala de estar. Reconoció la voz de Maia. No sonaba enojada, lo que de por sí era sorprendente, teniendo en cuenta lo mucho que parecía odiar a Jordan.

"Nada," decía. "Algunas llaves, un montón de papeles con estadísticas de juego garabateadas en ellos." Isabel se inclinó cerca de la puerta. Podía ver a Maia, parada en un lado del mostrador de la cocina, con la mano en el cierre del bolsillo de la mochila de Simon. Jordan, al otro lado del mostrador, la observaba. La veía a ella, pensó Isabelle, no lo que estaba haciendo—de la manera en la que los chicos te miraban cuando les gustabas tanto que les fascinaba cada movimiento que hacías. "Voy a revisar su billetera."

Jordan, que había cambiado su ropa formal por pantalones vaqueros y una chaqueta de cuero, frunció el ceño. "Es extraño que la dejara. ¿Puedo ver?" Alargó la mano a través del mostrador.

Maia se echó hacia atrás tan rápido que dejó caer la billetera, su mano volando.

"No iba a..." Jordan retiró la mano lentamente. "Lo siento."

Maia respiró hondo. "Mira" dijo, "he hablado con Simon. Sé que nunca quisiste Convertirme. Sé que no sabías lo que te estaba sucediendo. Recuerdo cómo era eso. Recuerdo que estaba aterrorizada."

Jordan bajó las manos lentamente, con cuidado, sobre la encimera. Era extraño, pensó Isabelle, ver a alguien tan alto intentando parecer inofensivo y pequeño. "Debería haber estado allí para ti."

"Pero el Praetor no te lo permitió," dijo Maia. "Y seamos sinceros, no sabías nada acerca de ser un hombre lobo; hubiésemos sido dos personas con los ojos vendados tropezándose en un círculo. Tal vez haya sido mejor que no estuvieras allí. Me hizo huir hacia donde podría recibir ayuda. De la manada."

"Al principio, tuve la esperanza de que el Praetor Lupus te trajera," susurró. "Para poder verte otra vez. Entonces me di cuenta de que eso sería egoísta y que debería estar deseando no haberte transmitido la enfermedad. Sabía que era un cincuenta y cincuenta. Pensé que podrías ser uno de los afortunados."

"Bueno, no lo fui," dijo, de forma realista. "Y a lo largo de los años, te convertí en mi cabeza como una especie de monstruo. Pensé que sabías lo que hacías cuando me hiciste esto. Pensé que era una venganza hacia mí por besar a ese chico. Así que te odié. Y odiarte lo hizo todo más fácil. Teniendo a alguien a quien culpar."

"Debes culparme," dijo. "Es mi culpa."

Ella pasó el dedo a lo largo de la encimera, evitando sus ojos. "Te culpo. Pero... no como lo hacía antes."

Jordan levantó la mano y agarró su propio pelo con los puños, tirando con fuerza. "No hay día que pase sin pensar en lo que te hice. Te mordí. Te Convertí. Te hice lo que eres. Te levanté la mano. Te hice daño. A la única persona que amé más que a nada en el mundo."

Los ojos de Maia brillaban con lágrimas. "No digas eso. Eso no ayuda. ¿Crees que ayuda?"

Isabelle se aclaró la garganta ruidosamente, entrando en la sala de estar. "¿Han encontrado algo?"

Maia miró hacia otro lado, parpadeando con rapidez. Jordan, bajando las manos, dijo: "En realidad no. Estábamos a punto de revisar su billetera." La levantó del lugar en donde Maia la había dejado caer. "Aquí." Se la lanzó a Isabelle.

Ella la atrapó y la abrió. Un pase escolar, la identificación de no-conductor del estado de Nueva York, una púa de guitarra metida en el espacio donde se supone que se guardan tarjetas de crédito. Un billete de diez dólares y un recibo por unos dados. Algo más le llamó la atención… una tarjeta profesional, empujada a la ligera detrás de una foto de Simon y Clary, el tipo de fotografía que podías tomarte en una cabina de fotos de una tienda barata. Los dos estaban sonriendo.

Isabelle sacó la tarjeta y la miró. Tenía un remolino, casi un diseño abstracto de una guitarra flotando sobre las nubes. Debajo de eso había un nombre.

Satrina Kendall. Promotor de bandas. Abajo de eso había un número de teléfono y una dirección de Upper East Side. Isabelle frunció el ceño. Algo, un recuerdo, dio un tirón en la parte posterior de su mente.

Isabelle mostró la tarjeta hacia Jordan y Maia, quienes estaban ocupados en no mirarse el uno al otro. "¿Qué piensan de esto?"

Antes de que pudieran responder, la puerta del apartamento se abrió, y Alec entró dando zancadas. Estaba con el ceño fruncido. "¿Han encontrado algo? He estado allí abajo durante treinta minutos, y no ha venido nada ni remotamente amenazante. A menos que cuente el estudiante de NYU que vomitó en la escalinata."

"Aquí," dijo Isabelle, entregándole la tarjeta a su hermano. "Mira esto. ¿Hay algo que te parezca raro?"

"¿Quieres decir, aparte del hecho de que ningún promotor de banda podría estar interesado en la apestosa banda de Lewis?" preguntó Alec, tomando la tarjeta entre dos largos dedos. Unas líneas aparecieron entre sus ojos. "¿Satrina?"

"¿El nombre significa algo para ti?" preguntó Maia. Sus ojos seguían rojos, pero su voz era firme.

"Satrina es uno de los diecisiete nombres de Lilith, la madre de todos los demonios. Ella es la razón por la que los brujos son llamados hijos de Lilith," dijo Alec. "Porque ella crió a los demonios, y éstos a su vez, dieron a luz la raza de los brujos."

"¿Y tienes los diecisiete nombres aprendidos de memoria?" Jordan sonaba dubitativo.

Alec le dirigió una mirada fría. "¿Quién eres tú, otra vez?"

"Oh, cállate, Alec," dijo Isabelle, en el tono que sólo le hacía a su hermano. "Mira, no todos tenemos la memoria para hechos aburridos. No creo que recuerdes los otros nombres de Lilith, ¿no?"

Con una mirada superior, Alec recitó de corrido: "Satrina, Lilith, Ita, Kali, Batna, Talto…"

"¡Talto!" gritó Isabelle. "Eso es. Sabía que estaba acordándome de algo. ¡Sabía que había una conexión!" Rápidamente les dijo acerca de la Iglesia de Talto, lo que Clary había encontrado allí, y cómo estaba relacionada con el bebé muerto y medio demonio de Beth Israel.

"Desearía que me hubieses contado de esto antes," dijo Alec. "Sí, Talto es otro nombre para Lilith. Y Lilith siempre ha sido asociada con los bebés. Fue la primera esposa de Adán, pero huyó del Jardín del Edén porque no quería obedecer ni a Adán ni a Dios. Sin embargo, Dios la maldijo por su desobediencia—cada niño que pariera moriría. La leyenda dice que intentó una y otra vez tener un hijo, pero todos nacieron muertos. Finalmente, juró que se vengaría de Dios debilitando y asesinando a bebés humanos. Se podría decir que es la diosa demonio de los niños muertos."

"Pero dijiste que era la madre de los demonios," dijo Maia.

"Ella fue capaz de crear demonios al derramar gotas de su sangre en la tierra de un lugar llamado Edom[40]," dijo Alec. "Debido a que nacieron de su odio hacia Dios y la humanidad, se convirtieron en demonios." Siendo consciente de que todos lo estaban mirando, se encogió de hombros. "Es sólo una historia."

"Todas las historias son ciertas," dijo Isabelle. Este había sido el principio de sus creencias desde que era niña. Todos los Cazadores de Sombras lo creían. No había una sola religión, ni una sola verdad… ni un mito que careciera de sentido. "Lo sabes, Alec."

"También sé algo más," dijo Alec, devolviéndole la tarjeta. "Ese número de teléfono y esa dirección son basura. De ninguna manera son reales."

"Tal vez," dijo Isabelle, metiendo la tarjeta en su bolsillo. "Pero no tenemos ningún otro sitio para empezar a buscar. Así que vamos a empezar por ahí."

Simon sólo podía mirar. El cuerpo que flotaba en el interior del ataúd, el de Sebastian, no parecía estar vivo; al menos, no respiraba. Pero era evidente que tampoco estaba exactamente muerto. Habían pasado dos meses. Si él estuviera muerto, Simon estaba

[40] Edom o Edóm es una región histórica que abarcaba el sureste de Judea y el mar Muerto.

bastante seguro de que se vería de una forma mucho peor. Su cuerpo estaba muy blanco, como el mármol; una mano era un muñón vendado, pero por lo demás, no tenía marcas. Parecía estar dormido, con los ojos cerrados, sus brazos flácidos a los costados. Sólo el hecho de que su pecho no subía ni bajaba, indicaba que algo andaba muy mal.

"Pero…" dijo Simon, sabiendo que sonaba ridículo, "él está muerto. Jace lo mató."

Lilith puso una mano pálida sobre la superficie de cristal del ataúd. "Jonathan," dijo, y Simon recordó que ese era, de hecho, su nombre. Su voz tenía un extraño tono suave cuando lo dijo, como si estuviera cantándole a un niño. "Es hermoso, ¿no?"

"Um," dijo Simon, mirando con desprecio a la criatura en el interior del ataúd—el chico que había asesinado a un Max Lightwood de nueve años. La criatura que había matado a Hodge. Había tratado de matarlos a todos. "No es mi tipo, en realidad."

"Jonathan es único," dijo. "Es el único Cazador de Sombras que conozco que sea en parte un Gran Demonio. Esto lo hace muy poderoso."

"Está muerto," dijo Simon. Consideró que, de alguna manera, era importante seguir señalando este punto, ya que Lilith no parecía comprenderlo.

Lilith, bajando la mirada hacia Sebastian, frunció el ceño. "Es cierto. Jace Lightwood se deslizó detrás de él y lo apuñaló por la espalda, atravesando el corazón."

"¿Cómo sabes…?"

"Yo estaba en Idris," dijo Lilith. "Cuando Valentine abrió la puerta al mundo de los demonios, la traspasé. No para luchar en su estúpida batalla. Fue curiosidad más que otra cosa. De que Valentine tuviera tal arrogancia…" Se interrumpió, encogiéndose de hombros. "El Cielo lo castigó por ello, por supuesto. Vi el sacrificio que hizo; vi al Ángel levantarse y volverse contra él. Vi lo que fue devuelto. Soy la mayor de los demonios; conozco las Antiguas Leyes. Una vida por una vida. Corrí hacia Jonathan. Casi era demasiado tarde. Lo que le quedaba de humano murió en el acto—su corazón había dejado de latir, sus pulmones de inflarse. Las Antiguas Leyes no eran suficientes. Traté de traerlo de vuelta en aquel entonces. Pero estaba demasiado lejos. Todo lo que podía hacer era esto. Preservarlo para este momento."

Simon se preguntó brevemente lo que pasaría si corriera… alejándose a toda velocidad de este demonio chiflado y se tirara por la azotea del edificio. No podía ser dañado por otro ser viviente; ese era el resultado de la Marca, pero dudaba de que su poder se extendiera a protegerlo contra el suelo. Sin embargo, era un vampiro. Si cayera de cuarenta pisos y se rompiera todos los huesos de su cuerpo, ¿se curaría de eso? Tragó saliva con fuerza y se encontró con Lilith mirándolo con diversión.

"¿No quieres saber," dijo con su voz fría y seductora, "a qué momento me refiero?" Antes de que pudiera responder, ella se inclinó hacia delante, con los codos sobre el ataúd. "Supongo que conoces la historia de la forma en que se crearon los Nefilim, ¿no? ¿Cómo el Ángel Raziel mezcló su sangre con la sangre de los hombres, y se la dio de beber a un hombre, y que ese hombre se convirtió en el primero de los Nefilim?"

"La he oído."

"En efecto, el Ángel creó una nueva raza de criaturas. Y ahora, con Jonathan, una nueva raza ha nacido de nuevo. Así como Jonathan Cazador de Sombras lideró a los primeros Nefilim, éste Jonathan también debería dirigir la nueva raza que tengo la intención de crear."

"La nueva raza que tienes la intención…" Simon levantó las manos. "¿Sabes qué? Si deseas liderar una nueva raza comenzando con un chico muerto, sigue adelante. No veo qué tiene esto que ver conmigo."

"Ahora está muerto. Pero no tiene por qué permanecer así." La voz de Lilith era fría, sin emoción. "Por supuesto, hay un tipo de Submundo cuya sangre ofrece la posibilidad de, digamos, la resurrección."

"Vampiros," dijo Simon. "¿Quieres que convierta a Sebastian en un vampiro?"

"Su nombre es Jonathan." Su tono fue cortante. "Y sí, en un sentido. Quiero que lo muerdas, que bebas su sangre, y que le des tu sangre a cambio…"

"No voy a hacerlo."

"¿Estás tan seguro de eso?"

"Un mundo sin Sebastian," —Simon utilizó el nombre deliberadamente— "es un mundo mejor que uno con él. No lo haré." La ira crecía en Simon, como una marea rápida. "De cualquier manera, no podría hacerlo si quisiera. Está muerto. Los vampiros no pueden resucitar a los muertos. Debes de saber eso, si conoces tanto. Una vez que el alma se ha ido del cuerpo, nada puede revivir a alguien. Afortunadamente."

Lilith inclinó su mirada en él. "Realmente no lo sabes ¿verdad?" dijo. "Clary nunca te lo contó."

Simon se estaba hartando. "¿Nunca me dijo qué?"

Ella se echó a reír. "Ojo por ojo, diente por diente, vida por vida. Para evitar el caos tiene que haber un orden. Si a la Luz se le da una vida, también se le debe dar una a la Oscuridad."

"No tengo," dijo Simon lenta y deliberadamente, "ni idea de lo que estás hablando. Y no me interesa. Los villanos como tú y sus programas de eugenesia espeluznantes están empezando a aburrirme. Así que me voy. Puedes tratar de pararme amenazándome o haciéndome daño. Te animo a seguir adelante e intentarlo."

Ella lo miró y se rió entre dientes. "'Caín se levantó,'" dijo. "Eres un poco como aquel del que portas su Marca. Era terco, como tú. Arriesgado, también."

"Se fue en contra de…" Simon se atragantó con la palabra. Dios. "Ya acabé contigo." Se giró para irse.

"Yo no me daría la espalda, Daylighter," dijo Lilith, y hubo algo en su voz que le hizo volver la mirada hacia ella, a donde estaba apoyada sobre el ataúd de Sebastian. "Crees que no puedes ser herido," dijo con una sonrisa burlona. "Y de hecho, no puedo levantar una mano contra ti. No soy tonta; he visto el fuego sagrado de la divinidad. No tengo ningún deseo de que se vuelva contra mí. No soy como Valentine, como para negociar con lo que no puedo entender. Soy un demonio, pero uno muy viejo. Conozco a la humanidad mejor de lo que podrías pensar. Entiendo las debilidades del orgullo, de ambición de poder, del deseo de la carne, de la codicia, la vanidad y el amor."

"El amor no es una debilidad."

"Oh, ¿no lo es?" dijo, y miró más allá de él, con una mirada tan fría y penetrante como un carámbano.

Se volvió, sin quererlo, sabiendo que debía, y miró detrás de él.

Ahí sobre el camino de ladrillo estaba Jace. Vestía un traje oscuro y una camisa blanca. De pie frente a él estaba Clary, aún en el precioso vestido de color dorado que había llevado en la fiesta de Ironworks. Su cabello rojo, largo y ondulado se había salido de su nudo y le caía sobre los hombros. Estaba muy quieta en el círculo de los brazos de Jace. Casi habría parecido una imagen romántica si no fuese por el hecho de que en una de sus manos, Jace sujetaba un cuchillo largo y brillante con mango de hueso, y su filo estaba presionado contra la garganta de Clary.

Simon se quedó mirando a Jace en total y absoluto estado de shock. No había emoción en la cara de Jace, no había luz en sus ojos. Parecía completamente inexpresivo.

Muy ligeramente, inclinó su cabeza.

"La traje, Lady Lilith," dijo. "Justo como lo pediste."

17

Y Caín se levantó

Clary nunca había tenido tanto frío.

Ni siquiera cuando había salido arrastrándose del Lago Lyn, tosiendo y escupiendo su venenosa agua sobre la orilla, había tenido este frío. Aún cuando había creído que Jace estaba muerto, no había sentido esta terrible parálisis glacial en su corazón. Después había ardido con rabia, rabia contra su padre. Ahora sólo sentía hielo, recorriéndola hasta los dedos de los pies.

Había recuperado la consciencia en el vestíbulo de mármol de un extraño edificio, bajo la sombra de una lámpara de araña apagada. Jace la estaba cargando, con un brazo por debajo de sus rodillas, y el otro sosteniendo su cabeza. Aún mareada y aturdida, había enterrado su cabeza contra el cuello de él por un momento, tratando de recordar dónde estaba.

"¿Qué pasó?" había susurrado.

Habían llegado al ascensor. Jace apretó el botón, y Clary oyó el traqueteo que significaba que la máquina estaba bajando hacia ellos. Pero ¿dónde estaban?

"Estabas inconsciente," dijo él.

"Pero ¿cómo…?" Entonces recordó, y se quedó en silencio. Las manos de él sobre ella, la punzada de la estela en su piel, la oleada de oscuridad que había surgido encima de ella. Algo estaba mal con la runa que le había dibujado, la manera en que lucía y se sentía. Permaneció inmóvil en sus brazos por un momento, y luego dijo:

"Bájame."

La puso en pie, y se miraron uno al otro. Sólo un pequeño espacio los separaba. Podría haber levantado una mano y tocarlo, pero por primera vez desde que lo había conocido, no deseaba hacerlo. Tenía el terrible sentimiento de estar mirando a un extraño. Parecía Jace, sonaba como Jace cuando hablaba, y lo había sentido como Jace cuando lo estaba sujetando. Pero sus ojos estaban raros y distantes, al igual que la diminuta sonrisa que trazaba su boca.

Las puertas del ascensor se abrieron detrás de él. Se recordó parada en la nave del Instituto, diciendo "*te amo*" hacia la puerta cerrada del ascensor. Ahora, un boquete se abría detrás de él, tan negro como la boca de una cueva. Palpó su bolsillo en busca de la estela; no estaba.

"Me dejaste inconsciente," dijo ella. "Con una runa. Me has traído aquí. ¿Por qué?"

Su hermoso rostro estaba completa y cuidadosamente inexpresivo. "Tuve que hacerlo. No tenía elección."

Entonces ella se volteó y corrió, yendo hacia la puerta, pero él era más rápido. Siempre lo había sido. Se giró frente a ella, bloqueando su camino, y tendió sus manos. "Clary, no corras," dijo. "Por favor. Por mí."

Ella lo miró con incredulidad. Su voz era la misma; sonaba igual que Jace, pero no como él—como una grabación, pensó, todos los tonos y modulaciones de su voz estaban allí, pero la vida que la animaba se había ido. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Había creído que sonaba remoto debido al estrés y el dolor, pero no. Era que él se había ido. Su estómago le dio un vuelco, y se lanzó hacia la puerta otra vez, sólo para que la atrapara por la cintura y la girara de nuevo hacia él. Lo empujó, sus dedos cerrándose en la tela de su camisa, rasgándola de un lado.

Se congeló, mirándolo. Sobre la piel de su pecho, justo encima de su corazón, había una runa.

No era una que hubiera visto antes. No era negra, como lo eran las runas de los Cazadores de Sombras, sino rojo oscuro, el color de la sangre. Y carecía de la delicada gracia de las runas del Libro Gris. Era un garabato, fea, sus líneas puntiagudas y crueles en lugar de curvilíneas y generosas.

Jace no parecía verla. Se observó a sí mismo como preguntándose qué era lo que ella estaba mirando, luego la miró, perplejo. "Todo está bien. No me lastimaste."

"Esa runa…," comenzó ella, pero se interrumpió, con dureza. Tal vez él no supiera que estaba ahí. "Déjame ir, Jace," dijo en cambio, apartándose de él. "No tienes que hacer esto."

"Te equivocas sobre eso," dijo él, y la alcanzó de nuevo.

Esta vez no se resistió. ¿Qué pasaría si escapara? No podía sólo dejarlo aquí. Jace aún estaba ahí, pensó, atrapado en algún lugar detrás de aquellos ojos vacíos, tal vez gritando por ella. Tenía que quedarse con él. Tenía que saber qué estaba sucediendo. Dejó que la cogiera y la llevara hacia el ascensor.

"Los Hermanos Silenciosos notarán que te fuiste," dijo ella, mientras los botones se iban encendiendo de piso en piso a medida que el ascensor subía. "Alertarán a la Clave, vendrán a buscarte…"

"No tengo necesidad de temerle a los Hermanos. No era un prisionero; no esperaban que quisiera marcharme. No notarán que me he ido hasta que despierten mañana por la mañana."

"¿Qué pasa si se despiertan más temprano que eso?"

"Oh," dijo él, con una fría certeza, "no lo harán. Es mucho más probable que los presentes en la fiesta de Ironworks se den cuenta que desapareciste. ¿Pero qué pueden hacer al respecto? No tendrán idea de adónde fuiste, y el Rastreo a este edificio está bloqueado." Le apartó el pelo de la cara, y ella se quedó inmóvil. "Vas a tener que confiar en mí. Nadie vendrá por ti."

No sacó el cuchillo hasta que dejaron el ascensor, y entonces dijo: "Nunca te haría daño. Sabes eso, ¿no?" aún así apartó el pelo de ella con la punta de la hoja y presionó el filo en su garganta. El aire gélido golpeó sus hombros y brazos desnudos tan pronto como salieron a la azotea. Las manos de Jace eran cálidas al tacto, y podía sentir su calor a través de su fino vestido, pero no la calentaba, no lo hacía por dentro. En su interior estaba llena de astillas dentadas de hielo.

Se congeló aún más cuando vio a Simon, mirándola con sus enormes ojos oscuros. Su rostro parecía borrado por la conmoción, como un pedazo blanco de papel. La miraba, y a Jace detrás de ella, como si estuviera viendo algo fundamentalmente erróneo, una persona con su rostro vuelto al revés, un mapa del mundo con toda la tierra ausente y sólo el océano.

Apenas miró a la mujer a su lado, con su cabello oscuro y su delgado y cruel rostro. La mirada de Clary se había dirigido inmediatamente hacia el ataúd transparente en un pedestal de piedra. Parecía brillar por dentro, como si estuviera encendido por una luz interior lechosa. El agua en la que Jonathan flotaba probablemente no era agua sino algún otro líquido, menos natural. La Clary normal, pensó sin pasión, habría gritado al ver a su hermano, flotando quieto, con su apariencia muerta y totalmente inmóvil en lo que parecía el ataúd de cristal de Blancanieves. Pero la Clary congelada sólo miraba con una remota y distante conmoción.

Labios tan rojos como la sangre, piel tan blanca como la nieve, pelo tan negro como la madera de ébano. Bueno, algo de aquello era cierto. Cuando conoció a Sebastian, su pelo había sido negro, pero ahora era blanco plateado, flotando alrededor de su cabeza como una alga albina. El mismo color de pelo que el de su padre. Del padre de los dos. Su piel estaba

tan pálida que parecía estar hecha de cristales luminosos. Pero sus labios también estaban descoloridos, al igual que los párpados de sus ojos.

"Gracias, Jace," dijo la mujer que Jace había llamado Lady Lilith. "Bien hecho, y muy puntual. Pensé que iba a tener dificultades contigo al principio, pero al parecer me preocupé por nada."

Clary se quedó mirando. A pesar de que la mujer no parecía familiar, su voz lo era. Había oído aquella voz antes. Pero ¿dónde? Trató de soltarse de Jace, pero sólo la agarró con más fuerza. El filo del cuchillo besó su garganta. Un accidente, se dijo a sí misma. Jace—incluso este Jace—nunca la lastimaría.

"Tú," le dijo a Lilith entre dientes. "¿Qué le has hecho a Jace?"

"Habló la hija de Valentine." La mujer de pelo oscuro sonrió. "¿Simon? ¿Te gustaría explicarle?"

Simon parecía como si fuera a vomitar. "No tengo idea." Sonó como si estuviera ahogándose. "Créeme, ustedes dos eran la última cosa que esperaba ver."

"Los Hermanos Silenciosos dijeron que un demonio era el responsable de lo que ha estado pasando con Jace," dijo Clary, y vio a Simon luciendo más desconcertado que nunca. La mujer, sin embargo, sólo la observó con ojos como círculos planos de obsidiana[41]. "Ese demonio eras tú, ¿no es así? Pero ¿por qué Jace? ¿Qué quieres de nosotros?"

"'¿*Nosotros*?'" Lilith estalló en carcajadas. "Como si tú importaras en esto, mi niña. ¿Por qué tú? Porque eres el medio para llevarlo a cabo. Porque necesitaba a ambos chicos, y ambos te quieren. Porque Jace Herondale es la persona en la que más confías en el mundo. Y eres alguien que el Daylighter quiere lo suficiente como para entregar su propia vida. Tal vez tú no puedas ser lastimado," dijo, volteándose a Simon. "Pero ella sí puede. ¿Eres tan terco que te sentarás y observarás a Jace cortarle su garganta en lugar de entregar tu sangre?"

Simon, que parecía muerto, negó lentamente con la cabeza, pero antes de que pudiera hablar, Clary dijo: "¡Simon, no! No lo hagas, sea lo que sea. Jace no me lastimaría."

Los insondables ojos de la mujer se dirigieron hacia Jace. Sonrió. "Córtala," dijo. "Sólo un poco."

[41] La obsidiana, también llamada vidrio volcánico, es una roca volcánica de estructura totalmente vítrea (sin elementos cristalinos), y de color negro lustroso, aunque puede variar al verde, caoba, gris o tener manchas blancas. Es muy utilizada en gemoterapia y como ornamento.

Clary sintió que los hombros de Jace se tensaron, de la forma que se habían tensado en el parque cuando le mostraba cómo pelear. Sintió algo en su garganta, como un beso punzante, frío y caliente a la vez, y sintió un cálido hilo de líquido derramándose sobre su clavícula. Los ojos de Simon se abrieron de par en par.

La había cortado. Realmente lo había hecho. Pensó en Jace encorvado en el suelo del dormitorio del Instituto, su dolor era evidente en cada línea de su cuerpo. *Sueño que vienes a mi habitación. Y luego te lastimo. Te corto o te estrangulo o te apuñalo, y tú mueres, mirándome con esos ojos verdes tuyos mientras tu vida se desangra entre mis manos.*

Ella no le había creído. En realidad no. Era Jace. Él nunca la lastimaría. Miró hacia abajo y vio la sangre manchando el escote de su vestido. Parecía pintura roja.

"Ahora lo ves," dijo la mujer. "Hace lo que le digo. No lo culpes por eso. Está completamente bajo mi poder. Me he deslizado en su cabeza por semanas, viendo sus sueños, conociendo sus miedos y necesidades, sus culpas y deseos. En un sueño aceptó mi Marca, y esa Marca ha estado ardiendo en él desde entonces… a través de su piel, quemando su alma. Ahora su alma está en mis manos, para moldearla o dirigirla como me parezca apropiado. Hará todo lo que diga."

Clary recordó lo que habían dicho los Hermanos Silenciosos. *Cuando un Cazador de Sombras nace, se realiza un ritual, un número de hechizos de protección se depositan sobre el niño tanto por los Hermanos Silenciosos como por las Hermanas de Hierro. Cuando Jace murió y luego fue resucitado, nació por segunda vez, con esas protecciones y rituales despojados. Lo pudo haber dejado tan expuesto como una puerta sin seguro—abierto a cualquier tipo de influencia demoníaca o malevolencia.*

Yo hice esto, pensó Clary. Lo traje de vuelta, y quise mantenerlo en secreto. Si sólo le hubiésemos contado a alguien lo que había pasado, tal vez el ritual podría haber sido hecho a tiempo para mantener a Lilith fuera de su cabeza. Se sintió enferma de odio a sí misma. Detrás de ella, Jace estaba callado, tan quieto como una estatua, sus brazos a su alrededor y el cuchillo aún en su garganta. Podía sentirlo contra su piel cuando tomó aliento para hablar, haciendo un esfuerzo por mantener la voz calmada. "Entiendo que controlas a Jace," dijo ella. "No entiendo por qué. Seguramente existan otras maneras más fáciles de amenazarme."

Lilith suspiró como si todo el asunto se hubiera vuelto tedioso. "Te necesito," dijo con exagerada paciencia, "para que Simon haga lo que quiero, lo cual es darme su sangre. Y necesito a Jace no sólo porque necesitaba una forma de tenerte aquí, sino como un contrapeso. Todas las cosas en la magia deben equilibrarse, Clarissa." Señaló al irregular círculo negro dibujado sobre las baldosas, y luego a Jace. "Él fue el primero. El primero en regresar, la primer alma restaurada hacia este mundo en el nombre de la Luz. Por lo tanto debe estar presente para mí para restaurar con éxito a la segunda, en el nombre de la

Oscuridad. ¿Entiendes ahora, niña tonta? Todos somos requeridos aquí. Simon para morir. Jace para vivir. Jonathan para regresar. Y tú, hija de Valentine, para ser el catalizador de todo."

La voz de la mujer demonio disminuyó a un bajo canto. Con un golpe de sorpresa, Clary se dio cuenta que ahora sabía dónde la había escuchado. Vio a su padre, parado en el interior de un pentagrama, una mujer de pelo oscuro con tentáculos en lugar de ojos arrodillada a sus pies. La mujer decía: *el niño nacido con esta sangre en él superará en poder a los Grandes Demonios de los abismos entre los mundos. Pero consumirá su humanidad, como el veneno consume la vida en la sangre.*

"Lo sé," dijo Clary a través de sus labios entumecidos. "Sé quién eres. Te vi cortarte la muñeca y derramar sangre en una copa para mi padre. El ángel Ithuriel me lo mostró en una visión."

Los ojos de Simon se movían de un lado a otro, entre Clary y la mujer, cuyos ojos oscuros sostuvieron un indicio de sorpresa. Clary supuso que no se la sorprendía con facilidad. "Vi a mi padre invocándote. Sé cómo te llamó. *Mi Dama de Edom*. Eres un Gran Demonio. Diste tu sangre para hacer a mi hermano lo que es. Lo convertiste en una… una cosa horrible. De no ser por ti…"

"Sí. Todo eso es cierto. Le di mi sangre a Valentine Morgenstern, y él la puso en su bebé, y éste es el resultado." La mujer posó su mano suavemente, casi como una caricia, contra la superficie de cristal del ataúd de Sebastian. En su rostro estaba la sonrisa más extraña. "Se podría casi decir que, de una manera, soy la madre de Jonathan."

"Te dije que esa dirección no significaba nada," dijo Alec.

Isabelle lo ignoró. En el instante en que habían pisado sobre las puertas del edificio, el colgante de rubí alrededor de su cuello había palpitado, débilmente, como el latido de un corazón lejano. Eso significaba presencia demoníaca. Bajo otras circunstancias, habría esperado que su hermano sintiera la rareza del lugar justamente como lo hizo ella, pero era evidente que estaba demasiado hundido en la melancolía por Magnus como para concentrarse.

"Agarra tu luz mágica," le dijo. "Dejé la mía en casa."

Él le disparó una mirada irritada. Estaba oscuro en el vestíbulo, lo suficientemente oscuro por lo que un humano normal no habría sido capaz de ver nada. Maia y Jordan tenían la excelente visión nocturna de los hombres lobo. Estaban parados en extremos opuestos de la habitación, Jordan examinaba el gran mostrador de mármol del vestíbulo, y Maia estaba apoyada contra la pared de enfrente, aparentemente examinando sus anillos. "Se supone que la tienes que llevar contigo a todos lados," replicó Alec.

"¿Oh? ¿Tú trajiste tu Sensor?" le espetó ella. "No lo creo. Al menos yo tengo esto." Le dio un golpecito a su colgante. "Te digo que hay algo aquí. Algo demoníaco."

La cabeza de Jordan giró en su dirección. "¿Hay demonios aquí?"

"No lo sé… tal vez uno solo. Latió y se detuvo," admitió Isabelle. "Pero es una coincidencia demasiado grande para haber sido sólo una dirección equivocada. Tenemos que echarle un vistazo."

Una tenue luz se alzó alrededor de ella. Miró por encima y vio a Alec sosteniendo la luz mágica, su resplandor contenido por sus dedos. Proyectaba extrañas sombras a través de su cara, haciéndolo ver mayor de lo que era, sus ojos de un azul más oscuro. "Entonces sigamos," dijo él. "Iremos de un piso a la vez."

Avanzaron hacia el ascensor, Alec primero, después Isabelle, Jordan y Maia alineándose detrás de ellos. Las botas de Isabelle tenían runas Silenciosas talladas en las suelas, pero los tacones de Maia resonaban sobre el suelo de mármol cuando caminaba. Frunciendo el ceño, se detuvo para deshacerse de ellos, y fue descalza el resto del camino. Cuando Maia entró en el ascensor, Isabelle notó que llevaba un anillo de oro en el dedo gordo del pie izquierdo, adornado con una piedra turquesa.

Jordan, bajando la mirada a sus pies, dijo en un tono de sorpresa: "recuerdo ese anillo. Lo compré para ti en…"

"Cállate," dijo Maia, golpeando el botón para cerrar la puerta. Las puertas se cerraron cuando Jordan se quedó en silencio.

Se detuvieron en cada piso. La mayoría estaba todavía bajo construcción—no había luces, y los cables colgaban de los techos como vides. Las ventanas tenían tableros contrachapados clavados sobre ellas. Trapos con polvo volaban en el débil viento como fantasmas. Isabelle mantuvo una mano firme en su colgante, pero nada pasó hasta que llegaron al décimo piso. Cuando las puertas se abrieron, sintió una vibración contra su palma, como si hubiera estado sosteniendo un diminuto pájaro y estuviera batiendo sus alas.

Habló en un susurro. "Hay algo aquí."

Alec sólo asintió; Jordan abrió su boca para decir algo, pero Maia le dio un codazo, con fuerza. Isabelle se deslizó pasando a su hermano, hacia el pasillo de los ascensores. El rubí ahora palpitaba y vibraba contra su mano como un insecto angustiado.

Detrás de ella, Alec susurró: "Sandalphon." La luz se encendió alrededor de Isabelle, iluminando el pasillo. A diferencia de los otros pisos que habían visto, éste parecía al menos parcialmente terminado. Las desnudas paredes de granito se alzaban alrededor de ella, y el suelo era de azulejos lisos negros. Un corredor conducía a dos direcciones. Uno

terminaba en una pila de materiales de construcción y cables enredados. El otro, terminaba en una arcada. Más allá de la arcada, un espacio negro ejercía atracción.

Isabelle se volvió para mirar a sus compañeros atrás. Alec había guardado su piedra de luz mágica y estaba sujetando un resplandeciente cuchillo serafín, alumbrando el interior del ascensor como una linterna. Jordan había sacado un largo cuchillo de aspecto aterrador y lo aferraba con su mano derecha. Maia parecía estar en el proceso de recogerse el pelo; pero cuando bajó sus manos, estaba sosteniendo una larga horquilla de punta afilada. Sus uñas también habían crecido, y sus ojos tenían un brillo salvaje y verdoso.

"Síganme," dijo Isabelle. "En silencio."

Tap, tap, hacía el rubí contra la garganta de Isabelle mientras caminaba por el pasillo, como el golpe ligero de un dedo insistente. No oyó al resto detrás de ella, pero sabía que estaban allí por las largas sombras proyectándose contra las oscuras paredes de granito. Su garganta estaba apretada, sus nervios a flor de piel, de la manera que siempre lo estaban antes de entrar en batalla. Esa era la parte que menos le gustaba, la anticipación anterior a la descarga de violencia. Durante una pelea, nada importaba más que la pelea misma; ahora tenía que luchar para mantener su mente concentrada en la tarea entre manos.

La arcada se cernía por encima de ellos. Era mármol tallado, un modelo curiosamente viejo para ser un edificio moderno, sus lados decorados con volutas. Isabelle miró hacia arriba brevemente al pasar por debajo, y casi dio un grito de susto. La cara de una gárgola sonriente estaba esculpida en la piedra, mirándola de manera lasciva. Le hizo una mueca y se dio vuelta para mirar a la habitación en la que había entrado.

Era enorme, con techo alto, claramente destinado a ser algún día un departamento completo tipo loft. Las paredes tenían ventanas del piso hasta el techo, dando una vista del Río Este con Queens[42] a la distancia, el cartel de Coca-Cola reflejándose de un rojo sangre y azul marino sobre el agua negra. Las luces de los edificios en los alrededores brillaban suspendidas en el aire de la noche como oropel en un árbol de Navidad. La habitación era oscura, y llena de extrañas sombras abultadas, separadas por intervalos regulares, abajo en el suelo. Isabelle entornó los ojos, perpleja. No eran animadas; parecían ser partes cuadradas, mobiliario en bloque, pero ¿qué…?

"Alec," dijo ella suavemente. Su colgante estaba retorciéndose como si estuviera vivo, su corazón de rubí dolorosamente caliente contra su piel.

[42] El condado de Queens es el distrito metropolitano más grande de los cinco que componen la ciudad de Nueva York, entre los restantes se encuentran el Bronx, Brooklyn, Manhattan y el Staten Island.

Su hermano estuvo junto a ella en un instante. Alzó su hoja, y la habitación se llenó de luz. Isabelle se llevó la mano a su boca. "Oh, Dios santo," susurró. "Oh, por el Ángel, no."

"Tú no eres su madre." La voz de Simon se quebró al decirlo; Lilith ni siquiera se giró para mirarlo. Todavía tenía sus manos sobre el ataúd de cristal. Sebastian flotaba dentro de él, callado e ignorante de la situación. Sus pies estaban desnudos, notó Simon. "Tiene una madre. La madre de Clary. Clary es su hermana. Sebastian… Jonathan… no estará demasiado contento si la lastimas."

Lilith alzó la vista al oír aquello, y se echó a reír. "Un valiente intento, Daylighter," dijo ella. "Pero yo sé más. Vi a mi hijo crecer, ya sabes. A menudo lo visitaba en forma de lechuza. Vi cómo lo odiaba la mujer que lo había dado a luz. Él no siente la pérdida de su amor, ni debería, ni tampoco le importa su hermana. Es más parecido a mí que a Jocelyn Morgenstern." Sus ojos oscuros se trasladaron desde Simon hasta Jace y Clary. Ellos no se habían movido, no realmente. Clary seguía parada en el círculo de los brazos de Jace, con el cuchillo cerca de su garganta. Lo sostenía fácilmente, con descuido, como si apenas estuviera prestando atención. Pero Simon sabía cuán rápido el aparente desinterés de Jace podía explotar en una acción violenta.

"Jace," dijo Lilith. "Entra al círculo. Trae a la chica contigo."

Jace avanzó obedientemente, empujando a Clary delante de él. Cuando cruzaron la barrera de la línea negra pintada, las runas del interior destellaron de repente, de rojo brillante… y también se encendió algo más. Una runa sobre el lado izquierdo del pecho de Jace, justo encima de su corazón, resplandeció repentinamente, con tal claridad que Simon tuvo que cerrar sus ojos. Incluso con sus ojos cerrados, todavía podía ver la runa, un cruel remolino de líneas furiosas, impresa contra el interior de sus párpados.

"Abre tus ojos, Daylighter," dijo Lilith bruscamente. "El momento ha llegado. ¿Me darás tu sangre, o te negarás? Sabes el precio si lo haces."

Simon bajó la mirada hacia Sebastian en el ataúd… y se dio cuenta de otra cosa. Una runa gemela a la que acababa de brillar en el pecho de Jace también era visible en su pecho desnudo, comenzando a desvanecerse cuando Simon lo miró. En un momento ya no estaba, y Sebastian permanecía inmóvil y blanco otra vez. Sin moverse. Sin respirar.

Muerto.

"No puedo regresarlo para ti," dijo Simon. "Está muerto. Te daría mi sangre, pero él no puede tragarla."

Ella silbó entre dientes con exasperación, y por un momento sus ojos destellaron con una fuerte luz ácida. "Primero debes morderlo," dijo. "Eres un Daylighter. La sangre de Ángel

corre a través de tu cuerpo, a través de tu sangre y lágrimas, a través del fluido en tus colmillos. Tu sangre de Daylighter lo revivirá lo suficiente para que pueda tragar y beber. Muérdelo y dale tu sangre, tráemelo de nuevo."

Simon la miró salvajemente. "Pero lo que dices… ¿estás diciendo que tengo el poder de revivir a los muertos?"

"Has tenido ese poder desde que eres un Daylighter," dijo ella. "Pero no tienes el derecho a usarlo."

"¿El derecho?"

Ella sonrió, pasando la punta de una larga uña pintada de rojo sobre la superficie del ataúd de Sebastian. "Dicen que la historia está escrita por los vencedores," dijo. "No puede haber tanta diferencia entre el lado de la Luz y el lado de la Oscuridad como supones. Después de todo, sin la Oscuridad, no hay nada que la Luz pueda iluminar."

Simon la miró sin comprender.

"Equilibrio," aclaró ella. "Hay leyes más viejas de las que puedas imaginar. Y una de ellas es que no puedes revivir lo que está muerto. Cuando el alma abandona el cuerpo, pertenece a la muerte. Y no puede ser regresada sin un precio a pagar."

"¿Y estás dispuesta a pagarlo? ¿Por él?" Simon hizo un ademán hacia Sebastian.

"Él es el precio." Echó su cabeza hacia atrás y rió. Sonaba casi como una risa humana. "Si la Luz devuelve un alma, entonces la Oscuridad tiene el derecho de regresar una también. Éste es mi derecho. O quizá deberías preguntarle a tu amiguita Clary de lo que estoy hablando."

Simon miró en dirección a Clary. Parecía como si fuera a desmayarse. "Raziel," dijo ella débilmente. "Cuando Jace murió…"

"¿Jace murió?" La voz de Simon subió una octava. Jace, a pesar de ser el tema bajo discusión, continuó sereno e inexpresivo, la mano del cuchillo seguía firme.

"Valentine lo apuñaló," dijo Clary casi en un susurro. "Y luego el Ángel mató a Valentine, y dijo que podía tener cualquier cosa que deseara. Y dije que quería que Jace regresara, quería que volviera, y él lo resucitó… para mí." Sus ojos estaban enormes en su pequeño rostro blanco. "Estuvo muerto por unos pocos minutos… apenas un momento…"

"Fue suficiente," suspiró Lilith. "Estuve rondando cerca de mi hijo durante su lucha con Jace; lo vi caer y morir. Seguí a Jace hasta el lago, observé cuando Valentine lo asesinó, y después cuando el Ángel lo levantó de nuevo. Sabía que esa era mi oportunidad. Regresé corriendo al río y saqué el cuerpo de mi hijo… lo conservé justamente para este momento."

Miró cariñosamente hacia el ataúd. "Todo en equilibrio. Ojo por ojo. Diente por diente. Vida por vida. Jace es el contrapeso. Si Jace vive, entonces también debe hacerlo Jonathan."

Simon no podía arrancar los ojos de Clary. "Lo que ella dice… acerca del Ángel… ¿es verdad?" dijo él. "¿Y nunca se lo contaste a nadie?"

Para su sorpresa, fue Jace quien respondió. Frotando su mejilla contra el pelo de Clary, dijo: "Era nuestro secreto."

Los ojos verdes de Clary brillaron, pero no se movió.

"Así que verás, Daylighter," dijo Lilith, "sólo estoy tomando lo que es mío por derecho. La Ley dice que el primero en ser revivido debe estar aquí en el círculo cuando regrese el segundo." Apuntó a Jace con un desdeñoso chasquido de sus dedos. "Él está aquí. Tú estás aquí. Todo está listo."

"Entonces no necesitas a Clary," dijo Simon. "Sácala de esto. Déjala ir."

"Por supuesto que la necesito. La necesito para motivarte. No puedo herirte, por tu Marca, ni amenazarte, ni matarte. Pero puedo quitarte el corazón cuando le quite la vida a ella. Y lo haré."

Miró hacia Clary, y la mirada de Simon siguió la de ella.

Clary. Estaba tan pálida que tenía un aspecto casi azul, aunque tal vez era por el frío. Sus ojos verdes se veían enormes en su cara pálida. Un hilo de sangre seca caía desde su clavícula hasta el escote de su vestido, ahora salpicado con rojo. Sus manos colgaban a los costados, flojas, pero estaban temblando.

Simon la vio tal y como era, pero también como había sido cuando tenía siete años, brazos flacos, pecas y esas hebillas azules de plástico que había usado en su pelo hasta que tuvo once. Pensó en la primera vez en que se dio cuenta de que debajo de la remera holgada y los jeans que siempre vestía había una figura real de chica, y en cómo no había estado seguro si debía mirar o apartar la mirada. Pensó en su risa y en sus rápidos movimientos del lápiz a través de la página, dejando atrás imágenes intrincadamente diseñadas: castillos con torres, caballos corriendo, personajes alegremente coloridos que inventaba en su cabeza. *Puedes caminar a la escuela por tu cuenta*, había dicho su madre, *pero sólo si Simon va contigo*. Pensó en su mano agarrando la de él al cruzar la calle, y su sensación sobre la increíble tarea en la que se había comprometido: la responsabilidad por su seguridad.

Había estado enamorado de ella una vez, y tal vez alguna parte de él siempre lo estaría, porque ella había sido la primera. Pero eso no era lo que importaba ahora. Ella era Clary; era parte de él; siempre lo había sido y lo sería para siempre. Mientras la miraba, ella

sacudió su cabeza, ligeramente. Él sabía lo que estaba diciendo: *No lo hagas. No le des lo que quiere. Deja que me pase todo lo que tenga que pasar.*

Dio un paso hacia el círculo; cuando sus pies cruzaron la línea pintada, sintió un escalofrío, como una descarga eléctrica, atravesándolo. "Está bien," dijo él. "Lo haré."

"¡No!" gritó Clary, pero Simon no la miró. Estaba mirando a Lilith, quien tenía una fría sonrisa de satisfacción mientras levantaba su mano izquierda y la pasaba por la superficie del ataúd.

La tapa del mismo desapareció, despegándose de una manera que a Simon le hizo recordar extrañamente a cuando despegas la tapa de una lata de sardinas. Cuando la capa superior de cristal se separó, se fundió y se derramó, goteando a los lados del pedestal de granito, cristalizándose en minúsculos fragmentos cuando las gotas tocaban el suelo.

El ataúd estaba abierto ahora, como una pecera; el cuerpo de Sebastian flotaba en su interior, y Simon creyó ver una vez más el destello de la runa en su pecho cuando Lilith se estiró hacia el depósito. Mientras Simon observaba, ella tomó los brazos que colgaban de Sebastian y los cruzó por encima de su pecho con un gesto extrañamente tierno, poniendo el que estaba vendado por debajo del que estaba intacto. Quitó un mechón de pelo mojado de su blanca frente, y retrocedió, sacudiéndose el agua lechosa de las manos.

"Haz tu trabajo, Daylighter," dijo ella.

Simon se movió hacia el ataúd. La cara de Sebastian estaba relajada, sus párpados quietos. Sin el pulso latiendo en su garganta, Simon recordó cuánto había querido beber la sangre de Maureen. Cuánto había ansiado el sentimiento de sus dientes hundiéndose en su piel y liberando la salada sangre por debajo. Pero esto… esto era alimentarse de un cadáver. Con sólo pensarlo hacía que su estómago se revolviera.

Aunque no la estaba mirando, era consciente de que Clary lo observaba. Podía sentir su respiración mientras él se inclinaba sobre Sebastian. Podía sentir a Jace, también, mirándolo con los ojos inexpresivos. Introdujo las manos en el ataúd, y cogió los fríos y resbaladizos hombros de Sebastian. Conteniendo las ganas de vomitar, se inclinó y clavó sus dientes en el cuello de Sebastian. La sangre negra de demonio se vertió en su boca, tan amarga como el veneno.

***

Isabelle avanzó silenciosamente entre medio de los pedestales de piedra. Alec estaba con ella, con Sandalphon en su mano, enviando luz por la habitación. Maia estaba en una esquina de la habitación, inclinada y haciendo arcadas, apoyando su mano contra la pared;

Jordan rondaba alrededor de ella, parecía como si quisiera acercarse y acariciarle la espalda, pero temía ser rechazado.

Isabelle no culpó a Maia por vomitar. Si no hubiese tenido años de entrenamiento, también habría vomitado. Nunca había visto algo como lo que estaba mirando ahora. Había docenas, tal vez cincuenta, de los pedestales de piedra en la habitación. Encima de cada uno de ellos había una pequeña cesta parecida a una cuna. Dentro de cada cesta había un bebé. Y todos los bebés estaban muertos.

Había albergado una esperanza al principio, mientras caminaba de arriba abajo por las hileras, de que podría encontrar uno con vida. Pero estos niños habían estado muertos durante algún tiempo. Su piel era gris, sus pequeños rostros magullados y descoloridos. Estaban envueltos en mantas finas, y aunque hacía frío en la habitación, Isabelle no creyó que hiciera lo suficiente como para haber muerto congelados. No estaba segura del motivo de su muerte; no podía soportar investigarlo con demasiada atención. Esto era claramente un asunto para la Clave.

Alec, detrás de ella, tenía lágrimas corriendo por su cara; estaba maldiciendo en voz baja en el momento en que llegaron al último de los pedestales. Maia se había incorporado y estaba apoyada contra la ventana; Jordan le había dado algún tipo de trapo, quizá un pañuelo, para limpiarse la cara. Las frías luces blancas de la ciudad ardían detrás de ella, atravesando el cristal oscuro como perforadoras de diamantes.

"Iz," dijo Alec. "¿Quién pudo haber hecho algo así? ¿Por qué alguien haría… incluso un demonio…?"

Se calló súbitamente. Isabelle sabía lo que estaba pensando. En Max, cuando nació. Ella tenía siete, Alec nueve. Se habían inclinado sobre su hermanito en la cuna, divertidos y cautivados por esa fascinante y nueva criatura. Habían jugado con sus deditos, se habían reído de las caras raras que ponía cuando le hacían cosquillas.

Su corazón se encogió. Max. Mientras avanzaba por las filas de las pequeñas cunas, ahora convertidas en pequeños ataúdes, una sensación de terror abrumador había comenzado a oprimirla. No podía ignorar el hecho de que el colgante alrededor de su cuello resplandecía con un brillo intenso y continuo. La clase de brillo que podría haber esperado si estuviera enfrentándose a un Gran Demonio.

Pensó en lo que Clary había visto en la morgue del Beth Israel. *Lucía exactamente como un bebé normal. Excepto por sus manos. Tenía garras en lugar de manos…*

Con sumo cuidado, metió su mano en una de las cunas. Y tratando de no tocar al bebé, apartó la fina manta que envolvía su cuerpo.

Sintió que se le escapaba un jadeo. Ordinarios brazos regordetes de bebé, redondeadas muñecas de bebé. Las manos parecían suaves y tiernas. Pero los dedos… los dedos estaban deformados con zarpas, tan negras como hueso quemado, pequeñas garras afiladas. Dio un paso involuntario hacia atrás.

"¿Qué?" Maia se acercó a ellos. Todavía tenía aspecto enfermo, pero su voz era firme. Jordan la siguió, con las manos en sus bolsillos. "¿Qué encontraste?" preguntó.

"Por el Ángel." Alec, al lado de Isabelle, estaba mirando hacia la cuna. "¿Esto es… como el bebé del que Clary te contó? ¿El de Beth Israel?"

Isabelle asintió lentamente. "Supongo que no era el único bebé," dijo. "Alguien ha estado intentando hacer muchos más como ellos. Más… Sebastians."

"¿Por qué alguien querría más como él?" la voz de Alec estaba llena de un aborrecimiento en carne viva.

"Era rápido y fuerte," dijo Isabelle. Casi dolía físicamente decir algo elogioso acerca del chico que había matado a su hermano y que había tratado de matarla. "Supongo que están tratando de criar una raza de súper-guerreros."

"No funcionó." Los ojos de Maia estaban oscurecidos con tristeza.

Un ruido tan suave que fue casi inaudible provocó el oído de Isabelle. Su cabeza se alzó, su mano fue a su cinturón, donde su látigo estaba enrollado. Algo en las densas sombras al final de la habitación, cerca de la puerta, se había movido, apenas un débil parpadeo, pero Isabelle ya se había separado de los otros y estaba corriendo hacia la puerta. Salió precipitadamente hacia el vestíbulo de los ascensores. Había algo allí… una sombra que se había liberado de la gran oscuridad y se movía, rozando la pared. Isabelle aumentó la velocidad y se arrojó hacia adelante, derribando la sombra.

No era un fantasma. Cuando caían juntos, Isabelle cogió por sorpresa un gemido de asombro muy humano proveniente de la figura sombreada. Golpearon el suelo y rodaron. La figura era definitivamente humana—más menuda y baja que Isabelle, vestida con un chándal gris y zapatillas. De repente, unos hombros huesudos golpearon la clavícula de Isabelle. Una rodilla se enterró en su plexo solar. Jadeó y rodó a un lado, buscando su látigo. Al momento en que lo sacó, la figura ya estaba de pie. Isabelle se puso boca abajo, chasqueando el látigo hacia adelante; la punta se enroscó alrededor del tobillo del extraño y jaló con fuerza. Volviendo a tensar el látigo, logró derribar la figura.

Se incorporó, buscando la estela con su mano libre, la cual estaba metida en la parte delantera de su vestido. Con un rápido corte, finalizó la Marca nyx en su brazo izquierdo. Su visión se adaptó en seguida, toda la habitación parecía llenarse de luz mientras la runa de visión nocturna surtía efecto. Podía ver a su agresor con mayor claridad ahora: una

figura delgada en un chándal gris y zapatillas grises, arrastrándose hacia atrás hasta que su espalda chocó la pared. La capucha del chándal cayó, exponiendo su cara. La cabeza estaba afeitada, limpiamente pelada, pero su cara era definitivamente de mujer, con los pómulos afilados y grandes ojos oscuros.

"Para ya," dijo Isabelle, y tiró con fuerza del látigo. La mujer pegó un grito de dolor. "Deja de intentar escaparte."

La mujer desnudó sus dientes. "Gusano," dijo ella. "Atea. No te diré nada."

Isabelle volvió a meter la estela en su vestido. "Si tiro lo suficiente de este látigo, te cortará la pierna." Dio otro tirón, apretándolo, y se movió hacia adelante, hasta quedar parada en frente de la mujer, bajando la mirada hacia ella. "Esos bebés," dijo. "¿Qué les sucedió?"

La mujer dio una carcajada burbujeante. "No eran lo suficientemente fuertes. Existencia débil, demasiado débil."

"¿Demasiado débil para qué?" Cuando la mujer no contestó, Isabelle dijo con brusquedad: "O me lo dices o pierdes tu pierna. Es tu elección. No creas que no te dejaré aquí sangrando a muerte sobre el suelo. Los asesinos de niños no merecen piedad."

La mujer siseó, como una serpiente. "Si me lastimas, Ella te castigará duramente."

"¿Quién…?" Isabelle se interrumpió, recordando lo que Alec había dicho. *Talto es otro nombre para Lilith. Se podría decir que es la diosa demonio de los niños muertos.* "Lilith," dijo. "Adoras a Lilith. ¿Hiciste todo esto… por ella?"

"Isabelle." Era Alec, llevando la luz de Sandalphon delante de él. "¿Qué está pasando? Maia y Jordan están registrando, buscando más… niños, pero parece que estaban todos en la sala grande. ¿Qué pasa aquí?"

"Esta… persona," dijo Isabelle con repugnancia, "es miembro del culto de la Iglesia de Talto. Aparentemente adoran a Lilith. Y han asesinado a todos estos bebés por ella."

"¡No es asesinato!" La mujer trató de pararse. "No es asesinato. Es sacrificio. Fueron examinados y encontrados débiles. No es nuestra culpa."

"Déjame adivinar," dijo Isabelle. "Trataron de inyectarle sangre de demonio a mujeres embarazadas. Pero la sangre de demonio es una cosa tóxica. Los bebés no pudieron sobrevivir. Nacieron deformes, y después murieron."

La mujer gimoteó. Fue un sonido muy leve, pero Isabelle vio que los ojos de Alec se estrecharon. Siempre había sido el mejor en entender a la gente.

"Uno de esos bebés," dijo él. "Era tuyo. ¿Cómo pudiste inyectarle sangre de demonio a tu propio hijo?"

La boca de la mujer tembló. "No lo hice. Nosotras éramos las que recibíamos las inyecciones de sangre. Las madres. Nos hizo más fuertes, más rápidas. También a nuestros maridos. Pero nos enfermamos. Cada vez más y más. Nuestro pelo se cayó. Nuestras uñas…" Levantó sus manos, mostrando las uñas ennegrecidas, las bases de las uñas estaban ensangrentadas y destrozadas en aquellas que se habían caído. Sus brazos estaban manchados con moretones negruzcos. "Estamos muriendo todos," dijo ella. Hubo un débil sonido de satisfacción en su voz. "Estaremos muertos en cuestión de días."

"Te hizo tomar veneno," dijo Alec, "¿y aún así la adoras?"

"Tú no entiendes." La mujer sonaba ronca, adormecida. "No tenía nada antes de que Ella me encontrara. Ninguno de nosotros tenía nada. Yo estaba en las calles. Durmiendo en las rejillas del metro para no congelarme. Lilith me dio un lugar para vivir, una familia que cuida de mí. El simple hecho de estar en Su presencia es estar a salvo. Nunca antes me había sentido a salvo."

"Entonces has visto a Lilith," dijo Isabelle, luchando por alejar la incredulidad en su voz. Estaba familiarizada con los cultos de demonios; una vez había hecho un informe sobre ellos para Hodge. Le había dado una calificación alta. La mayoría de los cultos adoraban a demonios que habían imaginado o inventado. Algunos se las ingeniaban para levantar a demonios pequeños y débiles que, o los mataban a todos cuando eran liberados, o se conformaban con que los miembros del culto les sirvieran, que les atendieran todas sus necesidades, y a cambio, les concedían pocos pedidos. Nunca había oído de un culto que adorara a Grandes Demonios en los que los miembros hubiesen visto realmente al demonio en persona. Mucho menos a un Gran Demonio tan poderoso como Lilith, la madre de los brujos. "¿Has estado en su presencia?"

Los ojos de la mujer se entrecerraron. "Sí. Con Su sangre en mí, puedo sentir cuando está cerca. Como lo está ahora."

Isabelle no pudo evitarlo; su mano libre voló a su colgante. Había estado latiendo de vez en cuando desde que habían entrado en el edificio; había asumido que se debía a la sangre de demonio en los niños muertos, pero la presencia cercana de un Gran Demonio tal vez tendría más sentido. "¿Está aquí? ¿Dónde está?"

La mujer parecía estar quedándose dormida. "En el piso de arriba," dijo vagamente. "Con el chico vampiro. El que camina durante el día. Nos mandó a buscarlo para Ella, pero estaba protegido. No podíamos poner nuestras manos en él. Aquellos que lo encontraron han muerto. Después, cuando el Hermano Adam regresó y nos dijo que el chico estaba protegido con fuego sagrado, Lady Lilith estaba furiosa. Lo asesinó ahí mismo. Fue

afortunado, en morir bajo Su mano, muy afortunado." Su respiración se entrecortaba. "Y es astuta, Lady Lilith. Encontró otra manera de traer al chico…"

El látigo cayó de la mano repentinamente floja de Isabelle. "¿Simon? ¿Trajo a Simon aquí? ¿Por qué?"

"'*Todos los que a Ella van*,'" la mujer respiró, "'*no vuelven…*'"

Isabelle se arrodilló, aferrando el látigo. "Para," dijo con voz temblorosa. "Deja de gimotear y dime dónde está. ¿Adónde lo llevó? ¿Dónde está Simon? Dime, o voy a…"

"Isabelle." Alec habló fuertemente. "Iz, no tiene sentido. Está muerta."

Isabelle se quedó mirando a la mujer con incredulidad. Había muerto, al parecer, entre un aliento y el siguiente, sus ojos muy abiertos, las líneas de su cara relajadas. Ahora era posible ver que debajo del hambre, la calvicie y las magulladuras, probablemente había sido bastante joven, no más de veinte años. "Maldita sea."

"No lo entiendo," dijo Alec. "¿Qué querría de Simon un Gran Demonio? Es un vampiro. De acuerdo, un vampiro poderoso, pero…"

"La Marca de Caín," dijo Isabelle distraídamente. "Esto debe estar relacionado con la Marca. Tiene que estarlo." Se encaminó hacia el ascensor y presionó el botón de llamada. "Si Lilith fue realmente la primera esposa de Adán, y Caín era el hijo de Adán, entonces la marca de Caín es casi tan vieja como ella."

"¿Adónde vas?"

"Ella dijo que estaban arriba," dijo Isabelle. "Voy a revisar cada piso hasta encontrarlo."

"No puede lastimarlo, Izzy," dijo Alec con el tono razonable que Isabelle detestaba. "Sé que estás preocupada, pero él tiene la Marca de Caín; es intocable. Ni siquiera un Gran Demonio puede hacerle daño. Nadie puede."

Isabelle miró hacia su hermano con el ceño fruncido. "¿Entonces para qué crees que lo quiere? ¿Para tener a alguien que le recoja la ropa seca durante el día? En serio, Alec…"

Hubo un sonido metálico, y la flecha del ascensor más lejano se encendió. Isabelle se adelantó al momento en que las puertas comenzaron a abrirse. La luz inundó el lugar… y después de aquella luz, una ola de hombres y mujeres—pelados, demacrados y vestidos con chándal y zapatillas grises—se revelaron. Blandían armas burdas recogidas de los escombros de la construcción: puntiagudos fragmentos de vidrio, trozos de barras de acero, bloques de hormigón. Ninguno de ellos hablaba. En un silencio tan absoluto que lo volvía escalofriante, salieron del ascensor como si fueran uno, y avanzaron hacia Alec e Isabelle.

18

Cicatrices de Fuego

Las nubes habían rodado sobre el río, de la forma en que a veces lo hacían en la noche, trayendo una espesa niebla con ellas. No ocultaban lo que estaba sucediendo en el techo, sólo era niebla oscura sobre todo lo demás. Los edificios que se elevaban alrededor de ellos eran como oscuros pilares de luz, y la luna apenas brillaba, una lámpara apagada, a través de las nubes moviéndose bajo. Los trozos rotos del ataúd de cristal, esparcidos por el suelo de azulejos, brillaban como fragmentos de hielo, y Lilith también brillaba, pálida bajo la luz de la luna, observando mientras Simon se inclinaba sobre el cuerpo de Sebastian, bebiendo su sangre.

Clary apenas podría soportar el observar. Sabía que Simon odiaba lo que estaba haciendo, sabía que lo estaba haciendo por ella. Por ella, e incluso un poco por Jace. Y sabía cuál sería el siguiente paso en el ritual, Simon le daría su sangre de buena gana a Sebastian y Simon moriría. Los vampiros podían morir cuando su sangre era drenada. Él iba a morir, y ella lo perdería para siempre. Y sería, todo, sólo su culpa.

Podía sentir a Jace detrás de ella, sus los brazos aún apretados a su alrededor, el suave y regular latido de su corazón contra sus omóplatos. Recordó la forma en que la había sostenido en la Sala de los Acuerdos de Idris. El sonido de las hojas al viento mientras la besaba, sus manos cálidas a cada lado de su rostro. La forma en la que había sentido su corazón latiendo, y el pensamiento de que ningún otro corazón latiría como el suyo, como cada pulsación de su sangre armonizaba con el suyo.

Él tenía que estar en alguna parte. Al igual que Sebastian dentro de su cárcel de cristal. Tenía que haber alguna manera de alcanzarlo a él.

Lilith estaba observando a Simon mientras se inclinaba sobre Sebastian, sus ojos amplios y fijos. Clary y Jace bien podrían no haber estado allí en absoluto.

“Jace,” susurró Clary. “Jace, no quiero ver esto.”

Se apretó contra él, como si estuviera intentando acurrucarse en sus brazos, y luego fingió una mueca de dolor cuando el cuchillo rozó el costado de su garganta.

"Por favor, Jace," susurró. "No necesitas el cuchillo. Sabes que no puedo hacerte daño."

"Pero por qué…"

"Sólo quiero mirarte. Quiero ver tu rostro."

Sintió su pecho elevarse y caer una vez, rápido. Un estremecimiento pasó por él, como si estuviera luchando contra algo, presionando contra él. Luego se movió, de la única manera que podía moverse, tan rápido que era como un destello de luz. Mantuvo su brazo derecho apretado alrededor de ella, su mano izquierda deslizó el cuchillo en su cinturón.

El corazón le saltó violentamente. Podría correr, pensó, pero él sólo la capturaría, en solo un momento. Segundos después, ambos brazos estaban alrededor de ella otra vez, con las manos en sus brazos, girándola. Sintió sus dedos arrastrarse sobre su espalda, sus brazos desnudos temblaron, mientras la hacía girar hacia él.

Estaba apartando la vista de Simon ahora, apartándola de la mujer demonio, aunque aún podía sentir su presencia a su espalda, haciendo temblar su columna vertebral. Alzó la mirada hacia Jace. Su rostro era tan familiar. Las líneas, la forma en que su cabello caía sobre su frente, la pequeña cicatriz en el pómulo, y otra en la sien. Sus pestañas un tono más oscuro que su pelo. Sus ojos eran del color del cristal amarillo pálido. Ahí era donde era diferente, pensó. Todavía parecía Jace, pero sus ojos eran claros y estaban en blanco, como si ella estuviera mirando a través de una ventana de una habitación vacía.

"Tengo miedo," dijo ella.

Él le acarició el hombro, enviando chispas volando a través de sus nervios, con una sensación de enfermedad se dio cuenta que su cuerpo aun respondía a sus caricias. "No voy a dejar que nada te suceda."

Ella lo miró fijamente, realmente crees eso, ¿no? De alguna forma no puedes ver la desconexión entre tus acciones y tus intenciones. De alguna forma ella te está alejando de mí.

"No serás capaz de detenerla," dijo ella. "Me va a matar, Jace."

Él sacudió la cabeza. "No. Ella no haría eso."

Clary quiso gritar, pero mantuvo su voz pausada, cuidadosa y calma. "Sé que estás ahí,

Jace. El verdadero tú.” Se presionó más cerca de él, la hebilla de cinturón se hundió en su cintura. “Puedes luchar contra ella…”

Había sido la cosa equivocada para decir, él se tensó por todas partes y ella vio un destello de angustia en sus ojos, la mirada de un animal en una trampa. En un instante se había convertido en severidad. “No puedo.”

Ella se estremeció. La expresión de su rostro era horrible, tan horrible. Ante su estremecimiento, sus ojos se suavizaron. “¿Tienes frío?” dijo, por un momento sonó como Jace de nuevo, preocupado por su bienestar. Se le hizo un nudo en la garganta.

Ella asintió, aunque el frío físico era la cosa más alejada de su mente. “¿Puedo poner mis manos en el interior de tu chaqueta?”

Él asintió. Su chaqueta estaba desabrochada, deslizó sus brazos en el interior, sus manos tocando su espalda ligeramente. Todo estaba inquietantemente silencioso. La ciudad pareció congelarse dentro de un prisma de hielo, incluso las luces que irradiaban los edificios a su alrededor estaban inmóviles y frías.

Respiró lentamente, constantemente. Podía ver la runa en su pecho a través de la tela de su camisa desgarrada. Parecía latir mientras respiraba. Era deprimente pensó, unirse a él así, como una sanguijuela succionando lo que era bueno, lo que era Jace.

Recordó lo que le había dicho Luke acerca de destruir una runa. Si la desfiguras lo suficiente, puedes minimizar o destruir su poder. A veces en batalla el enemigo intentará quemar o cortar la piel de un Cazador de Sombras, solo para privarlo del poder de sus runas.

Mantuvo sus ojos fijos en el rostro de Jace. Olvida lo que está pasando, pensó. Olvídate de Simon, sobre el cuchillo en tu garganta. Lo que digas ahora es más importante que cualquier cosa que hayas dicho antes.

“¿Recuerdas lo que me dijiste en el parque?” susurró.

Él bajó la mirada hacia ella, sorprendido. “¿Qué?”

“Cuando te dije que no hablaba italiano. Recuerdo lo que me dijiste, lo que significaba esa cita. Dijiste que significaba que el amor era la fuerza más poderosa en la tierra. Más poderoso que cualquier otra cosa.”

Una pequeña línea apareció entre sus cejas. “Yo no…”

"Sí, lo haces." Pisa con cuidado, se dijo a si misma, pero no podía evitarlo, no podía evitar la tensión que emergió en su voz. "Recuerdas. La fuerza más poderosa que hay, tú lo dijiste. Más fuerte que el cielo o el infierno. Tiene que ser más poderoso que Lilith, también."

Nada. La miraba como si no pudiera oírla. Era como gritar por un túnel negro y vacío. Jace, Jace, Jace. Sé que estás ahí.

"Hay una forma de que me protejas y aún así hagas lo que ella quiere," dijo. "¿No sería lo mejor?" Presionó su cuerpo más cerca contra él, sintiendo su estómago retorcerse. Era como sostener a Jace y no hacerlo, todo al mismo tiempo, alegría y horror mezclados entre sí. Y pudo sentir su cuerpo reaccionar a ella, el tamborileo de su corazón en sus oídos, sus venas; no había dejado de desearla, cualquiera fueran las capas de control que Lilith ejercía sobre su mente.

"Te lo susurraré," dijo, rozando sus labios contra su cuello. Ella aspiró su olor, tan familiar como el olor de su propia piel. "Escucha."

Inclinó su cabeza hacia arriba, y él se inclinó para oírla —y la mano de ella se movió de su cintura hasta coger la empuñadura del cuchillo en su cinturón. Lo envolvió como él le había enseñado cuando habían entrenado, balanceando su peso en la palma de su mano, y con la hoja cortó el lado izquierdo del pecho de él en un arco amplio y poco profundo. Jace gritó, más por la sorpresa que el dolor, supuso, y sangre se derramó del corte por su piel, ocultando la runa. Él se llevó la mano al pecho; cuando la separó estando roja, él la miró, con los ojos muy abiertos, como si de alguna manera hubiera sido herido realmente, y no pudiera creer en su traición.

Clary giró lejos de él cuando Lilith gritó. Simon ya no estaba inclinado sobre Sebastian, se había enderezado y miraba fijamente a Clary, con el dorso de la mano apretado contra de su boca. La sangre negra de demonio goteaba sobre su camisa. Sus ojos estaban muy abiertos.

"Jace," la voz de Lilith se elevó con asombro. "Jace, sujétala, ¡Te lo ordeno!"

Jace no se movió. Miraba de Clary, a Lilith, a su mano ensangrentada, y viceversa. Simon había empezado a alejarse de Lilith, repentinamente se detuvo con una sacudida y se encorvó, cayendo de rodillas. Lilith se giró dándole la espalda a Jace y avanzó hacia Simon su rostro duro retorcido. "¡Levántate!" gritó. "¡Ponte de pie! ¡Bebiste su sangre! ¡Ahora necesita la tuya!"

Simon luchó para poder sentarse, entonces se deslizó sin fuerzas hasta el suelo. Vomitó,

tosiendo sangre negra. Clary recordó lo que le había dicho en Idris, que la sangre de Sebastian era como veneno. Lilith alzó un pie para darle una patada, entonces se tambaleó hacia atrás, como si una mano invisible la hubiera empujado fuerte. Lilith gritó, sin palabras, sólo un grito como el de una lechuza. Era un sonido de puro odio y rabia.

No era un sonido que un ser humano pudiera haber hecho, se sentía como fragmentos irregulares de cristal siendo impulsados dentro de los oídos de Clary. Gritó: "¡Deja a Simon en paz! Está enfermo. ¿No ves que está enfermo?"

Lamentó inmediatamente haber hablado. Lilith se volvió lentamente, su mirada se deslizó sobre Jace, fría e imperiosa.

"Te dije, Jace Herondale." Su voz resonó. "No dejes que la chica salga del círculo. Toma su arma."

Clary apenas había notado que seguía sosteniendo el cuchillo. Tenía tanto frío que estaba casi entumecida, pero debajo de la insoportable rabia a Lilith—a todo—liberó con un movimiento su brazo. Arrojó el cuchillo al suelo. Éste se deslizó por las baldosas, hacia los pies de Jace. Él lo miró ciegamente, como si nunca hubiera visto un arma antes.

La boca de Lilith era una fina línea roja. El blanco de sus ojos había desaparecido, ahora todo era negro. No parecía humana. "Jace," siseó. "Jace Herondale, me has escuchado. Y me obedecerás."

"Tómalo," dijo Clary, mirando a Jace. "Tómalo y mátala a ella o a mí. Es tu elección."

Poco a poco Jace se inclinó y recogió el cuchillo.

Alec tenía a Sandalphon en una mano, una hachiwara[43]— buena para desviar múltiples atacantes— en la otra. Al menos seis cultistas estaban a sus pies, muertos o inconscientes.

Alec había luchado con pocos demonios en su vida, pero había algo especialmente misterioso sobre luchar contra los cultistas de la Iglesia de Talto. Se movían todos juntos, no como personas sino como una misteriosa marea oscura —misteriosa porque eran tan silenciosos y tan extrañamente fuertes y rápidos. También parecían totalmente no temerle a en absoluto. Aunque Alec e Isabelle les gritaban para contenerlos, pero seguían moviéndose en una horda en una horda agrupada y silenciosa arrojándose a los Cazadores de Sombras con la estupidez autodestructiva de ratas lanzándose por un acantilado. Hicieron retroceder

[43] Un tipo de arma con forma de cuchillo, se asemeja a un jutte en muchos aspectos. Esta arma se creó para que fuera como un brazo lateral para el Samurái que lo utilizara.

a Alec e Isabelle por el pasillo y entrar a una gran habitación abierta llena de pedestales de piedra, cuando el ruido de la lucha trajo a Jordan y Maia corriendo: Jordan, en forma de lobo, y a Maia aún humana, pero con sus garras totalmente afuera.

Los cultistas apenas parecieron registrar su presencia. Lucharon, cayendo uno tras otro cuando Alec, Maia, y Jordan se posicionaron con cuchillos, garras y dagas. El látigo de Isabelle trazaba patrones brillantes en el aire mientras cortaba a través de los cuerpos en rodajas, enviando finas rociadas de sangre en el aire. Maia en especial se estaba defendiendo bien. Al menos una docena de cultistas yacían desplomados a su alrededor, y ella estaba extendiéndose sobre otro con una furia ardiente, sus manos con garras estaban rojas hasta las muñecas.

Un cultista corrió a través del camino de Alec y se abalanzó sobre él con las manos extendidas. Su capucha estaba subida, no podía ver su rostro, o adivinar el sexo o la edad. Hundió la hoja de Sandalphon en el lado izquierdo de su pecho. Él gritó. Fue un grito masculino, fuerte y ronco. El hombre se desplomó, arañando su pecho, donde las llamas estaban lamiendo el borde del agujero rasgado en su chaqueta. Alec se apartó, asqueado. Odiaba ver lo que le pasaba a los humanos cuando un cuchillo serafín atravesaba su piel.

De repente sintió una ardiente quemazón en la espalda, y se volvió para ver a un segundo miembro del culto blandiendo un trozo dentado de barras de refuerzo. Este estaba sin capucha, un hombre, su rostro era tan delgado que sus pómulos parecían excavando a través de su piel. Siseó y se lanzó de nuevo hacia Alec, que saltó a un lado, el arma silbando sin causar daños pasó junto a él. Se dio la vuelta y la pateó fuera de la mano del cultista, ésta cayó al suelo, y el cultista retrocedió, casi tropezó sobre un cuerpo— y corrió.

Alec dudó por un momento. El cultista que acababa de atacarlo estaba casi en la puerta. Alec sabía que debía seguirlo— por todo lo que sabía, el hombre podría estar a punto de advertir a alguien o conseguir refuerzos—pero sentía cansado hasta los huesos, asqueado, y un poco enfermo. Estas personas podían estar poseídas, difícilmente podrían ser personas de nuevo, nunca más; aun así todavía se sentía demasiado como matar a seres humanos.

Se preguntó qué diría Magnus, pero a decir verdad, ya lo sabía. Alec había luchado contra criaturas como estas antes, los cultos sirvientes de los demonios. Casi todo lo que los hacía un ser humano había sido consumido por el demonio para energía, dejando nada más que un anhelo asesino por matar y un cuerpo humano muriendo lentamente en agonía. Estaban más allá de la ayuda: incurables, irreparables. Oyó la voz de Magnus como si el brujo estuviera a su lado. Matarlos es lo más misericordioso que puedes hacer.

Metiendo la hachiwara de nuevo en su cinturón, Alec se lanzó en su persecución, aporreando la puerta y por el pasillo detrás del cultista huyendo. El pasillo estaba vacío, las puertas del ascensor más alejado estaban abiertas y atascadas, y un agudo ruido de alarma

sonó a través del corredor. Varias puertas se ramificaban desde el vestíbulo. Encogiéndose de hombros interiormente, Alec eligió una al azar y se precipitó a través de ésta.

Se encontró en un laberinto de pequeñas habitaciones apenas terminadas—paneles de yeso habían sido lanzados precipitadamente, y ramos de cables multicolores brotaban de agujeros en las paredes. El cuchillo serafín lanzó una colcha de retazos de luz a través de las paredes mientras se movía con cautela por las habitaciones, con sus nervios gritando. En un momento dado la luz atrapó un movimiento, y él saltó. Bajando el cuchillo, vio a un par de ojos rojos y un pequeño cuerpo gris deslizándose en un agujero en la pared. La boca de Alec se torció. Eso era Nueva York para tí. Incluso en un edificio tan nuevo como éste, había ratas.

Eventualmente las habitaciones se abrieron a un espacio más grande, no tan grande como la habitación con los pedestales, pero más considerable que las demás. Había una pared de vidrio aquí también, con cinta de cartón a través de partes de ésta

Una forma oscura estaba acurrucada en un rincón de la habitación, cerca de una sección expuesta de la tubería. Alec se acercó con cautela. ¿Era un truco de la luz? No, la forma era reconociblemente humana, una figura inclinada y acurrucada con ropa oscura. La runa de visión nocturna de Alec punzó cuando entrecerró los ojos, moviéndose hacia adelante. La forma se resolvió en una mujer delgada, descalza, con las manos encadenadas en frente de ella a una longitud de la tubería. Ella levantó la cabeza cuando Alec se acercó, y la tenue luz que entraba por las ventanas iluminó su pálido cabello blanco-rubio.

"¿Alexander?" Dijo, su voz rica con incredulidad. "¿Alexander Lightwood?"

Era Camille.

"Jace," la voz de Lilith bajó como un látigo a través de carne desnuda, incluso Clary se estremeció al oír el sonido de ésta. "Te ordeno que…"

El brazo de Jace se apartó—Clary se tensó, preparándose—Y arrojó el cuchillo a Lilith. Éste azotó a través del aire, de punta a punta, y se hundió en su pecho; ella se tambaleó hacia atrás, cogida de balance. El talón de Lilith resbaló en la piedra lisa, la demonio se enderezó con un gruñido, estirándose para arrancar el cuchillo de sus costillas. Espetando algo en un idioma que Clary no podía entender, lo dejó caer. Se éste cayó silbando al suelo, su hoja estaba carcomida, como por un ácido fuerte.

Ella se volvió hacia Clary. "¿Qué le hiciste? ¿Qué hiciste?" Sus ojos habían sido completamente negros hace un momento. Ahora parecían abultarse y sobresalir. Pequeñas serpientes negras se deslizaron de sus cuencas oculares; Clary gritó y dio un paso atrás, casi

tropezando con un cerco bajo. Esta era la Lilith que había visto en la visión de Ithuriel, con sus ojos deslizándose y voz ronca, haciendo eco. Avanzó hacia Clary…

Y de repente Jace estuvo entre ellas, bloqueando la ruta de Lilith. Clary lo miró. Era él de nuevo. Parecía arder con un fuego honrado, como Raziel lo había hecho junto al lago Lyn aquella horrible noche. Había levantado un cuchillo serafín de su cinturón, el blanco plateado de ésta reflejándose en sus ojos, la sangre goteaba del rasgón su camisa y manchaba su piel desnuda. La forma en que la miró, a Lilith—si los ángeles pudieran subir del infierno, Clary pensó, se verían así.

"Michael," dijo, y Clary no estaba segura si era la fuerza del nombre, o la rabia en su voz, pero el cuchillo que sostenía prendió un fuego más brillante que cualquier cuchillo serafín que ella hubiese visto nunca. Miró a un lado por un momento, cegada, y vio a Simon yaciendo en un montón arrugado junto al ataúd de cristal de Sebastian.

Su corazón se retorció dentro de su pecho. ¿Qué pasaba si la sangre de demonio de Sebastian lo había envenenado? La marca de Caín no le ayudaría. Era algo que había hecho de buena gana, a sí mismo. Para ella. Simon.

"Ah, Michael." La voz de Lilith era sonora con risa mientras se movía hacia Jace. "El capitán de las huestes del Señor. Lo conocí."

Jace levantó el cuchillo serafín; éste ardía como una estrella, tan brillante que Clary se preguntó si toda la ciudad podría verlo, como un reflector perforando el cielo. "No te acerques más."

Lilith, para sorpresa de Clary, hizo una pausa. "Michael mató al demonio Sammael, a quien yo amaba," dijo. "¿Por qué es, pequeño Cazador de Sombras, que sus ángeles son tan fríos y sin piedad? ¿Por qué se deshacen de aquel que no los obedecerá?"

"No tenía idea de que fueras una defensora del libre albedrío," dijo Jace, y la forma en que lo dijo, su voz cargada de sarcasmo, hizo más para reasegurarle a Clary que era él mismo de nuevo, más que cualquier otra cosa que hubiera hecho. "¿Dejarás que nos marchemos este techo ahora, entonces? ¿Yo, Simon, Clary? ¿Qué dices, demonio? Se acabó. Ya no me controlas. No le haré daño a Clary, y Simon no te obedecerá. Y ese pedazo de basura que estás intentando resucitar, te sugiero deshacerte de él antes que comience a pudrirse. Porque no va a volver, y está más allá de su fecha de caducidad."

El rostro de Lilith se deformó. Escupió a Jace, y su saliva era una llama negra que golpeó el suelo y se convirtió en una serpiente que se meneó hacia él, con su mandíbula boquiabierta. Él la aplastó con una bota y se abalanzó sobre la demonio con el cuchillo extendido, pero Lilith se esfumó como una sombra cuando la luz brilló sobre éste, desapareciendo y reformándose justo detrás de él. Mientras él giraba, y ella se estiró casi con pereza, y golpeó su palma abierta contra el pecho de él.

Jace salió volando, Michael cayó de su mano, deslizándose a través de los azulejos de piedra. Jace voló por el aire y golpeó la pared de techo bajo con tal fuerza que líneas astilladas aparecieron en la piedra. Cayó fuerte al suelo, visiblemente aturdido.

Jadeando, Clary corrió hacia el cuchillo serafín caído, pero nunca lo alcanzó. Lilith asió a Clary en sus dos delgadas y congeladas manos y la lanzó con una fuerza increíble. Clary chocó contra un seto bajo, las ramas arañaron su piel cruelmente, abriendo largos cortes. Ella luchó para liberarse, su vestido se enredó en el follaje. Oyó la seda romperse cuando se liberó y se giró para ver a Lilith arrastrar a Jace para ponerlo de pie, su mano sujetando la parte delantera de la camisa ensangrentada.

Ella le sonrió, y sus dientes eran negros también, y brillaban como el metal. "Estoy contenta de que estés de pie, pequeño Nefilim. Quiero ver tu rosto cuando te mate, no te apuñalaré por la espalda como hiciste con mi hijo."

Jace se limpió el rostro con la manga, estaba sangrando por un largo corte a través de su mejilla, y la tela se manchó de rojo. "Él no es su hijo. Donaste algo de sangre para él. Eso no lo hace tuyo. Madre de brujos…" Volvió la cabeza y escupió, sangre. "No eres la madre de nadie."

Las serpientes de los ojos de Lilith se lanzaron con furia hacia atrás y hacia adelante. Clary, desenredándose dolorosamente del seto, vio que cada una de las cabezas de serpiente tenían dos ojos, brillantes y rojos. El estómago de Clary se revolvió cuando las serpientes se movieron, sus miradas parecían deslizarse arriba y abajo por el cuerpo Jace. "Recortaste mi runa. Qué crudo," escupió ella.

"Pero efectivo," dijo Jace.

"No se puede ganar en mi contra, Jace Herondale," dijo. "Puedes ser el más grande Cazador de Sombras que este mundo ha conocido, pero yo soy más que un Demonio Mayor."

"Entonces, pelea conmigo," dijo Jace. "Te daré un arma. Tendré mi cuchillo serafín. Lucha contra mí, uno a uno, y veremos quién gana."

Lilith lo miró, sacudiendo la cabeza lentamente, su cabello oscuro se arremolinaba a su alrededor como humo. "Soy la más antigua de los demonios," dijo. "No soy un hombre. No tengo orgullo masculino para caer en este truco, y no estoy interesada en un combate individual. Esa es una debilidad enteramente de tu sexo, no el mío. Soy una mujer. Voy a utilizar cualquier arma y todas las armas para conseguir lo que quiero." Lo dejó ir, con un empujón medio desdeñoso; Jace tropezó por un momento, enderezándose rápidamente y agachándose hacia la reluciente hoja de Michael.

Él lo tomó cuando Lilith se rió y levantó las manos. Sombras medio opacas explotaron de sus palmas abiertas. Incluso Jace lució conmocionado cuando las sombras se solidificaron

con la forma de dos demonios negros con brillantes ojos rojos. Golpearon el suelo, pateando y gruñendo. Eran perros, pensó Clary asombrada, dos perros negros demacrados y de aspecto cruel que se parecían vagamente a los Doberman[44].

"Sabuesos Infernales," suspiró Jace. "Clary…"

Se interrumpió cuando uno de los perros brincó hacia él, su boca abierta tan amplia como la de un tiburón, un fuerte aullido estalló de su garganta. Un momento después, el segundo saltó en el aire, lanzándose directamente hacia Clary.

"Camille," la cabeza de Alex estaba girando. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Inmediatamente se dio cuenta de que sonaba como un idiota. Luchó contra el impulso de darse una palmada en la frente. La última cosa que quería era lucir como un tonto en frente de la ex novia de Magnus.

"Era Lilith," dijo la mujer vampiro en una vocecita temblorosa. "Sus cultitas irrumpieron en el Santuario. No está custodiado contra humanos, y ellos son humanos—apenas. Cortaron mis cadenas y me trajeron aquí, a ella." Levantó sus manos; las cadenas ataban sus muñecas a la tubería que crujía. "Me trataron brutalmente."

Alec se agachó, trayendo sus ojos al nivel de los de Camille. Los vampiros no tenían moretones, se curaban demasiado rápido para eso, pero su cabello estaba enmarañado con sangre en el lado izquierdo, lo que lo hizo pensar que ella estaba diciendo la verdad. "Digamos que te creo," dijo. "¿Qué quería ella contigo? Nada de lo que conozco de Lilith dice que tenga un particular interés en los vampiros."

"Sabes por qué la Clave estaba reteniéndome," dijo ella. "Debiste haber oído."

"Mataste tres Cazadores de Sombras. Magnus dijo que habías declarado que lo estabas haciendo porque alguien te lo había ordenado…" su voz se desvaneció. "¿Lilith?"

"Si te digo, ¿me ayudarás?" El labio inferior de Camille tembló. Sus ojos eran enormes, verdes, suplicantes. Era muy hermosa. Alec se preguntó si alguna vez había mirado a Magnus así. Esto hizo que quisiera sacudirla.

"Podría," dijo él, sorprendido de la frialdad en su propia voz. "No tienes mucho poder de negociación aquí. Podría marcharme y dejarte aquí para que Lilith te tenga, y no haría mucha diferencia para mí."

[44] El **Dobermann** es una raza relativamente reciente, debe su nombre al sinólogo alemán Karl Friedrich Louis Dobermann, quien a finales del siglo XIX, emprende la tarea de crear una nueva raza de perro que sirviera eficazmente a su difícil trabajo como recaudador de impuestos. Para conseguir el nacimiento de esta nueva raza, se emplearon cruces de otras razas caninas como el Rottweiler, el Beauceron, el Weimaraner, el Manchester Terrier, o el Pinscher. La principal función de esta raza en sus origines, fue la de proteger a su creador frente a potenciales asaltantes interesados en la recaudación de los impuestos que solía portar.

"Si, la haría," dijo ella. Su voz era baja. "Magnus te ama. No te amaría si fueras del tipo de persona que pudiera abandonar a otra indefensa."

"Te ama a ti," dijo Alec.

Ella le dio una sonrisa anhelante. "Parece haber aprendido mejor desde entonces."

Alec se meció en sus tobillos ligeramente. "Mira," dijo. "Dime la verdad. Si lo haces, te liberaré y te traeré hacia la Clave. Te tratarán mejor de lo que Lilith lo haría."

Ella miró hacia abajo sus muñecas, encadenadas a la tubería. "La Clave me encadenó," dijo. "Lilith me encadenó. Veo poca diferencia en mi trato entre los dos."

"Supongo que es tu elección, entonces. Confía en mí, o confía en ella," dijo Alec. Era un riesgo, lo sabía.

Esperó por varios momentos tensos antes de que dijera, "Muy bien. Si Magnus confía en ti, confiaré en ti." Levantó su cabeza, haciendo lo mejor para verse majestuosa a pesar de la ropa destrozada y el cabello ensangrentado. "Lilith vino a mí, no yo a ella. Había escuchado que yo andaba buscando recuperar mi posición como líder del clan de Manhattan de Rafael Santiago. Dijo que me ayudaría, si la ayudaba."

"¿Ayudarla matando a Cazadores de Sombras?"

"Ella quería su sangre," dijo Camille. "Era para esos bebés. Estaba inyectando sangre de Cazadores de Sombras y sangre de demonio en las madres, intentando imitar lo que Valentine le hizo a su hijo. No funcionó, sin embargo. Los bebés se convertían en cosas retorcidas, y luego morían." Captando su mirada de repulsión, ella dijo, "Al principio no sabía para qué quería la sangre. Puede que no pienses mucho de mí, pero no tengo gusto por matar asesinar a inocentes."

"No tenías que haberlo hecho," dijo Alec. "Sólo porque ella lo ofreció."

Camille sonrió con cansancio. "Cuando eres tan viejo como yo," dijo, "es porque has aprendido a jugar el juego correctamente, a hacer las alianzas correctas en los momentos correctos. Para aliarte no sólo con el poderoso, sino que con aquellos que tú crees te harán poderoso. Supe que si no estaba de acuerdo en ayudar a Lilith, me mataría. Los demonios no son confiables por naturaleza, y ella debió pensar que iría con la Clave con lo que sabía acerca de sus planes para matar Cazadores de Sombras, incluso si le prometía que permanecería en silencio. Tomé ese riesgo porque Lilith era más peligrosa para mí que los de tu especie."

"Y no te importó matar Cazadores de Sombras."

"Eran miembros del Círculo," dijo Camille. "Habían matado a los de mi especie. Y a los tuyos."

"¿Y Simon Lewis? ¿Por qué tu interés en él?"

"Todos quieren al Daylighter de su lado." Camille se encogió de hombros. "Y sabía que tenía la Marca de Caín. Uno de los subordinados de Raphael aún es leal a mí. Me pasó la información. Otros pocos Submundos sabían de ello. Lo hacía un aliado de incalculable valor."

"¿Eso era lo que Lilith quería con él?"

Los ojos de Camille se ampliaron. Su piel era muy pálida, y bajo ésta Alec pudo ver que sus venas se habían oscurecido, el patrón comenzando a propagarse a través de la blancura de su rostro como grietas ampliándose en porcelana. Eventualmente, los vampiros hambrientos se volvían salvajes, luego perdían la consciencia, una vez que habían estado sin sangre por mucho tiempo. Mientras más viejos eran, más tiempo podían evitarlo, pero Alec no podía evitar preguntarse cuánto tiempo había pasado desde que ella se había alimentado. "¿Qué quieres decir?"

"Aparentemente convocó a Simon para que se encontrara con ella," dijo Alec. "Están en algún lugar en el edificio."

Camille se quedó mirando fijamente por un largo momento, luego se rió. "Una verdadera ironía," dijo. "Nunca me mencionó a Simon, y nunca se lo mencioné, y aún así ambas estábamos persiguiéndolo por nuestros propios propósitos. Si ella lo quiere, es por su sangre," añadió. "El ritual que está realizando es sin duda uno de sangre mágica. Su sangre, mezcla de sangre Submundo y Cazador de Sombras, será de gran utilidad para ella."

Alec sintió un parpadeo de malestar. "Pero ella no puede herirlo. La Marca de Caín…"

"Encontrará una forma de rodear eso," dijo Camille. "Ella es Lilith, madre de brujos. Ha estado viva mucho tiempo, Alexander."

Alec se puso de pie. "Entonces es mejor que averigüe que está haciendo."

Las cadenas de Camille se sacudieron cuando intentó ponerse de rodillas. "Espera… pero dijiste que me liberarías."

Alec se dio la vuelta y la miró hacia abajo. "No lo hice. Dije que dejaría que la Calve te tuviera."

"Pero si me dejas aquí, nada impide que Lilith me encuentre primero." Lanzó su enmarañado cabello hacia atrás; líneas de tensión aparecieron en su rostro. "Alexander, por favor. Te lo ruego…"

"¿Quién es Will?" dijo Alec. Las palabras salieron abrupta e inesperadamente para su horror.

"¿Will?" Por un momento su rostro estuvo en blanco; luego se arrugó en una mirada de comprensión, e inmediata sorpresa. "Oíste mi conversación con Magnus."

"Algo." Alec exhaló cuidadosamente. "Will está muerto, ¿no? Quiero decir, Magnus dijo que fue hace mucho tiempo que lo conoció…"

"Sé lo que te está molestando, pequeño Cazador de Sombras." La voz de Camille se había vuelto suave y musical. Tras ella, a través de la ventana, Alec podía ver podía ver el distante parpadeo de las luces de un avión mientras volaba sobre la ciudad. "Al principio eras feliz. Pensabas en el momento, no en el futuro. Ahora te has dado cuenta. Envejecerás, y morirás algún día. Y Magnus no lo hará. Él continuará. No envejecerán juntos. Envejecerás por separado, en cambio."

Alec pensó en las personas en el avión, en lo alto del aire frío y congelado, mirando la ciudad como un campo de brillantes diamantes, muy abajo. Por supuesto, nunca había estado en un avión. Sólo estaba suponiendo cómo se sentiría: solitario, distante, desconectado del mundo. "No puedes saber eso," dijo él. "Que envejeceremos por separado."

Ella sonrió con lástima. "Eres hermoso ahora," dijo. "¿Pero lo serás en veinte años? ¿En cuarenta? ¿Cincuenta? ¿Amará tus ojos azules cuando se apaguen, tu suave piel cuando la edad corte profundos surcos en ella? ¿Tus manos cuando se arruguen y se debiliten, tu cabello cuando se vuelva blanco…?"

"Cállate." Alec oyó como se agrietaba su propia voz, y estaba avergonzado. "Sólo cállate. No quiero oírlo."

"No tiene que ser de esa forma." Camille se inclinó hacia él, sus ojos verdes luminosos."¿Qué pasaría si te dijera que no tienes que envejecer? ¿No tienes que morir?"

Alec sintió una ola de furia. "No estoy interesado en convertirme en vampiro. Ni siquiera te molestes en hacer la oferta. No si la única otra alternativa era la muerte."

Por el momento más breve, su rostro se retorció. Se había ido en un destello, cuando su control se reafirmó; esbozó una ligera sonrisa y dijo, "Esa no era mi sugerencia. ¿Qué pasaría si te dijera que hay otra forma? ¿Una forma para que ustedes dos estén juntos para siempre?"

Alec tragó. Su boca estaba tan seca como papel. "Cuéntame," dijo.

Camille levantó sus manos. Sus cadenas se sacudieron. "Corta éstas y libérame."

"No. Dime primero."

Ella sacudió la cabeza. "No haré eso." Su expresión era tan dura como mármol, así como su voz. "Dijiste que no tenía nada con lo que negociar. Pero lo tengo. Y no lo revelaré."

Alec dudó. En su cabeza escuchó la sueva voz de Magnus. Es una maestra de la insinuación y la manipulación. Siempre lo ha sido.

Pero Magnus, pensó. Nunca me dijiste. Nunca me advertiste que sería así, que despertaría un día y me daría cuenta de que iría a un lugar donde no podrás seguirme. Que esencialmente no somos lo mismo. No hay un 'hasta que la muerte nos separe' para esos que nunca mueren.

Dio un paso hacia Camille, y luego otro. Levantando su brazo derecho, bajó el cuchillo serafín, tan fuerte como pudo. Éste cortó a través del metal de sus cadenas; sus muñecas volaron separándose, aún en sus esposas pero libres. Ella levantó las manos, su expresión era de regodeo, triunfante.

"Alec," Isabelle habló desde la entrada; Alec giró y la vio de pie ahí, su látigo a su lado. Estaba manchada de sangre, también sus manos y su vestido de seda. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Nada, yo…" Alec sintió una ola de vergüenza y horror, casi sin pensar, dio un paso frente a Camille, casi como si pudiera esconderla de la vista de su hermana.

"Todos están muertos," sonó siniestra. "Los cultistas. Los matamos a todos. Ahora vamos. Tenemos que comenzar a buscar a Simon." Entrecerró los ojos hacia Alec. "¿Estás bien? Te ves realmente pálido."

"La liberé," espetó Alec. "No debería haberlo hecho. Es sólo que…"

"¿A quién liberaste?" Isabelle dio un paso dentro de la habitación. La luz ambiental de la ciudad destelló en su vestido, haciéndola brillar como un fantasma. "Alec, ¿qué tontería estás diciendo?"

Su expresión era vacía, confundida. Alec dio la vuelta, siguiendo su mirada, y vio… nada. La tubería aún estaba ahí, una larga cadena se encontraba junto a ésta, el polvo en el suelo sólo ligeramente alborotado. Pero Camille se había ido.

Clary apenas tuvo tiempo para levantar sus brazos antes de que el sabueso infernal chocara con ella, una bala de cañón de músculo, hueso y aliento caliente y apestoso. Sus pies salieron de debajo de ella, recordó a Jace diciéndole la mejor manera de caer, y cómo protegerse, pero el consejo voló de su mente y golpeó el suelo con sus codos, dolor

disparándose por ella cuando su piel se rompió. Un momento después el sabueso estaba sobre ella, sus garras aplastándole el pecho, su cola retorcida daba chasquidos mientras se movía de lado a lado en una grotesca imitación de un meneo. La punta de su cola estaba atravesada con salientes como uñas, como un mazo medieval, y un gruñido espeso salió de su cuerpo fornido, tan alto y fuerte que pudo sentir sus huesos vibrar.

"¡Mantenla allí! ¡Desgarra su garganta si intenta escapar!" Lilith chasqueó instrucciones, mientras el segundo sabueso infernal se abalanzaba sobre Jace; estaba luchando con él, rodando una y otra vez, un torbellino de dientes, brazos, piernas y la perversa cola azotando. Clary volvió la cabeza hacia otro lado dolorosamente, y vio a Lilith dar grandes zancadas hacia el ataúd de cristal y Simon, todavía tendido junto a él. En el interior del ataúd flotaba Sebastian, tan inmóvil como un cuerpo ahogado, el color lechoso del agua se había vuelto oscuro, probablemente con su sangre.

El sabueso apuntalándola al suelo gruñó cerca de su oído. El sonido envió una sacudida de miedo a través de ella, y junto con el miedo, ira. Ira hacia Lilith, y a sí misma. Era una Cazadora de Sombras. Una cosa era ser derribada por un demonio Rapiñador cuando nunca había oído hablar de los Nefilim. Tenía algo de entrenamiento ahora. Ella debía ser capaz de hacerlo mejor.

Cualquier cosa puede ser un arma. Le había dicho Jace en el parque. El peso del sabueso infernal era aplastante, ella hizo un ruido atragantándose y alargó la mano hacia su garganta, como si luchara por el aire. Él ladró y gruñó, desnudando sus dientes; los dedos de ella se cerraron en la cadena de del anillo Morgenstern alrededor de su cuello. Lo tiró, fuerte, y rompió la cadena, lo azotó hacia la cara del perro, cortando al sabueso brutalmente a través de los ojos. El sabueso se echó hacia atrás, aullando de dolor, y Clary rodó hacia un lado, arrastrándose de rodillas. Con los ojos sangrientos, el perro se agachó, listo para saltar. El collar se había caído de la mano de Clary, el anillo rodó, rebuscó la cadena mientras el perro saltaba…

Un brillante cuchillo dividió la noche, pasando por centímetros de la cara de Clary, cortando la cabeza del perro de su cuerpo. Éste dio un único grito y desapareció, dejando tras de sí una marca negra de quemadura sobre la piedra, y el hedor del demonio en el aire.

Manos bajaron, poniendo a Clary suavemente de pie. Era Jace. Había metido el ardiente cuchillo serafín a través de su cinturón, y la sostuvo con ambas manos, viéndola con una mirada extraña. Ella no podría haberla descrito, o incluso descifrarla: esperanza, conmoción, amor, añoranza, ira y todas las emociones mezcladas en su expresión. Su camisa estaba desgarrada en varios lugares, empapada con sangre; su chaqueta había desaparecido, su cabello rubio estaba enmarañado con sudor y sangre. Por un momento, simplemente se miraron fijamente el uno al otro, su agarre sobre las manos de ella dolorosamente apretado. Y luego, ambos hablaron a la vez:

"Eres tú…" comenzó ella.

"Clary." Todavía sosteniendo sus manos, la apartó de él, del círculo, hacia el camino que llevaba a los ascensores. "Vete," dijo entrecortadamente. "Fuera de aquí, Clary"

"Jace…"

Él tomó una temblorosa respiración. "Por favor," dijo, y luego la soltó, sacando el cuchillo serafín de su cinturón mientras se volvía hacia el círculo.

"Levántate," gruñó Lilith. "Levántate."

Una mano sacudió el hombro de Simon, enviando una ola de dolor a su cabeza. Había estado flotando en la oscuridad, abrió los ojos ahora y vio el cielo nocturno, las estrellas, y la cara blanca de Lilith que se cernía sobre él. Sus ojos habían desaparecido, sustituidos por negras serpientes que se deslizaban de un lugar a otro. El sobresalto al verla fue suficiente para impulsar a Simon a ponerse de pie.

En el momento en que estuvo en pie, vomitó y casi cayó de rodillas otra vez. Cerrando los ojos contra las náuseas, oyó a Lilith gruñendo su nombre, y luego su mano estaba en su brazo, guiándolo hacia adelante. La dejó hacerlo. Su boca estaba llena del nauseabundo y amargo sabor de la sangre de Sebastian; también se extendía por sus venas, poniéndolo enfermo, débil y tembloroso hasta los huesos. Su cabeza se sentía como si pesara mil kilos, y el mareo iba avanzando y retrocediendo en ondas.

De repente el frío agarre de Lilith en su brazo había desaparecido. Simon abrió los ojos y descubrió que estaba de pie sobre el ataúd de vidrio, tal como lo había estado antes. Sebastian flotaba en el líquido oscuro y lechoso, con la cara lisa, sin pulso en su cuello. Dos agujeros negros eran visibles en el lado de la garganta donde Simon lo había mordido.

Dale tu sangre. La voz de Lilith hizo eco, no en voz alta, sino dentro de su cabeza. *Hazlo ahora*.

Simon alzó la mirada vertiginosamente. Su visión se estaba empañando. Se esforzó para ver a Clary y a Jace través de la oscuridad que lo invadía.

Utiliza tus colmillos, dijo Lilith. *Desgarra tu muñeca. Dale a Jonathan tu sangre. Sánalo*.

Simon levantó la muñeca a la boca. *Sánalo*. Resucitar a alguien muerte era mucho más que curarlos, pensó. Tal vez la mano de Sebastian volvería a crecer. Tal vez era eso lo que

quería decir. Esperó a que sus colmillos salieran, pero no lo hicieron. Estaba demasiado enfermo para tener hambre, pensó, y lucho contra el loco impulso de reír.

"No puedo," dijo, medio jadeando. "No puedo…"

"¡Lilith!" la voz de Jace cortó a través de la noche; Lilith se volvió con un siseo de incredulidad. Simon bajó su muñeca lentamente, luchando por enfocar sus ojos. Se centró en el brillo delante de él, y convirtió en la llama de un cuchillo serafín en la mano izquierda de Jace. Simon pudo verlo claramente ahora, una inconfundible imagen pintada en la oscuridad. La chaqueta se había ido, estaba sucio, su camisa desgarrada y negra con sangre, pero sus ojos eran claros, firmes y centrados. Ya no parecía un zombi o alguien sonámbulo atrapado en un sueño terrible.

"¿Dónde está ella?" dijo Lilith, sus ojos de serpiente deslizándose en sus tallos "¿Dónde está la niña?"

Clary. La mirada empañada de Simon escaneó la oscuridad alrededor de Jace, pero ella no se veía en ninguna parte. Su visión empezó a clarear. Podía ver la sangre manchando el suelo de azulejos y trozos de satén despedazados y destrozados, atrapados en las ramas afiladas de un seto. Lo que parecían huellas de patas manchadas de sangre. Simon sintió que su pecho se apretaba. Miró rápidamente de nuevo a Jace. Jace se veía furioso, muy furioso de hecho, pero no destrozado en la forma en que Simon habría esperado que luciera si algo le hubiera pasado a Clary. Entonces, ¿dónde estaba?

"Ella no tiene nada que ver con esto," dijo Jace. "Dices que no puedo matarte, demonio. Yo digo que puedo. Vamos a ver cuál de los dos tiene razón."

Lilith se movió muy rápido, fue una imagen borrosa. En un momento estaba junto a Simon, al siguiente estaba en el escalón sobre Jace. Ella lo atacó con la mano, él se agachó, girando detrás de ella, azotando el cuchillo serafín a través de su hombro. Ella gritó, dando vueltas sobre, formándose un arco de sangre de su herida. Era de un color negro brillante, como ónix. Elevó las manos juntas como si intentara de romper la hoja entre ellas. Se golpearon la una a la otra con un sonido como un trueno, pero Jace ya se había ido, estaba a varios metros de distancia, la luz del cuchillo serafín bailando en el aire ante él como el guiño de un ojo burlón.

Si hubiera sido cualquier otro Cazador de Sombras, pensó Simon, ya habría estado muerto. Pero era Jace. Pensó en Camille diciendo: El hombre no puede enfrentarse con lo divino. Los Cazadores de Sombras eran humanos, a pesar de su sangre de ángel, y Lilith era más que un demonio.

El dolor se disparó a través Simon. Con sorpresa se dio cuenta de sus colmillos habían salido por fin, y que estaban cortando su labio inferior. El dolor y el sabor de la sangre lo despertaron aún más. Empezó a ponerse en pie, lentamente, con sus ojos en Lilith. Ella

ciertamente no parecía fijarse en él, o en lo que estaba haciendo. Sus ojos estaban fijos en Jace. Con otro rugido repentino saltó sobre él. Era como ver las polillas centelleando de aquí para allá, observando a los dos mientras luchaban de un lado a otro a través de la azotea. Incluso la visión de vampiro de Simon tenía problemas siguiéndolos a medida que avanzaban, saltando por encima de los setos, lanzándose por las pasarelas. Lilith hizo retroceder a Jace contra la pared baja que rodeaba un reloj de sol, los números en su superficie resaltaban en oro brillante. Jace se movía tan rápido que casi se desdibujaba, la luz de Michael azotando alrededor de Lilith como si estuviera siendo envuelta en una red de filamentos brillantes. Cualquier otra persona habría sido cortada en cintas en cuestión de segundos. Pero Lilith se movía como agua oscura, como el humo. Parecía desvanecerse y reaparecer a voluntad, y aunque Jace era bueno y no se cansaba, Simon podía sentir su frustración.

Finalmente sucedió. Jace osciló el cuchillo serafín violentamente hacia Lilith—y ella lo atrapó en el aire, envolviendo su mano alrededor de la hoja. Su mano estaba chorreando sangre negra cuando tiró la hoja hacia ella. Las gotas, cuando golpeaban el suelo, se convertían en pequeñas serpientes de obsidiana que se meneaban en la maleza.

Tomando el cuchillo con ambas manos, ella lo levantó. La sangre estaba corriendo por las muñecas y los pálidos antebrazos como rayas de alquitrán. Con una sonrisa, gruñendo rompió la hoja por la mitad; una mitad se desmenuzó en un polvo brillante en sus manos, mientras que la otra—la empuñadura y el extremo dentado del cuchillo—chisporroteó misteriosamente, una llama media ahogada por la ceniza.

Lilith sonrió. "Pobre pequeño Michael," dijo. "Siempre fue débil."

Jace estaba jadeando, sus manos apretadas a los costados, su cabello pegado a la frente con sudor. "Tú y tu lanzamiento de nombres," dijo. 'Conocí a Michael.' 'Conocí a Sammael.' 'El ángel Gabriel hizo mi cabello.' Es como si estuviera con la banda de figuras bíblicas."

Este era Jace siendo valiente, pensó Simon, valiente y sarcástico porque pensaba que Lilith iba a matarlo, y esa era la forma en que quería ir, sin miedo y de pie. Como un guerrero. Los Cazadores de Sombras así lo hacían. Su canción de muerte siempre sería así—chistes y sarcasmo y fingir arrogancia, y esa mirada en sus ojos que decía: Yo soy mejor que tú. Simon simplemente no se había dado cuenta antes.

"Lilith," Jace continuó, arreglándoselas para hacer que la palabra sonara como una maldición. "Te he estudiado. En la escuela. Cielo te maldijo con la esterilidad. Un millar de bebés, y todos ellos murieron. ¿No es el caso?"

Lilith sostuvo su espada brillando misteriosamente, su rostro impasible. "Sé cuidadoso, pequeño Cazador de Sombras."

"¿O qué? ¿O me vas a matar?" Sangre estaba goteando por el rostro de Jace del corte en su mejilla; no hizo ningún movimiento para limpiarla. "Adelante."

No. Simon intentó dar un paso; sus rodillas se doblaron, y cayó, golpeando sus manos en el suelo. Respiró hondo. No necesitaba el oxígeno, pero ayudaba de alguna forma, estabilizándolo. Levantó la mano y agarró el borde del pedestal de piedra, utilizándolo para ponerse de pie. La parte posterior de su cabeza estaba martillando. No había manera de que hubiera tiempo suficiente. Todo lo que Lilith tenía que hacer era dirigir hacia adelante la hoja dentada que sostenía…

Pero no lo hizo. Observando a Jace, no se movió, y de pronto sus ojos centellaron, su boca relajándose. "No me puedes matarme," dijo él, alzando la voz. "Lo que dijiste antes… soy el contrapeso. Soy la única cosa atándolo," —extendió un brazo, indicando el ataúd de vidrio de Sebastian— "a este mundo. Si muero, él muere. ¿No es cierto?" Dio un paso atrás. "Podría saltar de este techo ahora mismo," dijo. "Suicidarme. Ponerle fin a esto."

Por primera vez Lilith parecía realmente agitada. Su cabeza se movía rápidamente de lado a lado, sus ojos de serpiente temblando, como si estuvieran buscando el viento. "¿Dónde está ella? ¿Dónde está la chica?"

Jace se limpió la sangre y el sudor de su frente y le sonrió; su labio ya estaba partido, y sangre corría por su barbilla. "Olvídalo. La mandé de vuelta a la planta baja mientras no estabas prestando atención. Se ha ido… segura de ti."

Lilith gruñó. "Mientes."

Jace dio otro paso atrás. Unos pasos más lo llevarían a la pared baja, el borde del edificio. Jace podría sobrevivir a mucho, Simon lo sabía, pero una caída desde un edificio de cuarenta pisos, podría ser demasiado, incluso para él.

"Olvidas," dijo Lilith. "Yo estaba allí, Cazador de Sombras. Te vi caer y morir. Vi a Valentine llorar sobre tu cuerpo. Y entonces vi como el Ángel le preguntó a Clarissa lo que deseaba de él, lo que quería en el mundo más que cualquier otra cosa, y ella dijo que tú. Pensando que podrías ser la única persona en el mundo que podría tener su amado muerto de vuelta, y que no habría consecuencias. Eso es lo que pensaban, ¿no es así, los dos? Tontos." Lilith escupió. "Se, cualquiera aman el uno al otro— cualquiera puede verlo, mirándote a ti—esa clase de amor que puede quemar completamente el mundo o elevarlo en la gloria. No, ella nunca se alejaría de tu lado. No mientras pensara que estabas en peligro." Su cabeza se echó hacia atrás, su mano salió disparada, dedos curvados como garras. "Ahí."

Hubo un grito, y uno de los setos pareció desgarrarse, revelando a Clary, que había estado agazapada escondiéndose, en medio de éste. Dando patadas y arañazos, fue arrastrada hacia

delante, sus uñas raspando el suelo, asiendo en vano algo que pudiera agarrar. Sus manos dejaron un rastro de sangre en los azulejos.

"¡No!" comenzó Jace a avanzar, luego se congeló cuando Clary fue azotada por el aire, donde flotó, colgando en frente de Lilith.

Estaba descalza, su vestido de satén— ahora tan desgarrado y sucio que parecía rojo y negro n vez de dorado—giraba a su alrededor, una de los tirantes estaba roto y colgando. Su cabello se había salido completamente de sus peines destellantes y se derramaba sobre sus hombros. Sus ojos verdes estaban fijos en Lilith con odio.

"Tú, perra," dijo.

El rostro de Jace era una máscara de horror. Realmente lo había creído cuando había dicho que Clary se había ido, notó Simon. Había pensado que estaba a salvo. Pero Lilith había tenido razón. Y se estaba regodeando ahora, las serpientes de sus ojos bailaban mientras movía sus manos como un titiritero, y Clary giraba y jadeaba en el aire. Lilith chasqueó los dedos, y lo que parecía ser la amarra de un látigo de plata bajó a través del cuerpo de Clary, abriendo su vestido al cortarlo, y la piel bajo éste. Ella gritó y se aferró a la herida, y su sangre goteó sobre los azulejos como lluvia escarlata.

"Clary." Jace se volvió hacia Lilith. "Muy bien," dijo. Estaba pálido ahora, su valentía se había ido, y sus manos, apretadas en puños, estaban blancas en los nudillos. "Muy bien. Déjala ir, y haré lo que quieras, también Simon. Te permitiremos…"

"¿Permitirme?" De alguna manera las facciones del rostro de Lilith se habían reorganizado. Las serpientes se retorcieron en las cuencas de sus ojos, su piel blanca estaba demasiado estirada y brillante, su boca demasiado ancha. Su nariz casi había desaparecido. "No tienes elección. Y más al punto, me han molestado. Todos ustedes. Tal vez si simplemente hubieran hecho lo que había ordenando, la habría dejado ir. Pero nunca lo sabrás ahora, ¿no?"

Simon soltó el pedestal de piedra, se inclinó y se estabilizó. Entonces comenzó a caminar. Poniendo un pie en el suelo, uno tras otro, se sentían como enormes y pesadas bolsas de arena húmeda y por el lado de un precipicio. Cada vez que su pie golpeaba el suelo, enviaba una punzada de dolor a través de su cuerpo. Se concentró en seguir adelante, un paso a la vez.

"Tal vez no puedo matarte," le dijo Lilith a Jace. "Pero puedo torturarla más allá de su punto de resistencia, torturarla hasta la locura, y hacerte observar. Hay cosas peores que la muerte, Cazador de las Sombras."

Ella chasqueó los dedos otra vez, y el látigo de plata bajó, cortando a través del hombro de Clary, abriendo un ancho tajo. Clary se dobló, pero no grito, tapándose la boca con las manos, se curvó como si pudiera protegerse de Lilith.

Jace comenzó a lanzarse hacia Lilith… y vio a Simon. Sus miradas se encontraron. Por un momento el mundo pareció colgar en suspensión, todo, no sólo Clary. Simon vio a Lilith, toda su atención concentrada en Clary, su mano echada hacia atrás, lista para lanzar un golpe aún más atroz. El rostro de Jace estaba blanco de angustia, sus ojos oscureciéndose mientras se encontraban con los de Simon—y se daba cuenta—y entendía.

Jace dio un paso atrás.

El mundo se volvió borroso alrededor de Simon. Mientras saltaba hacia adelante, se dio cuenta de dos cosas. Uno, que era imposible, nunca alcanzaría a Lilith a tiempo; su mano ya estaba azotando hacia delante, el aire frente a ella vivo con el remolino plateado. Y dos, que nunca antes había entendido cuan rápido se podía mover un vampiro. Sintió los músculos de sus piernas y espalda rasgarse, los huesos de los pies y los tobillos crujir—

Y estaba allí, deslizándose entre Lilith y Clary mientras la mano del demonio bajaba. El de plata cable largo y afilado lo golpeó en el rostro y el pecho— hubo un momento de terrible dolor— y luego vio el aire pareció explotar a su alrededor como confeti brillante, y Simon escuchó el grito de Clary, un claro sonido de sobresalto y asombro que cortó a través de la oscuridad. "¡Simon!"

Lilith se congeló. Miró de Simon, a Clary, todavía colgando en el aire, y luego hacia abajo a su propia mano, vacía ahora. Respiró larga e irregularmente.

"Siete Veces," susurró—y fue interrumpida abruptamente mientras una incandescencia cegadora iluminaba la noche. Aturdido, todo en lo que Simon pudo pensar fue en hormigas quemándose bajo el haz concentrado de una lupa mientras un gran rayo de fuego caía del cielo, lanzándose a través de Lilith. Por un largo momento ella se quemó en blanco contra la oscuridad, atrapada dentro de la llama cegadora, su boca abierta como un túnel en un grito silencioso. Su cabello estaba levantado, una masa de filamentos quemándose contra la oscuridad— y entonces era de oro blanco, golpeada ligeramente contra el aire— y entonces fue de sal, un millar de gránulos cristalinos de sal que cayeron a los pies de Simon con un tipo terrible de belleza.

Y entonces ella se había ido.

19

El infierno está satisfecho

El inimaginable brillo impreso en el interior de los párpados de Clary se desvaneció en la oscuridad. Una oscuridad sorprendentemente larga que dio paso lentamente a una intermitente luz grisácea, manchada con sombras. Había algo duro y frío presionando en su espalda, y todo su cuerpo le dolía. Escuchó voces murmurando por encima de ella, lo que envió una punzada de dolor a través de su cabeza. Alguien le tocó gentilmente la garganta, y la mano se retiró. Ella respiró hondo.

Todo su cuerpo estaba palpitando. Abrió un poco sus ojos, y miró a su alrededor, tratando de no moverse mucho. Estaba acostada en las duras baldosas del jardín de la azotea, uno de los adoquines clavándose en su espalda. Había caído al suelo cuando Lilith se desvaneció, y estaba cubierta de cortes y moretones, no tenía sus zapatos, sus rodillas estaban sangrando, y su vestido estaba desgarrado donde Lilith le había cortado con el látigo mágico, la sangre brotaba a través de la rasgadura de su vestido de seda.

Simon estaba de rodillas sobre ella, con su rostro ansioso. La Marca de Caín todavía relucía blancamente en su frente. “Su pulso es estable,” estaba diciendo, “pero vamos. Se supone que tienen todas esas runas de curación. Debe haber algo que puedas hacer por ella…”

“No sin una estela. Lilith me hizo arrojar la de Clary para que cuando despertara no pudiera sacármela.” La voz era de Jace, baja y tensa con una angustia suprimida. Se arrodilló frente a Simon, al otro lado de ella, con su rostro en la sombra. “¿Puedes cargarla al piso de abajo? Si pudiéramos llevarla al instituto…”

“¿Quieres que yo la cargue?” Simon sonaba sorprendido; Clary no lo culpaba.

“Dudo que quiera que la toque.” Jace se levantó, como si no pudiera soportar permanecer en un lugar. “Si pudieras…”

Su voz se quebró, y se dio la vuelta, mirando el lugar donde Lilith había estado hasta hace un momento, una desnuda zona de piedra ahora plateada por las moléculas de sal dispersadas. Clary oyó a Simon suspirar—un sonido deliberado—y se inclinó sobre ella, con las manos de él en sus brazos.

Abrió sus ojos durante el proceso, y sus miradas se encontraron. Aunque sabía que él se había dado cuenta de que estaba consciente, ninguno de los dos dijo nada. Era difícil para ella mirarlo, mirar ese rostro familiar con la marca que le había dado ardiendo como una estrella blanca sobre sus ojos.

Ella había sabido, dándole la Marca de Caín, que estaba haciendo algo enorme, algo espantoso y colosal cuyo resultado era casi totalmente impredecible. Lo hubiera hecho de nuevo, para salvar su vida. Pero sin embargo, mientras él había estado ahí, con la Marca ardiendo como un relámpago blanco mientras Lilith—un Gran Demonio tan antiguo como la humanidad misma—se carbonizaba hasta convertirse en sal, había pensado, ¿Qué he hecho?

"Estoy bien," dijo ella. Se alzó sobre sus codos; le dolían horriblemente. En algún momento había aterrizado en ellos y se raspó toda la piel. "Puedo caminar bien."

Al sonido de su voz, Jace se volteó. La vista de él le golpeó. Estaba terriblemente magullado y sangriento, un largo rasguño extendiéndose a lo largo de su mejilla, su labio inferior hinchado, y una docena de sangrantes rasgaduras en su ropa. No estaba acostumbrada a verlo tan estropeado—pero por supuesto, si no tenía una estela para sanarla, tampoco tenía una para sanarse a sí mismo.

Su expresión estaba absolutamente en blanco. Incluso Clary, acostumbrada a leer su rostro como si estuviera leyendo las páginas de un libro, no podía descifrar nada en él. Su mirada cayó en la garganta de ella, donde todavía podía sentir el dolor punzante y la sangre formando costras donde su cuchillo la había cortado. La nada de su expresión se quebró, y apartó su mirada a otro lado antes de que ella pudiera ver su rostro cambiar.

Rechazando el ofrecimiento de una mano de ayuda de parte de Simon, trató de ponerse en pie. Un dolor agudo se disparó a través de su tobillo, y gritó, luego se mordió el labio. Los Cazadores de Sombras no gritaban de dolor. Lo soportaban estoicamente, se recordó a sí misma. No lloriqueando.

"Es mi tobillo," dijo. "Creo que podría ser un esguince, o está roto."

Jace miró a Simon. "Cárgala," dijo. "Como te dije."

Esta vez Simon no esperó la respuesta de Clary; deslizó un brazo debajo de sus rodillas y el otro debajo de sus hombros y la levantó; ella colocó sus brazos alrededor de su cuello y se agarró con fuerza. Jace se dirigió hacia la cúpula y a las puertas que conducían al interior. Simon lo siguió, cargando a Clary tan cuidadosamente como si fuera de porcelana frágil. Clary casi había olvidado lo fuerte que era, ahora que era un vampiro. Ya no olía a sí mismo, pensó ella, con un poco de nostalgia—ese olor de Simon a jabón, loción barata para después del afeitado (que en realidad no necesitaba) y a su chicle favorito de canela. Su cabello todavía olía a su champú, pero de lo contrario, parecía no tener olor, y su piel donde

lo tocaba estaba fría. Ella apretó sus brazos alrededor de su cuello, deseando que tuviera algo de calor corporal. Las puntas de sus dedos parecían azuladas, y su cuerpo se sentía entumecido.

Jace, delante de ellos, abrió las puertas dobles de cristal con su hombro. Luego estaban en el interior, donde afortunadamente estaba un poco más caliente. Era extraño, pensó Clary, ser sostenida por alguien cuyo pecho no subía ni bajaba cuando respiraba. Una extraña electricidad todavía parecía adherirse a Simon, un residuo de la luz brutalmente brillante que había envuelto la azotea cuando Lilith fue destruida. Quería preguntarle cómo se sentía, pero el silencio de Jace era tan devastadoramente absoluto que sintió miedo de romperlo.

Buscó el botón de llamada del ascensor, pero antes de que su dedo lo tocara, las puertas se abrieron de forma espontánea, e Isabelle parecía a punto de estallar a través de ellas, con su látigo de oro plateado detrás de ella como la cola de un cometa. Alec la siguió, firme en sus talones; viendo a Jace, Clary y a Simon ahí, Isabelle se detuvo con un patinazo, Alec estuvo cerca de estrellarse contra ella. Bajo otras circunstancias, casi habría sido gracioso.

"Pero…" jadeó Isabelle. Estaba golpeada y ensangrentada, su hermoso vestido rojo desgarrado en jirones alrededor de las rodillas, su cabello negro había caído de su recogido, con los mechones enmarañados por la sangre. Alec lucía como si le hubiera ido un poco mejor; una manga de su chaqueta estaba cortada por un lado, aunque no se veía como si la piel por debajo hubiera sido lastimada. "¿Qué están haciendo aquí?"

Jace, Clary, y Simon la miraron sin comprender, demasiado sorprendidos para responder. Al fin, Jace dijo secamente: "Podríamos hacerte la misma pregunta."

"Yo no… Pensamos que Clary y tú estaban en la fiesta," dijo Isabelle. Clary raramente había visto a Isabelle tan poco serena. "Estábamos buscando a Simon."

Clary sintió el pecho de Simon levantarse, una especie de jadeo humano de sorpresa, como un reflejo. "¿Lo hacían?"

Isabelle se ruborizó. "Yo…"

"¿Jace?" Era Alec, su tono dominante. Le había dado a Clary y a Simon una mirada de asombro, pero luego su atención se dirigió, como siempre, hacia Jace. Podía ya no estar enamorado de Jace, si alguna vez realmente lo estuvo, pero todavía eran parabatai, y Jace siempre estaba primero en su mente en cualquier batalla. "¿Qué están haciendo aquí? Y por el Ángel, ¿qué te pasó?"

Jace miró a Alec, casi como si no lo conociera. Se veía como alguien en una pesadilla, examinando un nuevo paisaje, no porque fuera sorprendente ni espectacular sino para prepararse para los horrores que podría revelar. "Estela," dijo finalmente, con una voz quebrada. "¿Tienes tu estela?"

Alec alcanzó su cinturón, viéndose desconcertado. "Por supuesto." Le tendió la estela a Jace. "Si necesitas una iratze…"

"No para mí," dijo Jace, todavía en la misma extraña y quebrada voz. "Ella." Señaló a Clary. "La necesita más que yo." Sus ojos se encontraron con los de Alec, dorado y azul. "Por favor, Alec," dijo, la dureza desapareció de su voz tan repentinamente como había llegado. "Ayúdala por mí."

Dio la vuelta y se alejó, hacia el otro lado de la habitación, donde estaban las puertas de vidrio. Se quedó mirando a través de ellas—hacia el jardín de afuera o a su propio reflejo, Clary no podría decirlo.

Alec miró hacia Jace por un momento, luego se acercó a Clary y a Simon, con la estela en mano. Le indicó a Simon que debía poner a Clary en el piso, lo que hizo delicadamente, dejándola descansar su espalda contra la pared. Dio un paso atrás cuando Alec se arrodilló sobre ella. Ella podía ver la confusión en el rostro de Alec, y su mirada de sorpresa cuando vio cuán grave eran los cortes de su brazo y abdomen. "¿Quién te hizo esto?"

"Yo…" Clary miró hacia Jace sin poder hacer nada, quien todavía tenía su espalda hacia ellos. Podía ver su reflejo en las puertas de vidrio, su cara era una mancha blanca, oscurecida aquí y allá con moretones. El frente de su camisa estaba oscuro con sangre. "Es difícil de explicar."

"¿Por qué no nos llamaste?" Exigió Isabelle, su voz aguda con traición. "¿Por qué no nos dijiste que ibas a venir aquí? ¿Por qué no enviaste un mensaje de fuego, o cualquier cosa? Sabes que habríamos venido si nos necesitabas."

"No hubo tiempo," dijo Simon. "Y no sabía que Clary y Jace iban a estar aquí. Pensé que era el único. No parecía correcto arrastrarte a mis problemas."

"¿A-arrastrarme a tus problemas?" farfulló Isabelle. "Tú…" empezó, y luego para sorpresa de todos, claramente incluyéndose a ella misma, se arrojó a Simon, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello. Él se tambaleó hacia atrás, no estaba preparado para el asalto, pero se recuperó lo suficientemente rápido. Sus brazos se colocaron alrededor de ella, casi enganchándose con el látigo colgante, y la abrazó con fuerza, el cabello oscuro de ella justo debajo de su barbilla. Clary no podía distinguirlo—Isabelle estaba hablando demasiado suave—pero sonaba como si estuviera maldiciendo a Simon en voz baja.

Las cejas de Alec se arquearon, pero no hizo ningún comentario mientras se inclinaba sobre Clary, bloqueando su vista de Simon e Isabelle. La tocó con la estela, y ella saltó por la punzada de dolor. "Sé que duele," dijo él en voz baja. "Creo que te golpeaste la cabeza, Magnus debería revisarte. ¿Qué hay de Jace? ¿Qué tan mal está?"

"No sé." Clary sacudió su cabeza. "No deja que me acerque a él."

Alec puso su mano debajo de la barbilla de ella, moviendo su cabeza de un lado a otro, y dibujó una segunda iratze a un lado de su garganta, justo debajo de la línea de la mandíbula. "¿Qué hizo él que cree que es tan horrible?"

Ella movió sus ojos hacia él. "¿Qué te hace pensar que hizo algo?"

Alec soltó su barbilla. "Porque lo conozco. Y la manera en que se castiga a sí mismo. No dejar que te acerques lo está castigando a él, no castigándote a ti."

"No me quiere cerca," dijo Clary, escuchando la rebeldía en su propia voz y odiándose por ser quisquillosa.

"Eres todo lo que él quiere," dijo Alec en un tono sorprendentemente suave, y se sentó sobre sus talones, apartando el largo cabello oscuro de sus ojos. Había algo diferente en él en estos días, pensó Clary, una seguridad en sí mismo que no había tenido cuando lo conoció por primera vez, algo que le permitía ser generoso con otros como nunca había sido generoso consigo mismo. "De todas maneras, ¿cómo terminaron los dos aquí? Ni siquiera nos dimos cuenta que se fueron de la fiesta con Simon…"

"No lo hicieron," dijo Simon. Isabelle y él se habían desprendido, pero aún estaban cerca el uno del otro, juntos. "Vine aquí solo. Bueno, no exactamente solo. Fui convocado."

Clary asintió. "Es verdad. No nos fuimos de la fiesta con él. Cuando Jace me trajo, no tenía ni idea de que Simon también iba a estar aquí."

"¿Jace te trajo aquí?" Dijo Isabelle, atónita. "Jace, si sabías acerca de Lilith y la Iglesia de Talto, debiste haber dicho algo."

Jace todavía estaba mirando a través de las puertas. "Supongo que se me escapó de la mente," dijo con voz apagada.

Clary sacudió su cabeza mientras Alec e Isabelle miraban de su hermano adoptivo a ella, como en busca de una explicación por su comportamiento. "En realidad no era Jace," dijo ella finalmente. "Él estaba… siendo controlado. Por Lilith."

"¿Posesión?" Los ojos de Isabelle se redondearon en sorprendidas O. Su mano se tensó sobre su látigo como acto reflejo.

Jace se apartó de las puertas. Levantó lentamente la mano y se abrió la destrozada camisa para que pudieran ver la fea runa de posesión, y el corte sangriento que la atravesaba. "Esa," dijo, todavía en el mismo tono apagado, "es la marca de Lilith. Así es como me controlaba."

Alec sacudió su cabeza; se veía profundamente alterado. "Jace, normalmente la única manera de cortar una conexión demoníaca como esa es matar al demonio que está haciendo el control. Lilith es uno de los demonios más poderosos que jamás…"

"Está muerta," dijo Clary abruptamente. "Simon la mató. O supongo que se podría decir que la Marca de Caín la mató."

Todos miraron a Simon. "¿Y qué hay de ustedes dos? ¿Cómo terminaron aquí?" preguntó él, en tono defensivo.

"Te buscábamos," dijo Isabelle. "Encontramos esa tarjeta que Lilith debe haberte dado. En tu departamento. Jordan nos dejó entrar. Él está con Maia, abajo." Se estremeció. "Las cosas que Lilith ha estado haciendo—no lo creerían—es tan horrible…"

Alec levantó sus manos. "Cálmense todos. Nosotros explicaremos lo que nos pasó, y luego Simon, Clary, ustedes explicarán los que les pasó al final."

La explicación tomó menos tiempo del que Clary pensó que tomaría, con Isabelle haciendo gran parte de la conversación con grandes y dramáticos gestos de manos que amenazaban, en algunas ocasiones, con cortar una de las extremidades desprotegidas de sus amigos con el látigo. Alec aprovechó la oportunidad para salir a la azotea y enviar un mensaje a la Clave diciéndoles dónde estaban y pidiéndoles apoyo. Jace se hizo a un lado para dejarlo salir sin decir palabra, y otra vez cuando volvió a entrar. Tampoco habló durante la explicación de Simon y Clary sobre lo que había pasado en la azotea, ni siquiera cuando llegaron a la parte donde Raziel había resucitado a Jace de la muerte en Idris. Fue Izzy quien finalmente interrumpió, cuando Clary empezó a explicar sobre Lilith siendo la "madre" de Sebastian y manteniendo su cuerpo encerrado en cristal.

"¿Sebastian?" Isabelle golpeó su látigo contra el suelo con la fuerza suficiente como para abrir una grieta en el mármol. "¿Sebastián está allá afuera? ¿Y no está muerto?" Se volteó para mirar a Jace, quien estaba apoyado en las puertas de vidrio, con los brazos cruzados, inexpresivo. "Lo vi morir. Vi a Jace cortar su columna vertebral a la mitad, y lo vi caer en el río. ¿Y ahora me dicen que está vivo allá afuera?"

"No," Simon se apresuró para tranquilizarla. "Su cuerpo está ahí, pero no está vivo. Lilith no llegó a completar la ceremonia." Simon puso una mano en su hombro, pero ella se la quitó. Se había puesto de un color blanco mortecino.

"'No realmente vivo' no es lo suficientemente muerto para mí," dijo ella. "Voy a ir ahí y lo voy a cortar en miles de pedazos." Se dio la vuelta hacia las puertas.

"¡Iz!" Simon puso una mano en su hombro. "Izzy. No."

"¿No?" Ella lo miró incrédula. "Dame una buena razón por la que no debería cortarlo en pedacitos de confeti a ese bastardo sin valor."

Los ojos de Simon se movieron rápidamente por la habitación, descansando por un momento sobre Jace, como si esperara que interviniera o añadiera un comentario. No lo hizo, ni siquiera se movió. Finalmente, Simon dijo: "Mira, entiendes sobre el ritual, ¿verdad? Debido a que Jace fue regresado de la muerte, eso le dio a Lilith el poder de resucitar a Sebastian. Y para hacer eso, necesitaba a Jace ahí y vivo, como… ¿Cómo lo llamó?"

"Un contrapeso," dijo Clary.

"Esa marca que Jace tiene en su pecho. La marca de Lilith." En un gesto aparentemente inconsciente, Simon se tocó su propio pecho, justo encima de su corazón. "Sebastian también la tiene. Las vi brillar al mismo tiempo cuando Jace entró en el círculo."

Isabelle, con el látigo retorciéndose a su lado, sus dientes mordiendo el labio inferior de color rojo, dijo con impaciencia: "¿Y?"

"Creo que estaba haciendo un vínculo entre ellos," dijo Simon. "Si Jace moría, Sebastian no podía vivir. Así que si cortas a Sebastian en pedazos…"

"Podría herir a Jace," dijo Clary, las palabras se le escaparon al darse cuenta. "Oh, Dios mío. Oh, Izzy, no puedes hacerlo."

"¿Entonces simplemente lo vamos a dejar vivir?" Isabelle sonaba incrédula.

"Córtalo en pedazos si quieres," dijo Jace. "Tienes mi permiso."

"Cállate," dijo Alec. "Deja de actuar como si tu vida no importara. Iz, ¿no estabas escuchando? Sebastian no está vivo."

"Tampoco está muerto. No está lo suficientemente muerto."

"Necesitamos a la Clave," dijo Alec. "Tenemos que llevarlo a los Hermanos Silenciosos. Ellos pueden cortar su conexión con Jace, y luego obtendrás toda la sangre que quieras, Iz. Es el hijo de Valentine. Y es un asesino. Todos perdieron a alguien en la batalla de Alicante, o conocen a alguien que lo haya hecho. ¿Crees que serán amables con él? Lo van a separar en partes lentamente mientras siga viviendo."

Isabelle miró a su hermano. Sus ojos se llenaron de lágrimas muy lentamente, derramándose por sus mejillas, surcando la suciedad y la sangre en su piel. "Lo odio," dijo ella. "Odio cuando tienes razón."

Alec atrajo a su hermana y besó la parte superior de su cabeza. "Sé que lo odias."

Ella apretó brevemente la mano de su hermano y luego se apartó. "Bien," dijo. "No tocaré a Sebastian. Pero no puedo soportar estar tan cerca de él." Echó una mirada hacia las puertas de vidrio, donde Jace seguía parado. "Vayamos abajo. Podemos esperar por la Clave en el vestíbulo. Y tenemos que ir por Maia y Jordan; probablemente se estén preguntando a dónde fuimos."

Simon se aclaró la garganta. "Alguien debería quedarse aquí arriba para mantener un ojo en… en las cosas. Yo lo haré."

"No." Era Jace. "Ve abajo. Yo me quedaré. Todo esto es mi culpa. Debí haberme asegurado de que Sebastian estuviera muerto cuando tuve la oportunidad. Y en cuanto al resto…"

Su voz se apagó. Pero Clary lo recordó tocándole la cara en un oscuro pasillo del Instituto, lo recordó susurrando: *Mea culpa, mea maxima culpa*[45].

Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Se volteó para ver a los demás; Isabelle había apretado el botón de llamada, el cual estaba encendido. Clary podía oír el distante zumbido del ascensor al subir. Isabelle arrugó la frente. "Alec, tal vez deberías quedarte aquí arriba con Jace."

"No necesito ayuda," dijo Jace. "No hay nada que controlar. Estaré bien."

Isabelle levantó sus manos cuando el ascensor llegó haciendo un sonido metálico. "Bien. Tú ganas. Ponte de mal humor aquí solo si quieres." Entró en el ascensor, con Simon y Alec apiñándose detrás de ella. Clary fue la última en seguirlos, volteándose para ver a Jace mientras caminaba. Había regresado la mirada hacia las puertas, pero podía ver su reflejo en ellas. Su boca estaba comprimida en una línea pálida, sus ojos estaban oscuros.

Jace, pensó ella, mientras las puertas del ascensor se empezaban a cerrar. Quería que se volteara, que la mirara. No lo hizo, pero de repente sintió unas fuertes manos en sus hombros, empujándola hacia adelante. Escuchó a Isabelle decir: "Alec, ¿Qué diablos estás…?" cuando tropezó a través de las puertas del ascensor y se enderezó, volteándose para mirar. Las puertas se estaban cerrando por detrás, pero a través de ellas podía ver a Alec. Le dio una triste y pequeña media sonrisa y un encogimiento de hombros, como si dijera: ¿Qué más se suponía que debía hacer? Clary dio un paso hacia delante, pero era demasiado tarde; las puertas del ascensor se habían cerrado.

Estaba sola la habitación con Jace.

[45] El *mea culpa* es una expresión en latín que forma parte de una oración tradicional de la liturgia de la misa católica, el Confiteor, que en español se lo conoce como "Yo confieso" o "Yo pecador". Al rezar esta oración, la persona golpea su pecho tres veces, como un gesto de dolor y arrepentimiento.

La habitación estaba llena de cuerpos muertos—figuras estropeadas en chándales grises con capucha, arrojadas, destrozadas o desplomadas contra la pared. Maia estaba junto a la ventana, respirando con dificultad, mirando de un lado a otro la escena delante de ella con incredulidad. Había formado parte de la batalla en Brocelind, en Idris, y había pensado que esa sería la peor cosa que vería en su vida. Pero de alguna manera, esto era peor. La sangre que corría de los miembros muertos de la secta no era icor de demonio; era sangre humana. Y los bebés—silenciosos y muertos en sus cunas, con sus pequeñas manos con garras colocadas una sobre la otra, como muñecos…

Miró sus propias manos. Sus garras todavía estaban afuera, manchadas con sangre de la punta a la raíz; las retrajo, y la sangre le corrió por las palmas, manchando sus muñecas. Sus pies estaban descalzos y ensangrentados, y había un largo arañazo a lo largo de su hombro desnudo aún brotando de rojo, aunque ya había empezado a sanar. A pesar de la curación rápida que te proporcionaba la licantropía, sabía que mañana se iba a levantar cubierta de moretones. Cuando eres un hombre lobo, los moretones raramente duraban más de un día. Recordaba cuando había sido humana, y su hermano, Daniel, se había convertido en un experto en pellizcarla con fuerza en lugares donde los moretones no se mostrarían.

"Maia." Jordan entró por una de las puertas sin terminar, esquivando un conjunto de cables colgantes. Se enderezó y se acercó a ella, abriéndose camino entre los cuerpos. "¿Estás bien?"

La mirada de preocupación en su rostro formó un nudo en su estómago.

"¿Dónde están Isabelle y Alec?"

Él sacudió la cabeza. Había sufrido daños mucho menos visibles que ella. Su chaqueta de grueso cuero lo había protegido, como también sus pantalones vaqueros y botas. Había un largo rasguño a lo largo de su mejilla, sangre seca en su cabello castaño claro y manchando la hoja del cuchillo que sostenía. "He buscado en todo el piso. No los he visto. Hay un par de cuerpos en las otras habitaciones. Tal vez hayan…"

La noche se encendió como un cuchillo serafín. Las ventanas se pusieron blancas, y una luz brillante ardió a través de la habitación. Por un momento, Maia pensó que el mundo se había prendido fuego, y Jordan, moviéndose hacia ella a través de la luz, pareció casi desaparecer, blanco sobre blanco, en un campo de plata brillante. Se escuchó a sí misma gritar, y se movió ciegamente hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la ventana de vidrio. Levantó las manos para cubrir sus ojos…

Y la luz se había ido. Maia bajó sus manos, el mundo balanceándose alrededor de ella. Tanteó a ciegas, y Jordan estaba ahí. Puso sus brazos alrededor de él—los lanzó a su

alrededor, como solía hacerlo cuando iba a recogerla a su casa, y él la mecía en sus brazos, girando los rizos de su cabello a través de sus dedos.

En ese entonces, había sido más pequeño, de hombros estrechos. Ahora los músculos rodeaban sus huesos, y abrazarlo era como abrazar algo absolutamente sólido, una columna de granito en medio de una tormenta de arena en el desierto. Ella se aferró a él, y oyó el sonido de su corazón debajo de su oído mientras las manos de él acariciaban su cabello, una caricia torpe y suave a la vez, consoladora y… familiar. "Maia… todo está bien…"

Ella levantó la cabeza y presionó su boca con la de él. Él había cambiado de muchas maneras, pero la sensación de besarlo era la misma, su boca tan suave como siempre. Se puso rígido por un segundo de la sorpresa, y luego la abrazó contra él, acariciando lentos círculos sobre su espalda desnuda. Ella recordó la primera vez que se habían besado. Le había dado sus pendientes para meterlos en la guantera de su coche, y su mano había temblado tanto que los había dejado caer, y entonces se disculpó y se disculpó hasta que ella lo besó para callarlo. Creyó que era el chico más dulce que había conocido.

Y luego fue mordido, y todo cambió.

Ella se apartó, mareada y respirando con dificultad. Él la soltó al instante; se quedó mirándola, con su boca abierta, sus ojos aturdidos. Detrás de él, a través de la ventana, podía ver la ciudad—había medio esperado que estuviera aplanada, un desierto explotado y blanco afuera de la ventana—pero todo era exactamente igual. Nada había cambiado. Las luces se encendían y apagaban en los edificios al otro lado de la calle; podía oír el débil sonido del tráfico de abajo. "Deberíamos irnos," dijo ella. "Deberíamos buscar a los demás."

"Maia," dijo él. "¿Por qué me acabas de besar?"

"No sé," dijo. "¿Crees que deberíamos probar en los ascensores?"

"Maia…"

"No sé, Jordan," dijo. "No sé por qué te besé, y no sé si lo voy a hacer otra vez, pero sí sé que estoy asustada y preocupada por mis amigos y que quiero salir de aquí. ¿Bien?"

Él asintió. Parecía que había un millón de cosas que quería decir, pero había decidido no decirlas, por lo que ella estaba agradecida. Se pasó una mano por el cabello despeinado, blanqueado por el polvo del yeso, y asintió. "Bien."

Silencio. Jace todavía estaba apoyado contra la puerta, sólo que ahora tenía su frente presionada contra ella y sus ojos cerrados. Clary se preguntó si siquiera sabía que estaba en

la habitación con él. Dio un paso hacia adelante, pero antes de que pudiera decir algo, él abrió las puertas y se dirigió de nuevo al jardín.

Ella se quedó quieta por un momento, mirando detrás de él. Podía llamar al ascensor, por supuesto, ir hacia abajo y esperar por la Clave en el vestíbulo con todos los demás. Si Jace no quería hablar, no quería hablar. No podía forzarlo a hacerlo. Si Alec tenía razón, y él se estaba castigando, sólo tendría que esperar hasta que lo superara.

Se volteó hacia el ascensor—y se detuvo. Una pequeña llama de ira la atravesó, haciendo que sus ojos ardieran. No, pensó. No tenía que dejar que se comportara así. Tal vez podía ser de esta manera con todos los demás, pero no con ella. Él le debía más que eso. Ambos se debían más que eso.

Se giró y se dirigió a las puertas. Su tobillo todavía le dolía, pero las iratzes que Alec le había puesto estaban trabajando. La mayoría de los dolores de su cuerpo se habían disminuido a un sordo y palpitante dolor. Alcanzó las puertas y las abrió, entrando en la azotea con un respingo cuando sus pies descalzos entraron en contacto con las heladas baldosas.

Vio a Jace inmediatamente; estaba arrodillado cerca de los escalones, sobre baldosas manchadas con sangre e icor y brillando con sal. Se levantó cuando ella se acercó, y se volteó, con algo brillante colgando de su mano.

El anillo Morgenstern, en su cadena.

El viento se había levantado; sopló el cabello dorado oscuro sobre su rostro. Él lo apartó impacientemente y dijo: "Simplemente recordé que dejamos esto aquí."

Su voz sonaba sorprendentemente normal.

"¿Es por eso que querías quedarte aquí arriba?" dijo Clary. "¿Para recuperarlo?"

Dio vuelta su mano, por lo que la cadena giró hacia arriba, sus dedos se cerraron sobre el anillo. "Estoy unido a él. Es estúpido, lo sé."

"Podrías haberlo dicho, o Alec se pudo haber quedado…"

"No pertenezco con el resto de ustedes," dijo abruptamente. "Después de lo que hice, no merezco iratzes ni curación ni abrazos ni ser consolado o lo que sea que mis amigos van a pensar que necesito. Prefiero quedarme aquí con él." Hizo un gesto con la barbilla hacia el lugar donde estaba el cuerpo inmóvil de Sebastian en el ataúd abierto, sobre el pedestal de piedra. "Y estoy seguro a muerte de que no te merezco."

Clary cruzó los brazos sobre su pecho. "¿Has pensado sobre lo que yo merezco? ¿Que tal vez merezco una oportunidad para hablar contigo sobre lo que pasó?"

Él la miró. Estaban a sólo unos pasos de distancia, pero se sentía como si hubiera un abismo inexpresable entre ellos. "No sé por qué querrías siquiera mirarme, mucho menos hablarme."

"Jace," dijo ella. "Esas cosas que hiciste… ese no eras tú."

Él vaciló. El cielo estaba tan negro, las ventanas iluminadas de los rascacielos cercanos estaban tan brillantes, era como si estuvieran en el centro de una red de joyas brillantes. "Si no era yo," dijo él, "entonces ¿por qué puedo recordar todo lo que hice? Cuando las personas son poseídas, y vuelven de ello, no recuerdan lo que hicieron cuando el demonio los habitó. Pero yo recuerdo todo." Se volteó abruptamente y se alejó, hacia el muro del jardín de la azotea. Ella lo siguió, contenta por la distancia que puso entre ellos y el cuerpo de Sebastian, ahora oculto de la vista por una hilera de setos.

"¡Jace!" llamó, y él se volteó, su espalda hacia la pared, dejándose caer contra ella. Detrás de él, una ciudad digna de electricidad iluminaba la noche como las torres demonio de Alicante. "Lo recuerdas porque ella quería que recordaras," dijo Clary, alcanzándolo, casi sin aliento. "Hizo esto para torturarte como también lo hizo para que Simon hiciera lo que ella deseara. Ella quería que te vieras herir a las personas que quieres."

"Estaba viendo," dijo en voz baja. "Era como si una parte de mí estuviera a la distancia, observando y gritándome que parara. Pero el resto de mí se sentía completamente en paz y como si lo que estuviese haciendo fuese correcto. Como si fuera lo único que podía hacer. Me pregunto si así era como Valentine se sentía sobre todo lo que hacía. Como si fuera demasiado fácil estar en lo cierto." Apartó la mirada de ella. "No puedo soportarlo," dijo él. "No deberías estar aquí conmigo. Deberías irte."

En vez de irse, Clary avanzó hasta estar de pie junto a él contra la pared. Sus brazos ya estaban envueltos alrededor de sí misma; estaba temblando. Finalmente, a regañadientes, giró la cabeza para mirarla otra vez. "Clary…"

"Tú no decides," dijo ella, "a dónde voy, o cuándo."

"Lo sé." Su voz era irregular. "Siempre he sabido eso de ti. No sé por qué tuve que enamorarme de alguien que es más terco que yo."

Clary se quedó en silencio un momento. Su corazón se había contraído con esa palabra: "enamorarme." "Todas esas cosas que me dijiste," dijo casi en un susurro, "en la terraza de Ironworks— ¿Las decías en serio?"

Sus ojos dorados se apagaron. "¿Qué cosas?"

Que me amabas, casi dijo, pero pensándolo otra vez… no había dicho eso, ¿o sí? No las palabras en sí. La insinuación había estado ahí. Y la verdad del hecho que se amaban, era algo que sabía con tanta claridad como su nombre.

"Me seguías preguntando si te amaría si fueras como Sebastian, como Valentine."

"Y tú dijiste que entonces no sería yo. Mira lo equivocado que resultó ser eso," dijo, la amargura coloreando su voz. "Lo que hice esta noche…"

Clary se movió hacia él; él se tensó, pero no se alejó. Se apoderó de la parte delantera de su camisa, se inclinó cerca, y dijo, enunciando cada palabra claramente: "Ese no eras tú."

"Dile eso a tu madre," dijo él. "Díselo a Luke, cuando te pregunten de dónde salió esto." Tocó su clavícula suavemente; ahora la herida estaba curada, pero su piel, y la tela de su vestido, todavía estaba manchada oscuramente con sangre.

"Les diré," dijo ella. "Les diré que fue mi culpa."

Él la miró, con los ojos dorados incrédulos. "No les puedes mentir."

"No lo haré. Yo te resucité," dijo. "Estabas muerto, y yo te resucité. Alteré el equilibrio, no tú. Abrí la puerta para Lilith y su estúpido ritual. Pude haber pedido cualquier cosa, y pedí por ti." Apretó más fuerte su camisa, sus dedos blancos por el frío y la presión. "Y lo haría otra vez. Te amo, Jace Wayland—Herondale—Lightwood, como quieras llamarte. No me importa. Te amo y siempre te amaré, y pretender que podría ser de otra manera es simplemente una pérdida de tiempo."

Una mirada de dolor cruzó su rostro y Clary sintió su corazón apretarse. Entonces él extendió sus manos y tomó su cara entre ellas. Sus palmas estaban cálidas contra sus mejillas.

"¿Recuerdas cuando te dije," dijo él, su voz tan suave como nunca la había escuchado, "que no sabía si había un Dios o no, pero de cualquier manera, estábamos completamente solos? Todavía no sé la respuesta; sólo sabía que existía algo como la fe y que yo no merecía tenerla. Y luego estabas tú. Cambiaste todo en lo que yo creía. ¿Sabes esa línea de Dante que te cité en el parque, 'L'amor che move il sole e l'altre stelle'?"

Los labios de ella se curvaron un poco a los lados cuando lo miró. "Todavía no hablo italiano."

"Es una parte del último verso de Paradiso—el Paraíso de Dante. 'Mi voluntad y mi deseo fueron convertidos por el amor, el amor que mueve el sol y las demás estrellas.' Dante estaba tratando de explicar la fe, creo, como un amor abrumador, y tal vez sea blasfemo,

pero así es como pienso de la manera en que te amo. Viniste a mi vida y de repente tenía una verdad a la cual aferrarme… que te amaba, y que tú me amabas."

A pesar de que parecía estar viéndola, su mirada era distante, como si se fijara en algo lejano.

"Entonces empecé a tener los sueños," continuó. "Y pensé que tal vez me había equivocado. Que no te merecía. Que no merecía ser perfectamente feliz… quiero decir, Dios, ¿quién merece eso? Y después de esta noche…"

"Detente." Ella había estado apretando su camisa; ahora relajó su agarre, apoyando las manos contra el pecho de él. Su corazón se aceleraba bajo las puntas de sus dedos; sus mejillas estaban encendidas y no sólo por el frío. "Jace. A través de todo lo que pasó esta noche, sabía una cosa. No eras tú el que me hacía daño. No eras el que hacía esas cosas. Estoy absoluta e incontrovertiblemente convencida de que eres bueno. Y eso nunca cambiará."

Jace respiró hondo y entrecortado. "Ni siquiera sé cómo intentar merecer eso."

"No tienes que hacerlo. Tengo suficiente fe en ti," dijo ella, "por ambos."

Las manos de él se deslizaron por su cabello. El vaho de sus alientos exhalados se elevó entre ellos, como una nube blanca. "Te extrañé tanto," dijo él, y la besó, su boca dulce en la de ella, no desesperada y hambrienta como lo había sido las últimas veces que la había besado, sino familiar, tierna y suave.

Ella cerró sus ojos cuando el mundo pareció girar alrededor como un molinillo. Deslizando sus manos por su pecho, se estiró tan arriba como pudo, envolviendo sus brazos alrededor de su cuello, poniéndose de puntillas para encontrar su boca con la suya. Los dedos de él bajaron rozando su cuerpo, sobre la piel y el satén, ella se estremeció, apoyándose en él, y estaba segura de que ambos sabían a sangre, cenizas y sal, pero no importaba; el mundo, la ciudad, todas sus luces y vida, parecían haberse reducido a esto, sólo ella y Jace, el corazón ardiente de un mundo congelado.

Él se apartó primero, a regañadientes. Ella se dio cuenta por qué un momento después. El sonido de bocinas de los coches y los neumáticos chirriando eran audibles, incluso aquí arriba. "La Clave," dijo con resignación—aunque se tuvo que aclarar la garganta para sacar las palabras, Clary estaba feliz de escucharlo. Su cara estaba enrojecida, como imaginaba que también lo estaba la de ella. "Están aquí."

Con su mano en la suya, Clary miró sobre el borde del muro de la azotea y vio que un número de largos carros negros se habían estacionado en frente de los andamios. La gente salía en grupos. Era difícil reconocerlos desde esta altura, pero Clary creyó ver a Maryse, y a otras varias personas vestidas con equipos. Un momento después, la camioneta de Luke rugió hasta la acera y Jocelyn saltó de ella. Clary hubiera sabido que era ella, sólo por la manera en que se movía, a una distancia mayor que ésta.

Clary se volteó hacia Jace. "Mi mamá," dijo. "Será mejor que baje. No quiero que suba aquí y vea… lo vea." Movió su barbilla hacia el ataúd de Sebastian.

Él le apartó el pelo de la cara. "No te quiero dejar fuera de mi vista."

"Entonces, ven conmigo."

"No. Alguien debería quedarse aquí." tomó su mano, la volteó, y dejó caer el anillo Morgenstern en ella, la cadena se juntó como metal líquido. El broche se había doblado cuando se la arrancó, pero él se las había arreglado para moldearlo de nuevo a su forma. "Por favor, tómalo."

Los ojos de ella bajaron, y luego, inciertamente, volvieron a su cara. "Desearía entender lo que significa para ti."

Él se encogió de hombros levemente. "Lo usé por una década," dijo. "Una parte de mí está en él. Significa que te confío mi pasado y todos los secretos que el pasado transporte. Y además…" Tocó ligeramente una de las estrellas grabadas alrededor del borde, "'el amor que mueve el sol y las demás estrellas.' Finge que eso es lo que significan las estrellas, no Morgenstern."

En respuesta, dejó caer la cadena de nuevo sobre su cabeza, sintiendo el anillo situándose en su lugar acostumbrado, debajo de su clavícula. Se sentía como una pieza de rompecabezas encajando en su lugar. Por un momento, sus ojos se clavaron en una comunicación sin palabras, más intensa en algunos aspectos que lo que había sido su contacto físico; sostuvo la imagen de él en su mente en ese momento como si lo estuviera memorizando—el cabello dorado enredado, las sombras proyectadas por sus pestañas, los anillos dorado oscuro dentro del ámbar claro de sus ojos. "Volveré en seguida," dijo ella. Apretó su mano. "Cinco minutos."

"Ve," dijo ásperamente, liberando su mano, y ella se volteó y volvió por el camino. Al instante en que se alejó de él, tenía frío otra vez, y para el momento que alcanzó las puertas del edificio, estaba congelándose. Hizo una pausa al abrir las puertas, y miró de nuevo hacia él, pero sólo era una sombra, iluminado desde atrás por el resplandor del horizonte de

Nueva York. El amor que mueve el sol y las demás estrellas, pensó, y luego, como si fuera la respuesta de un eco, escuchó las palabras de Lilith. *La clase de amor que puede consumir el mundo o llevarlo a la gloria*. Un escalofrío corrió a través de ella, y no sólo por el frío. Buscó a Jace, pero se había desvanecido en las sombras; se volteó y se dirigió de nuevo al interior, la puerta cerrándose detrás de ella.

Alec había ido al piso de arriba para buscar a Jordan y a Maia, y Simon e Isabelle estaban solos, juntos, sentados uno al lado del otro en la tumbona verde del vestíbulo. Isabelle sostenía la piedra de luz de mágica de Alec con su mano, iluminando el cuarto con un brillo casi espectral, motas de fuego danzando y chispeando desde el candelabro colgante.

Ella había dicho muy poco desde que su hermano los había dejado juntos. Su cabeza estaba inclinada, su cabello oscuro cayendo hacia adelante, su mirada en sus manos. Eran manos delicadas, de dedos largos, pero callosas como las de su hermano. Simon nunca se había dado cuenta antes, pero ella usaba un anillo de plata en su mano derecha, con un patrón de llamas alrededor de él, y una L tallada en el centro. Le recordaba el anillo que Clary usaba alrededor del cuello, con su diseño de estrellas.

"Es el anillo de la familia Lightwood," dijo ella, notando dónde se fijaba su mirada. "Cada familia tiene un emblema. El nuestro es el fuego."

Te sienta bien, pensó él. Izzy era como fuego, en su flameante vestido escarlata, con sus estados de ánimo tan cambiantes como chispas. En la azotea medio había pensado que lo iba a estrangular, sus brazos alrededor de su cuello mientras lo llamaba por cada nombre bajo el sol mientras lo agarraba como si nunca lo fuera a dejar ir. Ahora tenía la mirada perdida en la distancia, tan intocable como una estrella. Todo era muy desconcertante.

Los amas tanto, había dicho Camille, a tus amigos Cazadores de Sombras. Como el halcón ama al maestro que lo ata y lo ciega.

"Lo que nos dijiste," dijo él, un poco vacilante, viendo a Isabelle enrollar un mechón de su cabello alrededor de su dedo índice, "en la azotea –que no sabías que Clary y Jace estaban desparecidos, que habías venido aquí por mí– ¿era cierto?"

Isabelle levantó la mirada, metiendo el mechón de cabello detrás de su oreja. "Por supuesto que es cierto," dijo indignada. "Cuando vimos que te habías ido de la fiesta… y has estado en peligro por días, Simon, y con lo de Camille escapando…" Se interrumpió. "Y Jordan es responsable de ti. Se estaba volviendo loco."

"¿Entonces fue su idea venir a buscarme?"

Isabelle se volteó para verlo por un momento. Sus ojos eran oscuros e insondables. "Fui yo la que se dio cuenta de que no estabas," dijo. "Fui yo la que quería encontrarte."

Simon se aclaró la garganta, se sentía extrañamente aturdido. "Pero ¿por qué? Creí que ahora me odiabas."

Había dicho la cosa equivocada. Isabelle sacudió la cabeza, su cabello oscuro volando, y se alejó un poco de él en el sofá. "Oh, Simon. No seas estúpido."

"Iz." Él extendió una mano y tocó su muñeca, vacilante. Ella no se alejó, sólo lo miró. "Camille me dijo algo en el Santuario. Dijo que los Cazadores de Sombras no se preocupaban por los Submundos, sólo los usaban. Dijo que los Nefilim nunca harían por mí lo que yo hice por ellos. Pero tú lo hiciste. Viniste por mí. Viniste por mí."

"Por supuesto que lo hice," dijo, en una vocecita amortiguada. "Cuando pensé que algo te había pasado…"

Se inclinó hacia ella. Sus rostros estaban a centímetros la una de la otra. Podía ver el reflejo de las el destello de la araña en sus ojos negros. Sus labios estaban entreabiertos, y Simon podía sentir el calor de su aliento. Por primera vez desde que se había convertido en vampiro, podía sentir calor, como una carga eléctrica pasando entre ellos.

"Isabelle," dijo. No Iz, ni Izzy. Isabelle. "¿Puedo…?"

El ascensor sonó, las puertas se abrieron y Alec, Maia y Jordan salieron. Alec miró con recelo hacia Simon e Isabelle mientras se separaban pero antes de que pudiera decir algo, las puertas dobles del vestíbulo se abrieron, y Cazadores de Sombras se derramaron dentro del cuarto. Simon reconoció a Kadir y a Maryse, quienes inmediatamente volaron a través de la habitación hacia Isabelle y la agarraron por los hombros, demandando saber qué había pasado.

Simon se levantó y se alejó, sintiéndose incómodo— y casi fue derribado por Magnus, corriendo deprisa a través del cuarto para alcanzar a Alec. No pareció ver a Simon, en absoluto. Después de todo, en cien, doscientos años, solo seremos tú y yo. Seremos todo lo que quede, le había dicho Magnus en el Santuario. Sintiéndose indescriptiblemente solo entre la multitud de Cazadores de Sombras, Simon se presionó contra la pared con la vana esperanza de no ser notado.

Alec miró hacia arriba justo cuando Magnus lo alcanzó, lo agarró y lo atrajo hacia sí. Sus dedos trazaron el rostro de Alec como si estuviera buscando moretones o daños; en voz baja, estaba murmurando, "¿Cómo pudiste…irte así sin decirme nada?... Te pude haber ayudado…"

"Detente." Alec se alejó, sintiéndose rebelde.

Magnus se detuvo, su voz aleccionadora, "Lo siento," dijo. "No debí haber dejado la fiesta. Debí haberme quedado contigo. Camille desapareció. Nadie tiene la menor idea de a dónde se fue, y ya que no puedes rastrear vampiros…" Se encogió de hombros.

Alec alejó la imagen de Camille de su mente, encadenada a la tubería, mirándolo con esos feroces ojos verdes. "No importa," dijo él. "Ella no importa. Sé que solamente estabas tratando de ayudar. De todas formas no estoy molesto contigo por dejar la fiesta."

"Pero estabas molesto," dijo Magnus. "Sabía que lo estabas. Es por eso que estaba tan preocupado. Corriendo y poniendo tu vida en peligro sólo porque estabas molesto conmigo…"

"Soy un Cazador de Sombras," dijo Alec. "Magnus, esto es lo que hago. No es sobre ti. La próxima vez enamórate de un ajustador de seguros o…"

"Alexander," dijo Magnus. "No va a haber una próxima vez." Apoyó su frente contra la de Alec, ojos dorados verdosos mirando al azul.

El corazón de Alec se aceleró. "¿Por qué no?" dijo. "Vives para siempre. No todos lo hacen."

"Sé que dije eso," dijo Magnus. "Pero, Alexander…"

"Deja de llamarme así," dijo Alec. "Alexander es como me llaman mis padres. Y supongo que es muy anticipado de tu parte haber aceptado mi mortalidad tan fatalista—todo muere, bla, bla— pero ¿cómo crees que eso me hace sentir? Las parejas comunes pueden tener esperanza—esperanza de envejecer juntos, esperanza de vivir largas vidas y morir al mismo tiempo, pero nosotros no podemos esperar eso. Ni siquiera sé lo que quieres."

Alec no estaba seguro qué había esperado en respuesta; ira o actitud defensiva o incluso humor—pero la voz de Magnus sólo cayó, agrietándose un poco cuando dijo, "Alex—Alec. Si te di la impresión de que he aceptado la idea de tu muerte sólo me puedo disculpar. Traté, pensé que lo había hecho…y aun así me imaginaba teniéndote por cincuenta, sesenta años más. Pensé que tal vez entonces estaría listo para dejarte ir. Pero eres tú, y ahora me di

cuenta de que no estaré más listo entonces de lo que estoy ahora.” Gentilmente puso sus manos a cada lado de la cara de Alec. “Que no lo estoy en absoluto.”

“Entonces, ¿qué hacemos?” Susurró Alec.

Magnus se encogió de hombros, y de repente sonrió; con su cabello negro desordenado y el brillo de sus ojos dorados verdosos, parecía un adolescente travieso. “Lo que todo el mundo hace,” respondió. “Como tu dijiste, tener esperanza.”

Alec y Magnus habían comenzado a besarse en una esquina del cuarto, y Simon no estaba muy seguro de a dónde mirar. No quería que ellos pensaran que estaba mirándolos durante lo que claramente era un momento privado, pero adonde quiera que viese, se encontraba con las miradas de los Cazadores de Sombras. A pesar del hecho de que había peleado con ellos en el banco en contra de Camille, ninguno de ellos lo miraba con particular amistad. Una cosa era que Isabelle lo aceptara y se preocupara por él, pero los Cazadores de Sombras en masa eran otra cosa completamente. Podía distinguir lo que estaban pensando. ‘Vampiro, Submundo, enemigo’ estaba escrito en sus rostros.

Fue un alivio cuando las puertas se abrieron otra vez y Jocelyn entró volando, todavía usando su vestido azul de la fiesta. Luke estaba a solo unos pasos detrás de ella.

“¡Simon!” exclamó ella tan pronto como lo vio. Corrió hacia él, y para su sorpresa lo abrazó con fiereza antes de dejarlo ir. “Simon, ¿Dónde está Clary? ¿Está…?”

Simon abrió su boca, pero ningún sonido salió. ¿Cómo le podía explicar a Jocelyn, de todas las personas, lo que había pasado esa noche? ¿Jocelyn, quien estaría horrorizada de saber que gran parte de la maldad de Lilith, los niños que había asesinado, la sangre que había derramado, todo se había hecho en servicio de hacer más criaturas como el propio hijo muerto de Jocelyn, cuyo cuerpo incluso ahora yacía sepultado en la azotea donde estaban Clary y Jace?

No le puedo decir nada de esto, pensó. No puedo. Miró más allá de ella hacia Luke, cuyos ojos azules descansaban sobre él expectantes. Detrás de la familia de Clary podía ver a los Cazadores de Sombras amontonándose alrededor de Isabelle mientras ella presumiblemente contaba los eventos de la noche.

“Yo…” empezó sin poder hacer nada, y entonces las puertas del ascensor se abrieron otra vez, y Clary salió. Sus zapatos se habían ido, su lindo vestido de satén era harapos ensangrentados, los moretones ya estaban desapareciendo de sus brazos y piernas desnudos.

Pero estaba sonriendo— incluso radiante, más feliz de lo que Simon la había visto en semanas.

"¡Mamá!" Exclamó, y luego Jocelyn había volado hacia ella y la estaba abrazando. Clary sonrió a Simon sobre el hombro de su madre. Simon miró alrededor del cuarto. Alec y Magnus todavía estaban envueltos el uno en el otro, y Maia y Jordan habían desaparecido. Isabelle todavía estaba rodeada por Cazadores de Sombras, y Simon podía oír exclamaciones de horror y asombro del grupo que la rodeaba mientras contaba su historia. Él sospechaba que una parte de ella lo estaba disfrutando. Isabelle amaba ser el centro de atención, no importaba la causa.

Sintió una mano caer sobre su hombro. Era Luke. "¿Estás bien, Simon?"

Simon lo miró. Luke se veía como siempre: sólido, profesoral, totalmente confiable. Ni siquiera un poco molesto de que su fiesta de compromiso hubiera sido interrumpida por una repentina emergencia dramática.

El padre de Simon había muerto hace tanto tiempo que apenas lo recordaba. Rebecca recordaba pedacitos de él—que había tenido barba, y la había ayudado a construir elaboradas torres de bloques—pero Simon no. Era una de las cosas que siempre había pensado que tenía en común con Clary, algo que los había unido: ambos con padres muertos, ambos criados por una fuerte mujer soltera.

Bueno, al menos una de esas cosas había resultado ser verdad, pensó. Aunque su madre había salido en citas, él nunca había tenido una presencia paternal consistente en su vida, que no fuera Luke. Suponía que de alguna manera, Clary y él habían compartido a Luke. Y la manada de lobos buscaba a Luke por orientación, también. Para ser un soltero que nunca había tenido hijos, pensó Simon, Luke tenía que cuidar bastantes niños.

"No sé," dijo Simon, dándole a Luke la respuesta más honesta que le gustaría creer que le habría dado a su propio padre. "No lo creo."

Luke volteó a Simon para que lo viera. "Estás cubierto de sangre," dijo. "Y supongo que no es tuya, porque…" Hizo un gesto hacia la Marca en la frente de Simon. "Pero bueno." Su voz era suave. "Incluso cubierto de sangre y con la Marca de Caín, todavía eres Simon. ¿Me puedes decir qué pasó?"

"No es mi sangre, tienes razón," dijo Simon con voz ronca. "Pero también es una larga historia." Inclinó la cabeza hacia atrás para mirar a Luke; siempre se había preguntado si tal vez tendría otro estirón algún día, crecer unos centímetros más de los setenta y cinco que tenía ahora, para poder ver a Luke—por no mencionar a Jace—directamente a los ojos.

Pero ahora eso nunca iba a pasar. "Luke," dijo. "¿Crees que es posible hacer algo tan malo, incluso si no querías hacerlo, que nunca pueda ser revertido? ¿Que nadie te pueda perdonar?"

Luke lo miró por un largo, silencioso momento. Luego dijo, "Piensa en alguien que amas, Simon. Realmente amas. ¿Hay algo que pudieran hacer que hiciera que dejaras de amarlos?"

Imágenes pasaron por la mente de Simon, como las páginas de un libro animado: Clary volteándose para sonreírle sobre su hombro; su hermana, haciéndole cosquillas cuando era sólo un niño pequeño; su madre, dormida en el sofá con la colcha hasta los hombros; Izzy…

Apagó los pensamientos rápidamente. Clary no había hecho algo tan terrible por lo que tuviera que perdonarla; ninguna de las personas que se estaba imaginando lo habían hecho. Pensó en Clary, perdonando a su madre por haberle robado sus recuerdos. Pensó en Jace, lo que había hecho en la azotea, cómo se había visto después. Había hecho lo que había hecho sin voluntad propia, pero Simon dudaba que Jace fuera capaz de perdonarse a sí mismo, a pesar de todo. Y entonces pensó en Jordan—no perdonándose por lo que le había hecho a Maia, pero avanzando de todas maneras, sino que uniéndose al Praetor Lupus, haciendo una vida de ayudar a otros.

"Mordí a alguien," dijo. Las palabras salieron de su boca, y deseó tragárselas de nuevo. Se preparó para la mirada de horror de Luke, pero no vino.

"¿Vivió?" dijo Luke. "Esta persona que mordiste. ¿Sobrevivió?"

"Yo…" ¿Cómo explicar acerca de Maureen? Lilith le había ordenado que se fuera, pero Simon estaba seguro de que no habían visto lo último de ella. "No la maté."

Luke asintió una vez. "Sabes cómo los hombres lobos se vuelven líderes de la manada," dijo. "Tienen que matar al viejo líder de la manada. He hecho eso dos veces. Tengo las cicatrices para probarlo." Apartó el cuello de su camisa un poco, y Simon vio el borde de una cicatriz muy blanca que parecía desigual, como si su pecho había sido arañado. "La segunda vez fue un movimiento calculado. Matando a sangre fría. Quería convertirme en el líder, y así fue como lo hice." Se encogió de hombros. "Eres un vampiro. Está en tu naturaleza querer beber sangre. Te has resistido mucho tiempo sin hacerlo. Sé que puedes caminar bajo el sol, Simon, y te esfuerzas en ser un chico humano normal, pero aún eres lo que eres. Justo como yo. Mientras más intentes aplastar tu naturaleza, más te va a controlar. Sé lo que eres. Nadie que realmente te ame va a dejar de hacerlo."

Simon dijo con voz ronca, "Mi mamá…"

"Clary me dijo lo que pasó con tu madre, y que te has estado quedando con Jordan Kyle," dijo Luke. "Mira, tu madre va a volver, Simon. Como Amatis hizo, conmigo. Todavía eres su hijo. Hablaré con ella, si quieres que lo haga."

Simon sacudió la cabeza en silencio. A su madre siempre le había agradado Luke. Tratar con el hecho de que Luke era un hombre lobo probablemente empeoraría las cosas, no las mejoraría.

Luke asintió como si entendiera. "Si no quieres volver al apartamento de Jordan, eres más que bienvenido a quedarte en mi sofá esta noche. Estoy seguro de que Clary estaría contenta de tenerte alrededor, y mañana podemos hablar sobre qué hacer con tu mamá."

Simon cuadró los hombros. Miró a Isabelle al otro lado de la habitación, el destello de su látigo, el brillo del colgante en su garganta, los movimientos de sus manos mientras hablaba. Isabelle, quien no le tenía miedo a nada. Pensó en su madre, la manera en la que se había alejado de él, el miedo en sus ojos. Desde entonces se había estado escondiendo del recuerdo, alejándose de él. Pero era tiempo de dejar de correr. "No," dijo. "Gracias, pero creo que no necesito un lugar para quedarme esta noche. Creo… que voy a ir a casa."

Jace se encontraba solo en la azotea, examinando la ciudad, el East River una serpiente plateada y negra torciéndose entre Brooklyn y Manhattan. Sus manos, sus labios, todavía sentían calor por el toque de Clary, pero el viento del río era helado, y el calor se estaba desvaneciendo rápidamente. Sin una chaqueta el aire cortaba a través del delgado material de su camisa como la hoja de un cuchillo.

Respiró profundamente, succionando el aire frío en sus pulmones, y lo dejó salir lentamente. Todo su cuerpo se sentía tenso. Estaba esperando el sonido del ascensor, las puertas abriéndose, los Cazadores de Sombras inundando el jardín. Serían simpáticos al principio, pensó, estarían preocupados por él. Luego, cuando entendieran lo que había pasado—luego vendría el alejamiento, las miradas significativas intercambiadas cuando pensaran que no estaba viendo. Había sido poseído—no sólo por un demonio, sino un Demonio Mayor—había actuado en contra de la Clave, había amenazado y herido a otro Cazador de Sombras.

Pensó sobre cómo Jocelyn lo miraría cuando oyera lo que le había hecho a Clary. Luke tal vez comprendería, perdonaría. Salvo Jocelyn. Nunca había sido capaz de decidirse a hablar honestamente con ella, decir las palabras que creía que tal vez la tranquilizarían. Amo a su hija, más de lo que pensaba que era posible amar algo. Nunca le haría daño.

Sólo lo miraría, pensó, con esos ojos verdes que eran tan parecidos a los de Clary. Querría más que eso. Querría escucharlo decir lo que no estaba seguro que fuera verdad.

No soy como Valentine.

¿No lo eres? Las palabras parecieron ser transportadas en el aire frío, un susurro destinado sólo para sus oídos. *Nunca conociste a tu madre. Nunca conociste a tu padre. Le diste tu corazón a Valentine cuando eras un niño, como un niño lo hace, y te hiciste parte de él. Ahora no puedes cortar eso de ti con un corte limpio de un cuchillo.*

Su mano izquierda estaba fría. Miró hacia abajo y vio, para su sorpresa, que de alguna manera había recogido la daga—la daga gravada de plata de su verdadero padre—y la estaba sosteniendo en su mano. La hoja, aunque carcomida por la sangre de Lilith, estaba completa otra vez, y brillando como una promesa. Y un frio que no tenía nada que ver con el clima se empezó a propagar por su pecho. ¿Cuántas veces se había despertado de esta manera, jadeando y sudando, la daga en su mano? Y Clary, siempre Clary, muerta a sus pies.

Pero Lilith estaba muerta. Había terminado.

Trató de deslizar la daga en su cinturón, pero su mano no parecía querer obedecer la orden que su mente le estaba dando. Sintió una sensación de calor agudo en su pecho, un dolor punzante. Mirando hacia abajo, vio que la línea de sangre que había dividido por la mitad la marca de Lilith, donde Clary lo había cortado con la daga, había sanado. La marca brillaba de un color rojizo contra su pecho.

Jace dejó de intentar meter la daga en su cinturón. Sus nudillos se volvieron blancos cuando su agarre se apretó en la empuñadura, su muñeca torciéndose, desesperadamente tratando de girar la hoja hacia sí mismo. Su corazón golpeando. No había aceptado ningún iratze. ¿Cómo había sanado tan rápido la marca? Si pudiera cortarla otra vez, desfigurarla, incluso temporalmente…

Pero su mano no lo obedecía. Su brazo se quedó rígido a su lado mientras su cuerpo se volteaba, en contra de su propia voluntad, hacia el pedestal donde yacía el cuerpo de Sebastian.

El ataúd había empezado a brillar con una turbia luz verde—casi el brillo de una luz mágica, pero había algo doloroso sobre esta luz, algo que parecía perforar el ojo. Jace trató de dar un paso atrás, pero sus piernas no se movieron. Sudor frío bajaba por su espalda. Una voz susurró en la parte posterior de su mente.

Ven aquí.

Era la voz de Sebastian.

¿Creías que estabas libre sólo porque Lilith se fue? La mordida del vampiro me despertó; ahora la sangre de ella en mis venas te obliga.

Ven aquí.

Jace trató de atrincherarse en sus talones, pero su cuerpo lo traicionó, llevándolo hacia adelante, aunque su mente consciente estaba contra ello. Incluso cuando trataba de quedarse atrás, su pie lo movía por el camino, hacia el ataúd. El círculo pintado brillaba verde mientras se movía a través de él, y el ataúd parecía responder con un segundo destello de luz esmeralda. Y luego estaba de pie sobre él, mirando hacia abajo.

Jace mordió con fuerza su labio, esperando que el dolor tal vez lo sacara del estado de sueño en el que estaba. No funcionó. Probó su sangre mientras miraba hacia Sebastian, quien flotaba como un cadáver ahogado en el agua. Esas perlas eran sus ojos. Su cabello eran algas sin color, sus párpados cerrados eran azules. Su boca tenía la clase fría y dura de la boca de su padre. Era como mirar a un Valentine joven.

Sin su voluntad, absolutamente en contra de su voluntad, las manos de Jace se empezaron a elevar. Su mano izquierda puso el borde de la daga contra el interior de su mano derecha, donde las líneas de la vida y el amor se cruzaban.

Palabras se derramaban de sus labios. Las oía como desde una inmensa distancia. Estaban en un lenguaje que no conocía ni entendía, pero sabía lo que eran—cantos rituales. Su mente estaba gritándole a su cuerpo que se detuviera, pero parecía no hacer diferencia. Su mano izquierda bajó, el cuchillo apretado en ella. La hoja hizo un corte limpio, seguro y superficial en su palma derecha. Casi instantáneamente empezó a sangrar. Trató de retroceder, trató de retirar su brazo, pero era como si estuviera atrapado en cemento. Mientras miraba con horror, la primera gota de sangre salpicó en la cara de Sebastian.

Los ojos de Sebastian se abrieron. Eran negros, más negros que los de Valentine, tan negros como los del demonio que se había llamado a sí mismo su madre. Se fijaron en Jace, como grandes espejos oscuros, devolviéndole su propia cara, torcida e irreconocible, su boca dando forma a las palabras del ritual, derramándolas en un balbuceo sin sentido, como un río de agua negra.

La sangre estaba fluyendo más libremente ahora, convirtiendo el líquido turbio dentro del ataúd en un rojo más oscuro. Sebastian se movió. El agua sangrienta se desplazó y se derramó cuando se incorporó, sus ojos negros fijos en Jace.

La segunda parte del ritual, su voz habló dentro de la cabeza de Jace, *está casi completa.*

Agua corrió de él como lagrimas. Su cabello pálido, pegado a su frente, parecía no tener color. Levantó una mano y la tendió, y Jace, en contra de las exclamaciones dentro de su propia mente, tendió la daga, hoja hacia adelante. Sebastian deslizó su mano por la longitud

de la hoja fría y afilada. Sangre surgió en una línea a través de su palma. Apartó la daga y tomó la mano de Jace, agarrándola con la suya.

Era lo último que Jace había esperado. No podía moverse para apartarla. Sintió cada dedo frío de Sebastian mientras envolvía su mano, juntando sus cortes sangrantes. Era como ser agarrado por un metal frío. Hielo se empezó a propagar por sus venas desde su mano. Un escalofrío pasó por él, y luego otro, poderosos temblores físicos tan dolorosos que sentía como si su cuerpo estuviera torciendo de adentro hacia afuera. Trató de gritar…

Y el grito murió en su garganta. Miró hacia su mano y la de Sebastian, apretadas. Sangre corrió a través de sus dedos y sus muñecas, tan elegante como encaje rojo. Brillaba en la fría luz eléctrica de la ciudad. No se movía como líquido, sino como cables rojos en movimiento. Envolvía sus manos en un lazo escarlata.

Una peculiar sensación de paz se apoderó de Jace. El mundo pareció desaparecer, y estaba de pie en el pico de una montaña, el mundo se extendía ante él, todo en éste era suyo para tomarlo. Las luces de la ciudad a su alrededor ya no eran eléctricas, sino que eran las luces de miles de estrellas como diamantes. Parecían brillar sobre él con un brillo benevolente que decía: Esto es bueno. Esto es correcto. Esto es lo que tu padre habría querido.

Vio a Clary en el ojo de su mente, su cara pálida, la caída de su cabello rojo, su boca cuando se movía, formando las palabras estaré de vuelta enseguida. Cinco minutos.

Y entonces su voz se desvaneció mientras otra hablaba sobre ella, ahogándola. La imagen de ella en su mente retrocedió, desvaneciéndose implorante en la oscuridad, como Eurídice se había desvanecido cuando Orfeo se había volteado para verla por última vez. La vio, sus brazos blancos extendidos en su dirección, y luego las sombras se cerraron sobre ella y desapareció.

Una nueva voz habló en la cabeza de Jace ahora, una voz familiar, una vez odiada, ahora extrañamente bienvenida. La voz de Sebastian. Parecía correr por su sangre, por la sangre que pasaba a través de la mano de Sebastian en la suya, como una cadena de fuego.

Ahora somos uno, hermanito, tú y yo, dijo Sebastian.

Somos uno.

Carta de Jace a Clary en Ciudad de Cristal

Clary,

A pesar de todo, no puedo soportar la idea de que este anillo se esté perdiendo para siempre, no más de lo que puedo soportar la idea de dejarte para siempre. Y aunque no tengo opción sobre una, al menos puedo elegir sobre la otra. Te dejo nuestro anillo de la familia porque tienes tanto derecho a él como yo.

Estoy escribiendo esto viendo salir el sol. Estás dormida, los sueños moviéndose detrás de tus párpados inquietos. Desearía saber lo que estás pensando. Desearía deslizarme en tu cabeza y ver el mundo de la forma en que lo haces. Desearía verme a mí mismo de la forma en que lo haces. Pero tal vez no quiero ver eso. Tal vez me hará sentir incluso más de lo que lo hago, que estoy perpetuando un tipo de gran mentira sobre ti, y no podría soportar eso.

Te pertenezco. Podrías hacer cualquier cosa que quisieras conmigo y te lo permitiría. Podrías pedir cualquier cosa de mí y me partiría a mi mismo intentando hacerte feliz. Mi corazón me dice que este es el mejor y el más grande sentimiento que alguna vez tuve. Pero mi mente sabe la diferencia entre querer algo que no puedes tener y querer algo que no deberías desear. Y no debería desearte.

Toda la noche te he observado dormir, observado la luz de la luna ir y venir, arrojando sombras a través de tu rostro en blanco y negro. Nunca he visto nada más hermoso. Pienso en la vida que pudimos haber tenido si las cosas fueran diferentes, una vida donde esta noche no es un evento singular, separado de todo lo demás que es real, sino cada noche. Pero las cosas no son diferentes, y no puedo mirarte sin sentirme como que te he engañado para que me ames.

La verdad que nadie está dispuesto a decir en voz alta es que nadie tiene una oportunidad contra Valentine excepto yo. Puedo acercarme a él como nadie más puede. Puedo fingir que me quiero unir a él y él me creerá, hasta ese último momento donde lo termine todo, de una forma u otra. Tengo algo de Sebastian; puedo rastrearlo hacia donde mi padre se está escondiendo, y eso es lo que voy a hacer. Así que te mentí anoche. Dije que sólo quería una noche contigo. Pero quiero todas las noches contigo. Y eso es porque tengo que escurrirme fuera de tu ventana ahora, como un cobarde. Porque si tuviera que decirte esto a la cara, no podría irme.

No te culpo si me odias, desearía que lo hicieras. Mientras pueda seguir soñando, soñaré contigo.

-Jace